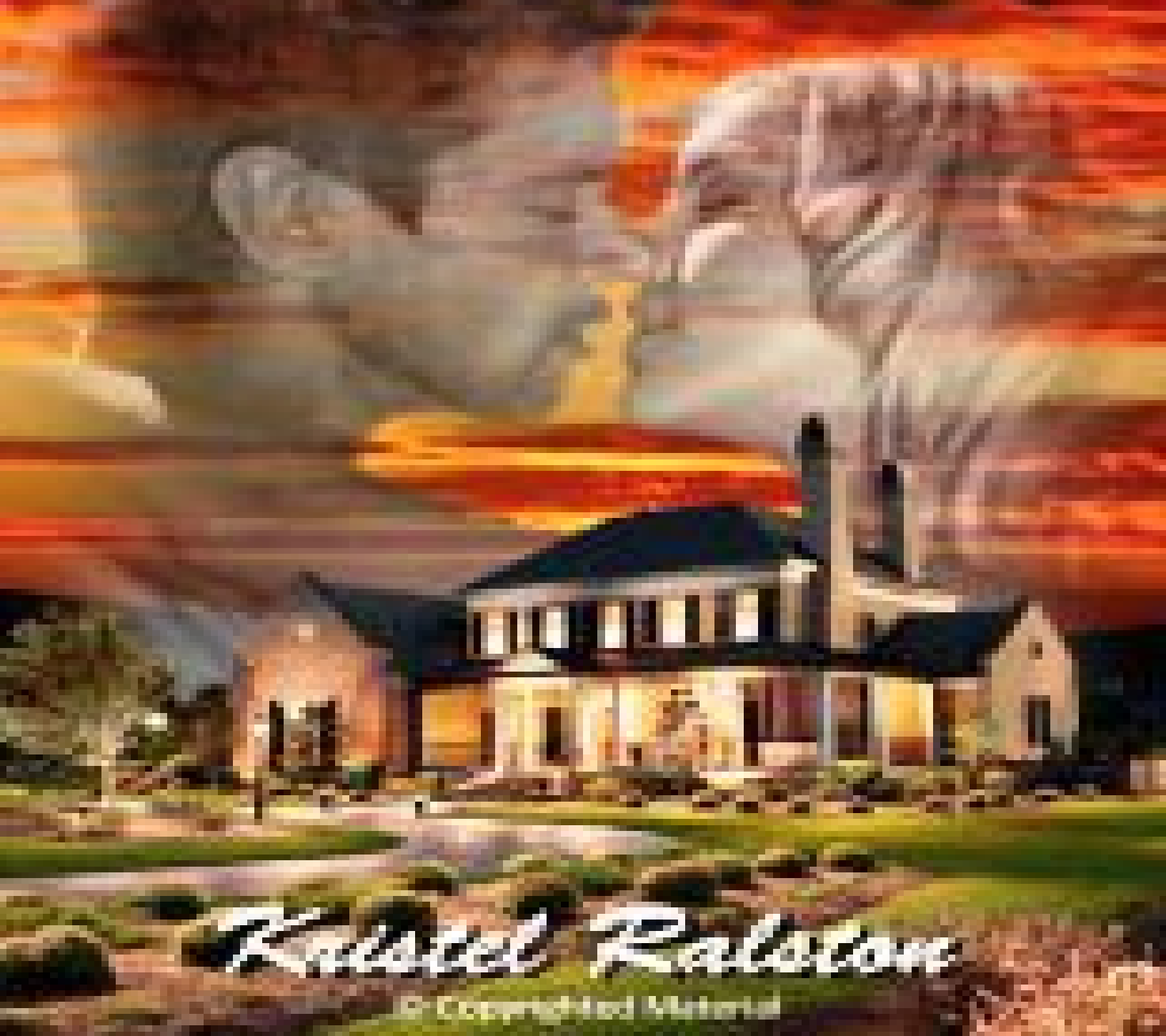


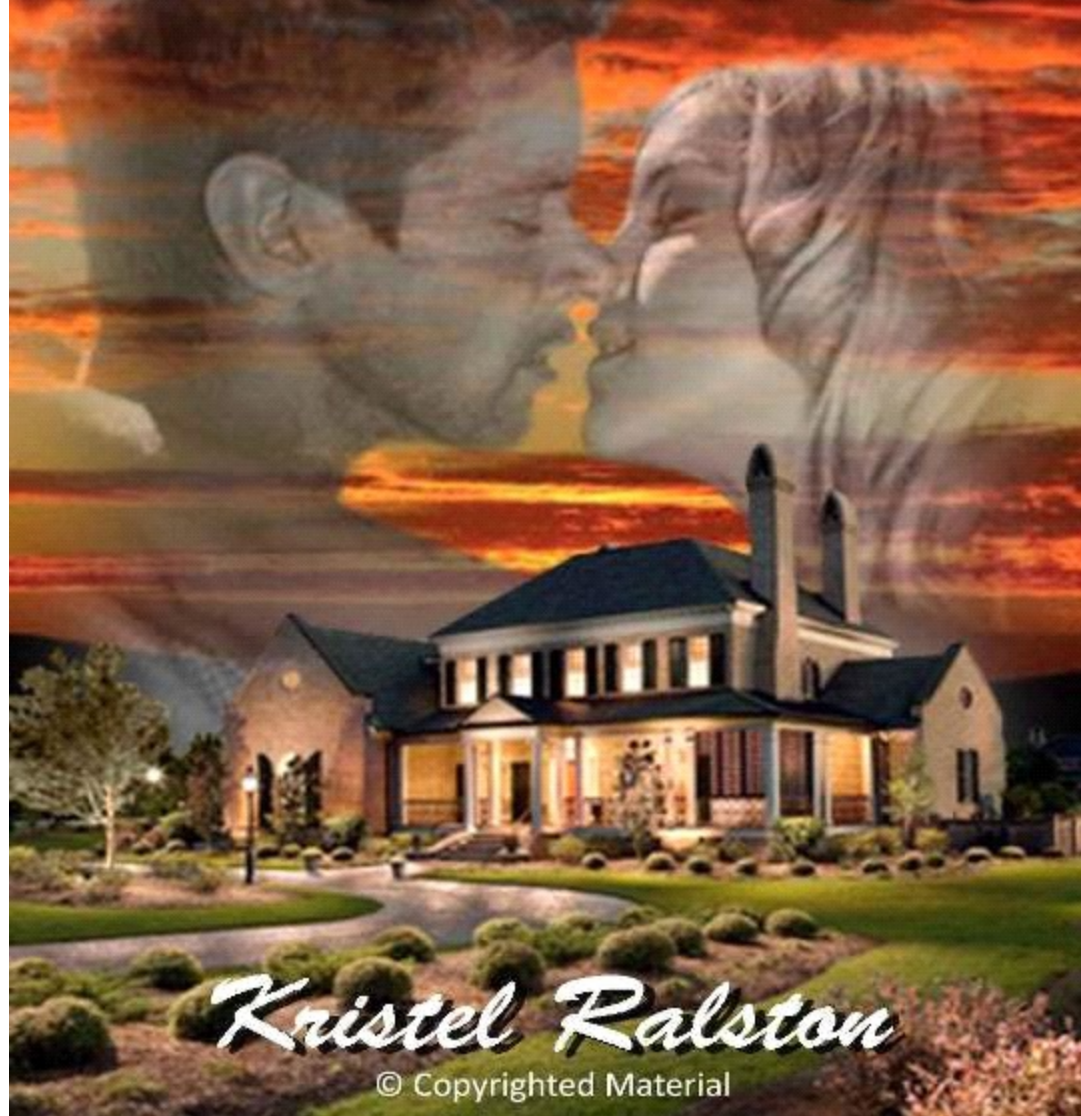
# Mr. Allen del Ocaso



Revised Edition

© Copyrighted Material

# *Más Allá del Ocaso*



*Kristel Ralston*

© Copyrighted Material

# *Más allá del ocaso*

Kristel Ralston

A mi querida Sookie, la mejor shih-tzu del mundo, que me acompaña en cada madrugada, mientras escribo y doy vida a mis personajes.

*Todos los personajes son ficticios, no así las diferentes locaciones en que se desarrolla la novela. Me he tomado algunas licencias poéticas con respecto a los formalismos, y características de la vida en las ciudades que sirven como escenarios en la historia.*

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)



# Capítulo 1

Los pies le dolían terriblemente. Llevaba despierta desde las seis de la madrugada. Su vecina que sufría de artritis, Rose Hogan, le pidió que sacara a pasear al perro a esas horas. No podía negarse. Gracias a ella aún no la botaban del edificio en donde vivía, por falta de pago. Le daba cargo de conciencia que Rose pagara su renta, a lo que la adorable mujer respondía que ya se lo pagaría. Al ser huérfana, ella era lo más cercano a un familiar.

Ahora, de pie en la cocina del Chef Bertinni - un insufrible italiano - llevaba platos de una mesa a otra. Lo más duro era tolerar a los refinados clientes que pedían platos que, un año atrás cuando empezó a trabajar en “Le Gourmet”, le resultaban desconocidos. Ahora inclusive aprendió algo de italiano, y podía llevar con una sonrisa un plato de pesto, carbonara, risotto, pero cuando los clientes salían con algún agnolotti del plin, o artichoke alla "giudia", se indignaba. ¿No podían pedir algo más sencillo?

DaMarco, el local en el que trabajaba con el arrogante Bertinni, era uno de los restaurantes más caros y exclusivos, ubicado en la Westheimer Road de Houston. El salario no era malo, y lo compensaban las generosas propinas que se iban directamente a pagar el préstamo de la universidad. Dada la cantidad de clientes que acudían a probar la cocina del presumido de Bertinni, ella empezó a aprender rápidamente quién era quién: empresarios, periodistas, hoteleros, magnates, entre otros. Y claro, también se enteraba quiénes eran sus esposas y quiénes sus amantes.

Aquel día en particular se sentía que todo le salía al revés. La falda blanca del uniforme estaba a medio planchar, porque se le fue la electricidad. «¡Otro de sus olvidos de pagar!». La blusa negra se le manchó con salsa a un costado; casi imperceptible, pero si ella lo notaba era suficiente. Perdió el bus, porque llegó diez minutos tarde después de entregarle el perro a Rose. Y los zapatos de tacón negro que llevaba la estaban matando.

Necesitaba un buen masaje o unas vacaciones pagadas. Sonrió ante la perspectiva. Aunque no se lo podía costear, soñar era gratuito. Desde que salió de la universidad, no había podido ejercer de economista, que era su título profesional, pues ni bien se graduó empezó a trabajar para pagar el préstamo.

La crisis no daba para rechazar trabajos, y no quería quedarse en la calle; así que había sido o aceptar en DaMarco – que tampoco era un restaurante cualquiera- o que la metieran en un juicio por incumplimiento de contrato con el banco. Y ella valoraba bastante su libertad.

—¿Escuchaste, Hastings? —le preguntó Pietro Bertinni con esa ponzoña que tenía por ojos. Además que eran del color de la obsidiana. Intimidantes.

—Sí —respondió, cuando en realidad ni se fijó que le había dirigido la palabra. Si contestaba negativamente iba a recibir otra reprimenda sobre responsabilidad y compromiso y bla, bla, bla. No tenía ganas de agregarle esa cereza a su día. Tan solo tenía ganas de terminar esa última hora e irse a casa y frotarse sus pobres piecitos.

—Muy bien. Ahora muestra tu mejor sonrisa que de la mesa ocho depende que mañana tengamos una buena foto en la prensa o un comentario halagüeño.

—¡No te preocupes Pietro!

—Chef Bertinni —corrigió con toda la petulancia de tener un restaurante con tres estrellas Michelin, y una larga lista de premios profesionales a su haber.

—Chef Bertinni —repitió imitando el tono de Pietro.

—Vete, vete. Y no olvides el vino tinto.

—¿Es que ya han ordenado? —preguntó incrédula. Entonces para qué la mandaba si ya habían pedido a otro mesero. No le iban a dar propina.

—No necesitan ordenar, yo sé lo que el señor pide siempre. También me pagan para conocer los gustos de mis clientes más exclusivos sin tener que irlos a incomodar con tontas preguntas.

Ella atendía seis mesas. Y no recordaba haber visto anteriormente al hombre que observaba una vez salió de la congestionada cocina. Avanzando con dos copas de vino, unas entradas: branzino carpaccio, pinenuts y foie grass, y un san daniele prosciutto, fig jam crostini, y un bostezo que intentó disimular, se fijó más en él. Definitivamente ese rostro era nuevo. O... ¿se habría cambiado de mesa? Habitualmente los clientes solían siempre acudir a la misma ubicación. Debió prestarle más atención a Bertinni, se dijo, cuando llegaba cargada de platos a su destino.

—Buenas noches, mi nombre es Grace y es un placer serviles. Sus entradas —las sirvió sin reparar en la rubia que parecía hecha en animación tridimensional por su belleza. Ni tampoco se fijó demasiado en su acompañante—, y sus copas de vino —dejó cuidadosamente en cada puesto una copa.



Cuando elevó el rostro para sonreírles y escabullirse hasta que Bertinni tuviera los segundos platos, sintió que el aire se le atoraba en algún lugar de su garganta. El hombre que tenía frente a ella era arrebatadoramente guapo y exudaba masculinidad, pero sobre todo poder. «¿Quién sería?».

—Primero cariño, que no te preguntamos tu nombre. La servidumbre no se identifica con los clientes es de pésimo gusto —ella se sofocó de coraje cuando la rubia le habló de pronto con ese tono de suficiencia. Luego la miró con ojos de gacela y gesto despectivo haciéndole un escaneo de arriba abajo, mientras le hablaba—. Creo que tendremos que hablar con Giulio, porque éste tipo de cosas no pueden suceder en su restaurante de élite.

—Lo lamento señora...

—¡Señorita! —expresó indignada.

«Como si ella debiera saber su estatus. Nunca la había visto en su vida», se quejó Grace para sus adentros, pero decidió mantener la buena disposición que a ratos se le quería escapar.

—Señorita... —corrigió.

—Déjala Georgette —habló la voz grave y sensual del acompañante, que hasta ese momento había sido un mero espectador—. No se preocupe, Grace —la tal Georgette lo taladró con la mirada, pero él hizo caso omiso—. Georgie suele ser un poco... exquisita con la etiqueta. Puesto que ha tenido la amabilidad de presentarse, no podría ser menos cortés. Soy James Stratton —expresó, y a Grace estuvieron a punto de encogersele las rodillas cuando él acompañó la frase con una sonrisa. De aquellas que seguro conseguían que más de una sucumbiera a sus encantos.

—Mucho gusto, señor —hizo una levísima inclinación de cabeza como hacía con todos los clientes. Luego se dirigió a la rubia odiosa —Señorita —Iba a sacarle la lengua, pero tenía que recordar algo sobre el diario del siguiente día o los medios que iban a hablar del restaurante. Pietro y sus tonterías, pensó—. Si algo más se les ofrece estaré cerca.

Dicho aquello prácticamente huyó de la mesa.

James había entrado al restaurante por insistencia de su amante. Lo único que quería era su compañía en la cama, pero Georgette Spalden quería exhibirse con él en todas partes. Afuera de DaMarco algunos paparazzis lo habían fotografiado y ella aprovechó para pegársele como cebo. La soportaba simplemente porque era muy bella y con un cuerpo fabuloso. Dos meses con ella y los temas de conversación, si acaso existió alguno que no estuviera asociado con intenciones de pasar en la alcoba o viajes por París y Sidney, eran inexistentes.

Cuando la mesera se acercó, se quedó impresionado por sus hermosos ojos azules con forma de almendras. Y cuando se dirigió a ellos, sus labios sensuales lo cautivaron. Lo más gracioso era que tan cansada como se la notaba, lucía muy guapa. Georgette por supuesto, no perdió ocasión para hacerla sentir mal e intentar marcar un territorio con él, inexistente.

Lo malo de pasar demasiado tiempo con una misma mujer era que se creían con el derecho de pretender que lo conocían, e intentaban defender una posición en su vida que no poseían. Esa noche, se dijo, dejaría a Georgette. De todas maneras Nicholas Spalden firmaría el contrato al siguiente día en los términos que a él le interesaban. Su hija, Georgie, simplemente se le ofreció, y él aceptó la oferta como si viniera en el paquete con el negocio. Puro pragmatismo, reflexionó mentalmente.

—¿Por qué la miraste como si quisieras desnudarla? —preguntó con un puchero.

—No he hecho tal cosa, Georgie. No me gustan las mujeres posesivas. Lo sabes. Ahora, come tu entrada por favor —pidió casi con indulgencia. Luego bebió un poco de vino, y observó con disimulo que la tal Grace estaba intentando arreglar un imperfecto en su falda. No entendía qué imperfecto podría tener si a la vista saltaban las formas admirables de sus piernas, a través de las medias del uniforme.

—Oh, James lo estás haciendo ahora ¿Acaso ya no me deseas? —se inclinó hacia adelante dándole un vistazo de los pechos quizá excesivamente generosos, de los que él ya estaba aburrido. La crueldad no era su especialidad, pero esas escenitas lo ponían de mal talante.

—Si continuas tratando de llamar mi atención de éste modo, probablemente al salir del restaurante lo último que desee sea pedirte que me acompañes a mi casa.

Consciente de que le podría costar una noche más para conseguir quedarse embarazada de uno de los jóvenes empresarios treintañeros más cotizados de Texas, Georgette dejó la idiotez. Esa noche conseguiría embarazarse de James Stratton. A pesar de que ella tenía mucho dinero, un poco más no le vendría mal.

—Lo lamento, mi amor —tomó un bocado de foie grass y lo paladeó, al tiempo que, con disimulo, se quitaba el zapato de tacón azul, debajo de la mesa esquinera y discreta en donde se encontraban. Con un ágil movimiento llegó hasta la entrepierna de James—. Mmm... —saboreó mirándolo a los ojos—, estoy segura que no sabe tan bien como tú.

Que no tuviera temas de conversación no significaba que una caricia así de atrevida, cuando toda la alta sociedad de Houston estaba alrededor, no lo excitara. No era hipócrita. Curiosamente no reaccionó como hubiera hecho antes con ella. Delicadamente deslizó la mano, le hizo una caricia en la planta del pie, y se lo bajó.

—Quiero cenar por ahora —fue todo lo que dijo. Luego tomó un tenedor y empezó a comer las costosas entradas.

Georgette se sintió fastidiada; y el fastidio se convirtió en celos cuando vio que James desviaba la mirada hacia algo en su espalda. «¿Sería la meserilla aquella? De una Spalden nadie se burlaba». Además sabía que su padre aún no firmaba ese contrato que tanto le interesaba a James. No era divertido saberse utilizada de ese modo, pero... qué más le daba. Él sería el padre de su hijo. No era estúpida. Sabía que pronto la desearía, pero antes tendría de él lo que ninguna otra mujer había sido capaz: madre de su hijo. Y para ello despejaría cualquier obstáculo que lo desviara de su atención, por más burda y mal vestida que fuera. Sonrió con malicia.

La condenada mesa ocho estaba dando todo un espectáculo, se dijo Grace mirándolos desde lejos. Menos mal que, en la perspectiva que se encontraban, solo era visible para el mesero que los atendía. En ese caso, ella. «Vaya suertecita», pensó. Le habría gustado darle una buena reprimenda a esa mujer por el modo en que la trató. ¿Qué se creía?

Si pudiera terminar de pagar rápido ese préstamo, no tendría que soportar al montón de engreídos, aunque no eran todos así claro, que iban a comer cada noche. Le faltaban algunos miles de dólares hasta culminar su deuda. Le dio lástima de que aquel hombre tan guapo y exitoso repitiera el típico patrón del que solo busca un revolcón, aunque su compañía fuera una pesada como esa. Como si lo hubiera evocado con el pensamiento, sus miradas se cruzaron por un fugaz instante. La piel se le erizó. «¡Dios! Nunca le había ocurrido aquello».

Haciendo un esfuerzo mental recordó algo que escuchó alguna vez asociado al apellido Stratton. Padres con problemas, querellas legales por la custodia del único heredero, abandono. Expulsiones del colegio. Un negocio de más de mil millones de dólares, y una debilidad por las mujeres hermosas. «Como la tal Georgette». Seguro cuando la miró reparó en lo poco destacada que era en comparación con esas modelos de catálogo que salían en revistas con él.

Ella... era solo ella. Grace Hastings. Un metro sesenta y ocho de estatura. Si se subía a tacones imposibles, a lo mejor alcanzaba unos cuantos centímetros más. Cabello caoba en ondas hasta media espalda, pero siempre recogido en una pulcra coleta para el trabajo. Ojos azules con pestañas tupidas. De sus pestañas estaba más que agradecida, se ahorra el líquido que usaban las demás mujeres para realzarlas. Y finalmente su cuerpo. «Ohhh si pudiera achicar todo un poco más... », era lo que siempre se decía frente al espejo.

—¡Hey, nena! —saludó Callum Vaugh, y llegó hasta ella, sacándola de las comparaciones que empezaba a hacer en su mente.

Él le había conseguido el empleo. Fueron compañeros en la universidad. La

diferencia era que Cal, como todos le decían, se dedicó al negocio familia: exportadora de productos lácteos a Europa; algo también del área inmobiliaria. Estaba más que agradecida con él.

En un principio le propuso trabajar en su empresa, pero luego tuvo que viajar siete meses a Singapur, y no pudieron concretar nada. Entonces surgió en un tema de conversación la amistad que tenía con Giulio DaMarco, y así empezó en el restaurante.

—Oh, Cal. ¡Qué gusto verte! —le sonrió con alegría.

—Estaba en el piso de arriba, ya me retiraba —la miró fijamente—. Te ves cansada, preciosa. Deberías tomártelo con calma. ¿Quieres que hable con Giulio para que rebaje tu carga horaria? —preguntó con esos ojos celestes tan amables.

No iba a disminuir su carga horaria, porque eso implicaba menos ingresos; además que no le gustaba que la trataran diferente al resto. Su sentido de la equidad y la justicia estaba muy marcado. Y ya Callum había hecho suficiente por ella.

—Para nada, solamente que hoy me desperté más temprano de lo habitual. ¿Quién es ésta guapa señorita? —preguntó cuando la hermana menor de Cal, Fiorella, llegó a su lado.

—Qué gusto verte, Grace —expresó la muchacha de cabellos dorados que debía ya tener unos veinte años. Exactamente seis menos que ella.

—Bueno dejemos trabajar a Grace, Fio. Pronto se tiene que ir a casa. ¿Grace vendrás uno de estos días a visitarnos? Ya sabes que mi familia te adora.

—Yo... sí. Me encantaría —aceptó con alegría. Le gustaba mucho la familia Vaugh. Era la imagen de lo que era ser unidos y quererse. Cuando aún eran compañeros de aula, siempre iba a estudiar a casa de Cal y pasaban gran tiempo juntos. Lo quería mucho.

Se despidieron con un cálido abrazo.

Desde la mesa ocho un par de ojos verdes no se perdió la escena. James conocía a Callum y sabía que estaba en su liga: playboy y adinerado. No sabría decir por qué, pero verlo cerca de esa muchacha lo tensionó. Y no era precisamente una emoción agradable.

—¿Desean que les traiga los segundos? —preguntó Grace acercándose al ver que

habían concluido las entradas.

Extrañamente, reflexionó Grace, la rubia le sonrió y casi pareció sincera. Casi.

—No querida. Por favor, tráenos más vino tinto —contestó con voz melosa. Ella no había pasado momentos difíciles sin aprender que esa se traía algo entre manos. Solo que no podía imaginarse qué... o a lo mejor era el cansancio, pensó.

—¿Usted, señor Stratton?

James le iba a decir que no quería que lo llamara de ese modo tan formal, pero no quería un berrinche de Georgette.

—Lo mismo, gracias —respondió con más parquedad de la que hubiera querido.

A lo mejor si ella se comprara un vestido palo rosa similar al que llevaba la rubia, probablemente se quedaría sin dinero durante dos meses. Algún día podría comprar todo lo que deseaba y también compensar a la señora Hogan por su generosidad.

Pietro no le creyó cuando le dijo que los clientes no querían más comida, sino solamente vino. La acusó de atenderlos mal, y casi se dispuso a ir él personalmente. Finalmente un espárrago que amenazaba con carbonizarse en aceite de oliva atrajo su atención y ella huyó con las dos copas de vino.

No sabría decir si acaso se quedó dormida dos segundos, o si las manos le fallaron, o un mal augurio del destino la llevó tropezar con algo cerca de la pata de la mesa. El hecho es que la mitad de la copa que iba destinada a Georgette, se derramó en su caro vestido. Horrorizada, tomó la servilleta de tela e intentó limpiarla.

—¡Estúpida! ¡Mira lo que has hecho por andar distraída! —exclamó airada la muchacha, poniéndose en pie, de tal manera que todo el restaurante dejó los cubiertos por un momento sobre la mesa, y el ambiente se volvió incómodamente silencioso.

—Georgette cálmate no es para tanto. Vuelve a sentarte —pidió James mascullando entre dientes. Odiaba los escándalos en público. No quería ser la comidilla de los empresarios ni los paparazzis al siguiente día.

—Por favor, discúlpeme, no sé qué pasó... —empezó Grace preocupada.

Todas las miradas estaban sobre ella. Oh rogaba que Pietro no hubiera escuchado. Por primera vez podría decir que el silencio tenía sonido.

—Claro yo te lo voy a decir. Eres una incompetente que pretendes hacer amistad con el cliente y estás desprovista de cualquier educación, así que has el favor de llamar al administrador —mantuvo su voz petulante.

«Nooo», gimió Grace para sus adentros.

—Georgette —expresó con tono acerado James intentando callara, pero la rubia estaba empeñada en lo que fuera que tenía en mente, y no le prestó atención. Él tenía los nudillos de la mano casi blancos sobre la mesa, intentando controlar las ganas de agarrar a la mujercita escandalosa por el brazo y llevársela a rastras para no volver a verla.

—¿Quieres que me calme? —preguntó Georgette.

Grace los miraba con las manos entrelazadas delante. Estaba nerviosa, pero no le iba a dar el gusto a la rubia de verla en apuros.

James mascullo que sí muy bajo.

—Perfecto —Georgie bajó la voz, se acomodó, y poco a poco los comensales volvieron a lo suyo entre murmullos—. No volveré a decir nada si tú haces algo por mí, amor —le dijo con ojos coquetos.

—No me gusta que me chantajeen.

—Oh, no lo hago. Solo es un capricho.

—No estoy para consentir los caprichos de nadie tampoco.

Al parecer alguien había ido con el comentario de que estaba ocurriendo un escándalo en el restaurante, porque Grace vio con el rabillo del ojo que Pietro se acercaba. «No, no, por favor, vuelve a la cocina», pidió en silencio.

—¿Solo en la cama? —preguntó de tal manera que Grace, quien intentaba esconderse o huir de esa conversación, los escuchara—. Te recuerdo que mi padre me quiere mucho y aún tienes que firmar un acuerdo con él. ¿Mañana, me parece, verdad? —interrogó retóricamente.

En ese instante James la despreció.

—Si me permiten, la cena corre como cortesía de la casa para reparar éste terrible accidente —se atrevió a interrumpir Grace, esperanzada de que con eso se contentara la odiosa mujer, y Pietro viera todo en calma y fuera de vuelta a su amada cocina.

Georgette la miró con burla, e iba a hablar cuando la pesadilla de Chef se acercó.

—¡Bella! ¡Carissima! ¿Suced algo? —preguntó Pietro llegando hasta ellos, y tomando las manos de la escultural Georgette, quien se puso de pie para saludarlo. Luego se giró hacia James—. ¡Señor Stratton! Qué honor tenerlo con nosotros

nuevamente ésta noche. Espero que hayan sido de su agrado mis creaciones —sonrió como quien espera ser relevado del estrés con una palabra amable.

—Pietro, como siempre, exquisito todo —replicó James al italiano. Grace no pudo evitar fijarse en las bien cuidadas y masculinas manos del empresario.

—Pero muy mal atendidos —se quejó Georgette mirando afligida a Grace, a quien le dieron ganas de abofetearla por hipócrita. Ahora estaba más que convencida que ella había puesto su costosa punta del zapato tan suavemente para hacerla tropezar.

El temido Chef la observó. Estaba segura que lucía serena. No le iba a dar el gusto a Pietro de decir que la recomendada de Callum Vaugh era una inepta. De ser por Pietro ella hubiera estado con las maletas en la calle al tercer día, porque no se podía aprender los benditos nombres de los platos. Los idiomas no eran lo suyo. Pero se las apañó muy bien, y el hombrecillo no tuvo excusas para echarla.

—¿Oh? —preguntó como si gran cosa al observar la gran mancha roja en el vestido palo rosa—. ¿Cómo se te ha dañado un Óscar De La Renta de colección? ¡Che orrore, cara!

—La señorita —James miró a Grace —, se ha ofrecido a que la casa corra con la cuenta de la cena, Pietro. Gracias por tu interés —se puso en pie dispuesto a irse.

—¡Pietro éste tipo de personas no pueden trabajar aquí! —exclamó la supuestamente ofendida, en un modo que la conversación era solo audible entre ellos.

Grace perdió el color del rostro. « ¿La idiota esa estaba intentando decir lo que ella creía que intentaba decir? ». La angustia se apoderó de su cuerpo.

—Basta, Georgette —expresó James, bajito y con furia, tomándola del brazo para salir.

—Si no haces que la despidan. Puedes decirle adiós al contrato de quinientos millones de dólares para la construcción de la primera etapa del nuevo conjunto residencial de lujo en las afueras de Houston, querido —le dijo al oído en un susurro—. Mi papá me adora.

James la miró con fastidio. Le daba pena por la guapa mujer que tuvo la desgracia de atender su mesa y llamar la atención sin proponérselo, justamente al frente de una chica caprichosa como su acompañante. Él tenía que elegir: negocios o condescendía.

No estaba para librar de los problemas al mundo, y tuvo un día muy cansado.

—Pietro, a pesar de la buena comida, tu colaboradora en cuestión —miró

significativamente a Grace. Y ella sintió como si llegara una sentencia de muerte de una forma lenta y dolorosa—, ha ofendido a la señorita Spalden, echándole a perder un vestido muy caro. Eso jamás me ha ocurrido en ninguna otra parte.—La sonrisa de Georgette deslumbraba al ver su propósito a punto de concretarse—. No creo que te guste que esto se repita con otros invitados, quizá menos tolerantes. Los elementos que causan incomodidad a los clientes VIP deberían removerse de sus funciones, para que atiendan a una clientela más popular.

Por primera vez en mucho tiempo, James se sintió con cargo de conciencia.

Pietro asintió como un corderito escuchando al diablo dar consejos sobre lo hermosa que es la vida, indistintamente si se saltan o no las reglas.

—Hastings —expresó solo para ella, pero Grace era consciente que la rubia estaba disfrutando ese instante. Nunca había sentido odio por nadie, pero en ese preciso instante James Stratton estaba en su lista negra. ¿Cómo pudo permitir semejante injusticia? Él sabía que la rubia la hizo tropezar, con mucho disimulo—.Hasta hoy trabajaste aquí —declaró el Chef con suficiencia.

«Condenado fuera Pietro y sus necesidades de ser adulado. No era mala persona, pero se dejaba llevar por sus clientes», pensó Grace. Y luego miró sin emoción a James. «Un hombre tan guapo desperdiciado. ¿Dónde estaba su conciencia?». Y era exactamente la misma pregunta que él se hacía mientras la miraba tan fuerte y firme a pesar de lo que estaba ocurriéndole por su culpa. Era una lástima, pero él quería ese contrato.

—Bueno, ya que no trabajo desde éste instante para ti Pietro, le extenderé mi renuncia a Giulio, porque no quiero querellas legales por despidos, ni saber más de ti ni de tus adefesiosos platos italianos. Pero antes —habló con un desdén que nunca antes se había escuchado en ella misma—, permíteme decirte que ésta mujer a la que llamas bella y querida, en lugar de vestidos debería comprarse un poco de humildad y educación —miró con hastío a Georgette. Después reparó en James—. Y éste cliente a quien te desvives en complacer, no es más que un pomposo que no tiene el más mínimo sentido de la justicia o la integridad.

Dicho esto, poco o nada le importó, se sacó el broche que rezaba DaMarco, y lo lanzó sobre la mesa. Con paso firme fue a recoger sus cosas, no sin antes sentir una mirada penetrante en la espalda. Sabía a quién pertenecía, pero no se giró.

Cuando llegó a su departamento se desplomó en la cama, sintiendo cómo el mundo se cerraba sobre ella. Sin trabajo. Sin ingresos. ¿Qué iba a ser de ella en medio de esa crisis que estaban viviendo? Hizo lo único que podía a la una de la madrugada y en esas circunstancias: dejó que las lágrimas cayeran sobre la almohada, hasta que se durmió.





## Capítulo 2

El timbre del departamento no dejaba de sonar. «¿Qué hora serían?». Aún abrumada por la terrible noche que tuvo, se puso lentamente en pie. Se cepilló los dientes y se puso la bata encima. Arrastró los pies hasta la puerta, ahogando un bostezo. Seguro tenía los ojos hinchados como búho de tanto llorar.

—¿Quién?

—Buenos días, cariño. Soy Rose —«¡El perro! Había prometido pasear durante las próximas dos semanas al perro», recordó—, son casi las diez de la mañana —«¡Queeeé!», nunca se despertaba tan tarde. Oh, bueno, ahora era una desempleada más, pensó con sarcasmo—. Me preguntaba si estabas bien.

Grace abrió la puerta de inmediato.

—¡Hola... ! —el saludo se le quedó atascado a Rose al observar a la muchacha. Grace tenía el rostro con ojeras y los ojos inyectados como si hubiera estado llorando toda la noche.

—Pase, por favor —la invitó, y la mujer entró dejando su olor a lilas—. Quebec, perrito, buenos días —saludó Grace al acariciar las orejas del labrador color chocolate cuando pasó junto a su dueña. En algún momento Rose le comentó la devoción que sentía por esa raza de perros, y que en su familia siempre los elegían. Como nunca tuvo tiempo ni espacio para una mascota, sacar a pasear a Quebec, pero sin los gastos que implicaba cuidar un can, era lo más parecido a tener uno.

—Lo siento. No quería importunarte. ¿quieres que te prepare algo de tomar, mientras te vas a dar un baño? Así se irá ese rostro de cansancio.

—Oh, no, no se moleste.

—Anda, anda, Gracie, ve. Quebec y yo nos encargamos de tu casa un ratito.

Grace le sonrió. ¿Cómo no iba a querer a esa mujercilla tan amable?

Cuando el chorro de agua templada cayó sobre ella, los músculos empezaron a

relajarse. Dejó correr el tiempo, mientras se enjabonaba con cuidado y aplicaba shampoo de aloe vera para el cabello. Entre masajearse el cuero cabelludo, y aclararse, le angustia se empezó a apoderar de sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer ahora que había perdido su empleo? No tenía absolutamente nadie a quién recurrir; y molestar a Callum no era una opción. Le faltaban diez mil dólares para terminar de pagar el préstamo que hizo al banco, y si no cumplía con la cuota mensual le pondrían algún juicio. Y entonces estaría realmente perdida. Ese tal James se las iba a pagar algún día. De eso estaba segura.

Al mal tiempo buena cara, siempre pensaba. Así que se untó crema con olor a rosas y vainilla, y se secó el cabello. Pretendió que nada era diferente al día anterior, cuando aún conservaba su empleo y un modo de sustento por ende. Aunque por dentro la incertidumbre no la quería abandonar. Se puso unos pantalones chinos y una blusa celeste.

—¡Vaya! Ahora sí tenemos una mejor pinta. Ven tesoro, siéntate. Quebec insistió que unas tostadas con mermelada y mantequilla te harían muy bien, y un café cargado. ¿Qué te parece el menú? —sonrió sirviéndole, y tomando asiento frente a ella.

—Oh, Rose, su amistad es impagable para mí. No tiene idea de la noche que tuve... yo... me quedé sin empleo.

La mujer se cubrió la mano con la boca, sorprendida.

—¡No puede ser! ¿Estaban recortando la plantilla? —indagó, mientras Quebec se echó a un lado con un suspiro.

—No. Uno de los clientes, de esos ejecutivos adinerados, prefirió que su amante de turno hiciera un escándalo y me echara la culpa de algo que, evidentemente, yo no hice, y le dijo en pocas palabras al pesado de Bertinni que en su cocina no podía tolerar a alguien como yo. Y pues... me echaron —explicó afligida, pero también iracunda.

—¡Será descarado ese chef! —En alguna ocasión cuando se sentaron a tomar algo, Grace le comentaba de lo imposible que le hacía la vida el italiano—. ¿Y qué hiciste tú?

—Le canté sus verdades a ese engreído de Bertinni, a la mujerzuela y al ricachón, y me largué —se miró las manos. Quizá si hubiera dicho que lo sentía, el hombre no se ponía tan duro con ella y hubieran tenido clemencia. Pero ir contra sí misma era inaceptable.

Rose se rió.

—Me parece excelente que lo hayas hecho... ¿Quién era ese insensible ricachón?

—El tal James Stratton, ese magnate inmobiliario —respondió con desprecio, reafirmando con un gesto de la mano. Al escuchar el nombre, la mujer de ojos celestes la miró pensativa, mientras Grace continuaba —. ¡Pero me quedé sin empleo! ¿Cómo voy a pagar mis deudas y además todo lo que le debo a usted? Oh, Rose, Rose... éstas cosas solo me ocurren a mí. En plena crisis quedarme sin empleo, y lo peor de todo, es que ni culpa tengo de lo ocurrido. Es tan injusto —se lamentó.

—No me debes nada, hija, no me debes nada.

—¿Cómo no? —la miró avergonzada—. Me ha pagado el alquiler en al menos tres o cuatro ocasiones, me comparte su comida cuando me ve atorada que no he podido ir al supermercado, me regala su tiempo... yo lo único que hago es pasear a Quebec —el perro agitó la cola al escuchar mencionar su nombre—, y darle problemas —susurró bebiéndose el café que faltaba para dejar vacía su taza—. Y usted no tiene fondos... he abusado de su amabilidad, por favor, discúlpeme. Yo encontraré el modo de pagarle lo que me ha prestado. Se lo prometo —expresó con firmeza.

Rose le puso la mano arrugada por el tiempo, sobre la tersa piel de Grace.

—Gracie —dijo con afecto—, yo quizá no he sido sincera contigo del todo.

Ella la miró interrogante.

—Mi familia tiene mucho dinero, pero cuando murió mi esposo hubo muchas querellas por su fortuna. Así que la repartí a instituciones de caridad, y me quedé con otra parte, y varias acciones en compañías alrededor de Estados Unidos. Un día me cansé de esa vida social imposible y me retiré. Mis abogados se encargan de cobrar por mí y obrar en mi nombre. No quiero que me devuelvas nada. Tómalo como un regalo, por tu cariño y tu compañía. Además, he pensado que quizá sea momento de darle un giro a mis finanzas y abrir una compañía...

—Vaya secreto, Rose. ¿Le avergüenza tener dinero? —preguntó curiosa.

—En absoluto. Solamente que prefiero vivir sencillamente; viajé, conocí y tuve lujos en demasía hasta que me aburrí. Siento que ahora mi vida es más tranquila. Y me gusta, pero siempre fui una mujer de negocios muy activa, y como te dije siento que es tiempo de volver al ruedo —se acomodó su pelo blanco y corto.

—¡Wow! —se quedó en silencio un momento. Luego prosiguió—: Es decir que usted tiene familia... pero, Rose, nunca han venido a verla. En todos éstos cinco años que vivo aquí jamás ha pasado una Navidad fuera, ni una Noche Vieja. Siempre hemos sido las dos. O salvo aquella ocasión que me acompañó a casa de Callum.

Rose hizo un gesto que no le pasó desapercibido, una tristeza profunda y algo

más...

—¿Callum conoce su pasado ? —la mujer asintió con un atisbo de arrepentimiento—. ¿Por qué no me lo contaron? ¿Pensaron que quizá yo iría a interesarme por su dinero... ? —indagó resentida.

Rose le tomó las manos, apretándoselas con cariño.

—En absoluto. Verás dulzura, yo les pedí que así fuera. Sé que tú no eres así. Lo supe cuando llegaste aquí, y me tocaste la puerta para devolverme la llave del correo que se me había caído. Ésta vieja ha vivido lo suficiente como para saber quiénes son de fiar. Tú lo eres, solamente que no quería contarte un pasado sin importancia.

—Ya veo...

—No, no lo ves. Los amigos estamos para ayudarnos, y tú has sido una compañía más grata que cualquiera, y ahora quiero devolverte tu impagable cariño de algún modo.

—Pero Rose, si ya le debo dinero. No tiene que darme nada.

—Quiero hacerlo —sonrió, mientras Quebec se echaba panza arriba—.Deja que ésta vieja se dé un gusto, y eso es ayudarte. Y además, tú me ayudas al mismo tiempo retomando la aventura de ser empresaria —se rió con gusto—. Así no te sientes en deuda. Quiero poner una consultora financiera. Necesito alguien que sepa economía y finanzas. Y esa eres tú.

—¿Y qué va a decir su familia de que una extraña como yo de pronto se aparezca a su lado en una escena corporativa?

—Digamos, Gracie que mi familia decidió aislarme cuando me retiré a vivir por ésta área —sonrió con tristeza—. A ellos le importa mucho lo que piensen los demás, y los que fueron mis amigos... mis verdaderos amigos, fallecieron hace unos siete años. Mi familia ahora eres tú. La deuda que tienes en el banco queda cancelada como parte de tus honorarios. Yo no voy a asistir a ninguna reunión, pero te asesoraré en lo que requieras. Tú serás la cara de la empresa, y para estar más cerca del casco empresarial, nos mudamos a otra parte de la ciudad. Estarás al mando. ¿Qué opinas? ¿Aceptas?

Grace sentía que el corazón le iba a mil. «¡Una empresa!». Rose era millonaria, y quería que ella la representara.

—Usted es mi ángel de la guarda, Rose. ¡Acepto! ¿Qué tengo que hacer?

La mujer se rió con ganas como hacía mucho tiempo no lo hacía, y abrazó a la

muchacha a quien tanto afecto tenía.

*Cuatro meses más tarde.*

Al otro lado de la ciudad, James iba de un lado al otro. Estaba verdaderamente enfadado con su relacionista pública, porque no pudo evitar que los diarios publicaran la caída que de la noche a la mañana sufría el sector inmobiliario, ubicando a su corporación como una de las más afectadas. De hecho, estaba dando de gritos a sus colaboradores del área financiera.

—¡Son una panda de ineptos! ¿Para qué les pago los miles de dólares cada mes? ¿Acaso no es para que sean eficientes y cumplan a cabalidad vuestras metas? ¿Por qué narices no pudieron prever que después de firmar el contrato con el maldito idiota de Nicholas Spalden se iba a ir en picada todo esto? ¡El trato no solo será infructuoso para mí, sino para él también! ¡Demonios!

—Señor tratamos de advertírselo —explicó nervioso Flind Hayes, el jefe del departamento financiero—. Yo le envié un informe con la tendencia del mercado antes y después de que firmara el contrato. Usted quizá no leyó...

James dio un puñetazo sobre la mesa de vidrio importado, haciendo que todos los nueve asesores se removieran incómodos en sus sillas de cuero azul. Hayes cerró la boca.

—Hayes. Leí el maldito informe. Pero en mí copia no constaba la tendencia de mercado. ¿Cómo puede ser eso posible?

—Se... señor Stratton yo pensé que Merryll su asistente le había dado la copia correcta —se atrevió a comentar Lawrence Ockland, el segundo a bordo en el área de finanzas y marketing—. Quizá se confundió...

—Ockland odio a los inútiles. Dile a Recursos Humanos que te haga la

liquidación. Era tu deber comprobar, no dejarle a mi asistente la tarea; ni a mí. Yo no te pago porque me caigas bien. Estás despedido.

El aludido se quedó anonadado.

—¡Que te vayas! —gritó James, y Lawrence salió disparado de la oficina.

—Hemos perdido cuatrocientos millones de dólares. ¿Saben lo que es eso? ¡¿Lo saben?!  
—

Todos asintieron.

—Bien —hizo amago de calmarse—. El mercado está en picada y quiero que se pongan a trabajar buscando el modo de levantar la plusvalía de todas nuestras propiedades. No me importa lo que hagan, no me importa a quién tengan que contratar. Quiero esos millones de vuelta. Y los quiero ya.

—Sí, sí —expresaron a distintos tiempos entre murmullos, mientras empezaban a alejarse de la mesa de reuniones.

James jamás perdía el control de ese modo. Pero el error de su ejecutivo le había costado demasiado caro, y lo peor de todo era que tendría que despedir a una parte del equipo de trabajo hasta que la corporación Stratton se restableciera.

Grace aún no se podía creer su suerte. Giraba a su alrededor cada mañana con una gran sonrisa desde el balcón de su nuevo departamento y sonreía a la ciudad de Houston desde aquel hermoso piso. Su hada madrina, Rose Hogan, vivía en el departamento de arriba. Dos plantas completas para ellas, pero estratégicamente separadas para proporcionarles independencia a cada una. Cinco cuerdas más adelante estaba el complejo de edificios que albergaba la empresa. Cerca de casa y la oficina. ¿Qué más podía pedir?

Si creía que su amiga tenía dinero, jamás se imaginó que fuese tanto. Ella se comportó de un modo tan generoso que se sintió mal. «Déjame todo a mí, querida. Y toma esto como una inversión de mí parte. Tú vas a triplicar mis activos y lo que te estoy dando no es nada», le señaló cuando Grace se quejó del exceso de gasto que todo el proyecto implicaba.

Y como si la mujer fuese una adivina con los pronósticos, en las dieciséis semanas que trabajó incansablemente en conjunto con el equipo de Marketing y Relaciones Públicas, la empresa se convirtió en la referencia como consultora

económica y financiera más de moda en la ciudad. Y con las recomendaciones de sus propios clientes a otros, llamaban desde distintas partes de Estados Unidos. El dinero entraba en grandes cantidades.

Los clientes que manejaban en un inicio, pronto pasaron de ser las pequeñas cadenas locales de negocios, y nombres como Cartier, Coca-Cola, Dell, Trump, Carolina Herrera, Cover Girl, inclusive Google, empezaron a solicitar de sus servicios. Grace alucinaba, especialmente cuando su ropa pasó de costar veinticinco dólares en los almacenes de dos por uno, a doscientos cincuenta dólares por solo un accesorio. Ella disfrutaba cada gusto que se daba, porque jamás lo tuvo en su vida; sin embargo, no dejaba de tensarse cuando veía el valor nuevamente reflejado en la factura.

—Deberías dejar de verificar cinco veces el precio antes de comprar, Gracie querida. Te has ganado cada centavo —le dijo Rose una ocasión.

—Lo sé —ella había replicado con timidez. De pronto la mujer sencilla se había transformado en sofisticada y más segura que nunca de sí misma.

Rose sacó a relucir sus mejores ropas también, y la primera vez que Grace la vio con lo que habría sido su atuendo de toda la vida años atrás, se quedó sorprendida. Destilaba una elegancia clásica e innata a raudales.

—Oh, Rose, me siento realmente útil, y sin palabras para agradecerse. Lo que aún no entiendo es por qué no se presenta jamás en público ni siquiera en las reuniones con clientes. No lo comprendo.

Ella había sonreído enigmáticamente.

—Ya mi paciencia no es la misma, y lo que necesita la Corporación de Asesores Hogan es una mente joven, ágil. Más adelante, probablemente, cuando el cliente y la situación lo ameriten, entonces quizá personalmente te acompañe.

Grace no volvió a topar el tema.

En su agenda del día tenía un almuerzo importante. Así que se dio un baño perfumado en aroma de vainilla. Había descubierto que tener un poco de dinero tenía sus privilegios, por ejemplo, no preocuparse por la cuenta del agua al final del mes. Ahora dejaba correr un poco más de tiempo el líquido vital, y se sumergía en un baño de burbujas al que le tenía particular afecto y afición.

Otra curiosidad recién descubierta, era que los pretendientes parecían salirle



debajo de las rocas. No era que le hubieran faltado propuestas anteriormente, pero ahora resultaba inclusive algo abrumador. Desde que empezó a trabajar y vincularse más al mundo de las altas esferas de Houston, no solía tener un solo fin de semana sin al menos diez invitaciones al cine, o una cena romántica, un viaje hacia paradisíacos destinos, y el más aventurero le propuso matrimonio. «Amor a primera vista», le confesaban. Ella los declinaba educadamente a todos, pues ninguno conseguía que su mente se quedara en blanco o el corazón se le acelerara desbocado. Si era sincera consigo misma, el único hombre que recordaba haberle causado semejantes sensaciones, también le produjo un gran daño meses atrás cuando trabajaba aún de camarera.

Aunque la venganza no era su estrategia, interiormente se alegró cuando leyó en las noticias que la Corporación Stratton estaba en serios aprietos económicos por la debacle inmobiliaria mundial, especialmente por sus mercados más rentables en otros tiempos: España, Italia y Grecia. De acuerdo a los diarios y noticieros televisivos, James Stratton estaba sosteniendo conversaciones para asociarse con una empresa australiana o americana e inyectar estabilidad. Aquellas noticias fueron un boom. Pero Grace estaba tan sumergida en el trabajo que recién ahora, medio año después, podía dedicarle una curiosa atención al tema. Para ella la solución era tan sencilla, que no entendía cómo Stratton, con su archiconocida visión de negocios, no había dado con ella.

Se vistió con un traje de su clienta favorita, Carolina Herrera, quien además de honorarios, le obsequió tres preciosos conjuntos para la oficina. El que en ese instante utilizaba era uno color rojo semiajustado, con una blusa sin mangas con randas en la parte de la cinturilla. La americana a juego con ribetes blancos era un sueño. Y los tacones que se puso le conferían unos cuantos centímetros más de estatura.

Le tocó el interfono a Rose para comentarle que tendría un cliente nuevo y le haría saber los resultados. Su amiga le explicó que ese día iría de compras con el chofer, Vinicius, y a dejar flores en el cementerio. Antes de alejarse caminando, como le gustaba hacer, hasta la oficina, acarició las orejas de Quebec, quien ahora gozaba de un entrenador especializado. Rose quería a su mascota como si fuera su hijo o quizá inclusive su nieto, aunque el tema de la familia era un asunto que implícitamente no se topaba entre ambas.

El edificio bullía en actividad. Poseían cinco pisos, repletos de escritorios, ordenadores, personas sumamente capacitadas, pero sobre todo, un entorno abarrotado de eficiencia y buen trato al cliente. Pensar en todo el tiempo que le llevó lograr que la gente más cualificada y especializada renunciara a años de trabajo en empresas tradicionales, la enorgullecía; ahora para la compañía solo trabajaban los mejores profesionales de Texas.

—Buenos días, Grace —saludó Sylvia, su asistente—. Tu reunión empieza en la sala mayor dentro de veinte minutos.

—¿Quién es el visitante? —indagó abriendo su bolso para buscar un bolígrafo. Antes de que Sylvia, quien por cierto fue su compañera en la universidad, le respondiera, un poco de hojas salieron volando por los aires. Una persona se tropezó con ella.

—¡Por favor, fíjate por dónde caminas! Aquí manejamos datos confidenciales e importantes —exclamó preocupada. La información y el cuidado de la misma eran prioritarios, y se ocupaba de que todos sus empleados firmaran varias cláusulas de confidencialidad en sus contratos.

El joven, que Grace se dio cuenta era uno de los pasantes de la consultora, empezó a farfullar una atropellada disculpa. Sus cabellos negros estaban alborotados cuando se incorporó de la alfombra, y los lentes mal colocados.

—Tom —saludó más calmada. Ella se encargaba de hacer sentir a todos que el trato era igual, sin preferencias—. Por favor, recoge éste desastre lo antes posible. No te pongas nervioso, aquí no somos déspotas ni inconscientes. Levántate... —se inclinó y lo ayudó.

Sylvia empezó también a recoger las hojas, hasta que finalmente todo estuvo de nuevo en orden. Para cuando Grace consultó el reloj, entre una cosa y la otra, había perdido diez minutos. La puntualidad era su mayor puntal para contribuir aún más a una impresión de profesionalidad. Así que le dijo a Sylvia que enviara a la sala a quien fuera el cliente, ni bien se presentara en las instalaciones.

Grace consultó sus notas, y se empapó del panorama financiero con el pequeño informe que siempre le daba el encargado del estudio de mercado y monitoreo de medios. Lo hacía cada mañana. Era una rutina interesante y productiva. Ahora, en la sala mayor, estaba totalmente cómoda. El lugar era precioso, y mientras la decoraban, se encargó de que contara con cómodos asientos, una pequeña fuente de agua en una esquina, un mini-bar para los invitados, y una pantalla con proyector de última tecnología. Allí se sentía en su ambiente. Cuando concluyó la lectura, empezó a guardar los documentos en la carpeta principal. Y para animarse empezó a tararear una canción de Frank Sinatra que le encantaba. *The way you look tonight*. No es que fuera una cantante experta, pero le gustaba mucho cuando tenía buen humor. Y ese día estaba de excelente talante.

*With each word your tenderness grows*

*tearing my fear apart...*

*and that laugh that wrinkles your nose,*

*it touches my foolish heart...*

Mientras cantaba, no escuchó la puerta abrirse.

—Buenos días —sonó una voz grave y muy varonil a su espalda, haciéndola callar de inmediato. «Esa voz le sonaba. Le sonaba». Se giró para ver a quién pertenecía. Y le habría gustado no haberlo hecho.

—Vaya. Después de servir mesas, ahora entretienes a la audiencia cantando y ejerciendo de asistente. Es un buen cambio para variar —habló con sorna el visitante. Él no podía creer que aquella mujer trabajara ahí, cuando durante mucho tiempo se preguntó qué habría sido de ella. Se enteró en algún momento por Callum, que trabajar para DaMarco era el único ingreso para la muchacha. A pesar de que sintió algo de culpabilidad, no fue suficiente como para desviar su atención de lo importante: su negocio—. Aunque la canción de Sinatra es fabulosa, no creo que dedicarte al canto sea lo tuyo —sonrió, y Grace, que se había recuperado de la impresión de verlo, casi quiso echarlo, pero él continuó hablando—: Supongo que sabes quién soy, pero no me molesta presentarme de nuevo —estiró la mano acercándose a ella, para saludarla—, James Stratton.

—Señor Stratton —esbozó una sonrisa, aquella aprendida para bajarle los humos a hombres de negocios que al verla tan joven pretendían aprovecharse e intentar manipularla—. Qué coincidencia, ¿verdad? —rió sin ganas.

James se acercó, lo suficiente para percibir el perfume amaderado que Grace estaba utilizando esa mañana.

—Eso parece, ¿tú nombre... ?

«Claro, ¿cómo iba a recordar a una simple mesera, aunque le hubiese casi destruido la vida?», pensó observándolo.

—Grace Hastings.

—Grace, verás, soy un hombre de negocios muy ocupado —continuó tuteándola—. ¿Puedes llamar a tu jefe? Ah y te agradeceré me sirvas un café.

A James, le habían recomendado la empresa consultora, y le sorprendió la cartera de clientes y la reputación que la precedía para ser relativamente nueva en el mercado. Necesitaba con urgencia un asesor externo, porque su equipo no daba abasto desde que tuvo que recortar la plantilla. Se estaba jugando su última carta, y si fallaba se vería obligado a hacer un préstamo bancario a intereses por las nubes para inyectar solvencia. Era un valor muy alto, y él ya había perdido cuatrocientos millones de

dólares. Sus asesores no lograban encontrar el modo de recuperarlos. Y si Corporación de Asesores Hogan sacó adelante a varios de los más importantes empresarios, seguro que el alto costo de los servicios de consultoría que brindaban, valía la pena.

—Será un placer señor Stratton, ¿cuántas de azúcar?

—Dos —replicó mirándola con cansancio.

Él tenía el tiempo contado, porque su novia, Rebecca Thuils, lo estaba esperando para ir a comprar un nuevo juego de alhajas para una ceremonia esa noche. Ella era muy guapa y sabía moverse en los círculos sociales de la clase alta de Houston con la misma soltura que él. Si en algún momento pensaba en casarse, sería con una mujer como Becca: sofisticada, complaciente en la cama, no le importaba si se acostaba con otras, con tal de tener una tarjeta de crédito ilimitada y solo le pedía que sus affairs no trascendieran a los círculos altos de la ciudad. Se llevaban muy bien. Para él era el trato perfecto.

—Bien, tome asiento, dentro de un momento se lo traigo.

Mientras Grace salía de la sala, él contempló con placer el modo que el traje se le ajustaba a cada movimiento de sus esbeltas piernas. «¿Cómo era posible que estuviera desperdiciándose de mesera cuando podía ganar miles como modelo?», pensó al verla desaparecer detrás de la puerta.

Cuando llegó a la cafetería Grace se echó una carcajada. Así que el gran hombre de negocios a punto de la quiebra, asumió que era una mesera; no se le ocurrió preguntarle qué hacía, ni disculparse por lo que él le hizo meses atrás. Se iba a llevar entonces una sorpresa. Ella había hecho los deberes y si James Stratton daba un paso en falso iría directo a la insolvencia. Su presencia en la consultora significaba que dependería enteramente de ella para salir del atolladero... o quizá podría hundirse completamente.

«¡Grace Isobel Hastings!», se reprendió mentalmente. Ella no se rebajaba a esa clase de tretas. Aunque eso no impedía que la posibilidad de que James pudiera experimentar la misma angustia que le hizo pasar meses atrás, no le diera un poquitín de alegría.

Ella volvió al salón y dejó el café sobre la mesa de vidrio. Luego se sentó frente a James.

Él, al verla tan cómodamente sentada, enarcó una ceja a modo de pregunta.

Y en ésta ocasión los labios de Grace dibujaron una sonrisa espontánea.

—Señor Stratton, ¿me puede indicar cuál es el tema que desea tratar hoy? —cogió un bolígrafo Montblanc.

Él se rió, y a ella le cosquilleó la piel.

—Si me das una buena razón para responderte, quizá lo haga —cruzó los dedos tan masculinos y elegantes, unos sobre otros, y la miró con suficiencia.

Ahora le tocó a ella el turno de reírse.

—Claro. ¿Está bueno el café? ¿Es de su gusto? .—Él asintió, aunque sentía que le estaba tomando el pelo y eso no le gustó—. La razón me la tiene que dar usted a mí, soy la dueña de esta compañía y bueno, digamos que mi propia jefa. Y como puede ver —bajó el tono de voz como si fuese a contarle un secreto—, lo de preparar café se me da muy bien.

—Si esto es una broma... —expresó molesto.

—Vamos a demostrarle señor Stratton que en nuestra compañía nadie bromea cuando se trata de negocios —replicó seria.

Grace empezó a relatarle toda su historia comercial, los altos y bajos, lo mejores años, las causas detrás de los superávits, pero evitó las causas de la gran caída, aquello solo le informaría si él contrataba sus servicios. Tonta no era y de gratis no trabajaba. Estuvo hablando de números, cifras, proyecciones y conclusiones financieras, alrededor de cuarenta minutos, y él no podía hacer otra cosa que mirarla sorprendido, y embobado. ¿Dónde quedó la chica tímida que servía mesas? ¿Quién era ésta mujer?

Cuando concluyó su resumen económico, finalmente volvió a mirarlo. Y en esos ojos azules, él vislumbró el desafío.

—¿Por qué no me dijiste quién eras desde un principio? Te hubiera...

—¿Tratado mejor, señor Stratton, eso era lo que quería decir? ¿Me hubiera dicho palabras más amables y hubiera dejado de mirar mi trasero cuando salí por esa puerta, si supiera que yo soy la cabeza de esta empresa, y que, si está aquí es porque sabe que tengo la solución al futuro de su corporación en mis manos? —preguntó con desprecio.

Él la miraba fijamente con una mezcla de desconcierto y arrogancia al mismo tiempo.

—Tú eres lo que eres. Una mesera que de pronto dirige una corporación, sabrá Dios cómo lo habrás conseguido. —La insinuación velada la irritó, pero darle una cachetada no solucionaba nada—. Aunque el mono se vista de seda, mono se queda

—agregó James con una sonrisa sardónica.

Ese comentario le dolió, pero ya había aprendido en la vida a amortiguar los golpes.

—Una lástima —colocó el mentón sobre el dorso de las manos al apoyarlas en la mesa. Se inclinó un poco hacia adelante—, que ésta mona, licenciada finanzas y con un grado en economía internacional tenga la consultora con mejor reputación del mercado, y para su mala suerte, usted esté aquí queriendo un consejo mío que salve su pellejo. ¿Me equivoco?

Él obvió la pregunta.

—Supongo que la reputación de la empresa es buena, pero a lo mejor la jefa tenga su modo de elegir a quién salva y a quién hunde. ¿Cuánto cobrarás entonces, ilustrísima asesora financiera, por noche para rescatar a la Corporación Stratton? No me molestaría acostarme contigo una noche, o quizá dos —manifestó arrogante, y luego la miró con grosería, como si estuviese tasando una pieza que se comprara y no valiera nada.

Ser violenta no era su estilo. Tampoco supo cómo, pero llegó como un vendaval hasta donde se encontraba James, y le cruzó la cara de una bofetada. Él instintivamente apresó la muñeca que lo había golpeado, y la jaló hacia él. Respiraban agitadamente, y sus labios estaban a escasos centímetros de distancia, y sintieron como si un campo electromagnético poderoso los recorriera al mismo tiempo.

Así los encontró Rose.

La antigua socialité de Houston había decidido que era tiempo de regresar al ruedo en persona. Pero cuando llamó a Sylvia para hablar con Grace, y la asistente le informó quién era el visitante con quien su querida amiga estaba reunida, su determinación se afianzó. Era el momento de aparecer nuevamente, aunque eso conllevara reabrir viejas heridas.

Su olfato sabio no le fallaba; sabía que el muchacho acudiría a la consultora tarde o temprano, porque ya había escuchado lo que estaba ocurriendo en el mercado inmobiliario. Pensó que a lo mejor tardaría un poco más en llegar a sus oficinas, pero al parecer los caminos se cruzaban con tiempo de anticipación.

—Gracie, querida —pronunció cariñosamente desde la entrada, sin dejar de percibir la tensión y también extraña corriente en la sala.

Ambos se separaron rápidamente. James se prometió mentalmente que arreglaría cuentas con esa mujer. Nadie, jamás, se enfrentaba a él de ese modo sin pagar las consecuencias.

—¡Rose! ¿Cómo así ha decidido visitarnos? Qué maravilloso tenerla —expresó alegre olvidándose de James y la cachetada que le dio con gusto segundos antes.

Él miraba ceñudo a la recién llegaba.

Grace se acercó a la elegante señora y la abrazó con afecto. Rose sonrió, y observó sobre el hombro de Grace la expresión de extrañeza en el rostro del joven magnate.

—¿De dónde la conoces... ? —preguntó a Grace de pronto, con fastidio.

—¿La señora Hogan? —él asintió. Ella olvidó cualquier síndrome de enojo. No podía creer que Rose hubiera ido. Se sentía feliz, porque quería enseñarle toda la planta a la luz del día, y que conociera a cada uno de los empleados de la empresa a la que ella había dado vida y, a ellos, un trabajo bien remunerado—. Rose es la dueña de toda esta empresa, y yo la manejo —sonrió, y en ese instante él sintió que la iluminación de la sala aumentó de pronto.

—¿Por qué te dice señora Hogan? —le preguntó James a Rose.

Grace se sorprendió por esa confianza con la que le hablaba. «¿Qué sucedía ahí?». La bruma de alegría fue dando paso al recelo. Los observó a ambos. Él estaba enfurruñado y con el humor evidentemente irritado. Rose, en cambio, mostraba serenidad absoluta, tal y como siempre se había comportado con ella desde que se conocían.

—Es mi nombre de soltera —le respondió con calma.

«¿Por qué Rose le daba explicaciones a ese idiota?», se preguntó Grace.

—Gracie, querida —murmuró la mujer girándose—. Perdona los malos modales de James, supongo que crecer en una familia que siempre lo consintió no le hizo bien.

Él gruñó algo ininteligible para sí mismo.

—Estoy totalmente perdida, no entiendo nada Rose...

—Sí, Rose —expresó burlón—, sería interesante que aclararas a tu protegida. Ah perdón, señora Hogan —soltó una risa amarga.

La mujer hizo caso omiso de la mofa.

—Grace, ¿recuerdas que te dije que pertenecí a una familia adinerada, pero me retiré al enviudar?

—Yo... esto... sí...

James miraba a Rose con resentimiento.

—Mi apellido de casada era Stratton. James es mi nieto.



## Capítulo 3

Después de haberle mencionado quién era el culpable de que perdiera su empleo en el restaurante, Rose fue incapaz de confesarle que aquel presumido era su nieto. Ese hecho la resintió. Pero la sensación le duró poco, ella tenía derecho a tener sus secretos, pensó. Por otra parte, con ella se comportó todos esos años irreprochablemente, así que lo menos que le debía era tratar de comprender su silencio.

—Yo... —Grace no sabía qué decir exactamente. Elevó la mirada hacia James y pudo observar que él estaba conteniendo su rabia—. ¿Cómo así no me lo contó, Rose? —preguntó mirándola con atisbo de incertidumbre.

—Lo siento cariño —la miró con la ternura que tan solo una abuela miraría a su nieta—. No creí que fuera trascendental. Quizá en algún momento podamos sentarnos y...

—¡Oh por Dios! No puedes ser tan ingenua como para no darte cuenta que esta señora es una farsa de los pies a la cabeza —expresó James interrumpiendo con mal humor—. Le encanta hacer que la gente se mueva a su antojo y luego se pone en el papel de víctima cuando las cosas no salen como espera, ¿no es así abuela? —preguntó con desdén.

Rose lo miró, y Grace reparó en el gesto de tristeza que se operaba en su amiga. Lo cual llevaba a preguntarse cuál sería la causa detrás de aquella mirada de resentimiento de James.

—Lamento mucho haberte ocultado la relación que existe entre mí nieto y yo, de verdad —expresó con una calma que no sentía. Luego se giró hacia James que la miraba fijamente y sin un ápice de amabilidad—. James tus palabras no me ofenden, creo que ya pasamos esa etapa hace muchos años. Te has convertido en un gran hombre como tu padre, pero aún te falta aprender a controlar tu carácter...

—¡No te atrevas a decirme cómo llevar mi vida, Rose! —exclamó contrariado, sin acercarse a ninguna de las dos mujeres.

—No le hables así. Respétala es tu abuela y está enferma del corazón. No puedes

agitarla de ese modo, desconsiderado —intervino Grace, pero al ver la mirada glacial que le dedicó el guapo empresario, en lugar de arrepentirse, le dio aún más brío para enfrentarlo.

Él empezó a acercarse con pasos deliberadamente lentos. Parecía una pantera a punto de atrapar a sus presas.

—Déjalo, querida —murmuró Rose.

Quizá decirle a Grace que tenía dificultades de salud no fue una buena opción, pensó Rose, porque el corazón protector de la muchacha haría de las suyas, como ahora, que estaba enfrentándose a un hombre resentido y vengativo como lo era su nieto. No saldría bien parada si se atrevía a desafiarlo. Y por la marca que llevaba James en el rostro, ya había sido suficiente. Buscaría el modo de enmendar las cosas con James. Encontraría la manera de que Grace aprenda a vencer sus miedos, y la forma para que él entienda que no todo gira en torno a su palabra ni a sus necesidades. Pero eso sería más adelante.

Cuando se enteró de la debacle de su corporación sintió la necesidad de ayudarlo, porque era su nieto. Aunque sabía por descontado que no aceptaría su ayuda directa. Así que el hecho de que Grace tuviera la preparación académica necesaria, y además se hubiera quedado sin empleo de pronto, le había facilitado tener su propia empresa y llegar a James.

Le daba tanto gusto verlo, después de todos esos años. Podía comprender la rabia y el resentimiento de su nieto, pero era peor comprobar que ni siquiera se había tomado el trabajo de averiguar lo que en realidad sucedió cuando ella tuvo que marcharse. O quizá simplemente no tenía por qué saberlo.

James le echaba la culpa de la ruptura del matrimonio de sus padres. Aunque lo peor para él fue el hecho de que la mujer que más lo consentía se marchara de pronto y no volviera a saber de ella. Estaba resentido por su abandono. Y no lo culpaba, pero su elección fue dejarlo, o que se enterara de una verdad que lo destruiría siendo tan pequeño. Por eso prefería mil veces su odio.

—Vamos a ver —empezó James con voz acerada—. Ya que estamos teniendo esta amena charla entre los tres. Un par de cosas. Para ti Rose, no soy tu nieto, no tienes ningún derecho a llamarme de ese modo. Para mí estás muerta desde el momento en que decidiste abandonarlo todo .—Los ojos de Rose brillaron conteniendo las lágrimas, y Grace apretó su mano con afecto conteniendo un grave insulto—. Y en lo que respecta a ti, Grace Hastings, tienes exactamente una semana para levantar mi empresa. El pago por tus servicios lo puedes hablar con mi asistente —lanzó una tarjeta sobre la mesa—. Y lo que hiciste hace un rato —«Se va a cobrar la bofetada», gimió ella para sus adentros—, también tiene un precio, pero me lo cobraré cuando llegue la ocasión. No tengas dudas al respecto —el tono misterioso con que lo dijo, no

le gustó a Grace en absoluto.

Rose se dirigió a su nieto.

—James —su voz fue suave—, deja tranquila a Grace. Este es un asunto entre tú y yo...

Grace no se aguantó más el quedarse callada.

—No se preocupe, Rose. Al señor Stratton solo le interesa el dinero, y si quiere ver su empresa enrumada, entonces tendrá que hacer algo a lo que quizá no está habituado. Por favor, déjenos solos, él y yo vamos a negociar —sonrió.

Antes de irse, Rose puso una mano sobre el hombro de Grace y le murmuró muy bajito que tuviera cuidado porque su nieto era un adversario implacable, luego cerró la puerta tras de sí.

Él apretó los puños a los costados. Ver a su abuela, después de tantos años, removió un dolor que había relegado muy profundamente, y se apresuró a cerrar esa grieta antes de que otras emociones emergieran. La empresa de Rose era la mejor consultora, y él no podía despedir más personas en su corporación, porque había familias que dependían de esos sueldos; no era muy dado a la flexibilidad, pero entendía lo que era que un chico de apenas veinte años tuviera que enfrentarse a los tiburones a codazos, cuando sus padres estaban muertos, y años antes, cuando su abuela lo dejara a un lado. Así que una vez que pusieran las cosas en orden, y él tuviera su amplia liquidez de vuelta, se encargaría de Grace Hastings. Nadie trataba a James Stratton como aquella atrevida mesera lo había hecho.

—Por favor, ilústreme sobre lo que vamos a negociar, Grace —manifestó sarcástico, mirando el reloj, cuando su abuela se hubo alejado. Becca lo estaba esperando. Y a él no le gustaba hacer esperar a una mujer hermosa—. Pero hazlo pronto, porque me desagrada perder mi tiempo innecesariamente.

Grace achicó los ojos lanzándole dagas.

—Pídele disculpas a tu abuela. No tienes derecho a tratar a una persona de ese modo —demandó Grace. Ella sentía una inmensa gratitud por la mujer que la había salvado de la ruina absoluta, y no le gustó ver la tristeza en la mirada azul, pues habitualmente estaba sonriente, y contagiaba su optimismo. James no tenía por qué tratarla mal.

Él se echó una carcajada llena de sarcasmo.

—¿Qué precio estás dispuesta a pagar por una disculpa? —preguntó interesado con una sonrisa lobuna.

—Creo que es suficiente con que asesore a tu empresa.

—Ah, pero es que yo voy a pagarte por eso; así que no cuenta. Una disculpa a una mujer como Rose, implica un valor más alto.

Ella enarcó una ceja.

—No me digas, Stratton. No sabía que los buenos modales y el sentido de la decencia tenían un precio. Supongo que las personas sin escrúpulos como tú, carecen de conciencia.

Él se acercó un poco más y ella retrocedió instintivamente.

—Tienes una boca muy afilada. Me pregunto cómo será besarla —inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera sopesando varias opciones en su mente.

Grace contuvo el aliento. ¿Qué pretendía? ¿Asustarla?

—Pues te lo seguirás preguntando eternamente —replicó elevando el mentón con su mejor pose orgullosa.

—Mmm... —la miró a los ojos y ella sintió que un líquido caliente se alojaba en su vientre—. ¿Qué significa Rose para ti?

—Es mi familia —respondió inmediatamente.

El aroma del perfume de James se le coló por la nariz, y sintió como si una bruma colmara sus sentidos. Se preguntaba si acaso los elfos y los dioses del Olimpo habrían bajado en el momento que concibieron a James; era condenadamente apuesto y el traje impecable se le adhería como si hubiera nacido para vestir tan elegantemente. Lástima que detrás de esa belleza viviera un hombre amargado y frío.

Refrenó sus pensamientos, porque no la llevaban a ninguna parte. Además con lo que él dijo a continuación, le ayudó a enterrar cualquier intento de simpatía.

—Vaya, así que la vieja traidora consigue adeptos por doquier —dijo con acidez .  
—Supongo que por la familia estamos dispuestos a hacer cualquier cosa...

—En tu caso, disculparte con Rose —dijo con una réplica fácil.

—En tú caso, Grace —expresó con una voz aterciopelada, que a ella le erizó la piel—. Una noche en mí cama.

Ella lo miró boquiabierta. Y él se quedó mirándola, porque no sabía en qué momento verbalizó lo que estaba alojado tan solo en sus pensamientos, desde que la

conoció.

El aire pareció de pronto más denso entre ellos.

Grace no se podía creer el descaro que tenía ese hombre. La disculpa era importante, pero acostarse con él no era ni remotamente la idea que tenía en mente para conseguir que aceptara un error. Ella encontraría la manera.

—Me da lástima si es tu modo de encontrar una persona que caliente tu cama, lamentablemente mis escrúpulos se limitan a hacer bien mi trabajo. Consúltale a mi secretaria mi disponibilidad y te diré qué puedes hacer para levantar tu corporación. Buenos días, señor Stratton —dicho esto se empezó a alejar, pero él fue audaz y la retuvo agarrándose de su mano.

—No me desafíes —la miró rápidamente de arriba, abajo—. No sabes de lo que puedo ser capaz —y la soltó como si ella de pronto le diera repulsión, luego salió con su paso elegante y calculado por la puerta.

Grace se quedó mirando a un punto ciego. Respiró y soltó una palabrota por lo bajo.

Los siguientes días pasaron con normalidad. En lugar de James, quien acudía a las reuniones era Gregory Itsbury, el encargado del área financiera, y al parecer un hombre de confianza de la corporación. Ver a una persona más accesible y que no le alterara los sentidos, poniéndola siempre a la defensiva, era un alivio para ella, fundamentalmente porque casi trabajaban cabeza con cabeza intentado desentrañar datos que anteriormente no había contemplado en su análisis.

Durante largos días, Grace estuvo trabajando para la Corporación Stratton, desde el amanecer hasta casi media noche. De vez en cuando, Rose asomaba por la oficina dirigiendo un par de asuntos, y luego volvía a su departamento. Ella estaba preocupada por su amiga. Desde que tuviera la discusión con su nieto, parecía haber envejecido de pronto una década, ya no sonreía y a duras penas mostraba el optimismo contagioso de siempre. La instó a ir al médico, pero ella declinó la petición diciendo que estaba todo controlado.

Al final de la segunda semana de trabajo, Grace se sentía extenuada. Además de todo el estudio, Gregory tuvo que arreglar una fuga en el sistema contable de la empresa, enrumbar nuevamente las líneas de crédito que tenían con financieros de Europa, y ella iba despejando cualquier duda, sugiriendo, corrigiendo.

—¿Cómo ves las cosas ahora para Stratton, Grace? —preguntó Greg un viernes a mediodía, cuando estaban terminando de cerrar el informe final.

—Fatales —y se rió a carcajadas—. Perdona Greg mi humor negro, pero estoy

sumamente cansada. No había tenido un cliente tan difícil desde hacía muchos meses —se frotó la nuca con la mano—. Recuerdo que el más complejo fue con una empresa que estaba al borde de la banca rota. En todo caso, en la Corporación Stratton creo que pueden recuperarse al menos doscientos millones de la manera que hemos calculado, pero para los doscientos restantes van a necesitar una alianza estratégica que los ayude a inyectar liquidez. Los mercados están muy volátiles... así que no creo que sea posible reajustar más las cuentas internas. Hemos hecho de todo —manifestó.

Greg pareció meditarlo, mientras el mechón de cabello gris caía sobre los lentes de montura ancha. A sus cincuenta años y con tanta experiencia, sabía que la muchacha tenía razón. Le gustaba esa chica; si su pequeña Esther viviera, se habría parecido a Grace.

—El señor Stratton se rehúsa a una alianza, porque argumenta que es su patrimonio familiar y no tiene intenciones de otorgárselo a nadie. Va a ser complejo tratar de hacerlo comprender que es la única solución viable —expresó frustrado.

Ella puso la mano sobre el hombro del ejecutivo tratando de darle apoyo. No quería estar en su lugar, intentando convencer al obtuso que tenía por jefe.

—Lo siento, Greg, usted que ha estado al pendiente sabe que inclusive hemos jalado la cuerda hasta el extremo, si la tensamos... están hundidos.

—Sí, eso me preocupa. Pero tiene usted razón señorita Hastings —se puso en pie recogiendo sus documentos—, no podemos hacer nada más. Ha sido un verdadero placer trabajar junto a usted. Espero que tenga éxito —le estrechó la mano.

—Gracias Gregory, y por favor, hemos compartido tantas tazas de café, que a estas alturas debería llamarme solo Grace —le sonrió con aprecio. Ese hombre era un gran profesional, esperaba que el pretencioso de Stratton lo apreciara y pagara bien.

James, desde el otro lado de la ciudad, se dedicaba a firmar cheques, atender reuniones, y por la noche divertirse con Rebecca. A pesar de que no le exigía nada, empezaba a verle demasiados defectos de pronto. En algunas ocasiones se encontraba pensando en un par de ojos azules y una silueta curvilínea que no era precisamente la de Becca. Pero también recordaba la lengua mordaz, y entonces, molesto, volvía a lo que llevaba entre manos.

Estaba al tanto de que ya se había terminado el trabajo que le encomendaron a la empresa de Rose. Lo sabía porque él mismo había firmado el cheque por los altísimos

honorarios. Sin embargo, estaba molesto, porque la sugerencia de una alianza estratégica no era lo que se esperaba. Además, aún tenían que entregarle el informe final firmado por las representantes de la empresa asesora, ya que Gregory tan solo le dio un brief del resultado final. Una vez tuviera ese documento empezaría a poner en práctica la recuperación de la millonaria suma económica.

—¿Señor Stratton? —llamaron al interfono.

—Dígame, Merryl.

—Lo busca una señora.

Él no tenía ninguna cita esa tarde.

—¿Cómo se llama?

—Dice que será mejor si la atiende, que si lo anuncio.

Gruñó algo por lo bajo sobre lo incompetente de las asistentes.

—Que pase.

Minutos más tarde estaba frente a frente con su abuela. No podía echarla, porque sus empleados lo verían como un malnacido, no porque supieran del parentesco, sino porque era una persona mayor y merecía respeto. Él casi se echa a reír al pensar en esa palabra. Respeto. Como si ella lo hubiera tenido con él.

Recordaba perfectamente cuando tenía trece años y ella era su adoración. Lo consentía, lo mimaba y se iban juntos de viaje los veranos. Su abuela parecía conocer las respuestas a todo. Pero así como consentidora, también lo castigaba. Seguramente lo único que había logrado moldear su carácter fueron las perspectivas de lo correcto y lo no correcto que ella le enseñó. Aunque ahora le daba su propia versión, pensó sarcástico.

Lo que jamás iba a olvidar fue el modo en que empezó a desautorizar a su madre, pelearse con ella, sin importante que él escuchara cómo la llamaba mentirosa, busca vidas, perversa. Todo ello solía ocurrir cuando su padre estaba de viaje por negocios.

Su madre, Hayden Wallace, era la mujer más dulce que él conocía, y aunque no pasaba casi tiempo con él, porque se dedicaba a obras de caridad, las pocas veces que lo veía le dedicaba alguna palabra siempre amable. Le encantaban los lujos eso sí, porque jamás la veía sin alguna joya brillante de varios colores. Los insultos que le lanzaba su abuela a su madre, le dolían. Él no lograba comprender el porqué de las peleas; su madre respondía siempre con una frase que le era incomprensible: « Un buen día, quizá, Rose eso va a salir a luz... ya verás», dicho esto, su abuela se quedaba

callada y se iba. Ese era el modo en que concluía cualquier discusión.

Su padre, a partir de esas discusiones que se volvieron frecuentes, alargaba sus viajes de negocios más de lo habitual. De pronto, él se encontró con que no podía ir a la biblioteca a escuchar a su padre tocar el piano, porque ya no estaba. Ni tampoco podía ir a ver a su madre, porque empezó también a irse de viaje con más continuidad junto a su padre. Y su abuela aunque lo miraba con cariño, parecía estar siempre alerta cuando sus padres volvían a la mansión y se volvía más cautelosa, principalmente con la presencia de su madre.

Cuando trataba de encontrar los motivos para que Rose lo abandonara, no los hallaba. Tan solo tenía en la memoria retazos de una conversación dispersa, que llegó a sus oídos cuando tenía trece años, seguida de un sinnúmero de sirvientes llevándose las maletas y toda la ropa de Rose.

«¿Cuál es tu precio para que te calles...?», había dicho una voz que él no lograba distinguir desde la distancia donde se encontraba. «No tiene precio. Ya lo tengo todo. Pero hay alguien que me estorba lo suficiente, quizá tenga que decírselo a ver si así se da cuenta de una vez por todas...», respondió la otra voz femenina. «¡No te atrevas! Tú siempre tienes un precio. Dilo de una vez...», se perdían las voces. Harto de los murmullos enardecidos, se había tapado las orejas, y lo último que vio aquel día fue a su abuela marchándose sin decirle adiós. Varios años después sus padres murieron en un accidente aéreo. Y se quedó solo enfrentándose al mundo; haciendo acopio de su tiempo y juventud, estudió e hizo frente a su herencia, la Corporación Stratton.

—Hola, Jamie —dijo con la misma dulzura con que solía llamarlo. Él simplemente la miró desde su cómodo asiento con vistas a la ciudad—. Me alegra saber que tienes el control de todo el legado de tu padre, y que hiciste que sus ideas tomaran formas. Me siento orgullosa de ti —lo miró con tristeza—. ¿Me puedo sentar?

—Ya que estás aquí, sería una descortesía. Toma asiento, por favor.

En su elegante vestido de Dior, la mujer se sentó con cansancio.

—Bueno, ya sabes que siempre estoy ocupado. Tengo una junta dentro de veinte minutos. ¿Qué te trae por aquí, después de tantos años? —preguntó con ironía.

Ella le sonrió sinceramente. El corazón le había estado dando problemas últimamente, pero sabía que ahora le palpitaba de alegría al ver a su nieto tan bien enrumbado. Además tenía a Grace y la muchacha era una joya. Lástima que ambos no pudieran llevarse bien al haberse encontrado por la vida en circunstancias desafortunadas.

—Quería hablar contigo, Jamie.



—No me llames así, ya no tengo diez ni trece años —expresó con rudeza, pero al ver la expresión de dolor que se operó en su abuela, se sintió canalla, y suavizó el tono—. Ya estoy grande Rose, solo dime James. Ha pasado demasiado tiempo para hablar ahora.

—He venido porque estoy muy enferma. Sé que quizá no te importa, pero he visto en varias revistas a lo largo de los años cómo pasas de brazo en brazo con mujeres que no te hacen feliz —un brillo perspicaz pasó por la mirada de James—. Tienes dinero y posición, pero no tienes una familia, y la necesitas...

—Mi familia está muerta —replicó automáticamente, como si esa respuesta la hubiera dado miles de veces—. Y no sé a dónde quieres llegar con ese comentario absurdo. No necesito a nada, ni a nadie. Lo tengo todo.

Rose carraspeó y entrelazó las manos sobre el bastón chapado en oro.

—Tu abuela está frente a ti, y aunque estés muy resentido, no me vas a faltar el respeto. Aún estoy viva. Y no lo tienes todo, te faltan doscientos millones de dólares —le dejó el informe final que Grace le había dado aquella mañana, y Rose se ofreció a llevarlo personalmente. Ya era tiempo de ponerle las íes a su nieto—. Y da la casualidad de que yo los tengo.

Él la miró desconcertado, y luego empezó a leer el documento. A medida que iba desentrañándolo, su ánimo iba mejorando. Hasta que llegó a la mitad. Le decía cómo recuperar doscientos millones, pero faltaba la otra mitad; doscientos millones más que solo se lograrían con una fusión de acuerdo a la empresa de asesoría de Rose.

Levantó la mirada hacia su abuela, quien lo observaba con un brillo que él reconoció de otro tiempo, cuando ella le tendía una trampa, y él caía redondo. Se temía que ésta vez iba a ser exactamente de ese modo, pero no podía siquiera imaginar de qué podría tratarse.

—¿Qué es lo que quieres, Rose?

—Antes voy a contarte una historia.

—No tengo tiempo para fábulas de Esopo ni misterios —replicó cerrando el informe.

—Ah pero en ésta fábula tú eres el protagonista. Así que no me interrumpas —dio un golpe con el bastón sobre el suelo de parquet.

Él, al observar el destello en la mirada celeste, supo que tenía la misma determinación de siempre, y sería imposible detenerla. A pesar de su edad continuaba siendo tan obtusa como cuando él era un chiquillo y le impedía esconderse en el

jardín secreto, que solo ambos conocían en el patio trasero de la mansión en las afueras de la ciudad. Era el modo de evitar que su padre le echara un sermón cuando sacaba malas calificaciones.

—Adelante entonces —hizo un gesto con la mano para que empezara. El sarcasmo molestó a Rose, pero estaba dispuesta a seguir.

—Quiero que sepas que el motivo por el que tu madre y yo discutíamos no tenía nada que ver con asuntos de dinero. El motivo siempre fuiste tú, a quien traté de proteger de una verdad que quizá ahora ya no importe, pero para un niño de cinco, ocho y doce años, pudo ser letal para su autoestima y entendimiento —James simplemente la escuchaba—. Me fui de tu lado, porque era la manera de garantizar que Hayden no te lastimara, no podía soportar que lo hiciera, te quería demasiado, y te quiero a pesar de que sé que me desprecias y estás muy resentido conmigo —él iba a hablar, pero ella continuó—: Cuando tu padre y Hayden se conocieron yo no era partidaria de ese matrimonio. Ella era una bailarina ambiciosa, y tu padre un muchacho enamorado de buen corazón, pero demasiado ingenuo. Hayden se le metió por los ojos, y se casaron. Ella tuvo un aborto —James se hundió en la silla—, y lamentablemente la mala práctica médica le impidió ser madre nuevamente.

—Esto... entonces... ¿Yo... ?

Ella pareció no escucharlo, o si lo hizo, no le prestó atención porque necesitaba sacarlo todo dentro de ella.

—Así que decidí que el imperio Stratton que empezaba a levantarse no podía quedarse sin un heredero, ni tampoco podía permitirle a mi hijo ni a su mujer perderse la oportunidad de convertirse en padres. Fuimos a una institución y conocimos a la directora del lugar, ella nos dijo que una mujer joven recientemente había dado a luz, y puso su hijo en adopción. Dos semanas después de firmar los papeles ella murió debido a una infección. Hicimos los trámites y adoptamos a un precioso bebé de ojos verdes, a quien amamos con locura.

—Yo... —dijo casi en un susurro. Estaba completamente anonadado.

—Tu madre jamás superó el hecho de que no pudiera concebir, y se volcó en las riquezas que pudiera obtener; se volvió más ambiciosa y nada le importaba. No era cruel contigo, porque yo no se lo iba a permitir. Te traté como lo que eres para mí: un nieto de mi sangre, no existen diferencias si eras o no adoptado. Tu madre jamás lo vio de esa manera, porque se sentía frustrada. Peleábamos porque insistía en decirte que no eras su hijo biológico, y yo no podía permitir que su frialdad te alcanzara y te lastimara, Jamie. No podía —las lágrimas empezaron a querer salirse de los ojos que tanto habían vivido, pero ella las contuvo—, así que nuestra última pelea fue decisiva.

Él empezó a hacer memoria de aquella vieja conversación dicha en murmullos.

Rose tomó aliento.

—Ella quería que le pagara para seguir callada, y no decirte la verdad. Tu padre cuando lo supo se decepcionó, pero era un hombre de negocios y tenía una imagen que mantener, así que se aguantó la tristeza y su amor por Hayden murió en el instante que escuchó cómo me pedía dinero o joyas para guardar silencio. El día que me fui, tres años después de que muriera tu abuelo, el precio de tu madre cambió. Ya no quería joyas, me quería lejos de ti. Era eso o que te lastimara diciéndote a bocajarro, y quién sabe con qué modos, la verdad. A ella no le importaba nada. Y esa es la verdadera razón de por qué me fui... lamenté no poder decirte adiós; de haberlo hecho no habría podido dejarte; me lamenté también profundamente de que tuvieras que criarte en un entorno vacío, con padres a medio tiempo. Luego, cuando murieron Hayden y Jason, una parte de mí se fue con tu padre; Jason era mi único hijo. Tampoco podía volver a ti, porque sabía que me odiabas y estabas decepcionado... como lo puedo ver aún ahora. Me perdí el funeral, porque estuve fuera de Estados Unidos un mes en Suiza por un tratamiento de salud. Al volver me cambié el apellido a Hogan, mi nombre de soltera, y me desvinculé de mis amigos, pero mantuve siempre un ojo en las empresas que me legó tu abuelo fuera del patrimonio de la corporación. Y bueno... el resto ya lo sabes... —concluyó cansada.

Rose sintió como si hubiera expulsado en ese instante todo su calvario personal. Se sentía agotada y necesitaba reposar.

James la quedó mirando con el rostro desencajado. No atinaba a asimilarlo todo. ¿Él era adoptado? ¿Su madre una mala mujer? Seguramente Rose era una buena cuenta cuentos; siempre lo había sido. No le sorprendería que empezara ahora con la senectud.

—Fuera.

Ella lo miró con tristeza ante el tono tirante y grosero, primero porque no se esperaba esa reacción, y segundo, porque sus días estaban contados y quería al menos morir con el perdón y comprensión de su nieto.

—Jamie... es cierto. Tengo la prueba de lo que te digo con respecto a tu madre y a tu nacimiento. Créeme. Te la daré sí...

—No quiero más juegos, Rose —la interrumpió—. Soy un idiota, no sé cómo casi me dejó convencer por ti. Vuelve a tu empresa con esa mujerzuela que se encarga de servir mesas y se cree demasiado lista como para andar dando consejos —respondió herido, se sentía perdido, pero no iba a demostrarlo—. Tengo una reunión, no quiero volver a saber de ti. Fuera, Rose Hogan —repitió con voz acerada.

Rose bajó la cabeza, respiró profundamente.

—Adiós, mi querido Jamie —lo miró a los ojos tratando de decirle cuánto lo sentía, cuánto lo amaba, y dicho esto se encaminó con paso lento hacia la puerta.

Una semana más tarde, llamaban al teléfono privado de James para informarle que Rose Hogan Stratton, había fallecido de un paro cardíaco dos días antes, y que él estaba convocado para ir al sepelio, y al siguiente día de las exequias, a la lectura del testamento.

## Capítulo 4

Grace estaba desolada. Los últimos días fueron una agonía emocional. El hospital se había convertido prácticamente en su casa, no salía más que al medio día para revisar algún documento importante en la oficina. Se sentía impotente, porque a pesar de que no le faltaban ganas de ir a decirle unas cuantas verdades a James Stratton, no quería desperdiciar ese tiempo que podía emplearlo con Rose.

A pesar de que la llevó a tiempo al hospital, tan solo estuvo consciente dos días. Los suficientes para escuchar la historia de James y el por qué tuvo que abandonarlo. Con cada palabra, que entre susurros Rose le contó, no pudo contener las lágrimas. Ese hombre necesitaba un buen escarmiento. ¿Cómo no iba a creer una historia como aquella?, se preguntó. Sin embargo, también sintió una gran pena por el niño que él fue, cuyos padres estaban ausentes y su madre no lo veía más que como una moneda de cambio.

Grace valoraba la verdad aunque a veces doliera demasiado, quizá James estaba acostumbrado a escuchar medias verdades de gente complaciente que buscaba agradarlo. Ella era distinta, siempre decía lo que pensaba, pero la prudencia le había ayudado a refrenar la boca muchas veces.

Cuando Rose estaba convaleciente, las últimas palabras que tuvo para ella, se las dijo agarrada de su mano, en la cama del hospital privado.

—Me da mucha pena, siempre he sido optimista, muchacha, ya lo sabes. Pero de pronto es como si los años hubieran llegado a cobrarme factura —le sonrió dándole un apretón con la mano cálida y arrugada—. Te quiero pedir algo, mi querida niña.

Ella asintió.

—Lo que desee, Rose —sorbió una lágrima.

—No le guardes rencor a Jamie —Grace frunció el cejo—, ha sido impactante todo lo que le dije, y aún debe asimilarlo. No es un mal hombre, tan solo creo que se han aprovechado demasiado de él y nadie ha querido ver lo que guarda su corazón, se ha tenido que defender como ha podido.

Ella se abstuvo de soltarle todo lo que pensaba en verdad de su nieto.

—Intentaré no guardarle rencor... por usted —murmuró. Además no tenía planeado verlo nunca más, gracias a Dios.

—Eso es un avance, no lo culpes de mi estado; mi corazón ya andaba achacoso desde hace tiempo —respiró profundamente—. Y finalmente, tampoco te resientas conmigo cuando conozcas mi testamento.

Grace no esperaba nada de Rose, de hecho con los ahorros que tenía desde que empezó a trabajar estaba lista a abrirse una empresa propia, más pequeña, pero suya; lo cual era el sueño de toda su vida. Un gran letrado con sus iniciales: G.H. Consultores. Seguramente Rose le dejaba todo a James, y ella lo entendía; no tenía ningún derecho a nada que proviniera de su amiga, ni lo esperaba.

—¿Cómo podría resentirme con usted? Yo no espero nada, Rose, no me de nada, antes yo estoy en deuda con usted —la miró con cariño—. Ha sido como la abuela que siempre quise tener —Rose río con dificultad, regocijándose con el afecto de la muchacha—, y jamás terminaré de estar eternamente agradecida por todo lo que ha hecho: me ha salvado de la ruina, me ha dado un empleo, experiencia y sobre todo su afecto.

—Gracias... —dijo casi en un suspiro—. Y, Gracie...

—¿Si?

—Quiere mucho esos rosales... —y cayó en un coma profundo.

Ella no entendió su última frase, ni tuvo tiempo de intentarlo, porque los siguientes días fueron terribles. Cuando le comunicaron que Rose había fallecido de un paro cardíaco, estuvo a punto de derrumbarse, porque hacía mucho tiempo que no se sentía absolutamente sola y desamparada frente al mundo.

Aunque no quiso, sentía el deber moral de indicar que llamaran a James. No lo iba a hacer ella, primero porque no tenía ganas de verlo; y segundo, porque tampoco quería reprocharle su inconsciencia.

El servicio fúnebre fue muy emotivo. Ella dio unas palabras contando un par de anécdotas que le arrancaron una sonrisa a los empleados y varias amigas de mucho tiempo atrás, que se enteraron por el anuncio que hizo poner en la prensa. La sala estaba llena. Rose era fiel devota de Frank Sinatra, así que fue exactamente esa voz que estuvo de fondo durante todo el servicio, hasta que fue el momento del sepelio.

Ella se vistió toda de beige, no usaría el negro, porque Rose lo hubiera reprobado. Su amiga habría querido verla con algo que no fuera triste. Después de

despedirse de los asistentes, que depositaron flores sobre la tumba, atisbó a ver una figura alta entre las últimas personas del grupo alrededor con el semblante sombrío.

James.

Antes de ir a darle el pésame, la dueña de la franquicia de Gucci se le acercó para hablar con ella, y darle sus condolencias brevemente. Cuando Grace se giró para buscar a James, él ya se había marchado.

La mesa estaba dispuesta tan solo para tres personas. Un asiento lo ocupaba el abogado, encargado de leer el testamento, el otro, ella, y la butaca restante, vacía. La cita para lectura era a las nueve de la mañana, y James llevaba media hora de retraso.

—Mire abogado Morris, no tengo interés en el testamento, pero vengo solamente porque ella así lo quiso. Podemos replantear la reunión.

—Lo lamento, señorita Hastings, aquí dice que debo leer el testamento en presencia de los dos, y que si acaso uno de ustedes faltara, diera al menos tres días más para que el faltante respondiera a la convocatoria.

Ella sí que conocía a su nieto, pensó con ironía.

—Mire lo que sucede es que tengo que...

—Buenos días —dijo una voz grave y profunda desde la puerta del despacho de Morris & Handermann Abogados.

Grace se giró y lo miró. Traje impecable, mirada de águila y un porte indiscutiblemente masculino, como si su sola presencia llenara toda la estancia. De pronto sintió el despacho del abogado más pequeño. No podía negar que James Stratton era un hombre muy guapo y con un atractivo difícil de ignorar. Pero más le valía a ella hacerlo.

Tragó en seco y juntó las manos sobre la mesa.

—Bien —el abogado regordete, se ajustó la corbata, como lo venía haciendo innumerables veces desde hacía media hora—. Señor James Edward Stratton. ¿Correcto?

—Sí —replicó con desgana sentándose frente a Grace. No había querido retrasarse, pero el tráfico aquel día estaba insoportable, además sentía curiosidad por

lo que diría Rose en un testamento. Seguramente le había legado todo a la mujer que tenían enfrente, y que, para su disgusto parecía una flor a la luz del sol: cálida, elegante y hermosa. Pero él conocía esa clase de mujeres: aquellas que solo buscaban dinero. Dudaba que no hubiera sabido que Rose era millonaria. Y con tan solo ese pensamiento, se le agrió el carácter.

—Señorita Grace Isobel Hastings —la miró, y a ella le empezó a molestar tanta parsimonia. «Abogados», pensó con fastidio.

—Sí —replicó.

—De acuerdo. Nos hemos reunido aquí para leer el testamento de Rose Haztel Hogan Stratton, nacida el... —James calculaba el tiempo mentalmente intentando contener sus ganas de levantarse e irse—, ... y de acuerdo a lo que aquí estipula la fortuna está valorada en doscientos quince millones de dólares —Grace casi se atraganta. «Dios mío... era una millonaria... de *esas* millonarias», pensó casi consternada por la cantidad astronómica—, y la ha legado...

—¿Puede abreviar? —preguntó el presidente de la Corporación Stratton sin poder contener su impaciencia, tenía reuniones, ¿era tan difícil de entender que era un empresario importante?

Grace lo miró con reproche en la mirada, pero él la ignoró.

—Lo siento, señor Stratton, debemos seguir la normativa para que quede constancia en la grabadora —James y Grace se fijaron por primera vez que había una pequeña grabadora sobre la mesa, tan pequeña que de no haberla nombrado el abogado la habrían pasado por alto—, de que se ha dicho exactamente la voluntad de la señora Stratton.

El hombre se dedicó unos minutos más a un par de florituras en su discurso, hasta que pareció darse cuenta que los dos convocados tenían un gesto menos gentil cada vez.

Se aclaró la garganta.

—La mansión en las afueras de Houston quedará a nombre de James Edward Stratton —el aludido no pudo disimular una sonrisa. Al menos le dejaba la casa de su infancia, pensó sarcástico. El abogado se aclaró la garganta—, compartida en un cincuenta por ciento a quien considero como la nieta que me hizo falta todos éstos años, Grace Isobel Hastings —ella miró con sorpresa a James y luego al abogado. No podía hablar. «¿Una casa... a la mitad con ese neandertal? ¡Le vendería su parte!». El abogado prosiguió ajeno a los pensamientos de ambos:

—La casa no podrán vendérsela entre ellos, porque ambos deben quedarse



durante treinta días viviendo en la mansión, a la cual dejo atados los doscientos quince millones de dólares y mi empresa consultora: Corporación de Asesores Hogan. Es decir que todo está repartido en la mitad para cada uno, y nada puede hacerse efectivo hasta dentro de ese tiempo. El que abandone la casa por más de cuarenta y ocho horas, durante esos treinta días, lo perderá todo, heredando entonces la contraparte. El testamento es irrenunciable, todo está legalmente estipulado, sin embargo, en el caso de que ninguno de los dos, de forma insistente y en mutuo acuerdo, quiera acogerse a los términos de éste testamento, todo el dinero y el patrimonio pasarán a manos de una fundación para el cuidado de los peces —James quiso reírse. «¡Peces por todos los santos!»—. Si ambos logran llegar a convivir en la mansión de campo los treinta días, mi abogado leerá la segunda parte del testamento y sus condiciones respectivas.

—¿Segunda parte?! ¿Condiciones sobre condiciones? ¡Es un maldito enredo! ¿Qué se supone que es esto? ¿Una broma? —bramó James con un gruñido—. Bruja hasta el final —gruñó por lo bajo.

—Al menos no es una desalmada —fue todo lo que dijo Grace, mirando con frialdad a James por sus comentarios.

Ahora entendía lo que quiso decir al final sobre que no se resintiera con ella; pero más que otra cosa se sentía enfadada. «¿Cómo le hacía eso, Rose?». Sabía cuánto despreciaba al presumido de su nieto. Sin embargo, no permitiría que ese frívolo se quedara con todo el trabajo de su abuela, no después de cómo la había tratado; estaba decidida a quedarse los malditos treinta días y luego donaría ese dinero a una empresa que se dedique a la investigación de enfermedades del corazón.

El abogado respiró profundamente. No quería un ataque de enfado de parte del señor Stratton, ya lo conocían por ser implacable, y aunque su Firma de abogados era muy respetada, una palabra de ese treintañero y la cartera de clientes caería en picada. Así que tomó un poco de agua para continuar con la lectura, tal como Grace lo redactó.

—Siempre quise que te asentaras Jamie, por eso tengo otra cláusula en esta primera parte, la cual, es opcional, pero quizá más rápida para salvar Corporación Stratton. Pueden, tú y Grace, casarse —continuó leyendo el hombrecito de traje gris. Grace tosió, casi atragantándose con la soda. James en cambio la miró con tedio «¿Casarse con ella cuando tenía a Rebecca? ¡Ni loco! La mujer que tenía en frente era una buscavidas», pensó irritado—, y entonces el patrimonio de la Consultora Hastings pasará a ser propiedad de Grace, y la titularidad de la casa pasará a nombre de ambos, y los doscientos quince millones para la Corporación Stratton. No necesitarán pasar treinta días bajo el mismo techo ni esperar ese tiempo para conocer la segunda parte del testamento. —El abogado continuó con su voz ceremoniosa leyendo las palabras de Rose:

—Queridos míos, lamento tener que meterlos en este asunto —James rodó los ojos. «Sí claro, metomentodo como siempre»—, pero sé que ambos pueden aprender de esta experiencia. James tendrás el dinero y la casa; y Grace, tu sueño de independizarte. Los quiere siempre, Rose.

—¿Y entonces? —preguntó James dando un puñetazo sobre la mesa, levantándose de la mesa—. Soy un hombre ocupado no tengo tiempo para estos absurdos.

Afuera una tormenta empezaba a fraguarse.

—*Somos* ocupados, Stratton —replicó cansada Grace observando cómo James balanceaba la pluma fuente que tenía entre manos—. Pero no pienso casarme contigo ni por todo el oro del mundo; yo me casaré algún día por amor. No arruinaré mi vida así. Esperaré a la segunda parte del testamento. Así que te veré en... ¿Cuándo tiene que empezar todo esto? —se dirigió al abogado, poniéndose en pie. El profesional los miraba a ambos como si fueran a enfrentarse de un momento a otro con algo más que palabras, y no quería ver volar su finísimo mobiliario.

—Una vez leído el testamento, veinticuatro horas después. Es decir, mañana, señorita Hastings.

Un trueno resonó a través del vidrio de la pequeña ventana del salón.

—Claro no puedes esperar a poner tus manos sobre la fortuna de una pobre vieja, ¿eh, Grace? —la provocó James. Odiaba que esa mujer tuviera que ver con la casa que era suya por derecho, y a la que temía volver por tantos recuerdos—. Seguro que ya sabías que Rose era multimillonaria.

—Cierra la boca, Stratton —contestó enfadada. Ese hombre podía con su paciencia, y agotaba sus niveles de diplomacia marcando en rojo.

—¿Se puede renunciar al testamento? —preguntó Grace esperanzada en poder librarse de James y de ese enredo.

—Al menos una pregunta coherente —señaló James. Ella le dirigió una mirada de reproche.

—Lo siento, pero el testamento es impugnabile y también irrenunciable. La señora lo dejó todo muy claro.

Jason se sintió satisfecho de hacer un buen trabajo conforme a la voluntad de sus clientes. Además tampoco tenía que ser muy explícito sobre la segunda parte del contrato. De hecho, su clienta lo instruyó que cuidara bien de no dar detalles al respecto. Él no entendía por qué, hasta que ella le expresó su intención detrás de todo

ese papeleo. Así que Morris esperaba que las cosas se dieran según lo que la buena mujer pensaba.

—Señores me retiro —expresó Morris tomando la grabadora para llevársela al notario que esperaba en su despacho; no tenía ganas de ver cómo ese par se acribillaba verbalmente—, quedan en su casa, yo tengo aún asuntos por despachar. Buenos días —dicho esto se retiró con paso rápido.

James y Grace caminaron casi al mismo tiempo hacia la salida, y luego el nieto de Rose se detuvo de repente, quedando bastante cerca.

—Grace —dijo sardónico, y sin que ella pudiera hacer algo, la acercó a su cuerpo con una mano—. Creo que tú tienes una deuda pendiente conmigo.

«La bofetada», recordó de pronto. «Ella y sus impulsos, pero Dios sabía que ese engreído se había merecido esa cachetada».

—Lo único que debes es una disculpa, pero es algo que no está en tu diccionario. Con todos esos millones y esas mujeres deberías aprender un poco a civilizarte. Aunque a lo mejor te resulta muy difícil.

Lo miró a los ojos verdes que destellaban con un brillo extraño. Ella contuvo el aliento cuando sus miradas chocaron. Seguramente los hechiceros habían diseñado esos profundos pozos verdes que la contemplaban para atrapar incautos, como ella. Casi gimió al sentir un cosquilleo en una parte particular de su anatomía.

—¿Te parece... ? —la acercó aún más, y ella no podía deshacerse del brazo de acero que la sostenía impregnándole el aroma masculino y el caro perfume.

Él miró los labios llenos de Grace.

—Absolutamente —replicó seca.

—¿Has estado averiguando de mi vida personal entonces, Grace? —su voz casi parecía un ronroneo.

Grace puso las manos contra su pecho para alejarlo, pero fue un error porque a través del traje caro que llevaba James, sintió una pared de puro músculo que la impresionó. El cuerpo le tembló, pero no precisamente de frío ni de miedo.

—Hay cosas mejores que hacer como para perder el tiempo con tu absurda vida —replicó algo tensa. James se percató que estaba tensando los nervios de la muchacha. La idea le gustó, porque eso indicaba que la princesa de las réplicas mordaces no era inmune a él, ni a su encanto.

—¿Si? Mmm... no sé si entre las cosas que lees o escuchas, te enteraste de que me gusta cobrarme mis deudas —sonrió, y ella se quedó en blanco por un momento.

—No pediste disculpas cuando debiste hacerlo.

Afuera la lluvia empezó a golpear contra la ventana opacando el silencio.

Él rió, y Grace se estremeció, como si hubiera recibido una sensual caricia en la columna de un modo lento y erótico.

—Disculpa, entonces —murmuró con una sonrisa sin decirlo en serio.

James no le dio tiempo a empujarlo más fuerte, y así separarse, cuando él se apoderó de sus labios. Empezó a besarla como si sus labios fueran dos piezas carísimas, y al recorrerlos con paciencia pudiera sopesar su valor. Ella intentó resistirse cuando James introdujo la lengua en su boca, pero la mano que le sostenía la espalda subió rápidamente hasta su nuca y presionó de tal forma, que tuvo que abrir la boca para protestar, y al hacerlo él aprovechó para explorar su cálida boca. Incapaz de continuar resistiéndose a la corriente que emanaba entre ellos, se entregó al delicioso asalto.

Grace dejó escapar un gemido; sintiéndose vencida elevó los brazos y los colocó alrededor del cuello de James. Él la besó un rato más, deteniéndose tan solo para morder su labio inferior, y cuando ella empezaba a perder el sentido, se alejó abruptamente. Lo quedó mirando, sintiéndose humillada por haber respondido a su maldito beso, y molesta también por el hecho de que se hubiera terminado. «Pero qué le pasaba», se preguntó indignada consigo misma.

—Supongo que ahora estamos parejos, princesa respondona —dijo burlándose—. Que gane el mejor. Nos vemos mañana —le hizo una reverencia con sorna.

—Piérdete Stratton —salió de la sala agradeciendo que sus piernas la sostuvieran.

Afuera sonó un trueno nuevamente, pero Grace ya corría escaleras abajo buscando su automóvil. James la miró alejarse, sin dejar de preguntarse cómo diablos iba a terminar ese desagradable juego que le había tendido su abuela.

Grace se maldijo todo el camino a casa por haber respondido tan libremente a ese beso. ¡Qué beso! Nunca la habían besado de esa manera. Justo tenía que ser ese arrogante quien la hiciera sentir como si hubiese llegado corriendo de una maratón de cinco horas con ese contacto arrebatador. Pero no era una cobarde. Y si existía un adversario digno para ese pedante empresario, sería ella.

## Capítulo 5

James estaba terminando de dar indicaciones a Meryll y a su equipo de trabajo. Les facilitó los teléfonos de contacto de la mansión de campo en donde pasaría los próximos días, y cuando observó los rostros interrogantes, se limitó a decirles que necesitaba un lugar para resolver del mejor modo posible la situación en la empresa. Satisfechos con la justificación, aunque él no tenía por qué dárselas, empezaron a fluir los apuntes, organización y despliegue de información. Fue un proceso fácil.

Una vez estuvo de vuelta en su departamento, James se encontró con Rebecca que lo observaba con lujuria. Para él no era ninguna novedad que la mujer estaba colada por el dinero, y no precisamente por su personalidad; le daba igual. Estaba acostumbrado a que las cosas se sucedieran de ese modo. Lo único que necesitaba era una mujer que calentara su cama, y con un poco de charla fácil supiera vincularse con la gente que hacía negocios con él. Gente de clase alta.

—¿Dónde dices que te vas, mi amor? —le preguntó ella, después del interludio apasionado, mientras se acomoda la ropa interior. Él terminó de guardar su Mac en el forro, documentos personales, y le echó un vistazo a las piernas largas y aún sin cubrir de Becca. Era una mujer complaciente, pero notó que al besarla no saltaban chispas ni se excitaba tanto como ocurrió al besar a una obstinada empresaria el día anterior. Eso lo fastidió.

La casa de Creek Park, en The Woodlands, era una de las zonas más exclusivas para vivir fuera de la ciudad. Él siempre había valorado la privacidad, y desde que dejó aquella mansión años atrás, la echaba en falta. Vivió toda su infancia ahí; todos sus recuerdos, dulces y agrios, estaban enclaustrados en esas paredes. Las casas más baratas del área empezaban con precios de trescientos cincuenta mil dólares, pero la de su abuela debería valer más de un millón de dólares, sobre todo porque estaba ubicada cerca de un lago artificial y estaba apartada del resto de viviendas dándole más intimidad.

—A mí casa de campo.

Ella frunció el ceño, mientras se abrochaba la chaqueta.

—Nunca me dijiste que la tuvieras —se acercó a él, y lo abrazó por la espalda—. ¿Recién la compraste?

Con las llaves del automóvil en mano se giró, y elevó la barbilla de Rebecca hacia él.

—Es de una mujer llamada Rose, me lo dejó en su testamento.

—¿Y quién es esa Rose? —preguntó fingiendo celos. Ella estaba impaciente por ir a Tiffany's a comprar una preciosa gargantilla de rubíes que había visto, ya que James le dijo que no podía acompañarla como habían previsto—. ¿Eh? —deslizó las uñas sobre la tela de la camisa de James. Él le sostuvo las manos y la apartó con suavidad, lo cual a ella se le hizo extraño, pues habitualmente era su gesto para decirle que quería volver a tener sexo.

—Mi abuela —replicó escuetamente—. Estaré treinta días fuera —ella lo miró con ojos como platos—. Becca tengo que aprovechar para despachar allá con más tranquilidad. Hay cosas que debo resolver —«Entre ellas lograr que Grace salga de la casa durante cuarenta y ocho horas, y echarla de la casa que le pertenecía por derecho», pensó—. ¿De acuerdo?

En respuesta ella le plantó un beso rápido, luego le pidió si podía extenderle el cupo de la tarjeta de crédito, a lo que él murmuró que era ilimitada. Con la sonrisa amplísima, Rebecca salió del departamento. James vio la cama revuelta y sintió un vacío. Acostarse con mujeres hermosas tenía su encanto, pero llegaba un momento en que necesitaba algo más, solamente que no sabía qué nombre darle a esa extraña necesidad.

Con mapa en mano Grace iba maldiciendo e insultando de todas las formas posibles a James. Lo odiaba porque besarlo fue un error; tocarlo siquiera una locura; y pensar en todo lo que estaba pensando sobre aquel beso, una soberana estupidez. Ahora se vería enfrascada durante todo un mes con ese arrogante, pero ella encontraría la forma de plantarle cara. Él no iba a quedarse con aquella casa que fue de Rose; se la quedaría ella, la transformaría en lo que se le pegara la gana, y lo echaría de ahí. Claro que sí. Con esa perspectiva su talante mejoró considerablemente y dejó de aporrear los botones de la emisora radial.

De acuerdo a las indicaciones de Google, tenía que tomar la autopista interestatal 45, y recorrer treinta y dos millas hasta la dichosa mansión. El café del Starbucks que llevaba a su lado estaba por acabársele. Iba a ser muy complicado atender a sus clientes desde lejos, así que planificaría las visitas con Sylvia. Con su ordenador portátil también atendería por Skype o con un hangout en Google alguna inquietud.

Después de conducir como un cohete por la autopista durante un buen rato,

encontró un ciclista. En realidad lo que quería encontrar rápido era la bendita casa. Había madrugado para no tener que encontrarse con James y familiarizarse con el entorno. Ese detalle era vital para ella. Suponía que, si Rose fue millonaria, la casa tendría iguales parámetros que los exigidos por los magnates del mundo, no quería pasar por ignorante y perderse, especialmente porque aquello implicaría pedirle ayuda a James, algo que no se le cruzaba en sus planes cercanos. «Ni futuros», se dijo.

—¡Hey! Disculpe —bajó la ventanilla del automóvil—. ¿Sabe dónde queda ésta dirección? —le entregó un pequeño papelito con las indicaciones.

El jovencito de cabello rojo la miró con una sonrisa, y le dijo exactamente cómo llegar.

—¿Es su casa? —le preguntó, cuando ella empezaba a subir el vidrio de la ventana.

—No, pero lo será —sonrió con sinceridad.

—¿Sabe? Esa es la casa más hermosa que he visto por aquí, especialmente porque está bastante alejada de los vecinos y el exceso de ruido. A veces me doy una vuelta, porque la mansión es impresionante —expresó con un sonrojo—. Disculpe, no quise ser atrevido.

—En absoluto.

—Soy Gallagher Priust.

—Un placer Gallagher, soy Grace.

—¡Pero me dicen Gal! —expresó, moviendo el pedal de la bicicleta montañera color negro—. ¡Buena estancia! —se despidió avanzando por la avenida.

—Seguro —murmuró ella entre dientes, acelerando el auto.

Después de recorrer unos metros más y las indicaciones del muchachito pelirrojo consiguió dar con un camino de grava bordeado por grandes árboles, desde ahí no podía distinguir la casa. El número de la mansión coincidía perfectamente con la dirección, así avanzó maravillándose con la cantidad de naturaleza circundante. No solía tener muchas oportunidades de disfrutar de un ambiente así, porque pasaba en recepciones y reuniones de negocios. Así que ahora, en medio de ese entorno, sintió cómo la sensación de calma se adueñaba poco a poco de ella. Era un lugar hermoso.

Se fijó en un espejismo a lo lejos. «Seguramente un lago». Cuando llegó hasta la casa se quedó boquiabierta. Esperaba encontrar un lugar descuidado, pues asumía que tras la ausencia de sus propietarios, estaría en ruinas. Cuán equivocaba estaba; el lugar

resplandecía. La arquitectura era admirable.

Para aparcar tuvo que bordear una fuente de agua con varios querubines dorados que funcionaba perfectamente. Embelesada contempló también las paredes de piedra trabajada que constituían la mansión. La gran puerta principal lucía majestuosa, grande; madera con cristales que dejaban entrever atisbos de la casa. Se fijó que tenía dos plantas. Esperaba no perderse en semejante caserón.

Agradeció su sentido común al vestirse con un cómodo jean, zapatos bajos y una blusa de algodón celeste que hacía juego con sus ojos. Como no tenía pensado trabajar con otras personas, porque encontraría el modo de encerrarse en un cuarto sin toparse con Stratton, se recogió el cabello con media coleta. Así iba más fresca.

Sacó las dos maletas que llevaba en el automóvil, y se acercó con ellas a la puerta. Llamó. No hubo respuesta. Llamó nuevamente. Nada.

—¡Holaaaaa! —exclamó algo desesperada.

Se preguntaba si debió pedirle las llaves a Morris. Aunque el abogado le confirmó que en la casa había personal de ayuda. Dejó las maletas junto a la puerta e intentó abrir la ventana. «Bueno eso sería invadir la propiedad... en realidad iba a ser su propiedad, así que qué más le daba», reflexionó encogiéndose de hombros. Iba a empezar a forzar la ventana para elevarla y entrar. Cuando logró su cometido ya tenía medio cuerpo dentro, y pugnaba por terminar de entrar completamente.

—¿Señorita Hastings? —la llamó una voz detrás asustándola, y provocando que se diera un golpe en la cabeza.

Salió rápidamente del atolladero con la misma facilidad con que entró en él.

—Que... yo, sí —miró avergonzada a una señora regordeta que casi se parecía a la Señora Pott de la película *la Bella y la Bestia*.

De algún modo la analogía le hizo gracia, porque aunque ella no tenía un romance con el obtuso de Stratton, seguro él sería el candidato perfecto para encarnar a una bestia. Estuvo a punto de echarse una carcajada con ese pensamiento, pero luego la creerían loca, y la primera impresión contaba mucho. Suficiente era que lo el primer atisbo de ella fuera su trasero, pensó con sorna.

—Oh, querida. Disculpenos, pero el viejo Harris anda un poco olvidadizo, se suponía que tenía que esperar que viniera usted y el joven James. Permítame —le dijo ignorando la penosa posición en que la había encontrado. Le abrió la puerta principal y la ayudó a jalar las maletas de la manigueta—. Espero que su corto viaje haya sido placentero. Soy Fiona Posey, lo que equivaldría al ama de llaves —sonrió, y Grace sintió confianza—. Harris Wade se encarga del jardín y uno que otro imperfecto.



Landy Yates es la cocinera, pero hoy tuvo que ir a ver su hijo enfermo, volverá más tarde. Y somos todo el personal. Es una casa grande, pero nosotros la mantenemos bien cuidada.

Grace sonrió, y le estrechó la mano. Contempló maravillada la casa; era fabulosa. Recubierta de madera, elegantes adornos, una escalera larga llevaba a la segunda planta y todo relucía con opulencia. Fue como si se transportara a los inicios del Siglo XX en Norteamérica.

—La casa es muy bonita —expresó en voz alta.

—Me alegro que le guste. James nos avisó que vendrían, yo pensé que juntos —la mujer se sonrojó por su indiscreción—. Perdone, no quise decir que...

—No pasa nada.

Fiona asintió.

—Desde que se fueron los dueños originales hemos echado en falta a la señora Rose, lamentamos mucho su muerte; era una gran persona. No pudimos asistir al velorio, porque no teníamos dónde pasar la noche en el centro de la ciudad.

—¿Por qué no llamó a James?

—Él... no lo hemos visto desde que... —la mujer se alisó el vestido negro y cómodo que llevaba—. Solo hablé con él anoche.

«El condenado había dejado a su suerte a esa pobre mujer, y a los otros dos», pensó indignada por la falta de atención de ese hombre.

—Le enseñaré su habitación. Sígame, por favor.

Su dormitorio estaba ubicado en el ala oeste de la casa; tenía vista al lago. Se ilusionó al verlo tan resplandeciente con los suaves rayos solares de esa mañana. Al menos descansaría con tranquilidad. Y si tenía tiempo podría echarse una siesta en el precioso columpio acolchado que se veía pendiendo de una rama fuerte del árbol.

—Muchas gracias, señora Posey.

—Un placer. El desayuno se sirve a las ocho, el almuerzo a las dos y la cena a las ocho. ¿Está conforme? Aunque podemos readecuarnos a sus necesidades.

—Me parece bien, gracias —le apretó las manos regordetas a la amable mujer. Tenía una duda en la cabeza que necesitaba sacársela—. Yo... ¿Dónde se hospedará James?

—Oh, el joven donde siempre, la habitación está a cinco recámaras de la suya, señorita Hastings.

—Grace, por favor —pidió amable.

—Grace. Bien. ¿Le apetece algo de comer? A lo mejor no tuvo tiempo de desayunar.

El estómago respondió por ella.

—Me vendría estupendo, pero antes, por favor, muéstreme la casa. Sería penoso perderme por aquí.

—Claro, claro, empezaremos por esta misma planta...

Se pasó el resto de la mañana y tarde deambulando por los pasillos, y familiarizándose con el ambiente. Aunque no hacía demasiado calor, al ver la tina de su habitación sintió ganas introducirse en ella. Por si fuera poco, el lago le había guiñado el ojo desde que llegó para que se metiera en el agua. Ninguna de las dos opciones eran malas alternativas.

Cuando salió al patio trasero una brisa cálida le dio la bienvenida. Se fijó en la piscina mediana y un jacuzzi, que sumaría a su lista de cosas por probar de su estancia. El verano estaba terminando, y a pesar de las raras lluvias, como la del día anterior, seguramente los próximos días estarían más frescos. Ni en sus sueños imaginó vivir en una mansión tan hermosa y acogedora como esa.

Cuando James llegó a la mansión ya eran casi las cinco de la tarde. Un sinnúmero de recuerdos lo invadió de pronto, mientras disminuía la velocidad de su automóvil ingresando a la propiedad. El más doloroso venía de la persona que lo había puesto en la difícil situación de soportar durante treinta días a una curvilínea de lengua rápida y muy ambiciosa. Lo último no lo sorprendía, porque vivía rodeado de esa clase de mujeres; siempre había sido “James Stratton, el magnate”, “James el adinerado”, “James el que tenía pases a todos los clubes y restaurantes exclusivos sin hacer fila ni reserva”. Y aunque en un principio, hasta los veintitrés años, aquello le pareció divertido, poco a poco dejó de encontrarle el gusto. Por ello prefería aprovechar lo que las mujeres le ofrecían sin contemplación. A sus treinta años estaba bastante curtido en cuanto a lo de tratar mujeres frívolas se refería.

Al ver a lo lejos el reflejo del lago sonrió. Ahí su padre le había enseñado a nadar, y Rose solía contarle historias sobre los viajes que harían, las cosas que él tenía que

aprender, consejos de vida. La casa se mantenía bien cuidada. Reencontrarse con su pasado era difícil, pero él había hecho cosas más complejas como para preocuparse.

Dejó el Porsche Cayenne parqueado detrás de un BMW. «Así que la muy ambiciosa ya está aquí», pensó al ver el automóvil blanco de Grace. Procuraría pasar la mayor parte del tiempo envuelto en sus asuntos. Su ventaja era que podía estar ausente veinticuatro horas. «Pero de ausentarse, el otro deberá estar informado de su paradero y tiempo de ausencia. Los vuelos fuera de Houston no están permitidos. Imagino James que están haciéndome una de tus muecas, pero puedes delegar querido nieto. Serán un equipo aunque jueguen con objetivos iguales. Y les recuerdo que hay una segunda parte de este testamento, estoy más que segura que querrán saber de qué se trata», recordaba claramente ese párrafo del condenado documento. La vieja bruja lo había dejado todo bien encadenado.

Él aún guardaba una llave de la casa. Quizá porque era un recordatorio de que tuvo una infancia con risas, hasta que todo se desmoronó, pero claro que hubo tiempos felices. Aspiró el aroma del césped y los árboles que le era tan conocido, y miró hacia arriba. Fiona y Harris habían mantenido bien la casa. Él les depositaba de forma anónima una cantidad cada mes, desde que pudo organizarse en la oficina. A ambos les tenía cariño.

Para él, Fiona era magnífica, y siempre tuvo para él una palabra de aliento, particularmente cuando las cosas en casa empezaron a torcerse con más incidencia. Harris le enseñó a pescar, cuando su padre murió y lo único que quería era mandar todo al diablo. Quizá era un pasatiempo que le ahorró muchos problemas, aunque no todos.

Con paso rápido abrió la puerta, y subió directamente a su habitación. No vio a la señora Posey en ninguna parte. Tampoco asomó Harris, ni la cocinera, Landy. Dejó la americana sobre su cama. Hacía tanto tiempo que no estaba ahí. Se sentía extraño, pero al mismo tiempo confortado. Un hogar. Eso había sido la mansión siempre. Ninguna de sus casas en Nueva York, San Francisco, Roma, Londres o en el centro de Houston le había reportado jamás un sentimiento de pertenencia como la casa donde se encontraba ahora.

Un portarretrato cerca del alféizar de la ventana le llamó la atención. Se acercó, y se fijó en la fotografía. El corazón le latió con una mezcla de tristeza y añoranza. Él estaba sentado a la mesa soplando las velas de su doceavo cumpleaños; Rose a su lado le sonreía con ternura, y su madre figuraba del otro lado, alejada de su abuela; su padre tenía una mano sobre su hombro animándolo a soplar las velas.

Al dejar el portarretrato de nuevo en su puesto, vio una silueta moverse cerca del columpio del árbol. Achicó más los ojos para fijarse. Vio unas curvas sinuosas enfundadas en un jean que delineaba perfectamente todos los atributos. La muchacha miraba al cielo con una sonrisa. Lo primero que sintió fue un impacto directo a su

entrepiera. No era algo que solía ocurrirle con facilidad; de hecho, con otras mujeres jamás había sentido un impacto de esa magnitud.

Al ver un destello del cabello caoba, no le cupo duda de quién se trataba. Esbozó una sonrisa que solo dedicaba a sus competidores cuando sabía que ganaría un nuevo contrato. «Así que Grace ya había llegado y estaba haciendo una demostración abierta que era la propietaria en potencia de la mansión», reflexionó. Bien. Él ya tenía planes para ella. La seduciría, porque estaba seguro que Grace tenía una larga lista de amantes en su directorio. Así que convertiría su pasión en un suplicio, haciéndola desear no haberse cruzado nunca en su camino. Ello la llevaría a abandonar la casa, y así perdería el derecho a la herencia y sus beneficios. Con esa magnífica idea, se relajó y la contempló. «Seducirla no sería para nada una tarea aburrida».

Cuando Grace elevó la mirada hacia el cielo, giró sobre sí misma y sonrió. Era un sitio agradable, y el trinar de unos pajarillos alimentaban la sensación de libertad que tenía en ese momento. Había decidido postergar la idea de bañarse en el lago, porque no quería encontrarse con James y verse expuesta. No era que se avergonzara de su cuerpo, pero en el orfanato sus compañeras se burlaban, diciéndole que tenía demasiado de todo. Y desde entonces ella aprendió a ocultar sus curvas sutilmente, para no sentirse cohibida.

La señora Posey se había comportado como una excelente anfitriona, y recordaba el cálido y espontáneo abrazo que le dio Harris cuando se lo presentó. Un hombre que habría bordeado los setenta años, pero conservaba la robustez en su aspecto. El personal era tan cálido como la casa, y eso le gustó.

Cuando abandonó el amplísimo patio, se dirigió a la cocina. Le apetecía una taza de chocolate. Tenía que revisar unos números y nada le gustaba más que saborear un poco de ese espeso y dulzón sabor. Ella lo sabía preparar muy bien. Así que una vez lo tuvo listo empezó a sorber poquito a poco de su taza dirigiéndose a su habitación. Iba tan distraída que solo se dio cuenta que alguien la estaban observando, tan solo fue consciente de ello al tropezar con una muralla de músculos.

Elevó la mirada y se quedó con la taza a media boca.

—¿Cómoda en casa? —preguntó James mirándola con esos ojos verdes enmarcados en pestañas negras que cualquier mujer envidiaría.

Se obligó a no mostrarse nerviosa, ni sorprendida de verlo.

—Absolutamente. Si me permites, me dirijo a mi habitación —lo esquivó.

Él rió y el efecto en ella fue el mismo que se operaba en su columna cuando escuchaba esa voz grave y sensual. La piel se le erizó, y dio gracias que tenía la taza entre manos, para que él no pudiera ver el ligero temblor en ellas. «No hagas el tonto, Grace. Enemigo enfrente», se dijo a sí misma.

—Mmm... al menos te has guardado los buenos modales y no sacas las garras aún. Aunque quizá con los días eso cambie —ella enarcó una ceja tan arrogante como él—. ¿Y cuál es tu habitación, a lo mejor podemos... conocernos mejor? —preguntó con descaro mirándola de arriba abajo. Se cruzó de brazos haciéndolo parecer más alto del metro ochenta y ocho que medía.

—Vete al infierno —replicó subiendo las escaleras con brío.

Él rió a carcajadas cuando ella le dio la espalda.

«El juego acababa de empezar», pensó James al verla alejarse, sin perderse un solo movimiento del prieto trasero que se meneaba con su orgullosa dueña.

## Capítulo 6

Aquella noche James no cenó en el salón. Por ella mejor, así aprovechó para conocer a Landy, y probar la deliciosa comida. Además la señora Posey le hizo compañía y charló con ella sobre su vida. Supo que tenía dos nietos que vivían en Virginia, y un medio hermano radicado en Berlín, porque se dedicaba a la venta de abono para jardines, y según sabía era un negocio sencillo, pero le permitía vivir en la capital alemana.

Cuando estaba por el postre sonrió. El tiramisú era su dulce predilecto y éste en especial era exquisito.

—¡Qué delicia! —exclamó con evidente placer saboreando la cuchara, y Fiona se mostró de acuerdo.

—Landy se ha superado esta noche sin duda —murmuró el ama de llaves—. ¿Puedo hacerle una pregunta Grace?

Ella asintió con una sonrisa, aún paladeando la crema que quedó en sus labios.

—¿Por qué usted y James no se llevan bien?

Casi se le atora el pedazo de nuez moscada en la garganta. Tosió, y Fiona le pasó rápidamente un poco de agua.

—Oh lo siento. No preguntaré de ese tema. Solo que me ha dado la impresión de que hay cierta hostilidad...

—No se preocupe, Fiona. Solo me tomó por sorpresa la pregunta —se limpió los labios con una servilleta—. Estamos tratando de ver si podemos sobrevivir aquí treinta días.

Fiona la miró un instante, y luego sonrió con toda su completa y bien cuidada dentadura.

—La señora antes de irse me dejó encargado a ese muchacho, pero cuando se hizo mayor se independizó y no volvimos a saber de él, salvo excepcionales

ocasiones, o por las revistas. La abuela de Jamie siempre quiso que encontrara una mujer que lo llevara a tener familia completa, sin rencillas ni intereses económicos de por medio. Sin embargo, con el paso de los años, al pobre las cosas parece que no le funcionaron en ese aspecto de su vida —chasqueó la lengua—. Aquí hemos visto en la prensa del corazón cómo se paseaba con una mujer distinta del brazo, cada una más interesada en el dinero que la otra, y más desnuda que la otra —rió quedamente, pero por algún motivo a Grace no le dieron ganas de compartir el chiste. Sintió un nudo en el estómago al imaginárselo con otra, y no entendía el absurdo motivo—. No se han tomado el tiempo de conocerlo...

—No creo que nadie tenga ganas de conocer semejante espécimen. El neandertal casi parece homo-sapiens al lado de él —gruñó recordando los modos con que la había tratado.

La mujer de manos ajadas rompió a reír.

—Oh, Grace, verás, Jamie era un niño muy alegre y generoso. Fue un magnífico boy scout, un campeón de natación y solía ayudar en una perrera los días sábados. Nunca voy a olvidar cuando trajo un pequeño perrito labrador color chocolate. Habría tenido unos ocho añitos de edad. Le puso de nombre *Tom Sawyer*, como el de la novela de Mark Twain, porque además era un ávido lector —Grace movía la cuchara intentando alcanzar el último trocito de cake que quedaba en el plato, al tiempo que escuchaba atentamente—. Hasta que su madre en un ataque de histeria, porque la señora Rose no quiso entregarle una gargantilla de diamantes que había pertenecido por generaciones a la familia Stratton argumentando que le pertenecía por derecho, amenazó con llevarse a *Tom Sawyer*. La señora pensó que era una amenaza caprichosa. Pero se equivocó.

—¿Qué pasó? —preguntó imaginándose al duro y descarado Stratton que conocía, con un perrito y siendo afectuoso. La idea le produjo ternura.

—Dos días más tarde encontraron al perrito muerto. Lo envenenaron.

Grace se tapó la boca sorprendida.

—Lastimosamente quien tuvo la desgracia de encontrarlo fue Jamie, se había encariñado con el perrito —Grace entendió la tendencia de Rose a tener labradores y no otra raza. Pobre Rose, pensó—. Llevaba cinco meses en la casa, y Jamie no salía sin despedirse del cachorro, era al primero que saludaba al llegar. Tan claramente recuerdo las palabras que dijo: “Jamás volveré a querer a nadie”. Lastimosamente seguía queriendo a su abuela, y lo digo de ese modo, porque cuando la señora abandonó la casa, él no volvió a ser el mismo...

—Ya veo —respondió apenada por ese niño que lo tuvo todo, pero en realidad no tenía nada. Y la única mujer que lo amó sin cuestionamientos tuvo que

abandonarlo por su bien, y él lo supo demasiado tarde, cuando había mucho dolor y resentimiento—. Supongo que fue difícil. No hay sombra de ese niño del que usted me habla en el hombre que anda por algún lugar de esta mansión ahora.

El ama de llaves había pasado suficiente tiempo rodeada de empresarios, viajeros, y trabajadores que tenían una agenda llena de números y cosas, pero que no le permitían disfrutar de la vida, por preferir amasar dinero. Y ahora que veía a esa muchacha le agradaba poder conversar con alguien tan sencilla. De hecho, tanto así, que a pesar de ser una mujer muy guapa, vestía y se arreglaba sin demasiados accesorios o maquillajes.

Rose Hogan Stratton nunca dejó de estar en contacto con el personal, siempre había una llamada para saber cómo iban las cosas, además de largas charlas sobre el pasado, y el futuro. Fiona estaba enterada del testamento, y desde hacía tiempo también de la existencia de Grace. La señora Stratton, más que su jefa, con el paso de los años, fue su amiga. En vida le legó una pequeña fortuna, y lo único que Rose le pidió a cambio fue guardar un documento que debía entregarle a su nieto cuando lo considerara oportuno.

Fiona no podía hablar abiertamente a Grace sobre el conocimiento de la situación. Sentía que había cosas importantes que sucederían por sí solas, y era cuestión de tiempo. Casi le resultaba difícil no confesarle todo, porque desde su llegada se mostró auténtica. A medida que trataba a la muchacha, entendía por qué Rose la eligió como parte de su testamento. «A lo mejor veía mucho más de lo que me dijo... », reflexionó Fiona.

—A veces me voy de la lengua... —murmuró el ama de llaves—. Debe ser la edad. Ahora, ya me retiro, tengo cosas que hacer aún —expresó sin darle oportunidad a replicar nada más.

Pensativa, Grace decidió olvidarse del sentimiento de empatía hacia Stratton que se había operado en ella a partir del relato. No era muy difícil hablar con afecto cuando Fiona prácticamente lo había visto crecer, así que no se compadecería.

Durante sus años en el orfanato había aprendido que sentir compasión por el otro a veces se revertía en su contra. Aunque con lo testaruda que era ser amable y ayudar a otros no dejó ser una constante. Por otra parte, recordaba lo ingrata que solían ser aquellas niñas a quienes llamaba “amigas”, con quienes reía o peleaba en aquellos oscuros cuartos aseados, que se convirtieron en su hogar. Aprendió a vivir sola, con sus aspiraciones y sus sueños. Formar una familia de verdad era uno de ellos, pero no vislumbraba que en el camino pudiera encontrar a alguien que llenara su vida de ese modo.

Propuestas había recibido muchas: un fin de semana en El Caribe, tres días en París, una cena en jet privado a Nueva York, y una lista que se la podía dar a una



escritora para que se deleitara eligiendo locaciones para sus libros. Casi todas las invitaciones llegaron a raíz de su éxito empresarial. Pero no quería alguien que añorara a la empresaria del momento en su cama, para luego desecharla por la próxima mujer que encabezara la “lista de moda”. Ser una mujer adorno no le interesaba.

Por otra parte, tampoco tenía demasiada experiencia con el sexo opuesto. En realidad, aparte de besos y un par de caricias subidas de tono, para bien o para mal, seguía siendo virgen. A los veintiséis. ¿Y qué más le daba? Su vida no estuvo dedicada a buscar amores ocasionales, sino que pasó años tratando de abrirse camino para estudiar, luego pagar el préstamo, y ahora trabajar hasta la extenuación. El destino nunca se lo había puesto fácil; hasta ahora ella ganó todas las pruebas que se le pusieron delante. Y esperaba que su suerte no cambiara.

Además, no le apetecía una aventura que la dejara descolocada emocionalmente, porque para ella tendría que existir alguna emoción de por medio más allá de la atracción. No se daba por una mujer que exigiera más de lo que la vida le ofrecía, pero era una fiera luchadora en el día a día. Por eso, en el plano sentimental no estaba dispuesta a conformarse con cualquier cosa.

Al observar el bar que estaba a pasos del comedor, se acercó. Se veía muy bien surtido, acogedor, con varias sillas altas alrededor; un juego soberbio de mobiliario. Además esa área, alejada de la imponente mesa principal de ocho puestos, estaba acompañada con una preciosa chimenea y una suave alfombra redonda, una aubusson color café. Las combinaciones de tonos malva, café, beige y ocre bailaban en una perfecta armonía cromática en el mobiliario, cuadros y jarrones. La estancia debía valer millones, pensó Grace contemplando el ambiente. La envolvía una calidez arrulladora.

Un trago no le vendría mal, aunque no era muy dada a beber, al menos podría relajar los músculos. Observó que la estantería de bebidas. Aunque no era experta en licores, ciertamente saber que un Johnny Azul, o un Dom Pérignon estaba a la vista, implicaba que en aquella casa no se solía tomar cualquier tontería. Para sentirse más cómoda, eligió un trago de amaretto, iba por lo seguro.

Se descalzó. Caminó con el trago en mano, sobre la alfombra, cerca de la chimenea, permitiendo que las pequeñas partículas de lana se adhirieran a sus pies. Con el calor del fuego que había encendido muy bajito, se sentía genial. La noche estaba fresca afuera, y un buen licor a veces obraba maravillas.

James estaba en una conferencia telefónica con un cliente de Japón interesado en

invertir en un conjunto empresarial, y deseaba trabajar con la Corporación Stratton. Sin duda era un contrato que, de concretarse, le representaría a su empresa cincuenta millones líquidos en el banco. Estuvo al menos dos horas conversando sobre inflaciones, perspectivas y riesgos. Himoki Jeong era un hombre conservador, como la mayor parte de los asiáticos, pero muy amable. A James le gustaba la rigurosidad y honestidad que solía caracterizar a sus clientes nipones.

—Señor Stratton, ha sido un placer conversar con usted, pero tengo una última petición.

James le dijo que el contrato podría enviarlo a su abogado en el centro de Houston, a lo cual su cliente en potencia no se negó.

—Absolutamente —le gustaba ser amable con sus inversores—. Usted dirá.

—Como bien sabe para mí la familia es muy importante. Mi esposa quiere comprar una casa en Houston. Nunca ha visitado América, por eso para ella es importante conocer si acaso vale la pena invertir mi dinero ahí. Yo le he dicho que la mejor idea para que se empape de la cultura es conociendo al hombre con quien voy a hacer negocios.

—Claro que sí, estaré encantado de recibirlos.

Himoki se aclaró la garganta.

—Si me permite continuar...

—Disculpe, prosiga Sr. Jeong.

—Bien. Quisiera conocer cómo vive un hombre tan importante y joven como usted. Me gustaría conocer su círculo social. Son quinientos millones de dólares de inversión, y sé que ha hecho sus cálculos para aproximar su ganancia neta en cincuenta millones. ¿Verdad? —en realidad no esperaba que el americano le respondiera—. Así que es una cantidad importante. No podría invertir si quien maneja mis inversiones, por más buena reputación empresarial que le preceda, no entiende el concepto del compromiso, o pueda inclinarse a los escándalos sociales o similares.

«¿Qué quería decir ese hombre?», pensó James frotándose la frente.

—No comprendo.

—Lamento, a veces suelo enredarme con mi Inglés. Lo que quiero decir señor Stratton es que quisiera que usted organice una reunión dentro de dos semanas y me presente con sus colegas. Me gustará conocerlo en persona, así como también a la mujer que en todas las revistas la presentan como su futura esposa. Debe ser una chica

encantadora, no lo dudo.

James estuvo a punto de reír con acidez. «¿Futura esposa, Rebecca? ¡Imposible! Peor aun cuando sentía que no la deseaba como antes». Seguramente el equipo asesor de Jeong le habría entregado un dossier con información sobre él. No le reprochaba eso a Jeong; porque en su caso hubiera hecho lo mismo. A lo mejor el japonés leyó los ridículos chismorreos en que mencionaban a Becca como su prometida. Sí, claro que pensaba en algún momento comprometerse, pero ya no estaba convencido de que fuera con ella.

—Dentro de dos semanas entonces llevaré a cabo una recepción para usted con mucho gusto en mi dep... —se corrigió, no podía abandonar la mansión para lo que implicaba una organización de esa clase—. En mi casa fuera de la ciudad —procuró un tono casual y nada sorprendido, aunque no podría estarlo más. Rebecca no entendería lo que implicaba vestir con recato, aunque sus modales fuesen impecables, tampoco se caracterizaba por ser cálida, sino más bien fría, como la gente de alta sociedad; y Himoki sin duda, sería aunque distante, más familiar. Chocarían. Algo tenía que ocurrírsele.

—¡Magnífico! Hatzuri, mi esposa, ama la naturaleza. Se pondrá muy contenta. Espero que organizar una velada no represente demasiada molestia.

«Muy tarde el comentario», rumió James mentalmente.

—En absoluto será un placer empezar a hacer negocios de este modo, y su esposa se va a sentir como en casa. Los americanos entendemos el concepto de familia claro y firme.

—Cuento con ello, porque la inversión depende enteramente de la impresión que tenga mi mujer. Ella no querrá ver que construyo algo para personas que no creen de verdad en el compromiso ni en la familia . —Desde el otro lado del mundo el regordete millonario de cabello negro sonrió. A él le gustaba hacer negocios, y el americano se mostraba abierto. Eso le gustaba. Aunque, a diferencia de sus coterráneos, él siempre solía dejarse guiar por lo que su esposa sugería. Al fin y al cabo, ella había aportado también con su capital al momento de levantar el monstruo empresarial que lideraba en el mercado japonés—. Bueno señor Stratton. Nos comunicaremos a la brevedad posible.

James sintió ganas de insultar a alguien. Sin embargo, hizo algo totalmente opuesto. Prorrumpió en sonoras carcajadas. La vida podría ser irónica demasiadas veces. ¿Cómo podía él pretender que entendía lo que era una familia? ¿Compromiso de qué tipo? ¿Laboral? Ese lo poseía sin lugar a dudas. De otra clase, no tenía ni idea.

Cuando llamó a Rebecca, le resultó curioso que no solo se mostrara interesada y feliz, sino que insistió en visitarlo al siguiente día. Él no veía en ello nada de malo,

pero recordaba que en la casa estaba también Grace. No le importaba lo que pensara, sin embargo, no iba a darle pie para que empezara a llevar a *su casa* las conquistas que estuvieran esperando por ella. El pensamiento de la curvilínea experta en finanzas acostándose con diversos amantes le revolvió el estómago.

—No Becca, no es necesario, ya sabes que he venido a trabajar. Te he contado los detalles. Necesito que muevas esos contactos tan magníficos que tienes para organizar reuniones y los mandes a mi mansión. La reunión es en dos semanas, ¿podrás con ello? —preguntó algo escéptico. Aunque ella organizaba unas reuniones estupendas, el concepto de ésta en particular era distinto. Necesitaba algo cálido, familiar, cercano y genuino. Y obviamente, él no tenía ni idea de qué iba eso.

—¡Claro! —mientras escuchaba a James hablar, alejó el teléfono de su oreja para decirle a la señora que le estaba pintando de rojo las uñas, que se le había escapado una pequeña parte sin aplicar laca. Así que estaba escuchándolo a medias—. Tendré todo solucionado —replicó, cuando James le preguntó si había comprendido el concepto. A ella qué más le daba una fiesta u otra, siempre era lo mismo.

—Me estoy jugando mucho dinero nena —expresó algo tenso, porque ella parecía distraída.

Ella sonrió. El dinero era siempre importante, por eso estaba más que contenta por el contrato de modelaje que le había salido. Aún debían confirmarle la fecha en que se realizaría la primera sesión fotográfica. ¡Iba a ser en Seattle! Estaba feliz por ello.

—Lo entiendo perfectamente —aseveró convencida, aunque claro, más emocionada por la perspectiva de irse unos días a Seattle como modelo de ropa interior, que por lo que James hablaba.

—Bien. Hasta pronto entonces.

Cuando cerró la comunicación, James tuvo la sensación de que quizá debió aceptar que Rebecca se presentara en la casa, y asegurarse de que hubiese entendido lo que necesitaba para esa condenada reunión con el japonés. Iría al bar del comedor a buscar un whisky. Hacía tantos años que no volvía a ese espacio de la casa. Le haría bien brindar por la posibilidad de un futuro prometedor para su empresa. Con esa idea, bajó las escaleras.

James se detuvo en el umbral de la gran sala del comedor. Al fondo, el crepitar de las llamas estaba mezclado con una inconfundible melena ondulada. Se quedó

embrujaado al verla danzar con un vaso de algo en la mano, a un ritmo musical que solo ella tenía en la mente. Su silueta esbelta y curvilínea parecía dibujada en claroscuro, y el fuego intentaba bordear sus contornos haciéndola casi parecer una visión.

Se quedó observándola un buen rato, hasta que la vio tambalearse y caer con una sonrisa sobre el gran sofá concho de vino. «La listilla estaba bebiendo de más». Acercándose muy despacio, la vio recoger las piernas sobre el mueble, y recostarse en el brazo del sillón. No pudo sentir la tentación de pararse justo frente a ella. Entre el asiento y la chimenea.

—Qué...

—Hola, Grace. Veo que estás muy cómoda en *mí casa*. Te sienta bien —se burló.

Ella inmediatamente se sentó, tensando todos los músculos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —señaló con la mano el umbral de la puerta de la sala-comedor.

Él se encogió de hombros como respuesta.

—Es de mala educación espiar a la gente —replicó arrastrando la última palabra. Se había sentido demasiado ligera después del primer amaretto. El segundo le sentó aún mejor. Y quizá fue un poco descabezado de su parte haber llegado hasta el cuarto, porque a pesar de que se sentía incómoda con la presencia de James, no lo era tanto como hubiese sido de estar un poquito más sobria. Hacía mucho tiempo que no bebía tanto. Corrección. Nunca bebía tanto. Y en esta ocasión se encargó de llenar cada vaso hasta el tope.

James se inclinó hacia ella con una sonrisa, y le arrebató el vaso de la mano, poniéndolo sobre la mesa junto al mueble.

—Digamos que no soy el maestro de los buenos modales, y tú no eres ni por asomo la imagen viva de la abstinencia —expresó con humor al verla fruncir el ceño. Se fijó en los piecitos tan pequeños y adorables que estaban descubiertos. Eran preciosos.

—¡Dame eso... ! —intentó ponerse de pie. Lo único que consiguió fue tambalearse, y ser atrapada por un par de fuertes brazos.

—Así que la señorita ha estado bebiendo un poquito más de la cuenta, ¿eh?

Rodeaba como se encontraba entre el cálido olor que despedía James, soltó un suspiro involuntario. Él la tenía rodeada de la cintura, y Grace apoyó las manos en su

firme torso, no sabía si para alejarse, o para comprobar que los músculos firmes eran de verdad. No se sentía amenazada por nada, sino más bien cómoda.

—No es algo que te interese —respondió.

James sintió tensarse su miembro con el toque involuntario de Grace, y el aroma de vainilla mezclado con lavanda que emitía su cabello y su cuerpo. No quería que se diera cuenta lo que su olor y vulnerabilidad generaban en él.

—¿Qué es lo que has bebido? —preguntó recorriendo con la mirada los labios llenos y sensuales. Grace elevó el rostro. Su mirada era brillante, quizá por el licor, pero las dos gemas celestes parecían las aguas profundas de un mar en calma.

—Yo creo que fue amare... amare... —empezó a balbucear, pero él fue más rápido.

La sonrisa pícara que le dedicó no la sorprendió, al contrario, su cuerpo tembló instintivamente, apegándose más al otro.

—Vamos a ver —murmuró antes de bajar sus labios y posarlos sobre los de Grace.

Ella no estaba lo suficientemente ebria como para perder el sentido. Pero sintió como si el mundo girara turbulento entorno a esa sensación de sentirse deseada y única. Se relajó cuando James la acercó más, arqueándola hacia él, para así saborearla mejor. Apresó su boca como si fuera una exquisita fruta fresca de la cual quisiera beber.

James delineó el contorno de los labios de Grace con esmero. Sus labios eran cálidos, acogedores; los devoró, sintiendo el sabor natural a la hermosa mujer que tenía entre sus brazos, luego paladeó el amaretto. Desde el día anterior que la dejó jadeante, tanto como después lo estuvo él por el beso compartido en la oficina de Morris, la idea de volver a besarla no se le iba de la cabeza. Así que ella la había ofrecido la oportunidad perfecta para saciarse. Sentirla relajada contra él, sin aquella pose de eficiente profesional, en su casa y con la lengua combativa a distancia, lo invitaba a disfrutar ese encuentro al máximo.

Grace abrió los labios, permitiendo que la lengua sagaz y experta de James penetrara para explorarla. Sintió las piernas débiles, y los senos pesados. Poco a poco se entregó a la sensación de flotar, y también sintió la dureza masculina que se apretaba contra su centro. No quería que dejara de besarla. Automáticamente elevó los brazos y rodeó el cuello de James, tocando los cabellos negros y aspirando su esencia.

Cuando él empezó a acariciarla, apegándola aún más, no se resistió. Por primera vez en mucho tiempo sintió un placer indescriptible, como si cada toque despertara a

la vida a un lugar distinto de su piel. Su toque era más fuerte que el licor que había ingerido. No quería que acabara, quería tenerlo por todas partes encendiéndola, probándola...

—Eres deliciosa chica con sabor a amaretto —murmuró ronco, mientras abarcaba los senos llenos de Grace con sus manos. Los acarició sobre la blusa de fino algodón, y sintió cómo los pezones se endurecieron con el roce de sus dedos—. Dios... el tamaño de tus pechos son perfectos... tan sensibles... —expresó acariciando los suaves montículos, sin dejar de besar los labios de Grace. Ella emitió un gemido. Excitado metió las manos debajo de la blusa. Quería tocar su piel desnuda, besar sus senos, morder y chupar sus pezones, quería que ella se derritiera bajo su cuerpo. Deseaba con locura poseerla. Nunca le había ocurrido aquello con otra mujer, y podía decir a conciencia que por su cama había pasado un considerable número de acompañantes femeninas.

—¿Siempre haces esto con otros hombres cuando bebes? —preguntó de pronto, cuando sus manos estuvieron en el broche del sostén.

James no pudo evitar la pregunta, necesitaba saber si acaso ella era así con todos. La sola idea, y sabía que era una estupidez, de saber que había obsequiado a otros sus besos y permitido que la tocaran del modo que él lo estaba haciendo, agriaba su humor. Lo molestaba, de hecho.

Grace se quedó inmóvil. La pregunta le cayó como balde de agua fría, e inmediatamente se dio cuenta de lo que estaba haciendo. En realidad, *con quién*. «¿Otros hombres... ? ¡Claro, él creía que era una cualquiera, y ella no hizo otra cosa que afirmárselo al responder a su sensual avance». El ligero efecto del licor se había esfumado. Y en su cabeza lo vio todo con más claridad, sin el adormecimiento de sus sentidos que causaba James.

Intentó zafarse, pero él no se lo permitió, porque en lugar de desatarle el broche, colocó las manos en su rostro y volvió a devorar sus labios, para embeberse de ella y calmar su resistencia. Ella no le devolvió más el beso, y se alejó.

—Esto ha sido un estúpido error de mi parte —murmuró Grace, arreglándose la ropa. Se prometió no volver a beber hasta que hubiera cumplido los cuarenta.

James estaba respirando profusamente intentando calmarse. No era nada fácil lograr apaciguar a su cuerpo, cuando la mujer que estaba enfrente tenía las mejillas arreboladas, el cabello alborotado, los magníficos pechos con los pezones aún erectos, y los labios hinchados por sus besos. *Sus besos*, y no los de otro.

Así que optó por lo que se le daba más sencillo con ella. Herirla.

—Error o no, me ha servido para comprobar que eres tan rápida en tus argucias

para hacerte con el dinero ajeno, como para calentar a un hombre y luego largarte. Diría que eres fácil, aunque al principio haces pensar lo contrario.

Ella lo miró dolida, pero rápidamente se compuso. Caminó hacia la puerta. Ser débil no funcionaba en el mundo. Grace lo sabía mejor que nadie.

—¿Sabes James? —empezó tratando de contener las ganas de llorar por la humillación—. No sé si te has dado cuenta, pero la gente promiscua y sin escrúpulos, no me va. Además de un par de estúpidos y aburridos besos, no creo que un hombre como tú pueda crear otra emoción en mí que no sea eso: aburrimiento. Buenas noches —dijo con un aplomo que no sentía.

—Grace —llamó James con un tono aparentemente sereno. Ella se detuvo de espaldas—. ¿Me estás lanzando un desafío, princesa respondona? —indagó sarcástico, y se fijó en la espalda erguida y tensa de Grace. Estaba seguro que de convertir su combativo carácter en pasión, ella sería una digna rival en el dormitorio. Saber que no le era indiferente fue un pequeño estímulo, pero no le quitaba la frustración sexual que sentía en ese instante. «La seduciría poco a poco, y ella sería quien le pidiera que la hiciera suya».

Grace pasó muchas situaciones en la vida, pero estar vulnerable y ser insultada de esa manera era un desastre. Especialmente si estaba sobrepasada por sus sentimientos. Había vivido una montaña rusa de emociones: presiones, estrés, chantajes, y ahora insultos. El hecho de saber que su cuerpo la traicionaba cuando James estaba cerca, era aún peor.

—No tengo tiempo de lanzar desafíos estúpidos —dicho esto empezó a alejarse.

—La próxima vez no te voy a preguntar, sino que actuaré conforme interprete tus palabras.

Ya había salido de la sala cuando él emitió su ridículo comentario. A Grace le sonó a una advertencia, y no le gustó en absoluto. Cansada fue a su habitación, mientras James acababa de un trago el medio vaso de licor que estaba sobre la mesilla.

La mañana amaneció despejada. A pesar del ligero dolor de cabeza, Grace obligó a su cuerpo a ponerse de pie para darse una ducha. Cuando salió del cuarto de baño, se sintió más renovada. La pesadez la abandonó. Su mente estaba más despejada y lista para trabajar. Le hubiera gustado agradecer el sueño reparador, pero en realidad no tuvo nada de eso. Al contrario. Soñó que unas manos cálidas recorrían sus senos, apresándolos y haciéndola gemir de placer, y también que dedos traviesos descendían



hasta el lugar donde convergían sus muslos, tocándola, mojándola. Se había despertado en la madrugada, jadeante. Para encontrarse completamente sola. Maldijo a James, hasta que pudo conciliar el sueño.

Mojigata no era. Le hubiera gustado echarle la culpa al licor, pero ella tenía por principio procurar la sensatez consigo misma si quería sobrevivir. Quizá el hecho de no haber estado con nadie hacía mucho tiempo pudo influir. Añoraba alguien que la besara, la acariciara y le dijera, aunque fuese mentira, que la quería y la deseaba. Claro, que las dos últimas cosas no las iba a tener con Stratton. Ni quería, de hecho. ¿O sí? En realidad, eso equivaldría acarrearle problemas innecesarios. «Solo quedaban veintinueve días, y sería libre».

El ritmo de trabajo que llevaba Grace desde la casa era impresionante. Ni bien acabó el desayuno, su secretaria le mandó un correo con cinco páginas llenas de reportes de llamadas por devolver. A la hora del almuerzo no se topó con James, ni en la cena. Y lo agradecía profundamente, porque no tenía ganas de encontrárselo, peor siquiera que su cuerpo se tensara al recordar el modo sensual en que la había tocado.

Los siguientes seis días pasaron en una suerte de mutua evitación.

James sabía que Grace estaba en la casa trabajando en el estudio. Entonces optaba por irse a su biblioteca personal. Ella sabía por los ruidos, que ya se le hacían familiares, cuándo él bajaba a desayunar, y ella lo hacía luego; o cuando él salía a trotar, ella desayunaba antes. El magnate se encerraba a trabajar durante horas. A veces llegaba la madrugada y no podía resolver lo que necesitaba. Sin embargo, agradecía no tener que escuchar réplicas mordaces, ni su entrepierna agitada, menos cuando tenía tantos negocios que requerían de su atención.

Lo habían llamado de la Fundación Scarf, para que diera un discurso como principal benefactor, esa tarde. Aquella organización tenía cuarenta años en Houston y se encargaba de prestar ayuda a los huérfanos que recibían beneficios de fondos privados para estudiar, o cumplir sus sueños, hasta que les tocaba la edad de abandonar el sitio. Además brindaba la posibilidad que los huérfanos de casas de acogida gubernamental, que tenían buen comportamiento y potencial, pasaran a recibir clases de pintura, fotografía, manualidades, y otras actividades en la fundación. Aquella faceta suya no era pública, porque no le interesaba esa clase de publicidad. Pero llevaba al menos ocho años apadrinando la causa.

Cuando telefoneó a Rebecca para saber cómo iba la contratación de los organizadores de eventos, para la reunión con el matrimonio Jeong, ella le dijo que no se preocupara que *sabía* lo que hacía. Becca aprovechó para quejarse de su falta de atención, a lo que él replicó que era un hombre de negocios y tenía asuntos que atender. Ahí terminó la discusión. James se estaba planteando dejar a esa mujer una vez que concluyera el evento. Sabía que la muchacha tenía una vena vengativa, y en este punto de su negociación no le convenía dejarla. Era un asunto estratégico.

Una tarde de jueves llegó oficialmente el Otoño. Era la época favorita del año de Grace. Aunque los árboles empezaban a deshacerse de sus hojas, el fresco y los colores que adoptaba la naturaleza le gustaban mucho. El clima un poco loco estaba especialmente impregnado de un fuerte viento. Era una estación algo romántica a su parecer.

Cansada de leer tantos informes numéricos, responder correos, atender llamadas en italiano, portugués y español, decidió ir a la biblioteca principal a leer un libro. No había estado en esa parte de la casa, así que quizá encontraba algo bueno que la entretuviese. A veces sentía que estaba en una suerte de vacaciones forzadas, y para ser honesta, trabajar desde la mansión Stratton le gustaba.

Al abrir la puerta de la biblioteca se encontró con un visitante que al parecer había ido en busca de algo similar a ella. Se fijó en la estancia. Era amplia, las estanterías inmensas y abarrotadas de colecciones de libros. Un gran escritorio de caoba tallada estaba en una esquina, iluminado por una tenue lamparita. Había dos cuadros. Un Picasso, y un Renoir. Seguro debían ser originales. ¿Por qué mezclar dos pintores de distintas tendencias? No lo entendía, pero lucía muy bien.

—No sabía que leer era una de tus aficiones —comentó, James, eligiendo una novela de Tolstoi, Anna Karenina, de la parte más alta de uno de los libreros—. Este es un excelente ejemplar. ¿Lo has leído? —preguntó mostrándoselo.

«Así que era del estilo de los clásicos», pensó Grace. Y se sorprendió por el tono amable que le dirigió, sin hacer mención a lo sucedido noches atrás. Eso fue un alivio. Él vestía informalmente. Un jean negro, zapatos bajos, una camiseta azul que se adhería de tal manera que perfilaba los músculos de sus brazos y dorso. Cuando se inclinó a bajar el libro, ella pudo ver cómo los músculos de la espalda se movían al compás. Inconscientemente se pasó la lengua por los labios. Y cuando se fijó en lo que había hecho, dio gracias a que él estuviese ocupado en otro asunto.

—Sí, lo he leído. Una lástima la vida de esa mujer. La biblioteca es preciosa, James —comentó con el mismo tono amable que él había empleado. A lo mejor podían pasar un rato sin echarse pestes mutuamente—. Y sí, me gusta mucho leer. Casi no tengo tiempo, pero he decidido darme un respiro. Los números a veces cansan —sonrió sinceramente.

James se sintió agitado de pronto ante la sonrisa sin artificios de Grace. Pero puso a raya sus pensamientos.

—¿Qué clase de libros quieres leer?

—Me han dicho que hay una escritora latinoamericana que está muy bien. Isabel... Entiende, ¿puede ser?

—Allende —corrigió él, y se dirigió a la otra estantería para buscar un libro—. Aquí tienes. “La casa de los espíritus”. Me han dicho que es muy buena, aún no la he leído. Apenas me he adentrado en la literatura de Latinoamérica, prefiero un poco más los europeos.

—Gracias —dijo cuando le puso el libro en las manos.

Sin pensárselo, ambos estuvieron charlando largo y tendido, como si fueran amigos, sobre la literatura. Los clásicos, las anécdotas, y la trascendencia de los relatos antiguos en la época contemporánea. Cuando se dieron cuenta la noche había caído entre ellos.

Y no habían leído nada.

Grace aprendió un par de cosas sobre el nieto de Rose. Era un excelente conversador, muy culto, que había viajado lo suficiente como para hacer analogías con cualquier libro sobre el cual ella hubiera mencionado, y que podía ser gentil cuando se lo proponía. Y ella se encontró charlando con él, relajadamente. Aunque tenía muy claro que era como un tiburón. Acechaba a su presa en una aparente calma, y cuando menos esperara seguro que la trituraba. Pero no pensaría en eso, trataría de adaptarse a ese instante de tranquilidad.

Por su parte, James se dio cuenta que ella poseía un interesante sentido del humor, y podía reírse de sí misma. Además era bastante inquisitiva y sabía escuchar. Sin duda, una mujer con muchas facetas. Brevemente le había relatado sobre su paso por el restaurante, y cómo era el extenuante ritmo de trabajo. La dejó hablar.

—Así que has sido una mujer independiente mucho tiempo —comentó, observándola.

—Sí, podríamos decir que ha sido así. Me gusta tener mis propias cosas. Supongo que te ocurre lo mismo —replicó fijándose en lo paradójico de la situación. James y ella charlando sin agredirse, en una estancia cálida y elegante, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—¿Dónde viven tus padres, Grace? —preguntó de pronto, desde el sillón en donde estaban cómodamente sentados.

—Yo... —se le hizo un nudo en la garganta. James colocó una mano sobre la de ella, al ver cómo la mirada se tornó contrita con su pregunta.

—No quise entrometerme en tu vida —pronunció arrepentido de haber llegado a

un tema personal. Lo hizo por un impulso al sentirse de pronto tan cómodo en su compañía, no solía ocurrirle con la gente. Cuando ella no expresaba sus réplicas irónicas, podía ser encantadora, y eso lo hacía dudar de la verdadera naturaleza de la muchacha.

—Soy huérfana; no tengo familia —expresó sin emoción.

Él la miró un largo rato, porque comprendía lo que era no tener a nadie que compartiera tus alegrías y necesidades. El camino que se hizo por sí mismo le había costado mucho, y el dinero resultaba vital para la única estabilidad que conocía: la material. Porque en la sexual no tenía ningún inconveniente. Y la emocional, simplemente, se limitaba al placer de hacer buenos negocios.

—Comprendo —entonces tuvo un pensamiento—. Ahora veo por qué el dinero es tan importante para ti —expresó, pensando en la herencia.

Ella retiró la mano de la suya, e instintivamente James supo que había sido desatinado su comentario. Con Grace no daba pie con bola. No lo entendía. Lo último que buscaba en ese instante era ofenderla.

—No, no comprendes nada —se puso de pie. Sentirse sola era lo de menos. Lo más importante, en su caso, era la dignidad y la lealtad. Sin eso, el resto no importaba. Y claro que ganar dinero daba estabilidad, pero ella vivió muchos años sin él, y aprendió por eso a valorar otras cosas. James definitivamente, no entendía—. Voy a salir al cine, por si crees que estoy rompiendo el pacto al irme —expresó con ironía. «La lengua viperina ha vuelto», pensó James—. Que disfrutes tu lectura.

—Espera... —pero ella ya se había marchado.

James se quedó mirando la puerta, y maldijo su falta de tacto.

Muy temprano en la mañana, el onceavo día que llevaba en la mansión, Grace vio un mensaje pegado en la puerta del refrigerador. James debía atender una urgente reunión en su oficina, volvería dentro de seis horas. Le venía como anillo al dedo, porque ese día tendría una visita. Su querido amigo Callum le había dicho que no era posible que se desapareciera de su radar tan fácilmente, así que ella ofreció recibirlo con los brazos abiertos y pasar una tarde juntos.

—Oh, no me estoy desapareciendo nada, Cal —le dijo entre risas—. Supongo que Sylvia te dio el número de la casa.

—Te he llamado como loco a tu departamento, hasta que finalmente me di por vencido y sí, llamé a Sylvia. Creo que tuve que usar mi tono seductor para que accediera a darme el número de la casa en la vives, ¿cómo es que estás en la mansión Stratton? —ella sonrió con tristeza. Entre tanto alboroto no había tenido tiempo de charlar con su mejor amigo. Y lo echaba en falta—. Además te siento extraña, y quisiera saber qué ocurre.

«Y yo contártelo con más detalles», pensó ella. Luego de relatarle muy brevemente lo que estaba ocurriendo, le hizo una invitación.

—¿Qué te parece si vienes a pasar hoy conmigo? Aquí hay un lago precioso. Y nadie va a molestarnos. James estará fuera hasta tarde, así que no interrumpiré. ¡Hoy hace buen clima, podrías traerte tu bañador!

Cal rió con su voz tan masculina del otro lado. Cuántas veces le dijo que estaba enamorado de ella, y después de un par de besos, finalmente se convenció de que ellos siempre serían solo amigos. Callum tenía una legión de admiradoras, y ella sabía por qué: él era simplemente encantador y el príncipe azul que todas quisieran. Quizá tenía algún chip defectuoso en su cabeza, como para no poder corresponderle.

—No creo que nadar en el lago de James Stratton me haga muy feliz, preciosa. Me pasaré por ahí, si deseas darte un baño, me quedaré en la orilla, por si te ahogas —se carcajeó bajito. Cuando le enseñó a nadar tuvo que salvarla algunas veces, pues ella solía ser muy bravucona y no quería que nadie le ayudase, aun cuando apenas tenía cinco lecciones de nado, creía que ya estaba lista para cruzar la piscina más honda.

—Hasta ahora, entonces —concluyó cerrando el teléfono.

La señora Posey estaba limpiando el polvo de la sala de piano. Los últimos días había notado que James lucía bastante tenso. Y el único momento en que su rostro adquiría un matiz distinto, casi imperceptible de relajación, era cuando volvía de correr todas las mañanas al amanecer. Luego hacía unos largos en la piscina, y se perdía en su biblioteca.

No lo veía deambular por la casa. Las últimas tres noches le llevaba la cena al despacho, y luego no sabía de él hasta el siguiente día. Ella consideraba ese ritmo de vida demasiado duro, absorbente. Consideraba que el chico necesitaba relajarse. Pero no podía decírselo, porque ya conocía el genio que se manejaba.

Cuando Grace le anunció que un amigo suyo iría a la pasar la tarde, sonrió sinceramente. La muchacha era buena y gentil, seguro que pasar tanto tiempo aislada con un hombre que ni siquiera reparaba en ella, no era saludable, pensó. Fiona se fijó que durante las contadas ocasiones que la joven y James se topaban, parecía como si un campo eléctrico dominara el espacio en el que se encontraban. Fue entonces cuando finalmente entendió lo que Rose había visto desde hacía un buen tiempo entre

ellos.

Cal llegó alrededor del mediodía. La señora Posey preparó un almuerzo exquisito, que él tan galantemente elogió, haciendo que la mujer se sonrojara. Grace estaba exultante. Callum la hacía reír. Sus cabellos castaños y ojos celestes, en consonancia con su risa, solía ser una agradable visión.

Él le contó que su familia estaba organizando una fiesta de fin semana en un lago en Ohio. Ella tuvo que relatarle entonces todos los detalles del bendito testamento. Cal, en lugar de reaccionar indignado como ella esperaba, se limitó a escucharla.

—¿Dónde dices que está Stratton? —preguntó, mientras estaban sentados en el pequeño muelle mojando los pies en el agua. Ella tenía la cabeza recostada en el hombro de su apuesto amigo de la universidad.

—Trabajando supongo.

—Mmm... ¿Sientes algo por él? —eso la hizo levantar la cabeza, y mirarlo a los ojos—. Me lo imaginaba. Te sientes atraída.

Ella abrió los ojos mirándolo fijamente.

—¿Qué dices, Cal... ?

«¿A ella gustarle el estirado de Stratton? Imposible», se dijo.

—Tus ojos brillan diferentes cuando hablas de él. Te conozco más de lo que tú misma... —le elevó el mentón hacia él, para mirarla—. Solo ten cuidado, preciosa, no cometas el error de enamorarte. Él no es de los que se comprometen de verdad.

—Lo que ves debe ser un atisbo de mi aversión hacia él —sonrió, pero en lugar de una sonrisa, fue una mueca. Suspiró—. No pasa nada. Si acaso se me ocurre la descabellada idea de sentirme atraída por él, pensaré en tu consejo —le dio un apretón cariñoso en la mano.

—Esa es mi chica —sonrió Callum con su perfecta dentadura blanca—. Gracie, cariño, ya sabes que no necesitas hacer todo esto. Déjalo que se quede con su fortuna. ¿A ti qué más te da?

—No, Cal. No lo comprendes. Más que el hecho de que no quiero que se quede con la casa o con el dinero, o ambos, es el hecho de que no se portó bien con Rose al final. La trató mal, y ella murió sin un gesto de afecto de parte de James. No se lo merece. Además... Rose nos dejó atados. No podemos renunciar al testamento, bueno sí que podemos si nos ponemos de acuerdo o no sé qué enredos, pero como te dije no pienso dejar que se lleve todo de rositas. En el testamento Rose ha dejado incluso la

empresa que juntas impulsamos, así que también va por mí. ¿Dejarle todo mi esfuerzo tan fácilmente? ¡Ni pensarlo, Cal!

El columpio que pendía del gran árbol se balanceaba con el viento.

—Él es el legítimo heredero de todo éste imperio. Y no va a descansar hasta conseguir lo que quiere, sin importar el precio.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó intrigada.

—Lo conozco hace varios años. Hemos tenido nuestros encontrones por el modo en que se llevaron a cabo ciertos negocios. Honestos, claro. Más bien fue el manejo. Ganamos a pares... —le sonrió—. En todo caso, ándate con cuidado con Stratton.

El aire alrededor era fresco, y agitaba levemente los cabellos de ambos. El de Grace llegaba hasta media espalda en perfectas ondas; y el de Callum, lacio y casi dorado, se dejaba mecer por el viento.

—Grace si las cosas empiezan a ponerse feas, y por “feas” lo que sea que entiendas o sientas que es así, tienes que llamarme. No te perdono que hayas omitido decirme que el idiota del Chef de DaMarco te despidió sin más, y encima por culpa de este estúpido de James. De haberlo sabido...

—Pero ya pasó y soy grande. Sé cuidarme sola. Aunque sin duda aprecio todo tu apoyo.

—Eso mismo dice Fiorella. Y ya la ves. Comprometida en una misión en Australia para salvar koalas; proyecto académico según dice. A lo mejor tendré que irme con ella, aún es muy jovencita para andar viajando sola.

Grace simplemente rió. Su amigo era muy protector con la pequeña Fio, que era una adolescente. No iba a meterse en ese campo. El trato honesto, familiar y sin sarcasmos era un bálsamo para los días que le venían por delante.

—¿Qué sería de mí sin ti? —preguntó en broma, relajándose y acomodando mejor la cabeza en el hombro de Callum. Él le pasó el brazo por el hombro confortándola.

—Supongo que cometerías locuras... aunque espera. ¡Estás viviendo con un redomado mujeriego, en una mansión de varios millones de dólares, sujeta por un testamento... ! No podría haberte metido yo en un lío mejor.

Ambos soltaron una carcajada.

Se pusieron de pie.

—Ya debo irme, ha sido como siempre un placer verte, Grace. Y el almuerzo fantástico. Seguro engordarás unas cuantas libras estando aquí.

—Yo creo que sí —expresó alegre—. Qué lástima que tengas que irte... tan pronto ha pasado el tiempo —se colgó del cuello de Callum, y él le dio un abrazo de oso—. ¿Seguro tienes que irte, Cal?

—Sí, preciosa, tengo que irme —suspiró contra el cabello de Grace.

Y así abrazados los vio James desde su recámara, cuando subió a cambiarse después del ajetreo de la oficina. «Fácil como todas», pensó con acidez. Verla tan relajada y suelta con ese idiota lo enfureció. ¿Celos? Claro que no. Simplemente que si ella creía que podía llevar amantes a *su casa* estaba completamente equivocada.

Ya ajustaría detalles más adelante con Grace y su promiscuidad. Desechó cualquier atisbo de simpatía que se hubiera operado en él días atrás. Qué más le daba que fuera huérfana o pobre, era una fácil y buscavidas. Él tenía mejores cosas que hacer, como por ejemplo una reunión en la que pensar para el señor Jeong y su mujer, que casualmente era al día siguiente.



## Capítulo 7

La bruma del día incidió en el mal humor de James. La noche anterior, en un arranque de aburrimiento, fue a buscar a Rebecca. Claro que la encontró, curiosamente besándose con un hombre que él no conocía. Lejos de sentir ira, furia o alguna emoción que se le pareciera, se había acercado a ellos con bastante calma.

—Vaya, Rebecca, al parecer ya no cierras muy bien la puerta del apartamento —le había dicho, al tiempo que ella intentaba recomponerse el cabello.

—Pero James, ¿no se supone que estás ocupado? —preguntó con descaro en un hilillo de voz chillón.

Él se rió, haciendo caso omiso del hombre que hasta hacía unos segundos besaba a Becca y que eligió ese instante para desaparecer.

—Y tú... ¿No se supone que debes estar organizando una cena para mañana? —indagó a su vez con tono gélido.

Ella se acercó mimosamente, moviendo con coquetería las torneadas piernas, que estaban cubiertas por una pequeña falda fucsia.

—Está todo listo, ya sabes que soy una experta en eventos. ¿James, me perdonas por haber... ?

Él le tomó el rostro con una sola mano.

—Aunque no debería sorprenderme, casi lo has conseguido. No me importa lo que estuvieras haciendo —la miró como si le causara asco, y ella se echó a temblar. Era conocido el temperamento de James, y si lo utilizaba en su contra estaba perdida socialmente—. Si el evento no es un éxito, ten por seguro que tu padre y sus socios se van a enterar de algunos detalles sobre ti.

—¡No te atreverías! —exclamó casi asustada.

—Ya sabes que fumar marihuana y vendérsela a tus amigos no es muy ético, ¿verdad que no, Becks? —así solía decirle cuando quería insultarla.

—Mierda... lo siento...

—No te disculpes —la soltó hastiado—. La verdad es que no me importa. Da la casualidad que simplemente me facilitaste las cosas. Iba a dejarte de todos modos —ella lo miró como si hubiera dicho que Australia era una ciudad de México—. Y antes de que intentes dejar que tu vena vengativa surja, acuérdate que además de la marihuana puedo conseguir algunos otros detallitos que a la niña de los ojos de su padre, o sea tú, no va a agradarle. ¡Imagínate que te desherede... ! No queremos eso. ¿Verdad que no? —Becca balbuceó que no varias veces con preocupación. Ella amaba su Aston Martin, los viajes con todo pagado a donde quisiera y necesitaba su estatus de vida, tanto como otros un desayuno completo cada día—. Entonces, ya que al parecer has comprendido perfectamente la situación, ¿va a estar todo a punto mañana para mí cena?

Rebecca asintió varias veces, logrando que su cabello tan bien cuidado se agitara.

—Genial. Ah, tampoco intentes explotar las tarjetas de crédito. Ahora mismo llamaré a cancelarlas.

Rebecca lo miró histérica, pero sabía que obedecía, o su padre le quitaba el dinero. Y ella valoraba mucho su posición social.

—¿A qué hora debo estar lista esta noche en la fiesta? —preguntó cuando James tenía la mano en el pomo de la puerta.

—No tienes. No estás invitada.

—¿Cómo... cómo entonces voy a supervisarlo todo?

—Paga bien a la gente que tiene que atender, ellos harán su trabajo. Adiós, Rebecca.

Ahora, de pie frente a su espejo, se afeitaba. Aquella conversación con Rebecca fue muy productiva. Al menos le había ahorrado los típicos numeritos que se solían inventar sus parejas para que él las consolara comprándoles cualquier capricho. Pero ya estaba harto de esas mujeres, cansado de que lo utilizaran. No había nada genuino en su vida. «¿Y qué era genuino después de todo?».

Al bajar al salón, vio un tropel de personas que iban y venían por la casa. «Bien, al menos Becca cumplió su palabra», reflexionó, dirigiéndose al salón del desayuno. Fiona estaba terminando de poner una fuente de frutas, quesos y jamones sobre la mesa.

—Buenos días, Jamie.

Él se rió.

—No entiendo tu manía por llamarme de ese modo —se sentó y tomó una rodaja de queso gruyere—. Ya estoy crecidito. ¿No crees?

—Mmm —replicó dejando una canasta de pan, café recién preparado y leche—. ¿Vas a querer algo más?

—Tengo una pregunta para ti —una pregunta que a él le había rondado la cabeza desde que Rose le dijo que era adoptado—. ¿Tú también sabías que mis padres en realidad no eran mis padres de sangre?

Fiona se quedó con la taza de café que iba a pasarla a James, a medio camino.

Lo miró, dejando cualquier cosa que tuviera en las manos sobre la mesa.

—Sí.

James se comió la rodaja de queso con parsimonia, como si fuera un catador de los vinos más finos y necesitara tiempo suficiente para identificar sus cualidades. Fiona por su parte estaba tensa. No pensó que tuviera que abordar el tema, aunque sabía que tarde o temprano sucedería.

—No le creí a Rose cuando me lo dijo —comentó James sin emoción.

—Normal, siempre fuiste un chico bastante terco —se sentó junto a él—. Tu abuela siempre te quiso como su nieto de sangre, porque lo fuiste para ella. Lo eras para todos...

—Menos para mi madre —comentó con amargura—. Al menos, según Rose.

—¿Tanto te cuesta llamarla abuela? —preguntó con tristeza el ama de llaves.

—Me cuesta creer muchas cosas... no confío en nada, en nadie, todos me han fallado, Fiona... —se miró las manos, y luego levantó la mirada rápidamente—. ¿Tan mal hijo fui para que mi propia madre adoptiva me quisiera solo por el dinero que pudiera sacar ocultándome un secreto?

La mujer suspiró cansada. Como si recordara muchas cosas de muchos años.

—No, James. Fuiste un gran hijo. Con las pataletas de cualquier niño, y quizá te consentimos un poquito de más —le sonrió, y él finalmente le devolvió la sonrisa—. Mejor piensa en tu madre; en la idea que tenías de ella. Ya no está más... pero Jamie,

tú tienes toda una vida por delante y vivir solo del dinero y desconfiando de todos te va a llevar a la soledad absoluta.

Él no dijo nada más, y continuó con su desayuno. Fiona entendió que necesitaba tiempo para meditar, o pensar, o simplemente no pensar. Así que se alejó para ir a ver a Harris que estaba luchando afuera contra los intrusos que pisaban sus rosas.

Minutos después unos tacones resonaron en el piso.

—¡Fiona, buenos... ! —se cortó Grace cuando se encontró a solas con James, quien bebía de su taza—. Hola, James —saludó dubitativa.

—Qué falta de entusiasmo para saludarme —comentó con sarcasmo, recuperado de la conversación con Fiona. Se fijó que Grace llevaba una falda negra, blusa celeste sin mangas y cuello polo; como siempre el cabello sedoso recogido en una coleta. Lucía como una flor fresca en la mañana, y él sintió cómo una parte específica de su cuerpo sufría consecuencias que nada tenían que ver con el clima. Maldijo mentalmente—. Supongo que ese ímpetu de buen ánimos solo está destinado a los amantes de turno, ¿verdad? —preguntó mirándola descaradamente para hacerla sentir incómoda a propósito, aunque claro, parte de esa incomodidad también se la estaba llevando él. Pero no le importaba.

Ella lo observó sin comprender.

—¡Ah, qué mala memoria! Vamos a ver... un atardecer, abrazos entusiastas con un rubio, después de hacer el amor en mí patio, ¿ya lo recuerdas? —se puso de pie.

—Cal... ¿Me estabas espiando, Stratton? —preguntó con fastidio—. ¡Qué baja la tuya!

De un momento a otro, él estuvo cerca, empujándola contra la pared.

—Escúchame bien señorita Hastings —puso las manos, una a cada lado de la cabeza de Grace, que respiraba agitadamente por la sorpresa de verse acorralada de pronto. «¿Qué le pasaba al orangután ese? Unos días se mostraba conversador y amable, y de pronto era un troglodita redomado», pensaba mirándolo con incredulidad—. Si vas a tener sexo en mí casa —se acercó más al rostro de Grace, llenándola con su cálido aliento cargado con el delicioso aroma del café de la mañana —, será mejor que te prepares, porque solamente lo vas a poder tener conmigo.

Ella intentó empujarlo con las manos, furiosa, pero James fue más rápido. Sorteó los milímetros que los separaban y la besó, empujando su pelvis con la de Grace, para que pudiera sentir el deseo palpitante y creciente. La besó con rabia, con deseo y todos los celos que sintió la tarde anterior. Celos, sí. Lo reconocía, pero sabía que se trataba de un asunto pasajero. Nada más.

A Grace, las sensaciones la recorrieron de pies a cabeza. Una corriente eléctrica o un tornado, era todo y nada. Cuando los labios de James la tocaban ella dejaba de pensar, y se dejaba llevar fácilmente. Era imposible no sentir cómo su centro femenino se humedecía con rapidez, al sentirlo cerca. El corazón se aceleraba, y los pechos de pronto se volvían más pesados y sensibles, y se moría porque él los tocara y probara.

Él inclinó la cabeza y recorrió el cuello elegante, dejando un reguero de besos y mordisqueándole la nívea piel. Ella acariciaba con las uñas los músculos de la fornida espalda que iban reaccionando a su toque sensual. Grace movía las caderas pidiendo algo que no había tenido nunca, pero ansiaba sentir, poseer.

—Maldita sea, Grace, te deseo —gruñó James, al acariciarle los pechos con glotonería. Eran un par de montículos deliciosos, firmes, excitantes, y él sentía como si fuera un adolescente experimentando su primera calentura sexual. Pero lo que tenía entre manos no era una calentura, era pasión y deseo puro. Él la reconocía en cualquier parte, y era más consciente de ello en ese instante—. Déjame besarte los pechos, Grace... me muero por probarlos —empezó a desabrocharle los botones de la blusa, sin esperar respuesta, porque ella se contorsionaba contra él.

Grace acarició los labios masculinos con la lengua, delineando el contorno, chupándolos, mientras él la tocaba por todas partes. Cuando logró liberar sus pechos, James emitió un jadeo. Eran generosos y altivos, con aureolas rosas, los pezones estaban erectos, y al sentir cómo ella acariciaba su miembro sobre la tela del pantalón, no pudo contenerse. Agachó la cabeza y se introdujo un pezón en la boca. Lo paladeó, mordió con suavidad, lo succionó y abarcó con sus labios todo el pecho, poco a poco, con lujuria y desenfreno, al tiempo que con la mano tocaba a Grace sintiendo el calor que emanaba de su sexo. Repitió la misma caricia con el otro pecho, escuchándola gemir.

—James... oh, Dios...

—¿Me detengo? —la miró a los ojos y vio reflejado su deseo en ellos. Ambos jadeaban.

—No... no... —murmuró, cuando él empezó a introducir la mano por la abertura de la falda. Quería tocar su humedad, palparla y probarla. Quería en ese momento todo con ella. Jamás había sentido semejante apremio y necesidad física por nadie. Grace lo desconcertaba—. Sigue... oh...

—¡Jamie! —gritó desde el jardín delantero Fiona—. ¡Ven aquí muchacho y habla con esta panda de inescrupulosos destructores!

Respirando con dificultad, se separaron abruptamente por la súbita interrupción.

—¡Ya voy! —le respondió a gritos al ama de llaves, mirando a Grace fijamente. Aún abrumada por la locura que estaban haciendo, no reparó en la desnudez de sus pechos. Con una maldición, James se inclinó y los probó de nuevo, ella gimió, pero él se detuvo a regañadientes al verla tan arrebolada y sensual. La ayudó a acomodarse la ropa.

—Escucha, Grace... mira —se pasó la mano entre los cabellos, intentando ordenar sus ideas—. Diablos, no sé por qué te gusta provocarme.

Ella lo miró boquiabierta con los labios ligeramente hinchados por sus besos.

—¿Qué yo te he provocado? —ralentizó la respiración, calmándose poco a poco. Él estaba aún a pocos centímetros de su boca, pero no hacía intentos de besarlo nuevamente, ni él a ella—. Me viniste a acusar. ¡Qué descaro el tuyo! Te abalanzaste sobre mí... —expresó abrochándose el último botón de la camiseta.

Él la miró de un modo sensual, y ella supo que si la tocaba, se derretiría. Luego se odiaría, por supuesto, como ya lo hacía en ese instante. James pareció estar luchando contra algo. Después de dos minutos de permanecer en silencio, se alejó de ella.

—Tengo que pedirte algo —metió las manos en los bolsillos, si no lo hacía, corría el riesgo de seducirla en la mesa del desayunador. Aunque la fantasía se le antojaba maravillosa, tenía que recordar por qué quería seducirla.

Ella enarcó una ceja.

—¿Qué sería? ¿Un sándwich, o quizá que te sirva un café? —preguntó sarcástica, al ver que la expresión en James volvía a ser tan indiferente como la primera vez que estuvo en la empresa de Rose. Aunque relativamente aliviada, no dejó de sentirse malhumorada por la interrupción de Fiona, oportuna para su cordura, pero su parte lasciva -que había hecho gala de su mal comportamiento- no estaba del todo contenta.

—Ninguna de esas cosas —replicó con la voz acerada. Le iba a costar maldita sea, pero no le quedaba de otra. Rebecca había jorobado las cosas antes de tiempo—. Hoy tengo una cena.

Grace ya estaba completamente repuesta y no pretendía mostrarle lo alterado que estaba su cuerpo por las caricias que había compartido. «¡Casi le permitió hacerla tener un orgasmo en medio de cocina a plena luz del día!».

—Ah bueno, que aproveche. Ya sabes que si vas por ahí de juerga, no puedes quedarte más de cuarenta y ocho horas fuera.

James apretó los dientes, manteniendo las manos fuera de ese cuerpo que lo incitaba a tocarlo todo. Además, estaba Fiona; si no se apuraba, la mujer entraría de

un momento a otro a la sala del desayuno, y eso sería penoso.

—No lo comprendes...

—Explicámelo entonces, oh magnánimo señor —le hizo una venia burlona.

—Hace un rato me llamaste *Dios* —comentó con voz aterciopelada.

Grace se sonrojó.

—Eres un idiota.

—Un idiota al que también deseas.

No pensaba caer en ese juego estúpido.

—¿Me vas a explicar o no, Stratton? —solía llamarlo así cuando se frustraba.

Cuando James llamó más temprano a su jefe financiero, este le dijo que analizando el negocio de Jeong, en tres meses podría triplicar los cincuenta millones. Es decir, tendría los doscientos que tanto ansiaba. Por eso el evento de la noche era crucial.

—La cena es aquí en la casa. No será en el jardín, porque no quisiera que haya demasiado fresco. Prefiero una cena y una reunión en el salón principal. Es un negocio importante para la empresa. Y viene un cliente de Japón para conocer básicamente el modo familiar y comprometido con el cual trabajo.

Grace no pudo evitarlo y se echó a reír. Él le puso las manos sobre los hombros.

—¡Escúchame! —ella dejó de reírse al tenerlo cerca nuevamente—. Lo único que tienes que hacer es fingir que eres mi novia, hacer el papel de que estás enamorada de mí frente al señor Jeong y su mujer. Ante la esposa principalmente. Le muestras lo cálidos y gentiles que somos los americanos, así como nuestro nivel de compromiso. Y si los convences mañana, el lunes tendré ese contrato preparado para firmar.

Ella lo miró como si en lugar de que su cliente fuese el que hablaba japonés, lo hiciera James. Él la soltó. Ya no había pasión, ahora hablaban de meros negocios.

—No —respondió, y se cruzó de brazos. «¿Qué creía, que podía hacer lo que se antojara? ¡Pues no!».

—Pon el precio —ofreció—. Puedes sacar un beneficio económico para lo que se te antoje.

Grace pareció meditarlo. Ella necesitaba alejarse de él. Llevaban trece días bajo el mismo techo, y aunque no había incumplido las normas del testamento, los besos o las charlas o lo que fuera que tuviese que ver con James, estaban haciendo mella en ella.

Por otra parte, él estaba ofreciendo en bandeja de plata un precio. Desde el principio ella supo la motivación por la cual no se quejó demasiado por el testamento: no quería que él se quedara con la herencia de Rose.

—¿Estás dispuesto a pagar cualquier precio?

Él la miró dedicándole una sonrisa sesgada. «Claro, ahí volvía la calculadora». Pero él la había motivado, así que no era tan cínico como para buscar la quinta pata al gato.

—Sí.

—¿Tengo que decírtelo en este momento?

—Supongo que eso significa que accedes —afirmó, más que preguntó.

—Mmm... probablemente —declaró. Ella ya sabía cuál era el precio, y lo más interesante iba a ser el momento en que iba a soltárselo. En el transcurso iría perfeccionando su estrategia—. ¿Traje formal o informal?

—Semiformal, a las ocho de la noche —expresó con cierto alivio.

—¿Qué garantía tengo de que vas a pagar lo que te pida? —preguntó.

—Tienes mi palabra —antes de que ella se mofara, agregó:

—Mi palabra de empresario. Es sagrada cuando la doy.

Grace pareció satisfecha, y asintió.

—Te veo en la noche entonces —replicó tomando una fruta de la fuente y apartándose de James, quien se dirigía al jardín a ver por qué rayos gritaban tanto Fiona y Harris.

Los rosales eran prácticamente la vida de Harris, además que, según decía el ama de llaves y Landy, Rose había exigido que se los cuidaran como parte de la familia.



James entendió por qué Fiona estaba exasperada. El equipo de catering y decoración tuvieron el poco sentido común de pasar sobre uno de los rosales de color blanco, destruyendo varias rosas. Él tuvo que intervenir, pidiéndoles que utilizaran el atajo que llevaba al patio trasero, así sus dos sirvientes se calmaron.

Llamó a la oficina para monitorear cualquier eventualidad, y luego salió rumbo al aeropuerto. Cuando recibía visitas del extranjero solía enviar al chófer que se encargara, sin embargo, como estaban en juego tantos millones, prefería él mismo asegurarse de obtener una primera buena impresión de parte del matrimonio Jeong.

Mientras conducía por las autopistas de Houston, pensaba en la conversación con Grace. En realidad no le apetecía estar en incertidumbre, pero era eso, o arriesgarse a una mirada reprobatoria de los japoneses. Por otra parte, estaba convencido que ella le pediría un par de millones, a lo cual no tendría oposición. Y antes de darle cualquier compensación la haría firmar un documento. Por algo era un hombre de negocios exitoso.

Aún no había conseguido que ella abandonara la casa, para que así lo perdiese todo. No era algo tan difícil, sin embargo, la idea le parecía cada vez menos atractiva. Seducirla estaba resultando en realidad muy difícil... para su cordura. Los labios de Grace eran suaves y cálidos, y su esencia adictiva. Su cuerpo semidesnudo lo iba a atormentar, pero no pudo reprimir el deseo enfebrecido que tuvo de probar sus pechos al verlos tan magníficamente dispuestos a que los besaran. Además, notó que, curiosamente, los besos de Grace contenían una extraña mezcla de sensualidad e inocencia.

Claro, que lo último seguramente era parte del truco que esa mujer utilizaba con los hombres a los que seducía, como por ejemplo, Callum. Él distinguió a su colega de negocios aquel día que la encontró abrazándolo. Ambos habían hecho negocios juntos, y se veían en reiteradas ocasiones. Aquella familiaridad de Cal, para tocarla lo irritó. Grace estaba en *su* terreno, en *su casa*, por lo tanto, mientras estuviera en su propiedad, sería *suya*, reflexionó posesivo, y girando en una curva.

Grace se miraba distraídamente en el espejo. No era una mujer vanidosa, sin embargo sabía apreciar cuando tenía un vestido de calidad excepcional. Y el Dolce & Gabbana que lucía en ese instante, lo era. El modelo color morado se ajustaba a su cuerpo como un guante, destacando cada curva. De corte recto, hasta unos centímetros sobre la rodilla, llevaba tan solo un hombro desnudo.

La espalda del vestido iba cubierta con una transparencia a tono, y zapatos de tacón a juego. Lucía elegante y distinguida. Sabía que los japoneses pertenecían a una

cultura conservadora, así que procuró que su atuendo mostrara, sin mostrar. Ella había aprendido a modificar su vestuario con cada cliente; se convirtió en una herramienta de negocios en su día a día.

Llevaba recogido, en un tocado muy sencillo, la mata de cabellos ondulados. El peinado lucía lo suficientemente firme para que no se deshiciera, y delicadamente flojo para deshacérselo al concluir la reunión. Se aplicó delineador, rimel, blush y en lugar del típico labial, un brillo tenue.

Estaba satisfecha con su apariencia. Si el japonés se llevaba una mala impresión de ella, perdería un futuro contacto. Así que lo haría por Rose, por ella... y por James. Una nunca sabía cuándo podrían ser de utilidad los nexos que se realizaban en los negocios, así que no iba a exponerse frente al japonés. Al contrario, había ideado un plan para que el que se llevara una sorpresa fuera el presumido de James.

Ella intuía que el nieto de Rose se traía algo entre manos. Solo que no podía aún deducir de qué podría tratarse, porque los últimos días casi se comportaba decentemente con ella. A pesar de que esa mañana ella le permitió ir más allá de lo que quizá ambos esperaban. Arrepentirse no servía de nada.

Lo que sí la sorprendió fue el lado extrañamente posesivo que demostró James con ella, no solo el modo de hablarle, sino al tocarla. Parecía quererle dejar en claro que le pertenecía. Cuando no era así. Entonces se preguntaba, si quizá su posesividad se debería a que sospechaba o pensaba que al heredar la mansión se la vendería a Callum. No podía darle otra explicación. Estaba convencida que él sabía que fue Cal con quien estuvo la tarde anterior; si hacían negocios juntos, o hicieron alguna vez transacciones en conjunto, imposible que James olvidara un rostro de su círculo empresarial.

¿Y qué era esa declaración de que si tenía que tener sexo con alguien, ese *alguien* sería él? Haciendo honor a su sinceridad consigo misma, el hombre era guapísimo, tanto como idiota y arrogante. Así que compartir una parte tan íntima con una persona, especialmente si se trataba de alguien que la infravaloraba creyéndola una cazafortunas, no entraba en su lista de posibilidades a considerar. Claro, aquella reflexión no quitaba la sensación de placidez y abandono cada vez que él estaba muy cerca suyo... o cuando la tocaba... ¡Dios! No quería que él se fijara en el modo que la afectaba. Porque vamos, sí que lo hacía el condenado diablo.

Suspiró, y se dispuso a abrir su puerta, cuando James se le adelantó entrando en su habitación.

—Vaya —la miró apreciativamente—. Estás muy guapa esta noche —halagó sinceramente. La miró de arriba abajo. Los japoneses iban a adorarla, parecía una princesa moderna. Y lo dejó sin aliento. Pero no era momento de ponerse en idioteces.

Ella lo observó, y su cercanía le llevó el perfume que seguro debía de costar una fortuna, olía exquisitamente. Con el pantalón de vestir, y la camisa azul oscura pulcramente planchada, lucía imponente. Además que su altura le confería un aura de poder y un magnetismo que...

—Gracias, James. Tú tampoco estás mal —replicó con un tono calmo, que no sentía, porque el corazón le latía a mil. ¿Y si después de lo que iba a hacer la odiaba? Aunque quizá no tanto como ya lo hacía ahora... ¿Verdad que no podía ser más? Acalló sus pensamientos.

Él se rió.

—Bueno, me alegro saber que no estoy tan mal, gracias —ella no pudo evitar sonreír.

—¿Llegaron tus clientes? —preguntó rompiendo el campo eléctrico que empezaba a crearse alrededor.

James negó con la cabeza.

—Himoki Jeong y Hatzuri, su esposa son inversores importantes. Ambos muy puntuales, y he venido porque faltan diez minutos para las ocho. Supongo que tú entiendes lo de anticiparse un poco para conocer el terreno. ¿Verdad?

Ella asintió.

James le relató brevemente cuáles eran los tópicos que no se podían hablar, detalles sobre la costumbre de los japoneses en temas de vinculación con terceros, y le pidió muy especialmente que procurara que Hatzuri se sintiera cómoda y en casa. Ella no tenía problemas en absoluto con ninguna de las peticiones.

—Bueno, y lo más importante es que actúes naturalmente.

—¿Pretendiendo ser tu novia, no?

Alrededor escuchaban los pasos de los encargados de que todo estuviera a punto. Una que otra vez, les pareció escuchar a Fiona diciéndoles que la cocina de Landy la dejaran en paz.

—Una novia enamorada y comprometida con la causa para ser precisos —puntualizó, viendo cómo el rostro de Grace se cubría de rubor—. No creo que te resulte difícil fingirte enamorada de alguien —ella lo miró entrecerrando los ojos. ¿Ahora la ofendía? —. Grace, lo que intento decirte es que a veces no resulta tan complicado fingir enamoramiento. No fue una ofensa.

Ella deshizo el ceño.

—¿Tú crees que podrás hacerlo? —preguntó con ironía—. Hasta donde sé la que se figura como tu novia no soy yo, sino una tal Rebecca Thuils.

James no pudo evitar una sonrisa. «¿Así que había averiguado sobre él, eh?».

—Lo hemos dejado, así que no tendrás problema en convertirte en la novia enamorada. Esas cursilerías de que fue amor a primera vista, si quieres coméntales. Solo has que sea convincente.

Grace lo miró interrogante. Que ella supiera, la tal Thuils y él iban a casarse.

—Mira, Grace —sonó sensato, sin ironías ni sarcasmos—. No espero mucho de las mujeres, solo lo que les pido en la cama, y ellas a cambio obtienen lo que siempre quieren: mi dinero. Y ya está. Ahora con ella se ha terminado y eso es todo lo que Jeong debe saber, y que tú eres de pronto la única en mi corazón... si acaso tengo uno —dijo retomando su habitual humor negro.

«Así que ella también estaba en ese grupo», deliberó Grace. Entendía lo que era labrarse un nombre propio, pero lograba comprender aún más, por qué razón no se abría él a otras personas. Ahora lo entendía. Nadie conocía la faceta amable, o conversadora, inclusive graciosa de James Stratton, tan solo el lado apasionado, y la firmeza de carácter en el mundillo empresarial. Él se construyó sobre sí mismo una suerte de armadura impenetrable, aunque eso no impedía que las mujeres se le acercaran. Él tenía un magnetismo, que sumado a su atractivo, y su fortuna, lo convertían en un soltero codiciado. No era ciega.

—Bueno, al menos por esta noche procura tener uno —replicó bromeando, mientras él la escoltaba hacia la cena.

Cuando el reloj marcó las ocho en punto de la noche, Fiona abrió la puerta, dándole la bienvenida a la pareja asiática, de cabellos entrecanos. El ama de llave había sonreído ampliamente al ver dos hermosas personas juntas, James y Grace, deambulando por el salón que en otros tiempos estuvo lleno de risas y fiestas.

El salón principal estaba sobriamente decorado. Casi parecía ambientado en la época victoriana, por algo se llama el Salón Inglés. Una gran alfombra aubusson estaba extendida en reemplazo del parquet habitual. El fuego de la chimenea esquinera se encendió y crepitaba suavemente. Una larga mesa, que ocupaba una cuarta parte del salón, lucía llena de delicados arreglos y dulces de la más alta cocina de la ciudad.

—Señor Jeong —James inclinó la cabeza cuando recibió a la pareja en la entrada del salón. Luego le dio un apretón de manos. Se dirigió a la mujer regordeta que lo acompañaba—. Señora Jeong —luego miró a ambos—. Es un honor recibirlos en mi casa. Espero que después de su arribo hayan podido descansar.

—Un placer, señor Stratton. Sí, he descansado, gracias. Usted ha sido muy gentil —respondió Himoki.

—Somos así todos los americanos. Permítanme presentarle a la señorita Grace Hastings —la aludida saludó educadamente—. Mi novia.

Ante la presentación de James, aunque ella sabía que era una charada, no pudo dejar de sentir una especie de cosquilleo en el estómago.

—Mucho gusto en conocerla —Himoki esbozó lo que Grace llamaría un intento de sonrisa. Hatzuri, por otra parte, la miró en cambio algo extrañada, como si recordara otra persona al mirar a James.

Adivinando lo que la mujer pensaba Grace se adelantó con una sonrisa.

—Nuestro noviazgo ha sido muy reciente —James entrelazó los dedos con los suyos, y el gesto le pareció de pronto tan íntimo que se ruborizó. Los invitados lo atribuyeron muy pronto al hecho de que efectivamente parecía ella estar enamorada—. Fue... amor a primera vista, ¿verdad, cariño? —miró a James, quien a su vez esbozó una sonrisa tan cálida, como nunca antes había visto en él. «Es una farsa, es una farsa», se recordó Grace, sin embargo, el cosquilleo que sentía en la piel al tener los dedos entrelazados con lo de James, no era en absoluto fingido.

—Imposible que no fuera así, mi amor —expresó mirándola. Luego se dirigió a sus invitados por los que estaba montando todo ese espectáculo—. Es la mujer más atractiva que había visto en mi vida, y cuando charlamos su ingenio me atrapó, no pude evitar sentirme atraído como un imán hacia ella —les relató.

Grace intentó tragar, pero su garganta estaba seca de pronto. «Aún no le iba a soltar la bomba. Aún no», se obligó a esperar un mejor momento para decirle cuál era el precio de esa farsa para ella.

—Oh. Me alegro mucho que haya sido así. El amor verdadero no toca a la puerta todos los días, si no lo aprovechamos cuando lo hace, corremos el riesgo de perderlo para siempre —comentó Hatzuri.

—¿Somos los únicos invitados? —preguntó Himoki recorriendo con la mirada su alrededor.

—No, poco a poco irán llegando —expresó Grace. Hatzuri asintió a su marido, y

le sonrió con agrado.

Durante la charla que empezaron, sobre el mercado financiero y las inversiones, Grace opinó como si estuviera conversando en su oficina y no en una reunión ajena al ambiente de trabajo; se sentía en su elemento. Se fijó que James respetaba sus puntos de vista, y estaba segura que no lo hacía hipócritamente, y aquella muestra de respeto le agradó de verdad. Al tiempo que ellos dialogaban, poco a poco fueron llegando los demás invitados.

Según lo que Landy le había comentado, cuando la llamó para que le subiera un poco de zumo de melocotón horas antes, habrían alrededor de cien invitados esa noche. La crème de la crème inmobiliaria de Houston. Ahora ella misma podía darse cuenta al ver a los hombres de negocios y sus parejas que se habían dado cita en la mansión. Entre risas y comentarios, todos se acercaron poco a poco a esperar que les sirvieran la cena.

James comprobó que Rebecca había cumplido su palabra. La langosta, el caviar, las carnes - en variedades de cortes de res - eran exquisitas. De primera. Soltó la tensión que había tenido al respecto. Si la comida no estaba a su altura, ni a la del millonario asiático, esos puntos menos contaban muchísimo. Rebecca se había ganado su silencio, y también su olvido absoluto, decidió él.

Por otra parte, Grace estaba comportándose irreprochablemente. No le hacía malas caras; cuando la miraba le sonreía, y había dejado a un lado su lengua rápida, para reemplazarla con el trato que supuso solía prodigarle a sus amigos. Se sintió a gusto con ella, e inclusive podía decir que estaba disfrutando de la cena. Cuando se fijaba en sus invitados especiales, los veía sonreír afables, casi como si estuvieran en casa... y curiosamente así también se sentía él. *En casa*. Como si fuese lo más natural del mundo officiar una fiesta, con Grace como anfitriona. Y no era natural; era una charada, se recordó.

Al momento de terminar la cena, la música empezó a sonar, y varios invitados empezaron a bailar. Los japoneses se mostraron encantados e intentaron llevar el ritmo con la música suave que vibraba en el estéreo del disc jockey. James sabía que los estruendos o canciones fuera de tono no eran adecuadas, así que la música que sonaba era una mezcla de Frank Sinatra, Aretta Franklin, Miles Davis, Peter Cetera, Billy Joel, Christopher Cross. Clásicos norteamericanos.

Cuando buscó a Grace, ella se encontraba charlando con un pequeño grupo de cuatro personas. Distinguió entre ellos a Callum. La lista de invitados la hizo antes de saber que él era el amante de Grace, y tan concentrado como estaba en varios asuntos se le pasó borrarlo de la lista a última hora. Observó, apretando los puños a los lados, cómo ella sonreía y ponía afectuosamente la mano en el hombro de Cal, quien a su vez, entre comentarios, le rozaba la mejilla con la mano, y ella se dejó hacer. Esa fue la gota que derramó el vaso.

De fondo sonaba Frank Sinatra, con su famosa “The lady is a tramp”.

*“... She loves the free, fresh wind in her hair*

*Life without care*

*She's broke, but it's o'k*

*She hates California, it's cold and it's damp*

*That's why the lady is a tramp... ”*

James se acercó al grupo donde estaba su novia ficticia, y saludó amigablemente, luego todos se fueron dispersando para ir a bailar. Él, al contrario, se quedó, y estrechó la mano de Callum, lanzándole una mirada desafiante a los ojos. Grace estuvo a punto de atorarse con el vino que estaba bebiendo. Ella no esperaba que entre los invitados estuviera su querido amigo, y cuando lo vio no pudo evitar acercársele; aunque claro, él ya le había comentado que hacía negocios con James. Ver a ambos juntos fue extraño, pero no dijo nada y siguió simulando que nada sucedía.

—Te agradezco por venir, Vaugh.

—Stratton, sin duda, una cena memorable —expresó Callum, mientras le sonreía a Grace, quien a su vez intentaba decirle con los ojos que se moderara.

—Sin duda —replicó James, observando cómo Grace se mordía el labio nerviosa. ¿La había pillado en un momento que concertaba el precio de su colaboración en esa fiesta, con Vaugh? No se olvidaba que ella aún no le decía lo que quería a cambio de su ayuda con los japoneses.

—Preciosa, ¿bailamos? —invitó Callum a Grace, quien discretamente lo asió del brazo para darle un pellizco. «¿Qué le pasaba a este tonto?», se preguntó ella.

Ya le había contado entre murmullos a Callum que era una charada el tema del supuesto noviazgo. Por eso, el comportamiento no era propio de Cal en absoluto. Se fijó en cómo apretaba la mandíbula James. A lo mejor el tonto del nieto de Rose, pensaba que quería hacerlo perder el contrato con los japoneses si aceptaba bailar con otro que no fuera él, o quizá dar a entender que el compromiso no era parte de su ética. Si lo hacía, no tendría derecho a cobrar su precio, y sobre ella recaería toda la venganza de la que James Stratton pudiera hacer acopio, y bien sabía que podía enviarla al abismo. No iba a arriesgarse.

Alrededor la gente continuaba bailando a un ritmo elegante, ajenos a la conversación que se suscitaba del otro lado del salón.

—Creo que no Cal —murmuró Grace.

—La música es preciosa, ¿estás segura, dulzura? —insistió su amigo. Ella hubiera querido darle un pisotón, pero eso sería demasiado evidente.

James enarcó una ceja con altanería.

—Bueno ya has escuchado a la señorita. Sin embargo, no puede quedarse sin bailar, ¿verdad? —dijo James y le extendió una mano. Antes de que Grace le diera la espalda a Cal, él le hizo un guiño quitándole la copa de vino y girándose para bailar con una mujer bastante simpática.

La voz de Sinatra se había apagado, y ahora sonaba “Never be the same”, de Christopher Cross. A ella se le erizó la piel. Era una de sus canciones favoritas de décadas pasadas. Porque bailarla con él era... romántico, se dijo. Al menos podía intentar crearse una fantasía por una noche. ¿Qué tenía eso de malo?

*“... It was good for me*

*It was good for you*

*Now nothing either of us can say or do*

*Can change the way you feel tonight*

*Sometimes love just slips out of sight*

*Just one thing before you go*

*Just one thing that you've got to know*

*No one will ever touch me that way*

*The way that you did that very first day... ”*

James le puso una mano en la espalda enviando descargas a lo largo de su columna vertebral. Automáticamente elevó la mirada y se encontró con un par de ojos que refulgían como si dentro estuvieran batiendo a fuego lento un hechizo milenario.



La sensación de nervios se esfumó, y se dejó llevar al ritmo de la canción, embelesada por el aroma tan propio de su atractivo compañero de baile.

Él era un excelente bailarín y se deslizaba con ella con bastante gracia y aplomo. Podía sentirlo algo tenso, quizá porque temía perder el cliente. Ella probablemente estuvo a punto de conseguir que los japoneses pensaran que las parejas gustaban de coquetear unas con otros, y no era así. Ella no era así. James debía saber que Cal era solo un amigo, y ya después le soltaría un par de comentarios a su metomentodo Callum Vaugh.

—James... —susurró.

Desde su altura imponente, la observó.

—¿Esperabas estar así de cerca con Vaugh? —preguntó de pronto, llevándola con una vuelta lenta.

Ella apretó la mano que sostenía la suya con delicadeza, para que volviera a mirarla. En ésta ocasión sus ojos estaban fríos, toda la calidez de las horas previas se esfumó. Grace lamentó que él hubiera mal interpretado la situación con Cal.

—No, James —dijo en voz baja, para que nadie más con o sin música escuchara—. Lo siento si pensaste que quería arruinarte la velada con los Jeong, no es así, yo...

—Tú quieres tu paga, y no vas a permitir que yo me quede sin nada, porque te conviene. Simplemente límitate a cumplir tu parte —sonó muy rudo, comparado con la suavidad con que la llevaba.

La atrajo más cerca, más cerca, de tal manera que ella sentía el tensarse de sus músculos con los movimientos ágiles que tenía para moverse. Bailar con él era delicioso. Sintió cómo entre giro y giro le acariciaba la espalda cubierta por la finísima tela morada.

Dejándose llevar por la música y olvidándose de todo, recostó la cabeza sobre el hombro de James. Ella no era tan baja, pero de todos modos apenas le llegaba a la barbilla. Sonaron dos canciones más, cuando sintió que él había dejado de moverse. Avergonzada levantó el rostro, y observó la sonrisa tan pagada de sí mismo que llevaba. Quiso borrarla.

—Bailas muy bien, Grace. Ahora volvamos a la charada con los Jeong que es casi media noche y supongo que están cansados del viaje. Luego me dirás qué es lo que quieres y quedaremos en paz.

«No lo creo... », quiso decirle, pero en cambio asintió.

Antes de tomarla de la mano, como haría un novio de verdad, depositó rápidamente un beso imperceptible sobre su hombro desnudo. Ella lo miró asombrada por el gesto, y él le hizo un guiño. ¡Un guiño por todos los cielos! Ese hombre coqueteaba con ella, la retaba, la besaba... la desconcertaba.

El matrimonio asiático se mostró encantado con Grace y James, charlaron un poco más, alabaron el buen gusto de la casa, y la manera acogedora con que los habían tratado. Alrededor los invitados continuaban charlando, y la música había bajado su volumen, puesto que ya nadie bailaba, sino que intercambiaban cotilleos entre copa y copa. Los empresarios que se habían dado cita aquella noche, eran en un treinta por ciento de Corporación Stratton, y el resto, amigos de negocios importantes de James. Aunque él no consideraba a Callum un amigo, sin duda era uno de los más prestigiosos empresarios.

—¡Ha sido una velada estupenda! No pensé que los empresarios jóvenes fuesen tan cálidos ni tan acogedores. Al parecer te sientes muy cómodo en tu hogar, James. Estoy segura que mi esposo querrá construir alguno de sus proyectos inmobiliarios por aquí, ¿cierto Himoki?

El hombrecillo de piel aceitunada sonrió conforme.

—No quisiera ser indiscreta —continuó Hatzuri parloteando. Quizá el vino le había aflojado la lengua. Aunque los japoneses estaban acostumbrados al sake y era mucho más fuerte—. La verdad es que nunca había visto una pareja como ustedes. Destilan elegancia... y se ven muy felices juntos. Para mí la familia es importante —expresó.

Le tocaba a Grace hablar. James sostenía sus dedos entrelazados y había vuelto a ser el hombre amable, cercano y caballero frente a sus clientes. «Ahora le tocaba cobrar su parte de la farsa», pensó Grace algo nerviosa. Le tocó hacer acopio de todo su valor.

—James, cariño —le dijo, y él la miró—. ¿Les dices tú o les digo yo? —preguntó con una alegría que no sentía. Lo que iba a hacer era lo más viable y sano para ella. No podía seguir viviendo más tiempo con él. Le resultaba difícil topárselo, porque esa atracción idiota que tenía por James no desaparecía, sino que para su desquicio personal, aumentaba.

Él la miró interrogante, sin embargo, mantuvo su buen ánimo, ante la mirada expectante de los Jeong.

—Seguro que tú lo dirás mejor que yo, mi vida —respondió sonriéndole, pero ahora que ella había convivido lo suficiente con James, podía decir que detrás venía una advertencia velada—. Cuéntales, has el honor, cariño —luego se inclinó y le dio un beso en la cien.

Hatzuri sonreía emocionada. A ella le gustaban las historias románticas.

—Oh, bueno, lo diré —les sonrió deslumbrante a sus dos espectadores—. ¡James me ha propuesto esta mañana casarnos, y yo acepté! —Grace sintió el apretón firme y fuerte de los dedos de James sobre los suyos, pero no podía quejarse del dolor frente a los Jeong—. Espero que se queden lo suficiente para que puedan acompañarnos.

La otra mujer parecía encantada.

—Bueno, mi cielo, el amor es imposible de esconder tanto tiempo, ¿cierto? —le preguntó con una penetrante mirada exclusivamente para ella. Seguramente si James tuviera poderes mágicos, habría aniquilado al contendiente con esos ojos verdes cargados de furia.

—¡Oh, Himoki! ¿No es magnífico? ¡Ha sido una velada perfecta, y ahora esta noticia! Estaremos más que encantados de volver para vuestro matrimonio. ¿Cuándo será? —preguntó la mujer.

James dejó de presionarle los dedos de la mano, y la abrazó apretándola a su lado.

—Ya que tú estás dándoles las buenas noticias, preciosa —le dijo dándole un beso en los cabellos perfumados—. ¿Por qué también no les dices la fecha... ? Así de paso me sorprendes a mí también, ya que me dijiste que no te decidías —expresó casi convenciendo a Grace que no estaba enfadado y furioso, pero el brazo a su alrededor le indicaba lo contrario.

—Dentro de una semana —declaró mirándolo a los ojos—. ¿Te parece bien, James?

—Si ese es el *precio* —remarcó la palabra—, de la felicidad. No hay que esperar. Me parece perfecto —luego se dirigió a los Jeong—. Me encantaría contar con vosotros, pero si no les es posible... lo entenderemos.

—Les deseamos toda la alegría, pero lamentablemente mis negocios me retienen en Japón un mes más, y no podré volver hasta entonces. Además ya es tarde y el viaje ha sido extenuante. Nos retiramos. Ha sido un placer conocerlos a ambos. No me has decepcionado muchacho —Himoki palmeó el hombro a James—. La firma de abogados que trabaja para mí en la ciudad, se pondrá en contacto contigo mañana para finiquitar todos los detalles —James asintió satisfecho. El amable nipón se dirigió a Grace—. Le deseo mucha felicidad, señorita Hastings.

—Muchas gracias —y vaya que iba a necesitarla, pensó ella.

Mientras James fue a acompañarlos a la puerta, Callum se le acercó a Grace. Él

también iba de retirada, así que no pudo quedarse mucho tiempo a su lado. Ella estaba bastante enfadada con él. «Si ya le soltaste que pretendías atarlo a un matrimonio... no creo que tengas problemas», le dijo Cal, mientras cogía y vaciaba una copa. Ella lo había mirado esperando a que continuara. «Él es territorial contigo, y eso en él es muy extraño. Te lo digo yo que conozco el comportamiento habitual en los círculos de élite en que se mueve. Solamente ten cuidado, te lo repito Gracie. No quiero que te lastime. Es curioso que no puede dejar de vigilarte con la mirada».

Callum se había reído, cuando ella, aprovechando que todos estaban yéndose, le dio el pisotón que tanto le había apetecido darle.

—¿Por qué te inventaste eso de invitarme a bailar, so tonto?

—Ouch —se quejó, cuando ella retiró el tacón de su zapato—. Quería probar mi teoría.

—No sabía que estaba en experimento, Cal —le dijo con ironía—. ¿Qué es... ?

—Después te puedo comentar el resultado de mi prueba —mirando sobre su hombro, le dijo—: Por ahí viene el novio ficticio, pero celoso —se echó una carcajada que la hizo fruncir el ceño—. Adiós, Gracie —dicho esto se fue de su lado.

Pasaron cinco minutos, y Grace esperaba a su verdugo en el salón que ya estaba vacío. Al escuchar cerrarse la puerta principal, unió las manos detrás de la espalda. Intentaba contener la ansiedad que la embargaba. Estaba sola. Sabía que Fiona y Landy estaban ya descansando, porque el servicio de eventos se había encargado de absolutamente todo en un abrir y cerrar de ojos ni bien se fue el último invitado. El mesero que aún recogía el último plato, salió llevándose, en un elegante carrito, la vajilla y los cubiertos, por la puerta pequeña detrás del salón.

Grace pensó en huir a su habitación, pero ya había decidido que lidiaría con las consecuencias de su anuncio. No era como si hubiese dicho cualquier cosa, había mencionado la palabra *matrimonio*, el terror de todos los mujerigos y solteros empedernidos. Seguramente la cadena de la que huía James. Ella no iba a negar que se valió del entusiasmo de Hatzuri, y del hecho que James dependía de ella esa noche para cerrar el negocio, para lanzar así su declaración. Tampoco dudaba que él pudiera sorprenderse, y peor negarse. Y no lo hizo.

Además, le resultó raro tener a su mejor amigo y a James, en la misma sala. James era todo músculos, impulsos y autocontrol al mismo tiempo, tanto como pasión y frialdad; Callum en cambio era equilibrado, paciente, afectuoso y diplomático. Aún no sabía cómo no había podido corresponderle a Cal. En realidad debería estar chiflada para sentir un poco enamorada de Stratton. «¡Oh Dios! Enamorada... », gimió para sus adentros. Ejem. Corrección. Un poco enamorada, que no era lo mismo.

Es decir que aún tenía cura. Estaba a tiempo. Se felicitó a sí misma. Muy a su pesar, por primera vez, sintió que se estaba mintiendo. En esta ocasión iba a ser autoindulgente, porque lo necesitaba. Además, una pequeña parte suya, aquella que estaba anidada por el orgullo, hubiera querido que las palabras que él había dicho sobre que era inteligente y la más atractiva que hubiera conocido, quisiera que fueran ciertas.

« ¡Maldición! Ya estaba otra vez... ».

Dejando a un lado sus cavilaciones, observó que se acercaba el motivo de sus conjeturas y tribulaciones. Apretó más los dedos detrás de la espalda, como si con eso pudiera contener la ansiedad por la conversación que se le venía encima.

Con el paso elegante de un felino, que se aproximaba a cazar su presa, James llegó hasta el Salón Inglés, y se paró frente a Grace.

## Capítulo 8

El silencio se apoderó del espacio en que se encontraban. No fue un silencio agradable. El aire casi parecía vibrar. Quizá por el zumbido de sus propios nervios que intentaba contener con las manos. Pero era difícil hacerlo, cuando lo que veía en la expresión de los ojos verdes, que tenía enfrente, era claramente la maquinación de un mujeriego y empresario despiadado a quien le habían hecho una jugada impensable. Si ella estuviera en su lugar hubiera hecho algo canallesco. Pero como no lo estaba, la mejor solución que se le ocurrió, para acabar con un confinamiento que estaba aturdiendo su sentido común, fue decir que iban a casarse.

—Me vas a explicar esa idiotez que acabas de soltar —exigió James con tono gélido.

Ella mantuvo la calma, aunque por dentro sentía como si miles de abejas le aletearan perturbando su fingida serenidad.

—Es el precio por haberte ayudado —contestó como si cualquier cosa—. Tienes el contrato, puedes ingresar liquidez a tu cuenta y empiezas a equilibrar tu solvencia. Además el tema de estar juntos... errr casados, será algo muy temporal.

James apretó la mandíbula. «Algo muy temporal», repitió en su mente. Jamás se le habría pasado por la cabeza que esa mujer pudiera tener una avaricia tan grande. El hecho de que fuera huérfana, quizá justificaba que necesitara un soporte económico, pero era despreciable de igual modo, por el simple hecho de que él no quería atarse a nada, ni a nadie.

—¿Ah sí? —dio un paso hacia ella.

—Sí —intentó no temblar.

Quedó a dos palmos de distancia, y ella podía sentir cómo el corazón le latía cada vez más rápido. Le hubiera encantado que el piso tuviera una compuerta para desaparecer. En cambio, vislumbró la subida de la escalera.

«Una salida era una salida».

—Mmm... ¿Y me podrías explicar por qué tuviste tan descabellada idea?

Aunque James parecía charlar normalmente, su cuerpo exudaba una suerte de peligro contenido, que amenazaba con tensarse y explotar de un momento a otro.

—Tan solo si tú me explicas por qué tienes que ser tan obtuso y no ver más allá de ti mismo.

—¿Obtuso? —preguntó con sorna, sin esperar respuesta—. Digamos que provocas mi mal humor y no tengo el suficiente buen concepto de ti. ¿Te queda claro?

Absolutamente claro, quiso decirle, girar sus tacones y echar a correr. Pero como ya tenía decidido quedarse y enfrentar las consecuencias; se contuvo.

—No eres muy argumentativo para ser el dueño de una corporación multimillonaria —replicó.

Una media sonrisa apareció en el rostro varonil de James.

—Y tú no sabes mantener silencio.

—Te equivocas. Yo sé elegir mis batallas y tomo las decisiones más convenientes.

Se rió ante las palabras de Grace.

—Entonces, si estoy equivocándome, y tomas decisiones convenientes, explícame por favor, oh magnánima dama —expresó sarcástico—, por qué motivo pretendes atarnos a un matrimonio que no sería más que una estupidez, cuando lo obvio es que abandones la casa.

—No me doy por vencida tan fácilmente —afirmó con las manos en jarras.

—Esa no es una respuesta muy argumentativa —le echó sus propias palabras a la cara—. Vamos, sé más creativa y empieza diciéndome la verdad.

Grace suspiró. No lograba comprender a los hombres. Cuando la respuesta era tan sencilla no daban con ella, y cuando era difícil, se enredaban más que las mujeres.

—Porque es el modo en que podremos rehacer nuestras vidas como antes de la lectura de ese testamento —empezó a avanzar hacia la escalera.

Él le siguió el paso con lentitud, sin dejar de lado su actitud beligerante y calculadora.

—Así que después de todo no estaba equivocado con respecto a ti. La cláusula

del matrimonio. ¿Eh? La repartición de bienes por equidad, o al menos, en tu caso, la empresa de Rose al completo para ti —expresó con desprecio—. No sabes con quién has querido negociar. Has elegido mal tus recursos al habernos puesto en esta situación. Yo juego con alguien que tenga clase, y que esté a mi altura. Y tú definitivamente no lo estás.

Grace sintió cómo el corazón se le comprimía. «¿Qué él sienta alguna vez una suerte de aprecio por ti... o que quizá se enamore de ti? Serías muy ilusa, muy ilusa», se dijo. Intentó reprimir las lágrimas para responderle, y controlar su voz. Subió dos de los diez peldaños de la escalera, colándose a la misma altura, metro ochenta y seis de estatura, de James.

Podía saberlo guapo, inteligente y un hombre que había sufrido mucho en su adolescencia. Asimilaba el hecho de que carecía de alguien que sintiera un genuino aprecio por lo que él era, y no por lo que poseía. Indistintamente de aquello, no iba a aguantar sus resentimientos o traumas del pasado que lo hacían jurar cualquier cosa contra ella.

Lo miró retadora.

—Soy una mujer que ha luchado en su vida por obtener lo que desea, Stratton. Me he sacrificado —declaró con aplomo—. A mí no me dieron un negocio para prosperarlo; yo no tenía nada; no tengo a nadie —en otra época hubiera llorado diciéndolo, pero al expresarlo ahora en voz alta, se sentía fuerte, porque estaba orgullosa de la mujer en la que se había convertido. No entendía cómo podía estar medio embobada con el presumido que le arrancaba suspiros entrecortados con sus besos, risas con sus ocurrencias, análisis de la vida con su agudeza mental, y drenaba su corazón por cómo la estaba tratando. O era estúpida, necia... o definitivamente necesitaba un psiquiatra—. La única persona que supo ver más allá de mi apariencia fue tu abuela, y se convirtió en mi única familia. Ella vio el potencial que había en mí —él sintió un atisbo de remordimiento. La crueldad no estaba en su carácter, pero con la declaración en la cena, Grace había pasado el límite—. Además, pomposo arrogante —expresó clavándole el dedo índice en el pecho, mientras hablaba—. ¿Quién te ha hecho creer a ti que pudieras estar a *mí* altura?

James le asió la mano con fuerza, pero ella se deshizo de su agarre, subiendo varios escalones de mármol. Grace calculaba que con dos peldaños más, estaría a pocos pasos de su habitación. Ahí se quedaría a salvo.

—Evidentemente estoy a *tú* altura, si has considerado casarte conmigo por un estúpido testamento, y no esperar treinta días para escuchar la segunda parte... o quizá irte y dejarme lo que por derecho me corresponde.

Ella no incurriría en la bajeza de decirle que nada de eso le correspondía, después de haber negado a su propia abuela y haberla tratado tan mal.



Grace alcanzó el final de la escalera. James la siguió quedándose a su lado. Ella volvió a sentir la fuerza amenazadora que exudaba aquel testarudo. «Él era demasiado desconfiado».

—Estúpido o no, será el modo de poner fin a este confinamiento, James. Mañana le diremos al abogado que hemos decidido casarnos, y automáticamente las cláusulas de repartición se harán efectivas. Luego de eso no volveremos a vernos.

James repitió la frase en su cabeza. «... no volveremos a vernos». En realidad la idea de no volver a verla, ni tenerla cerca no le parecía atractiva. «Solo quiere quedarse con tu herencia. No seas estúpido. Está dispuesta a irse con cualquiera, pero en éste caso fuiste tú. Solo piensa en los amantes que debió tener desde que entró a la empresa de Rose», reflexionaba a mil por minuto James.

Si ella era fácil con otros, sin duda reconocía que Grace tenía un cuerpo fantástico, y un rostro condenadamente hermoso; entonces, qué más le daría a ella entregarse, o dejarse seducir por él. La idea de otros recorriéndola, le roía por dentro como ácido. Tomó una decisión, y le sonrió. No era un gesto cándido, ni mucho menos. Era la sonrisa del lobo vestido de oveja.

—Pues bueno Grace dado que tenías mi palabra, cumpliré con lo que has pedido. Aunque... imagino que sabes que todo matrimonio tiene obligaciones, ¿verdad? —ella retrocedió instintivamente apretando la mano en el pasamano. Entre sus dedos sintió la madera tallada y delicada. La aferró como un bote salvavidas.

—Será algo puramente nominal, puedes seguir con tus aventuras... —expresó sin mucha convicción. La verdad no le apetecía imaginárselo a James con otras, de hecho, le oprimía las entrañas la sola idea al respecto.

Grace estaba a pocos pasos de su recámara. Ya no quería seguir hablando con él, porque cada instante se sentía más y más acorralada. Ser valiente era una cosa; ser osada a sabiendas que llevaba las de perder, otra. Debería calcular cuánto tiempo le tomaría en acercarse hasta su habitación. «A ver... », empezaba a calcular.

—No vas a escabullirte —dijo como si le hubiera leído los pensamientos—. Quieres casarte. Nos casaremos. Antes, vamos a hablar, o más bien... tomar conciencia, de lo que has decidido. Porque tan arbitrariamente lo has hecho por ambos. Ya sabrá el demonio que jamás permito que nadie decida por mí. He tenido suficiente con esta treta de Rosa.

Lo sintió acercarse aún más, hasta que aspiró su aroma a pocos centímetros de su rostro.

—Ambos estamos cansados —procuró ser conciliadora. Ella había dicho lo que pensaba, y él también se había desahogado. Más de la cuenta, pero al final le mostró

cuán enfadado estaba. Seguro a la mañana siguiente todo iría mejor, y podrían charlarlo con más calma, y James entendería que era lo mejor para ambos. Luego todo sería como antes de vivir juntos—. Será mejor retirarnos. Me parece que hemos terminado.

—Te equivocas —le rozó la mejilla con los dedos en una caricia muy suave, que a ella le pareció demasiado breve, y tan imperceptible que se preguntó si se lo habría imaginado.

—¿N... no, hemos terminado? —susurró.

James negó con la cabeza.

Grace lucía adorable con ese rubor en las mejillas y por el modo en que apretaba los dedos contra el pasamano debía de estar inquieta. «Seguro que eran sus tácticas para hacerse la inocente con todos. ¡Dios! En el siglo XXI, y aun pretendiendo ruborizarse cuando él bien sabía de sobra que era una mujer de mundo».

—No —su tono de voz ahora era suave. Casi parecía como si la furia se hubiera evaporado. Seducir con furia no surtiría efecto con ella —. No —repitió en un murmullo, mientras bajaba su rostro hacia ella y sus labios tocaron los de Grace con una caricia.

El toque de sus labios lo quemó con una fuerza brutal y reprimió el gemir en voz alta. Lo abrumó la intensidad del deseo, porque lo sentía más fuerte que las ocasiones anteriores.

—James sé que estás enfadado —musitó con la respiración un poquito agitada. Él no dejó de recorrer con los dedos los ángulos perfectos del rostro en forma de corazón—. Lo entiendo. Solo será un matrimonio de conveniencia, luego nos div...

Él no la dejó continuar, porque colocó con rapidez la mano en la nuca de Grace, atrayéndola para que tuviera contacto con sus labios. Ella no quería que James la besara si tanto la despreciaba. Pero al mismo tiempo su contradictorio cuerpo se acercaba más a él, como una polilla a la luz.

—Grace... ¿Entendiste mi pregunta sobre ciertas obligaciones, digamos placenteras del matrimonio? —le dio un beso en el hombro desnudo, parte de la sensualidad del diseño.

—Yo... sí... —suspiró cuando sintió besos suaves en su clavícula, el cuello, en su oreja. James llegó hasta el lóbulo, y lo mordió despacio. Luego fuerte, haciéndola sobresaltarse.

—Me alegro que lo comprendas...

—Espera —expresó mirándolo. Él la observó interrogante—. Si esto es una suerte de prueba para saber si me atraes...

—No es lo que estoy haciendo —James sabía que no le era indiferente, no era eso lo que estaba tratando de demostrarle. Al contrario.

—¿Qué es si no? —indagó con la respiración entrecortada, dejando que el fuego lento que se iba imprimiendo en su piel hiciera mella también en sus sentidos. Era una estupidez lo que estaba permitiéndole. Él sentía por ella, exactamente el mismo afecto que podría tenerle al césped del patio. Ninguno—. Primero me das a entender que me desprecias, y tienes un bajo concepto de mí... y ahora... —emitió un gemido cuando él dibujó lentamente su oreja con la lengua.

—¿Y ahora? —preguntó James embriagado por el sabor de la piel satinada que quería seguir probando. Con las manos acarició los muslos sobre la tela del vestido, y como si hubiera sido un sensor automático, las piernas esbeltas se movieron hacia la mano que las tocaba pidiendo más.

—¿Cómo se llama entonces señor respuestas para todo? —cuestionó jadeante, cuando sus mejillas, párpados, nariz, mentón y finalmente sus labios fueron atrapados en un sinnúmero de besos. Primero delicados. Luego apremiantes. Finalmente apasionados. Se quedaron callados, mientras el sonido tenue de los gemidos compartidos, rompían el silencio sepulcral de la mansión.

Él la miró con picardía, levantando la mirada, con los labios a dos milímetros de la suya.

—Seducción, preciosa... —murmuró lamiéndole y mordiendo su labio inferior—. Esto se llama seducción.

Grace había perdido su Norte, pero fuera cual fuere el motivo, no quería recuperarlo. No cuando James la tocaba tan dulcemente, como si estuviera estudiando una pieza única, cara, y exquisita. Su toque la hacía sentir femenina. Especial. Jamás le había ocurrido aquello, y no quería detenerlo. Por una vez en su vida iba a dejar a un lado el razonamiento, el pragmatismo, y se dejaría llevar por su parte emocional. Una sola vez. Solo una única vez, se prometió. Y aunque su cerebro se negaba aceptar lo que sus instintos le decían, Grace le dijo a su mente que fuera a pasear, porque su cuerpo empezaba a sentirse enfebrecido.

Él la abrazó con firmeza, sin dejar de besarla, y ella entrelazó las manos en la nuca de James apoderándole de un par de mechones de su cabello y enterrando las manos en ellos. Al tacto, el cabello era suave, tanto como el modo que tenía de acariciarla.

Las manos de James volaban sobre el cuerpo curvilíneo. La tocaba y apretaba los

lugares donde su carne era más suave y llena. Su trasero. Los pechos llenos, cuyos pezones se erguían queriendo salir de la tela que los apresaba. Recorrió la espalda, arrastrando sus dedos, haciendo que la delicada curvatura de su parte baja empujara hacia su pelvis haciéndola sentir su palpitante virilidad. Era una tortura deliciosa. Él estaba duro y sus pantalones nunca le parecieron tan inadecuados como en ese instante.

Le recorrió la cintura, y empezó a subirle el vestido poco a poco, lentamente, mientras ella se deshacía entre gemidos, y luchaba por quitarle la camisa. Se besaban apasionadamente. No había otro instante. Ni pasado, ni futuro. Solo esos momentos. Y ninguno era lo suficientemente estúpido, o sensato quizá, para abandonar el modo en que sus cuerpos se acoplaban entre caricias y roces como uno solo.

Juntos dieron pequeños pasitos, hasta Grace se quedó arrimada a una puerta. El beso se detuvo abruptamente. Y ambos se miraron. Salvaje. Esa era la palabra para describir el modo en que los ojos de los dos brillaban como fuego líquido. Sus respiraciones agitadas y sus ropas alborotadas eran lo de menos. No podían separarse.

Él no quería alejarse aunque supiera o no que Grace era una buscavidas. Nunca había tenido entre sus brazos a una mujer que respondiera tan sensualmente a sus avances, que se acoplara y entregara tan libremente. Si de algo estaba seguro era que, al menos en el aspecto físico, ella era sincera. Dio gracias que la puerta de su habitación los detuvo.

Tal como pensó desde un inicio, ella sería quien cavaría su propio destino. Él le daría la opción de elegir. Por una vez, James haría acopio de su lado caballeroso. Aquel que dejó enterrado mucho tiempo atrás. Quería ganar su casa. Sin embargo, no quería que Grace yaciera con él por el dinero. Por una vez en su condenada vida, deseaba sexo genuino. Placer por placer. No placer, con intenciones de obtener dinero. Ni placer, esperando un auto o un departamento a cambio.

—¿James... ? —susurró, mirando los diversos matices que se operaban en la verduzca mirada masculina.

Ambos respiraban con dificultad.

—Grace —le acarició los cabellos que se habían soltado durante los apasionados besos. Olían a romero y vainilla. El olor lo tenía medio atontado, y el efecto iba directamente a su libido—. No es fácil contenerme contigo... me presionas hasta que simplemente —sonrió—, pasa esto —hizo un gesto abarcándolos a ambos. Ella le devolvió una sonrisa empañada de deseo—. Si quieres que me detenga... dímelo ahora —no pudo evitar rozar sus dedos contra los pezones que parecían llamarlo a que los tocara—. Luego no podré parar...

Ella no tuvo que pensarlo demasiado.

Atrajo la nuca de James hacia ella, y le murmuró a la oreja: —Esta es tu respuesta —luego le mordió el lóbulo del mismo torturante modo en que él había hecho con ella minutos atrás.

—¿Eso es un sí? —quería asegurarse que no lo acusara luego de haberse aprovechado de un instante de debilidad. Él le estaba dando la opción de que decidiera—. Necesito saberlo.

—Es un sí, James...

—No hay promesas de nada... es solo sexo, Grace —le dijo, y casi estuvo a punto de golpearse contra la puerta, porque por algún maldito motivo él creía que había algo más detrás de todo esto—. ¿Eso está claro también? —esperaba no haber echado a perder el momento, aunque si algo sabía de Grace, por su capacidad numérica al menos, era que el pragmatismo era parte de su personalidad.

Solo sexo. Ella lo aceptaba. Supo desde siempre que con él era solo eso. Sin compromisos. No era estúpida, sabía que muchas perdían su virginidad por amor, y luego se arrepentían. Ella lo haría por pasión, conscientemente, y si quería poner un poco de sentimentalismo, al menos una parte suya también ponía el corazón. Pero eso se lo quedaría para ella. «Su primera vez... ».

—Lo está.

James no esperó más y abrió la puerta. Ella se fijó que con la luz que se filtraba por la ventana, podía ver cuán amplia era la habitación. La cama era lo suficientemente grande para albergar dos personas con amplísimo espacio de por medio.

Cuando él se fijó en el curso de su mirada, sonrió.

—Es lo suficientemente grande para hacer todo lo que deseo contigo —dijo, y luego empezó a quitarle las horquillas con las que ella había sujetado su cabello. Una masa de ondas suaves y largas cayó hasta su media espalda —. Hueles a pasión y tentación —expresó aspirando su aroma.

James encontró el cierre del vestido. Estaba justo en el lateral derecho. Deslizó hacia abajo el zipper, hasta que la prenda quedó ligeramente sujeta por el hombro, y el resto holgado. Subió las manos, sin perder el contacto visual con ella, y las introdujo por el lado que había dado fácil acceso a su cuerpo.

Introdujo los dedos y sintió la piel suave de su costado, atrapada en una parte por el sostén. Dirigió su atención hacia el broche de la espalda, y con un movimiento muy rápido lo desató. Ella emitió un gemido ronco, y en compensación recibió un beso en su costado, muy cerca de la base de su pecho. Con una ágil inclinación, James tomó el

borde del vestido y lo elevó, sacándoselo del cuerpo.

Grace quedó con el dorso completamente desnudo, dejando expuestos dos hermosos senos plenos y excitados. A él se le atoró la respiración. Era la imagen más sensual que hubiera visto en su vida. Y eso que muchas mujeres habían pasado por su cama. Pero ninguna lo afectó como la mujer que tenía frente a él en ese instante.

—Dios mío, Grace... —susurró, y ella se tapó los pechos—. No... déjame mirarte. No juegues a eso. Ven aquí —la llamó acercándola. Grace sentía nervios. Era la primera ocasión que se permitía estar así con un hombre. Hubo caricias, sí, pero jamás una mirada que la hacía ser tan consciente de ella como mujer—. Quiero tocarte —y así lo hizo, cuando ella dejó caer las manos a un lado.

Con el dorso de ambas manos giró en círculos sobre sus pezones, que si fuera posible, se pusieron más fruncidos y apretados. Grace sentía los senos pesados, y deseaba, deseaba desesperadamente, que él terminara ese tormento de provocarla con la mirada, y besara sus senos. Eran su parte más sensible.

Como si le hubiese leído el pensamiento, él se inclinó y se apoderó de uno de sus pechos. Primero lo lamió, arrancándole susurros entrecortados, luego rodeó el contorno de su piel de seda con la lengua. Ella empezó a quitarle la camisa, a la que solo le faltaba un botón desde que empezaron a tocarse en la escalera.

El torso de James era fuerte. Lo comprobó cuando, titubeante, posó sus manos sobre él. Los músculos parecían haber sido afilados con un cincel, y la mata de vellos, que no era abundante, le conferían un aspecto pagano. Seguramente Miguel Ángel hubiera querido esculpirlo junto al David. Cada músculo era firme. Lo recorrió todo con curiosidad y complacencia. James gruñía de placer al sentirla.

El toque de Grace lo excitó mucho. Sentía los pantalones tirantes; con un movimiento rápido se deshizo de ellos. Luego volvió su atención al torso descubierto de Grace. Había tan solo una cosa que no le había dado, y sabía que ella quería por el modo en que inclinaba sus pechos hacia él. Pero quería torturarla un poco, tanto como ella hacía al acariciarlo con las uñas, con los dedos, y explorarlo enviando punzadas de placer y escalofríos a su cuerpo.

—James... —dijo cuando él se detuvo. Ella recorrió con las uñas desde los fuertes hombros, pasándolas por los brazos y antebrazos. «Todo fibra, todo músculos... todo mío... por ésta noche».

—¿Qué deseas? —preguntó con una sonrisa traviesa enterrando sus manos en el cabello de Grace.

—Yo... —gimió, cuando él deslizó la mano hasta dejarla sobre su centro femenino. Él sentía su propio miembro agitarse, porque sabía que estaba húmeda.

Pero no la tocaría íntimamente hasta quitarle las bragas, aún no. En cambio, presionó con los dedos sus labios femeninos, que exudaban tibieza, calor. Grace se agitó.

—¿Tú... ?

Ella se contorsionó sobre sus dedos, y a James le estaba costando lo indecible mantener el control. Quería que ella recordara que esa noche era suya. Le pertenecía. Y ese sentimiento posesivo lo pilló nuevamente, desde que la vio con Callum.

Él no esperaba lo que Grace hizo a continuación. Seguramente la experiencia, pensó al observarla.

Grace se llevó las manos a sus propios pechos, y tomó sus pezones, apretándolos, al tiempo que, con su pelvis, presionaba hacia los dedos que tocaban su feminidad aún cubierta por las bragas. James se volvió loco de deseo, y le apartó las manos, entrelazándolas con las suyas, al lado de ambos cuerpos, a la altura de sus caderas. Ella se sonrojó. Había sido un impulso hacerlo, porque necesitaba que la besara ahí. Él había eludido ese lugar. Y ella lo sentía palpitante.

Él inclinó la cabeza chupó uno de sus pezones con avidez. Lo lamió, lo succionó duro, luego suavemente, perdido en su sabor de mujer, en la forma en que el pequeño botón respondía a su lengua. Siguió el mismo proceso con el otro pecho.

—Ah... —ronroneó con voz trémula—. James... eso era lo... lo que deseaba tanto...

—¿Sí? —mordió uno de los botones. Ella gritó de placer.

—S... sí...

James movió la mano en círculos lentos y atormentadores sobre su sexo henchido. El deseo de perderse dentro de ella, lo estaba matando. Sin embargo, necesitaba saborearla toda. Luego, lo haría como endemoniadamente deseaba: rápido, con pasión, fuerte. Pero verla en ese momento reaccionar a sus avances, con cada toque, era simplemente enloquecedor.

Grace se apegó más a él.

—¿James... ?

—Dime, preciosa —dejó de torturar sus pechos, y tomó su boca por asalto. La cueva tibia le dio acceso a su lengua, que penetraba con ímpetu. Ella salió a su encuentro con la misma pasión, igualándola, retándola. Él deslizó las manos a su trasero, lo apretó, acarició e introdujo sus pulgares, a través del borde de la tela, mientras Grace se contorsionaba demencialmente contra su sexo erecto y a punto de

estallar. Casi parecía un adolescente con su primera experiencia. Si ella supiera el poder que tenía sobre su libido, podría hacer lo que quisiera con él.

Ajena a los pensamientos de su amante, ella frotó sus senos doloridos de pasión contra el pecho de James, mientras sentía cómo su ropa interior era deslizada hábilmente hacia abajo. No dejó de notar la atrevida presión de los dedos de James sobre sus nalgas.

Cuando menos lo esperaba estaba completa y gloriosamente desnuda.

Él dejó de besarla en los labios, para hacerlo con su cuello, mientras con sus manos abarcaba toda la piel exquisita. Apretando, sopesando, presionando, acariciando, torturando cara porción del cuerpo femenino.

—Aún no estás totalmente desnudo, falta tu ropa interior... —logró finalmente balbucear ella.

Él emitió un sonido ronco.

Grace aprovechó para devolverle el favor, desnudándolo totalmente. Mientras lo hacía, al inclinarse hacia abajo, se topó con una firme vara acerada que salió a su encuentro sin que ella se lo esperara. Él lanzó la prenda con el pie, lejos. James apretó los dientes, y agarró sus cabellos largos al verla cerca de su miembro. Si ella lo topaba...

Muy tarde.

Las ondas caoba que él no logró atrapar, lo acariciaron como el beso de una sirena. Enloquecedoramente místico, mítico y erótico. Estuvo a punto de derramarse ahí mismo. Apretó los dientes. Esa mujer era una consumada tentadora, y sin duda una estupenda amante. Aunque no entendía los sonrojos cuando la tocaba, o cuando la vio completamente desnuda.

Ella estaba depositando besos alrededor de sus ingles. Le quitó cualquier capacidad de pensar en nada que fuera el placer. James no había conocido tortura más deliciosa. Emitió un ronco gemido. Envalentonada, Grace continuaba besando sus muslos, y con las manos acariciaba las nalgas prietas de James. «Este hombre es simplemente perfecto», pensó. Ella no se imaginó que pudiera llegar a comportarse tan atrevida. Con él se sentía cómoda, libre... una mujer en más de un modo. Y esa sensación de poder, al ver que ella era la causante de que su miembro estuviera tan virilmente erecto y grande, era maravillosamente adictiva.

—¿Estoy haciendo algo mal... ? —preguntó con tono inocente, al escucharlo tomar aliento, cuando una pequeña gota brillante brotó de la punta de su sexo.



—Sí...

Ella se detuvo.

James gruñó, y soltó una maldición.

—Nena... si continuas por ese camino, voy a terminar antes de tiempo.

—Oh —se puso de pie. «Entonces le ha gustado», pensó con una sonrisa pícaro. En lugar de pararse rápido, como imaginaba que él quería, lo hizo tan lentamente, que tuvo tiempo para pasar la punta de su lengua sobre el glánde, probando la pequeñísima gota de su esencia. El sabor era almizclado, y para nada repulsivo. Era la esencia de James. Y a ella le fascinó—. ¿Entonces qué... ?

Él no la dejó continuar, porque la tomó en brazo y la lanzó juguetonamente en la cama. Al ver la sonrisa predatoria de James, se inclinó hacia atrás, quedando en el centro del suave colchón de sábanas blandas. En ese momento, al verlo frente a ella, tal como Dios lo trajo al mundo, con una erección que cortaba el aliento y los músculos firmes, sintió cómo su corazón y su cuerpo se agitaban.

Para Grace no era solo el físico, reflexionó, mientras él se inclinaba sobre el colchón. «Es todo él. Arrogante. Juguetón. Astuto. Sensual. Inteligente. Infantil. Mundano. Bromista y arrebatadoramente guapo. Además, estaba segura que detrás de esa fachada, porque ella lo había comprobado, era un hombre leal y de palabra. Debajo de ese muro que él erigió había un hombre distinto, más sensible y ella... y ella estaba enamorada de él. Total, completa e irremediabilmente enamorada de James Stratton». Lo aceptaba, y lidiaría con las consecuencias en silencio. Otro día. Porque esa noche quería ser suya, pertenecerle.

James llegó hasta ella, y con sus muslos, le separó las rodillas. Dejándola abierta hacia él. Expuesta. Ella reprimió el impulso de cerrar las piernas. Él la miró, y ella sintió cómo su sexo se humedeció aún más. Estaba empapada.

—Eres... me dejas sin aliento. Simplemente eres una Venus. Hermosa, sensual, y condenadamente guapa —se inclinó para besarla, mientras sus dedos jugueteaban con los pezones de rosadas areolas. Ella le devolvió el beso con ardor, y con la reciente convicción de que estaba enamorada. Le acarició el rostro con embeleso, y probó una y otra vez el sabor de su boca, elevando hacia arriba sus caderas, esperando algo que solo él podía darle.

—James... me encanta... —le acarició los músculos de los brazos.

—¿Qué exactamente? —jadeó sonriendo sensualmente.

—Cómo me besas, me tocas... es como si me estuviera incendiando por dentro.

Nunca me había sucedido algo así, ésta es la primera vez que yo... —murmuró contra sus labios, pero no terminó la frase, porque él empezó a descender con la lengua por sus pechos, por su vientre, y luego se detuvo en el borde de su pelvis—. James... yo...

—Vamos, dulzura, no me vas a decir que nadie te ha hecho esto antes...

Ella iba a protestar y a decirle que efectivamente, así era, pero no tuvo tiempo, porque la lengua ardiente que abrió sus húmedos pliegues se llevó su conciencia, su cordura y su vergüenza, permitiéndole a James hacer lo que se le viniera en gana con su cuerpo. Si esa era una demostración de lo que el placer podía llegar a ser, ella estaba dispuesta a morir en ese mismo instante.

Arqueó la espalda, y el continuó la tortura. Disfrutando del sabor más íntimo de Grace. Estaba tan condenadamente húmeda. Quería que fuera para ella la única relación sexual que recordara, sin importar quiénes hubiera en el pasado, ni quién en el futuro. Sería siempre él su punto de referencia. Y podía estar siendo arrogante, pero esa mujer iba recordarlo. Porque después de esa noche todo sería diferente.

Mientras la lengua tocaba cada punto de su henchido canal, los dedos expertos y manos amasaban sus senos. Grace se contorneaban, gimoteando al sentir cómo él la recorría de arriba, abajo; la chupaba y lamía con expertos movimientos, la consumía y ella se dejaba hacer, porque era un abandono delicioso, plácido y excitante.

—James... oh, James... —gimió, cuando llegó el indicio del primer espasmo.

Cuando él se dio cuenta que Grace estaba a punto de llegar al punto del éxtasis, se inclinó hacia arriba dejando la punta de su sexo, sobre el de ella. Ambos respiraban agitadamente, sus cuerpos estaban sudorosos atenuados por el acondicionador de aire de la habitación. Sus gemidos y susurros desesperados, apasionados, desgarraban el silencio, haciéndolos más conscientes de ellos mismos.

Ella estaba extasiada. Necesitaba alcanzar la cima, pero él no se lo permitía. Impulsaba hacia arriba las caderas, pero James insistía en rozar apenas sus pétalos dulces y mojados, con la punta de su miembro. Grace lo quería dentro suyo. Lo quería ya.

—Por favor... James, por favor... yo...

—Qué deseas, amor... cuéntame —dijo entre dientes, solo quería torturarla un poquito más... le encantaba verla contorsionarse de pasión, mover la cabeza de un lado al otro, pedir con los labios que le diera más, mientras con la mirada nublada y cargada de pasión y deseo lo devoraba. Le gustaba sentir cómo sus pequeñas manos lo tocaban como un laberinto sin fin.

—A ti... —gimió.

—¿Dónde? —introdujo apenas unos centímetros de su glande, dentro de ella. Y en respuesta Grace se movió hacia el punto de unión de ambos cuerpos, pidiéndole con sus caderas, lo que su boca no lograba pronunciar.

—A ti... dentro de mí... oh, quita ya ésta tortura, James... —casi suplicó.

Él sonrió con la hombría satisfecha.

—Después de ésta noche, no volverás a recordar a ningún hombre que haya estado antes de mí —le dijo, chupándole un pezón, luego el otro, mientras sostenía su cuerpo sobre el de Grace con los antebrazos. Quería ver su rostro cuando llegara al clímax. *Por él.*

—No ha habido... —él la silenció con un beso, y también la confesión que pensaba hacerle. No importaba nada, solo aquel estallido de necesidad que clamaba por ser saciada.

—James... ahora... te necesito ahora... —pidió desesperada, sentía el cuerpo enfebrecido.

Él necesitaba hundirse en ese cálido pasaje, y permitir que acogiera a su miembro para que finalmente pudiera quitarse tantos días, meses, desde la primera vez que la vio, y la deseó. Sin pensárselo más, James se hundió con una sola embestida dentro de ella. Grace emitió un grito. Él atribuyó su exclamación a la pasión que estaban compartiendo en ese momento; y la resistencia de su cuerpo, a que quizá había pasado un poco de tiempo desde la última vez que tuvo sexo con alguien.

—Tan estrecha... tan deliciosa —murmuró, mientras entraba y salía del lubricado sexo de Grace.

Ella sintió un pinchazo de dolor, cuando él se deslizó dentro de ella, llevándose con él la barrera de su virginidad. El ardor remitió poco a poco, mientras James la lubricaba con sus propios fluidos, dando paso al placer.

—Sí... no te detengas... —pidió, mientras él empujaba cada vez más fuerte, más fuerte, más suave, luego más fuerte, dentro suyo. Bombeando a un ritmo enloquecedor para ambos.

—Aunque quisiera, amor, no podría detenerme, eres perfecta... —expresó, al tiempo que atrapaba los sensuales labios de Grace para acallar sus gimoteos de pasión.

Ambos se sumergieron en una sinfonía; complementándose, llenándose mutuamente, y acariciándose los sentidos más íntimos. Eran dos amantes enloquecidos por la correspondencia perfecta de sus cuerpos. Grace gritó al alcanzar el clímax. Y James la siguió casi al instante, derrumbándose sobre ella, y dejando que

el suave guante cálido que envolvía su miembro siguiera palpitando, apretándolo, quitándole hasta la última huella de necesidad, de pasión, de deseo...

El sexo más espectacular de su vida, pensó James, oliendo la esencia de vainilla, mezclada con su perfume; ambos añadidos al innato perfume natural de cada uno, tan salvaje, sensual y erótico.

Aunque la luz de la luna no era muy fuerte; lo era suficiente como para que James atisbara a ver una mancha oscura sobre sus sábanas blancas, al lado de Grace. Reparó en eso cuando se incorporó sobre sus codos para no incomodarla con su peso. Ellos se habían movido mucho durante ese salvaje encuentro, hasta fundirse por completo y llegar al orgasmo. «¿Eso era... ? », James se quedó con la mente en blanco. Grace continuaba con los ojos cerrados y una expresión de satisfacción sexual que a él lo golpeó. Tenía que preguntárselo. Parecía improbable...

—Grace —la llamó besándola en los labios.

—¿Mmm... ? —respondió abriendo los ojos. Y él se arrepintió. Sintió un gran cargo de conciencia. La respuesta estaba en su mirada. Clara, limpia... pura.

—¿Por qué no me lo dijiste... ?

—¿El qué? —sonrió.

Ella estaba flotando en una nube. Nunca había pensado que podría ser tan maravilloso...

James suspiró y le dio otro beso en los labios.

—Que eras virgen, Grace.

Ella se ruborizó.

«Claro... el rubor. Ahora lo comprendía todo. Tan apasionada en sus argumentos, sus posturas... y no iba a ser diferente en la cama. Él lo había confundido condenadamente todo», reflexionó James.

—Yo... —empezó ella.

Grace lo había engañado. No le dijo que era virgen. Aunque... ¿le hubiera creído? No. Y él lo sabía. Pero pudo haber sido un poco más suave con ella. La había poseído con una pasión que seguramente le había causado dolor.

—Pudiste decírmelo, Grace. ¿Te hice daño? —preguntó preocupado. Él no era un salvaje, pero ella lo había llevado a un límite sensual que no pensó que existiera—.

¿Duele? —le tocó con suavidad su sexo, y ella emitió un ligero gemido. James se dio cuenta que si seguía preguntando y tocando, la iba a tomar nuevamente. Y no quería eso. Ella necesitaba reponerse.

—N... no. No me hiciste daño. Duele un poco, ya se pasará —le sonrió colocando la mano en el rostro amado.

—Pequeña tonta —la abrazó de la cintura, y la llevó consigo, mientras se acostaba boca arriba en el otro lado de la cama, dejándola sobre él.

—¿Fue muy malo?

Él se rió.

—Al contrario —le dio un beso en la pequeña mano—. ¿Te gustó tu primera vez? —preguntó.

Aunque estaba molesto porque no le hubiera dicho nada, su ego masculino rugía regodeándose, al saber que fue el primero en poseer ese cuerpo que había sido creado para el placer. *Su placer*.

—Fue... —lo miró—, maravilloso... —se ruborizó, y él sonrió atrapando sus labios para besarla profundamente.

—Me alegro, princesa —le acarició el rostro con delicadeza. Era tan hermosa, pensó James, que podría contemplarla indefinidamente y estaba seguro que no se aburriría.

Grace le sonrió.

—¿Crees que mañana domingo será un buen momento para llamar al abogado Morris, James? —preguntó ella.

Quizá, pensó Grace, por el modo dulce en que James se estaba comportando, había vencido la barrera de protección que él tenía erigida en su vida emocional. Eso le daba una esperanza de que tal vez... la idea del matrimonio ya no le escociera tanto, y podrían hablar con tranquilidad al respecto. Y tal vez empezara a verla a ella de otro modo...

Él se crispó, y Grace automáticamente lamentó haber sacado el tema del testamento.

—Lo siento, no quise...

—Sí que quisiste —atacó con voz acerada—. ¿Creíste que ibas a atarme por ser

virgen? ¿Por eso lo callaste? —la puso con brusquedad lejos de él, aunque sin lastimarla.

Se sentó y la miró con tal frialdad, que a Grace le llegó al corazón. Sus ojos verdes eran dos témpanos de hielo, no había una pisca de amabilidad, o rastro del James juguetón, sensual y apasionado que la llevó al clímax hacía tan solo dos minutos.

—Si ésta era la carta más importante para jugarla, pues déjame decirte que ha sido la mejor que he visto en mucho tiempo. Te felicito.

Lo miró con los ojos cargados dolor. Pero él estaba tan furioso, y no quería saber nada de ella en ese instante. «Virgen o no virgen, todas van por el dinero. Maldita fuera su suerte», pensó con amargura.

—No... espera, James... —alargó la mano cuando él se puso de pie, intentando detenerlo para hablar. Ella quería decirle que no era así; no tenía ninguna carta. Simplemente hizo lo que sintió. Y aunque no se arrepentía de haber hecho el amor con James, le impactó el nivel de desconfianza que tenía hacia las mujeres. ¿Por qué no podía notar que ella no era como las otras?

James la miró con indiferencia, haciéndola sentir como si fuera una mota más que había compartido su cama. Lo vio tan indolente al respecto, que se encogió, y se tapó con la sábana. «Seguramente, sí fui una más... », pensó con un nudo en la garganta.

—Supongo que como no estás acostumbrada a llevar una vida sexual activa, no usas anticonceptivos, ¿verdad? —un error también de él, por haber asumido que era una mujer de mundo, corrida y con experiencia.

Ella cayó en cuenta. Podía quedarse embarazada de James. Gimió de impotencia para sus adentros. Esperaba que no ocurriera, por más que la idea de llevar al hijo de James en su vientre la llenara de ilusión. Pero no era justo desearlo. No cuando él la creía una buscavidas. Así no. Aunque si lo estuviera... lo tendría, y se alejaría para siempre de la vida corporativa que había estado llevando en Houston. Se lamentó con tristeza, mientras abrazaba su cuerpo cubierto por la sábana, impregnada del aroma del placer compartido. Dolía. Mucho.

—No —fue todo lo que le salió de la garganta, porque estaba intentando contener las lágrimas. «Lo que sucedió esa noche no fue planeado. Ella no había tomado ninguna precaución... no podía ir tomando anticonceptivos, si acaso alguna noche alguien se convertía en su amante», pensó con ironía para sí misma. Cada palabra de James era como un afilado cuchillo que la atravesaba—. James me refería al testamento porque...

Él le hizo un gesto para que se callara. No quería sus explicaciones. Había tenido

suficiente por ese día.

—Espero que me notifiques si acaso estás embarazada —se puso rápidamente la ropa, ajeno a la lágrima solitaria que rodó por el rostro de piel tersa de Grace—. Y sobre el testamento, no te preocupes Grace —la miró como si le causara repulsión, y ella sintió el corazón partírsele en pedazos. Él hizo caso omiso a la mirada triste y desesperada que ella tenía—. Me casaré contigo en una semana. Aunque debo decir que tienes un cuerpo delicioso —la observó con descaro, mientras ella se arrebuja más dentro de las sábanas, pero aun así se sentía desnuda—, no era necesario que me entregaras tu virginidad para cerrar el trato.

—James... no...

Él ya no estaba escuchando. Se había ido, dejándola en un solitario silencio.

Grace no pudo más, y dejó que las lágrimas que había reprimido salieran y rodaran. Después de unos minutos, al darse cuenta que continuaba en la habitación de James, recogió su ropa a toda prisa. Se quedó contemplando la mancha, ineludiblemente rojiza, que yacía sobre la sábana. La tristeza se apoderó de ella. «Jamás la vería de otro modo... ».

Saliendo de una suerte de breve trance, medio se acomodó el vestido, y fue hacia su dormitorio. Una vez dentro, cerró la puerta silenciosamente, y se acostó echando un ovillo. Las lágrimas no dejaron de caer, hasta que se sumió en un tormentoso sueño.

## Capítulo 9

Cuando dejó a Grace, fue directamente a zambullirse en la piscina. No oprimió el botón que le daba la opción de temperar el agua. Necesitaba que estuviera fría, porque su piel todavía ardía por el suave y exquisito cuerpo de seda. Hizo un par de largos, y luego se quedó recibiendo el aire de la madrugada.

Su mente estaba atribulada. A pesar de que en un inicio seducir a Grace lo consideró un buen plan, al darse cuenta que era el primero en poseerla, y tan apasionadamente como lo hizo, ahora ya no estaba tan seguro de que acostarse con ella hubiera sido un mero asunto de sábanas. Al contrario. Sentía un frío extraño, y no se debía a la temperatura que de seguro bordeaba los trece grados centígrados.

En medio del amplísimo jardín de la propiedad, a la luz de los rayos lunares, con el viento y el sepulcral silencio, sintió como si algo dentro de él hubiera cambiado. Recobró la conciencia de algo perdido hacía tanto tiempo. A pesar de que en ese momento no podía encontrar la palabra exacta para definirlo.

Se hundió completamente bajo el agua, y descargó en un grito de aire su frustración, y pesar. Se desahogó pensando en su abuela. Fuera o no adoptado no la merecía. Se había portado tan mal cuando ella fue a verlo. Se hundió de nuevo, expulsando el aire bajo el agua. Un gran arrepentimiento y pena lo embargaron de pronto, golpeándolo con la fuerza acumulada de los años vividos sin ella.

Inmersión.

El agua se llevaría su aflicción.

No importaba la madre que hubiera tenido, porque a pesar de todo lo había elegido, criado, cuidado y educado *a él*. Hubiera podido quedarse en brazos de una familia que lo despreciara. Pero tuvo suerte. Mucha. Encontró ternura en Rose; los cuentos, las esperanzas y el cariño. Solamente que su alma pasó tanto tiempo aislada de sentir, que ya no recordaba cómo era ser amado. Escuchaba siempre «te quiero, James», y venía seguido de alguna insinuación para obtener algo lujoso o cómodo. Era un hombre que lo tenía todo en apariencia; y era esa máscara falsa de la que ya estaba hastiado.



Inmersión.

Grace, ¿qué podía decirle después del modo tan infame en que se comportó con ella?

Inmersión.

La había juzgado de fácil. Y ella le dio su inocencia. La tachó de estructurada. Ella sacaba algún comentario que lo descolocaba, o lo hacía reír. Intentaba tratarla como si fuera una cualquiera. Y la mirada celeste era siempre limpia y diáfana.

Inmersión.

Era una lástima que ella solo buscara su dinero. Sin embargo, una parte suya, pequeña y persuasiva, se negaba a creer esa convicción. Por primera vez, desde que la conoció, dudó de todas las opiniones que tenía con respecto a ella. Además, estaba el tema sexual. En una palabra. Fabuloso. Deslizarse dentro del estrecho canal de Grace, fue casi sentir el bombeo de la sangre recorriéndole las venas cargadas de fuego y lava, algo que jamás sentía cuando se acostaba con otras mujeres. Y eso lo tenía confundido, impresionado... lo peor de todo... torturado físicamente. Solo recordar aquel húmedo y angosto canal, que se abrió tan libre y confiado a él, lo hacían querer subir y...

Última inmersión.

Salió de la piscina, dejando que el agua se escurriera con el viento.

Ninguna mujer merecía que luego de haberse entregado a un hombre por primera vez, en lugar de alegría y satisfacción encontrara reproches hirientes. Él simplemente creyó revivir lo de siempre: mujeres interesadas en los contactos que generaba el estar a su lado, los viajes, propiedades, clubes exclusivos, trato VIP, y dinero, mucho dinero. Por eso actuó de ese modo. La sola mención del testamento fue como un detonante, y no se detuvo a pensar con calma. Porque no pudo. Fue una reacción tan natural debido al entorno que siempre lo había rodeado. Además de que en ese instante, molesto por el comentario en referencia a la herencia que hizo Grace, se decepcionó. La había creído diferente... y ahora sabía que lo era. Demasiado tarde, pero al menos tenía esa certeza.

Buscaría el modo de hacérsela saber.

Pedir disculpas era para él, como querer que un canguro australiano sobreviviera en los fiordos de Finlandia. Sabía que en esta ocasión no tenía más opción, y era lo mínimo que podía hacer. Canalla no era, imbécil y prepotente quizá. Y su abuela, *oh su abuela*, le había enseñado el sentido del honor. Pretendía honrar de algún modo el tiempo estúpidamente perdido, haciendo uso de ese aprendizaje. Conseguir una

disculpa iba a costarla, sobre todo, porque era consciente de que había cometido un error al juzgarla mal. Un terrible error.

Grace se despertó al alba. Sentía su cuerpo adolorido. Despacio, se puso de pie y fue a la ducha. Había dormido lo que quedó de la madrugada, con el aroma y el sabor de James adherido a su cuerpo. Y aunque al principio la arrulló, pensando que quien había sido su primer amante la abrazaba confortándola con afecto, ahora era una tortura innecesaria.

Cuando el agua cayó sobre sus muslos, y músculos, se relajó. Poco a poco, fue hundiéndose en un agradable sopor. Y se quedó dormida en el agua tibia un rato. Cuando sintió el frío de la temperatura, abrió los ojos despacio.

Respiró profundamente.

La tristeza se iría con el agua que estaba drenándose en la tina. James la hirió. Durante su existencia se las tuvo que ver sola, y a pesar de lo desesperada que estuvo en algunos momentos, la soledad jamás le dolió tanto como ahora. Quizá si no lo amara fuera diferente, y el recuerdo de sus manos y labios por su piel, no lastimara tanto.

Ella observó, desnuda, cómo la última cantidad de agua se filtró por el drenaje. Suspiró como si se hubiera sacado un peso de encima. Acercándose al espejo sonrió.

«No más tristeza», se dijo con determinación.

Sonrió por haber logrado un éxito profesional contra todo pronóstico; por haber hecho una amiga inolvidable; por tener a Callum como su más querido amigo; por saber que tenía cualidades que la hacían una persona honesta; porque su espíritu y esencia no pensaba echarlos a perder con un idiota. Sobre todo sonrió, porque había descubierto lo que era amar, y quizá muchos mortales no lo conseguían. Al menos en eso era afortunada.

Se puso un vestido corto, estampado con fusiones de amarillo ocre, blanco y ligeros tonos verde-azulados. Se calzó unas sandalias negras, dejándose suelto el cabello. Se aplicó crema hidratante en el rostro. Apenas se maquilló para cubrir las ojeras. Estuvo satisfecha con su aspecto, aunque no podía hacer mucho por el ligero color rojo de sus ojos.

En la mesa del desayuno estaban Fiona, Landy y Harris. Ellos solían desayunar ahí, desde que la familia no habitaba la casa y Rose la había dejado a su cuidado.

Cuando la vieron llegar, le sonrieron automáticamente. Grace se empezaba a sentir como si estuviera en su hogar. Como si por primera vez perteneciera a algún lugar de verdad.

—¡Buenos días, señorita Hastings! —saludó entusiasmada Landy en un afán de complacer a la única persona que parecía interesada en lo mejor de sus dulces caseros—. Hoy le hice para desayunar muffins de chocolate con natilla, y una receta española—. Pronunció como pudo en su mal español: —crema catalana.

Grace se rió, y le agradeció. Harris, quien era un hombre especialmente callado salvo cuando alguien arremetía contra sus rosales, simplemente la miraba. No era una mirada incómoda. Él era una persona muy sensible, y ella respetaba que le gustara mantener sus palabras para lo necesario.

—La fiesta de ayer ha sido un rotundo éxito —comentó Fiona para hacer conversación, mientras todos comían poco a poco—. ¿Cómo se sintió Jamie? —preguntó a Grace.

La joven levantó la mirada, y luego metió la cuchara en la crema catalana.

Le sonrió.

—Satisfecho —respondió. Porque en todos los sentidos, aunque el recuerdo la escociera, era cierto—. ¿Los organizadores se han llevado todo? —indagó cambiando de tema.

—Oh si —dijo Landy quejándose—. Uno de esos desalmados confundió mi finísima vajilla de Portugal con esos plateríos sin clase por los que cobran miles en las fiestas privadas —refunfuñó.

Todos se echaron a reír.

—Buenos días —saludó una voz grave, llegando hasta ellos, y cortando las risas.

Una cosa era no ponerse de llorona. Eso, Grace, lo tenía claro. Otra, era ver el motivo de su tortura personal, en carne y hueso, a la mañana siguiente de haber compartido lo que seguramente debería ser la experiencia sexual más espectacular de su vida. O quizá a ella se lo parecía porque no tenía con quién comparar. Aunque no creía que estuviera en realidad muy equivocada en su juicio al respecto. James había sido... maravilloso, aceptó a su pesar.

—Jamie, siéntate junto a Grace, te he puesto un platillo de tu desayuno favorito. Le conté a Landy que te gustaban las galletas de avena en tu desayuno desde que eras un muchachito. Te las ha horneado hace un rato —comentó solícita, Fiona.

James miró de reojo a la mujer que se había entregado sin reservas a él, y al verla tan hermosa, sintió ganas de besarla y saborear de nuevo su esencia. Pero no iba a poner en riesgo el poco autocontrol que le había llevado lograr. Después de volver a su habitación y encontrar la prueba de lo que había ocurrido la noche anterior, conciliar el sueño fue casi imposible.

—Gracias, Fiona —respondió dándole un mordisco a la galleta.

A la mujer no se le pasó por alto la tensión que había entre los dos herederos. Miró a Harris que estaban tomando la taza de café como habituaba, y Landy que no dejaba de parlotear sobre las cubiertas de azúcar de colores, y sus texturas.

—De nada hijo, de nada —le dijo a James. Luego se dirigió a Grace, que probaba la crema catalana—. ¿Deseas algo más, Grace? —como respuesta recibió un amable “no”. —Finalmente miró a sus compañeros de trabajo de casi toda la vida—. Nosotros ya hemos terminado aquí, ¿verdad? —Landy y Harris iban a decir que no, cuando Fiona les echó una mirada de advertencia.

—Sí... —expresó Harris, mirando con pena su taza a medio acabar.

—Sí... —comentó Landy, dándole el último mordisco a un cupcake.

Segundos más tarde, Grace y James estaban completamente solos, uno frente al otro, desayunando mecánicamente. Si acaso lo que masticaban sabía delicioso, en sus bocas parecía cartón. Cuando bebían leche, zumo o café, como si fuera alguna cosa rara saborizada. La situación era muy incómoda.

James terminó su desayuno con bastante rapidez. Ella no se inmutó; dejó el plato vacío y empezó a beber el zumo de melocotón.

—Grace —la llamó.

Ella tensó la mano sobre la pequeña cucharita que giraba dentro del vaso para que el espesor del zumo no se asentara en el fondo.

Lo miró sin responderle, esperando a que él hablara.

James se fijó que el maquillaje de Grace no cubría lo obvio. Sus ojos denotaban cansancio. «Había llorado... », pensó con culpabilidad. Se odió al instante.

Al darse cuenta de que él no hacía más que observarla a los ojos, optó por dejar su desayuno. Tenía un par de cosas que hacer esa mañana. Y necesitaba estar lejos de esa mansión o iba a asfixiarse.

—Sobre lo de anoche... —empezó él, pero Grace lo detuvo con la mano.

James se quedó sorprendido de ver en los ojos, mezcla de un color aguamarina y azul cobalto, una falta absoluta del brillo que la caracterizaba. Aun cuando estaba muy enojada, o preocupada, la mirada de Grace era resplandeciente.

Ambos se pusieron de pie al mismo tiempo.

—Lo de anoche —lo miró como si él fuera un inmueble más de la casa. Él no estaba acostumbrado a que las mujeres lo observaran de ese modo. Como si no existiera en realidad; como si fuera una obligación el dirigirle la palabra—, fue un arrebató; se nos fueron las cosas de las manos. Está todo claro.

Él apretó el borde del respaldo de la silla con firmeza.

—Maldición, Grace, no está claro —expresó molesto, pero controlando el tono, por la banalidad con la que ella se refería a lo ocurrido entre ambos. Le parecía salido de una serie de humor negro. El hombre intentando hablar sobre una noche de pasión, cuando era habitualmente la mujer quien quería hacerlo, y el hombre, evitarlo. Al menos en su caso. Pero no era un asunto de género, al menos ya no para él. Se trataba de honor. Si Rose lo viera seguramente se burlaría con cariño, y le habría jalado la oreja con afecto. Sin embargo, su abuela no estaba...

Grace continuó hablando. Parecía una profesora enseñándole a su alumno lo obvio de la vida. Ese tono condescendiente lo irritó, pero mantuvo la calma. Aunque no dudaba que si ella continuaba en esa línea, se le iría todo el buen talante, y saldría a flote su genio.

—James, si no te quieres casar, me da igual. De hecho, me parece perfecto, porque conociendo lo eficiente que eres en tus negocios, habrás atado cabos a estas horas con tus abogados —miró el reloj de la pared—. Sí, tú no eres de los jefes pacientes. Seguro despertaste a medio departamento jurídico, y ellos habrán hecho sus deberes con los representantes de los japoneses en la ciudad. Así que mañana lunes tendrás cerrado el asunto. No tienes ya ningún compromiso conmigo. Lo cual me parece perfecto. Porque estoy queriendo librarme de ti, tanto como tú de mí —declaró desapasionadamente.

Lo último era la mentira más absurda que había dicho en su vida, pero era eso, o permitirle a su lado sensible que hablara, y no haría tal cosa.

Grace tenía razón en el caso de sus abogados. Había despotricado despertándolos a todos a las cinco de la madrugada, y se aseguraría de tener los resultados. El negocio con Jeong estaría cerrado, y su proyecto de obtener los doscientos millones de dólares, preparado.

—No quiero referirme al testamento. No es eso —ella tuvo la audacia de reírsele, y él quiso cerrar esa boca con sus labios—. Quiero hablar de lo que hicimos anoche

en mí habitación, en mí cama, mientras estabas gimiendo debajo de mí... —ella se sonrojó, y él no pudo contener una sonrisa de satisfacción masculina—. Exacto. De *ese* momento.

Fue inevitable para Grace evocar todas las imágenes, las sensaciones... pero más le valía andarse con cautela. Él era astuto, lo sabía. Así que ella no iba a caer en la estupidez de dejarse ablandar.

—¿Por qué habríamos de hablar de ello? —replicó indiferente. Él sabía que Grace intentaba mantener su orgullo, y la admiró por ello. Otra mujer, quizá le habría hecho un berrinche, o despotricado como una verdulera. Pero ella no.

—Porque fue tu primera vez, podrían haber consecuencias, y ... —«Y cada vez que te veo me dan ganas de besarte, y disculparme, pero no sé cómo hacerlo, porque me siento como un completo estúpido»—. Y es algo de lo que debemos hablar.

Ella respiró cansina. El hombre que veía frente a ella era controlado, pero sabía que tan solo estaba conteniéndose, al igual que ella, de actuar impulsivamente. Si no se medían, probablemente acabarían matándose... o en la cama de nuevo. Y aunque la idea no le era desagradable, de hecho la excitaba su recién descubierta sensualidad, el hacer el amor con alguien que la consideraba poco menos que una baratija, no estaba en su diccionario. Especialmente cuando ella hizo el amor... y él... tan solo tuvo sexo con ella.

—Mira, James. Si lo que te preocupa es que intente algún tipo de triquiñuela estúpida para quedarme con algo de tu dinero, vas listo, ¿estamos?

—No es lo que he querido decir, no tergiverses las cosas —afirmó mirándola fijamente.

Grace soltó una carcajada amarga.

—¿Yo tergiversando?! Creo que te has dado un golpe en la cabeza, uno muy fuerte. Si mal no recuerdo eres tú el que me acusa de buscavidas, inclusive ya me has dado a entender que crees que soy una baratija sin perspectiva. Según tu comportamiento de anoche, ya que quieres hablar del tema, no soy muy distinta a una cualquiera, ¿verdad? —se rió nuevamente con cinismo. Porque así la había hecho sentir: una mujer fácil e interesada. Y eso era lo que verdaderamente dolía.

Él llegó hasta la joven como un rayo, poniéndole las manos sobre los hombros.

La sacudió con fuerza.

—¡Escúchame bien, Grace Hastings! ¡Escúchame bien! —le gritó—. Jamás —dijo entre dientes, mientras los ojos celestes lo observaban aturdidos por el modo rápido y

sorpresivo con que la había tomado—, vuelvas a decir una cosa así. ¿Lo entiendes? ¡Nunca más lo vuelvas a hacer!

Respirando agitadamente se observaron un segundo, que pareció eterno.

Ella deshizo el contacto visual, y retiró las manos de James de su cuerpo. Él no insistió, esperando a que ella dijera algo, porque a él no se le ocurrían palabras. Tan solo besarla, para decirle de ese modo lo que pasaba por su alma errante, porque no sabía... no podía decir palabra alguna.

—No sé a qué responde toda esta tontería de tu parte. Pero sí sé que me estás quitando tiempo —pronunció con la misma indiferencia—. Tengo llamadas que hacer. También trabajo. Quítate de mi camino. ¿Quieres?

—No me lleves al límite —murmuró James.

—¿Yo? —preguntó sarcástica.

Se limpió un polvo invisible de la chaqueta, y consiguió controlar su respiración. Ser asaltada tan de cerca por el olor de James, sentir sus dedos sobre el cuerpo nuevamente era una tortura.

—Grace... —advirtió. La paciencia se había esfumado.

—Piérdete, Stratton.

—Con gusto —replicó.

La acercó aferrándola de la nuca. Ella no se debatió. Lo miró fijamente de tal manera que él podría decir que tenía una expresión asesina.

—Sí, Grace, mátame —la retó—. Hazlo.

Acto seguido, se apoderó con fiereza de sus labios.

La cordura claudicó.

Grace intentó empujarlo con sus manos para que dejara de besarla, pero él era más fuerte, y apresaba sus labios con una determinación impresionante. Mientras acariciaba sus labios con decisión y firmeza, ella abrió la boca para protestar por tan deliberado asalto. James aprovechó para introducir su lengua y beber la miel de su sabor. Profunda, lenta y sensualmente. Ella no pudo resistirse a su avance, porque era persuasivo, adictivo, envolvente, cautivante...

Sentía que las manos firmes y grandes de James, empezaban a moldear su cuerpo.

Fue entonces cuando un poco de coherencia penetró en una finísima capa de su conciencia. Se separó jadeante, fijando su atención en los ojos verdes que refulgían brillantes de deseo.

Antes de que él fuera a decir algo escucharon a alguien acercándose. Y ambos parecieron recobrar la compostura.

—¡James... ! —exclamó Fiona, llegando hasta ellos, ajena a lo que ocurría; iba distraída sacándose los guantes del jardín—. Lo siento, no quise...

—No pasa nada —replicó, James. Quizá fue lo mejor que los interrumpieran. No quería presionar a Grace, pero sí que tenía toda la intención de hacer que lo escuchara.

—Ah, ah, ah. Tú te quedas —le dijo James, ante la mirada curiosa de Fiona.

—Sería en algún otro instante —replicó con calma. Aunque en realidad le temblaban las manos, y las mantenía ocupadas sobre el vestido para no llorar. Era como tener el cielo y el infierno dentro. La tristeza y la euforia. «Era demasiado apuesto... demasiado... James», pensó apesadumbrada—. Ahora mismo voy a salir —se acomodó una última vez la falda del vestido estampado, y él deseó tener esos dedos, recorriéndolo, curiosos, como ocurrió muchas horas atrás—. Regreso antes de la comida —expresó recordando claramente la cláusula del testamento que los obligaba a informarse mutuamente.

—De acuerdo... —dijo él a regañadientes. El momento de hablar había pasado. Pero se encargó de dedicarle a Grace una mirada que implicara «esto no se va a quedar así». Seguro lo habría captado, porque elevó altiva el mentón antes de alejarse de la estancia.

Fiona no tuvo intención interrumpir, pero Harris había estado enfermo esa mañana, y quería preguntarle a James si podría acercarlo al médico. No quería llevarse un susto con su amigo de toda la vida, porque tendía a ser bastante terco.

De regreso del médico, Harris dormitaba en el Porsche Cayenne de James. El experto le dijo que, a los setenta años, era la fatiga la causante del desmayo, y que debería descansar más. Aunque Harris era necio por naturaleza en esta ocasión Fiona estaba más que segura que haría caso de lo que le dijeran. Y mientras James conducía por las calles de Houston, ella sentía que era el momento de darle la prueba que según le confió Rose, no alcanzó a darle, porque el chico la echó de la oficina al contarle la verdad de su abandono.



Era una lástima, pensaba Fiona, que un joven tan noble y cariñoso como lo fue en el pasado, estuviera ahora tan lleno de amargura y rencor. Sin embargo, el cambio operado desde que Grace y él estaban viviendo bajo el mismo techo era notable; había un antes, y un después. Solamente que la última etapa dependía enteramente de James. Eso lo tenía ella clarísimo, esperaba que el muchacho también. Según pudo notar esa mañana, ambos se habían convertido en algo más que dos herederos luchando por quedarse con todo. De hecho, creía que la mayor pugna era con ellos mismos.

Cuando aparcaron, James llevó en brazos a Harris. El médico le había ordenado tomarse una pastilla para relajarlo, pero al parecer el efecto en él fue más profundo, se había quedado dormido. Una vez que lo dejaron en la villa del jardín, a varios metros de la casa principal, que el padre de James había construido especialmente para el cuidador de los rosales, Fiona y el joven Stratton se adentraron en la mansión.

—James —lo llamó, cuando él pretendía alejarse por la casa.

Él se volvió con una sonrisa genuina. Una de aquellas que Fiona tanto echaba de menos en ese muchacho.

—Hay algo que quisiera conversar contigo, ahora que tengo la oportunidad.

—¿Necesitas algo para la casa, Fio?

La mujer se rió con gusto al escucharlo llamarla así. “Fio, Fio, tráeme de esas galletas y el pudín”, solía decirle cuando era un niño, y su padre lo castigaba por no haber hecho los deberes a tiempo.

—No. Es otro tema...

—Por supuesto. Vamos a la biblioteca, de todos modos necesito un trago.

Ella no dijo nada. Suponía que la discusión que tuvo con Grace, antes de que los interrumpiera, debió ser importante.

—Bien. Entonces estaré contigo en un minuto, hay algo que debo darte.

James estaba observando la colección de libros clásicos que tenía en las estanterías. Si acaso algún día llegaba a ser padre, le encantaría poder pasar horas con ellos leyendo en la biblioteca. Era un espacio acogedor en el que muchas veces había leído junto a su padre, escuchado cuentos de su abuela, y también recibido uno que otro elogio por sus logros académicos, de su madre. Aunque la única materia que destacaba eran las matemáticas.

Fiona entró en la biblioteca con un sobre bastante arrugado. Pequeño. Cabría en un bolsillo de tamaño medio.

Él la miró interrogante, y la invitó con la mano que se sentara en el butacón chippendale que había mandado su madre, uno de sus caprichos, a comprar en Inglaterra. Aquel mueble existía desde que James tenía memoria. Era una pieza extraordinaria, al igual que el asiento a juego.

—Te escucho, Fiona. ¿Qué ocurre?

—Claro —sonrió la mujer, logrando que se le arrugaran más los surcos de los labios y el contorno de los ojos—. Primero me gustaría que supieras que siempre he estado al tanto de la vida de tu abuela. Además de trabajar para ella, fuimos amigas, confidentes. Y desde que decidió salir de la casa, me encargó vigilarte. Aunque supongo que con tantas travesuras que hacías no habré cumplido mi cometido —se rió quedamente. Él simplemente la escuchaba. Se alegraba de que su abuela hubiera estado en contacto con la casa—. El día que la señora Rose fue a tu despacho —James se tensó—, también me enteré de lo que ocurrió ahí...

Él apretó la mano alrededor del vaso de coñac.

—Fui un estúpido... —comentó con tristeza—. Perdí la única oportunidad que tenía de estar con ella nuevamente —usó un tono amargo para decirlo.

Se bebió el contenido del vaso con rapidez.

—Oh, muchacho, lo sé. Ella sabía que tu corazón estaba lastimado, pero jamás se quejó. Tan solo me encargó que cuando volviera a verte —al notar la expresión intrigada de James, ella respondió a su pregunta implícita: —Sí, también sabía que volverías, y que Grace estaría en esta casa. Solamente no estaba preparada para verte tan cambiado, amargado... esa muchacha es muy buena. Tu abuela me lo decía siempre. Ya te he dicho —expresó leyéndole las preguntas que iban formándose en la mente de James, y que lo delataban por sus gestos—, que mantuvimos el contacto. Pero no podía decírtelo, hasta que no sintiera que era el momento oportuno.

—¿Por qué sería éste el momento preciso entonces? —indagó algo resentido.

—Porque he visto cómo la presencia de esa joven te ha cambiado —Fiona puso la mano sobre la de James, que estaba en el brazo de la silla gemela en la que ella se había acomodado.

—Ella...

—Déjame continuar, por favor —él asintió. No tenía nada que decir. Necesitaba escuchar—. Y también sé que cuando tu abuela se fue aquella ocasión de tu oficina, quedó un tema pendiente. Primero, me exigió decirte que no te torturaras como lo haces ahora mismo, mientras hablo contigo. Segundo, quería que supieras que te amaba mucho, y que entendía tus motivos para enfadarte, pero cuando la

comprendieras finalmente, necesitaba que soltaras la culpa, y sonrieras de nuevo, que donde fuera que ella estuviese, siempre estaría pendiente de ti.

La mano de James tembló ligeramente, y dejó el vaso en el primer lugar que encontró.

—Fiona... yo... Dios... —puso el rostro entre las manos, y se frotó la cara, intentando asimilar todo lo que ella decía. Se sentía muy culpable... su abuela... su abuela que lo conocía tan bien había ideado el modo de darle una disculpa, aún después de...

—Ella te amaba —se puso de pie colocando las manos en los fuertes hombros del joven que había sido también parte de su familia—. Y sé que se alegra de que lo sepas.

Él no dijo nada. No podía... tenía la garganta cerrada. Así que se puso de pie, se sirvió un poco más de coñac, y lo bebió de un solo trago.

La anciana suspiró, y se sentó de nuevo.

—Le pediste una prueba —expresó con cautela. No quería herir su susceptibilidad, aunque el hombre que tenía enfrente era un guerrero que no se acobardaba. A pesar de todo seguía siendo un muchacho con muchos fantasmas. Tan solo esperaba que pronto los dejara atrás.

James asintió.

—Yo... esto fue lo último que recibí de ella —le entregó el sobre—. James —él la miró—. Lo que importa es quiénes te criaron con amor.

—Fiona... ha sido muy difícil para mí... yo... no sé cómo...

La mujer ratificó su teoría. El vacío del alma no tenía precio. Pero sentía que James era diferente; no tenía el alma, ni el corazón vacíos; simplemente, necesitaba amar de verdad para curarse.

—¿Recuerdas el jardín secreto que tenían tu abuela y tú cerca de la casa de Harris? —preguntó de pronto.

James asintió. Si su abuela y ella eran confidentes, le habría hablado sin duda de aquel lugar, reflexionó mientras la observaba. Fiona se acercó y le dio un beso en la coronilla. «Como habría hecho su abuela», pensó James. Y sin decir más ella se alejó.

James se quedó sumido en sus pensamientos, sosteniendo el sobre en la mano.

Grace apenas se fijó en el rumbo que tomaba en la carretera. Ver a James en el desayuno no le sentó para nada bien. Besarlos, ni hablar. Especialmente porque se daba cuenta que, indistintamente de cuán absurdo fuera, sabía que nunca iba a dejar de quererlos. Llegaría otro. No lo dudaba. «Sí, pero jamás será él», se dijo a sí misma. Lo cual era cierto.

Además de sus dudas personales, en la empresa había un pequeño caos. Sylvia le enviaba continuos correos, y también llamaba. Al parecer un hacker burló el sistema de seguridad bloqueando aplicaciones, y aunque se contactó un experto, él les pidió paciencia.

De acuerdo a Sylvia no había daño, tan solo parecería ser un muchachito jugando a probar sus habilidades. De hecho, Grace escuchó en algún momento una situación similar en dos empresas de sus clientes. Lo único que agradecía era que el muchacho que hackeaba, no robaba información; dejaba bloqueado el sistema por dos o cinco horas.

Se adentró en el tráfico, al tiempo que comía de la funda de galletas oreo que se compró en una tienda al poner gasolina al auto. El chocolate era su mejor aliado cuando sus estados anímicos no eran precisamente los más alegres. Y necesitaba hablar con alguien. No iba a amargarse la vida, pero eso no implicaba que el corazón no pudiera estar hecho trizas.

Cuando vio la arboleda que le era tan familiar, se fijó que el BMW blanco estaba estacionado al pie de la casa. Y un pequeño escarabajo rosado junto a él. Supuso que era el de Fiorella. Se alegraba que Callum estuviera en casa, porque habitualmente iba a jugar tenis. Él siempre le brindaba un remanso de calma, salvo cuando se portaba como un idiota, como en la fiesta, por ejemplo. Su pregunta perenne era por qué no se podía enamorar de él, ni podía corresponderle. Ese día necesitaba su consuelo, más que una respuesta.

—¡Qué mujer tan hermosa! —saludó Cal, con una gran sonrisa al verla—. Ciertamente el encierro te hace bien —dijo bromeando. Ella le dio un empujón afectuoso, antes de dejarse abrazar. «Qué confortante es sentirse querida y acogida sin reproches», pensó, mientras sonreía entre la fortaleza de músculos que era Callum.

—No sabes lo feliz que estoy de verte... yo —se le quebró la voz.

Él ya sabía de qué iba su asunto, así que cerró la puerta. La abrazó llevándosela consigo hasta el sofá. Dejó que llorara todo lo que quisiera. No sabía cuánto tiempo iba a necesitar, pero si ella condujo tan solo para hablar de un problema, entonces era

importante. Habitualmente Grace recurría a él cuando el muro ya estaba caído, y no podía encontrar la respuesta.

Después de un rato, Grace hipó, hasta que sus sollozos fueron remitiendo.

—Ahora cuéntame —le dio un vaso con agua, que ella sorbió a traguitos—. ¿Qué es lo que sucede con James?

—Co... cómo sabes...

—Vamos, Gracie, no juguemos a las adivinanzas. Yo te conozco, y anoche en la reunión de Stratton me di cuenta el modo posesivo en que te observaba desde lejos. Te lo dije. El hombre parecía querer matarme con la mirada. Y cuando te toqué —se echó a reír, ufano—, Dios, diría que por los pelos la Inquisición no me llevó.

Ella hizo un mohín con la boca.

—Además... no es solo él, Grace. Tu mirada brillaba de un modo que jamás lo había visto en ti. Y ahora llegas así —le tomó las manos entre las suyas—. Fiorella está dándose un baño, así que si no quieres preocuparla, más te vale que empieces a hablar ahora.

Grace asintió.

Entonces, salvo los detalles íntimos, le dijo el modo en que James la trató, los miedos que ella sabía que existían detrás de toda esa fachada de hombre duro; su debilidad por él, y el miedo a ser abandonada. Aún podía aceptar la soledad; estar sin él. Pero pasar más tiempo a su lado complicaría la situación, y cuando dejara de verlo, sería muy duro.

Callum la escuchó pacientemente.

—¿Has intentado decirle lo que sientes?

Ella emitió una carcajada vacía.

—Después de todo lo que te he contado, me parece que es un poco disparatado ponerme en manos del verdugo para que me caiga la guadaña. ¿No?

—Yo no lo veo así. Si tanto te vulnera haber descubierto que lo quieres, díselo. ¿Qué más vas a perder, si el sentimiento sigue ahí dentro de ti? —le levantó el mentón con los dedos para que lo atendiera—. Piénsalo.

Grace se quedó en silencio un largo rato, que él aprovechó para llenarle el vaso con agua, y para él, se sirvió zumo de naranja.

—Yo... sí, lo pensaré.

—Grace tienes que ser honesta contigo misma. Está bien que reflexiones, que no te dejes abrumar por las idioteces que tiene Stratton, pero si hay algo que debes hacer para fortalecerte es luchar y enfrentar. Eres muy buena en eso cuando trabajas, pero en la parte personal eres un desastre —antes de que ella protestara agregó: —Lo digo con sinceridad, porque por eso estás aquí.

—Punto a tu favor —murmuró concediéndole la razón.

—¿Sabes si él siente algo por ti? —indagó acomodándola en su regazo como solían hacer cuando se quedaban conversando de todo y de nada. Ella era una mujer absolutamente fascinante, lástima que no pudieran ser más que amigos; y aunque ya había superado su febril enamoramiento y amor por Grace, nunca iba a dejarla sola.

—Pasión y deseo. Nada más...

—Yo creo que deberías ver más allá de lo que crees evidente, Grace.

—¿Crees que siente algo por mí, similar a la palabra amor? —preguntó con sarcasmo, riéndose.

—Lo que yo creo al respecto no importa. Tienes que actuar para obtener resultados. Si esperas a que la vida te de todas las respuestas, al final tendrás demasiadas preguntas y ninguna certeza propia. Lo que llegarán serán aquellas respuestas que llegaron a oídos tuyos de otros, pero jamás tuviste la convicción de darlas por válidas tú misma. ¿Me explico?

Ella sonrió. Callum el filosófico. Tan común en él.

—Te explicas perfectamente... me siento más tranquila ahora. Gracias, Cal. ¿Te he dicho que te quiero?

Él rió con ganas.

—Creo que entre sollozo y sollozo, me has dicho inclusive que soy irresistiblemente guapo.

Ella lo acompañó en la risa, y se sintió más aliviada.

—Cal, me tengo que ir. Gracias, gracias, gracias.

—Estamos para eso. ¿No?

—Si...

—Bien, espero la invitación al matrimonio. Seguro que Fiorella quiere ser dama de honor —le hizo un guiño.

—No creo que... oh Cal eres imposible —le dio un abrazo cuando se dio cuenta que le estaba tomando el pelo. Él continuó riéndose hasta que la vio alejarse en el automóvil.

El único lugar que James no había visitado era el jardín oculto en el que su abuela y él solían pasar dos horas al día, o los fines de semana cuando sus padres estaban de viaje. La puerta de metal negra aún se abría con el mecanismo de siempre. Suponía que Harris había cuidado de él excelentemente. Las rosas rojas, amarillas, híbridas de azul, blancas y rosadas, adornaban el contorno del espacio. Y el pequeño estanque estaba lleno de pequeñas aves que se posaban a beber sobre la pileta central. Las figuras representaban la imagen de un niño, sirviéndole agua a un perro.

El sobre que llevaba le quemaba el bolsillo. Se fijó que el banco donde solía sentarse a escuchar a su abuela hablar de aventuras de piratas, y cuentos medievales, estaba en el mismo lugar. Le sorprendía que Harris no lo hubiese quitado. Lucía bastante viejo, pero limpio. Seguramente el jardinero también tenía su vena emotiva con respecto a su abuela. Lo trató siempre como si fueran un integrante más de los Stratton.

Se sentó y dejó que el trino de unos pájaros que pasaban lo distrajeran. Le dio varias vueltas al sobre desgastado. Abrió la envoltura con delicadeza, porque seguramente lo que había dentro no tenía la misma firmeza que si fuese un papel nuevo.

En la inscripción de nacimiento estaba su nombre, James Edward Stratton. El año de su adopción. Tragó en seco. El nombre de sus padres biológicos. No había más...

«Mañana cumpliré 31 años», pensó. Treinta y un años sin saber nada de su familia biológica de parte de padre, ni de parte de madre. De pronto el asiento le resultó demasiado incómodo. Se puso de pie, y avanzó hasta el asiento de piedra solitario que tenía el techado azul. A veces cuando su abuela no estaba, él iba a esconderse en ese lugar; si llovía aquel espacio lo resguardaba. ¿Qué hacer? ¿Buscar las tumbas? ¿Conseguir un investigador privado y saber quiénes habían sido sus padres? Las ideas y las interrogantes le daban vuelta la cabeza, como un carrusel. No estaba seguro si encontrar respuestas a su pasado era lo que buscaba o necesitaba.

Grace volvió a la casa. Todo estaba muy silencioso. Respiró profundamente. Durante el trayecto a casa había pensado seriamente en las palabras de Cal. Quizá decirle lo que pensaba a James, pero... ¿y si la rechazaba? Ella no podría vivir con eso, lo de la noche anterior había sido más que suficiente. No fue una ofensa cualquiera. La virginidad no era un premio, sino un privilegio que una mujer otorgaba a un hombre de ser el primero en entrar al templo más sagrado: su cuerpo. James menospreció esa elección especial que ella hizo; porque lo eligió a él, cuando hubo otros que intentaron lo mismo.

—¡Grace! —salió Landy por la puerta del Salón Inglés con una bandeja vacía.

—Hola, Landy. Ya me preguntaba si todos me habrían abandonado —sonrió a la rubia platinada, que parecía apenas un poco más joven que Fiona.

—Claro que no, simplemente fui a dejar un poco de agua y café al salón.

Ella sintió curiosidad.

—¿Tenemos visitas? —preguntó.

—Sí, el señor James, me dijo que íbamos a tener visita. Por cierto —le hizo una seña para que se acercara. Grace obedeció—, mañana es el cumpleaños del joven —murmuro bajito como si alguien más pudiese escucharlos.

—¿Ah sí?

—No sé si acaso le guste celebrarse, pero tengo entendido que sí, porque en todas esas revistas salía siempre en algún lugar del mundo distinto, y con una mujer distinta —empezó a reírse, pero se detuvo abruptamente cuando vio la cara desapasionada de Grace— Opss... como que eso no tiene relevancia. Ejem —fingió toser para disimular la vergüenza, no quería que la muchacha pensara que ella cotilla. Es que le gustaba informarse era todo—. Bueno, me voy a la cocina. ¿Quiere un poco de pudín de chocolate con almendras? ¡Es mi especialidad! —propuso alegre.

Si ella continuaba comiendo así, terminaría rodando. ¿Y cuándo era que Landy no tenía una especialidad?, se dijo Grace. La cocinera era una persona generosa.

—Estaría perfecto —expresó sin pensarlo mucho. No quería herir los sentimientos de la mujer. Estar cocinando para dos personas mayores, que seguramente se cuidaban la salud mucho más que ella, debería ser una frustración para una pastelera consumada como, pensaba Grace.

Landy se puso contenta y fue a meterse con sus juguetes favoritos: los trastes.



El abogado Morris llegó a tiempo a la mansión. Exactamente a las cinco de la tarde como el señor Stratton lo había citado. No era impuntual, menos con clientes tan exigentes como la familia que visitaba en ese instante. El pudín que de entrada le dio el ama de llaves era el mejor que había probado en mucho tiempo. La verdad que él tenía una casa hermosa, no se quejaba, sin embargo, sí se percató de que la mansión de su antigua clienta, Rose Hogan, era un verdadero tesoro. Ese salón destilaba calidez, elegancia y una mezcla extraña de historia. Como buen coleccionista de antigüedades que era, se fijó que por la estancia estaban dispersos cuadros, adornos y muebles exquisitos épocas similares, pero de diferentes países. «Curioso, pero interesante».

—Morris —saludó, James, entrando con su porte elegante.

Se estrecharon las manos.

El abogado abrió su costoso maletín, y sacó unos papeles. El bolígrafo.

—Señor Stratton. Tengo entendido que hay un asunto que deseaba tratar conmigo. ¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó cuando James lo invitó a tomar asiento.

—La señorita Hastings y yo hemos decidido casarnos.

Morris se quedó con la esferográfica en el aire.

—¿Desea acogerse a esa cláusula? —indagó curioso. «Esta juventud tan alocada», pensó. Él iba más por la línea conservadora, es decir, aquella no impuesta por una voluntad ajena a la propia. En todo caso, qué más le daba, él era un abogado que cumplía su trabajo; no le pagaban para opinar.

—No precisamente como si deseara o no, pero la señorita Hastings considera que es una medida que nos alejará de la casa para poder hacer nuestras vidas normalmente.

El hombre, tan elegante como un abogado de éxito podría ser, le sonrió. Fue un gesto que trataba de comunicarle que algo no iba bien con esa decisión.

—¿Dónde está la señorita? —preguntó.

James llamó a Fiona para pedirle que buscara a Grace.

En un principio había querido charlar a solas con el abogado, pero si tenía que disculparse con ella, no iría con buen pie si hacía algo a escondidas. Ya de secretos había suficiente en su vida. La furia o el resentimiento hacia su pasado, y su familia, se había ido por completo. Quizá tenía mucho que ver con la calma que tenía ese jardín, casi creyó que su abuela estuvo ahí con él. Ahora no se sentía solo, pero le faltaba un complemento importante. Algo se le escapaba de la ecuación.

Decidió que si Grace quería casarse, qué más le daba. La dejaría ir. No podía hacer infeliz a esa muchacha. Ser huérfano era lo suficientemente duro, como para que él intentara desgraciarle la vida con su amargura y su recién descubierta búsqueda de algo más que un puñado de dinero para salvar su empresa.

—Hola —saludó Grace desde la puerta. James disimuló el pálpito que le dio el corazón al verla. Era tan solo una reacción de sus descubrimientos recientes, se dijo.

—Hola, Grace. Cité al abogado hoy. Aunque es domingo, no se negó a atendernos. Por favor —indicó con la mano al sillón negro junto al suyo—, ponte cómoda.

—Señorita Hastings.

—Abogado —saludó extendiéndole la mano.

—Grace, le dije a Jason que teníamos en mente casarnos. Y él ha querido corroborarlo contigo —comentó James, ante el asentimiento de cabeza del profesional.

Ella lo miró como si le hubieran crecido dos cabezas. «¿A este qué bicho le picó en mi ausencia?». La llamaba para la reunión, cuando en otro contexto él mismo habría orquestado una triquiñuela sin considerarla. Se guardó las conjeturas, porque también tenía algo que decir. Una decisión que había meditado durante el camino de regreso.

—No estoy interesada en la herencia, y deseo que James se quede absolutamente con todo. Cederé cualquier derecho que tenga sobre la corporación de Rose. No deseo nada que provenga del apellido Stratton —luego se fijó sin mayor interés en la mirada atónita de James, tanto como del abogado.

—¿Está usted segura... ? —preguntó Jason Morris—. Le recuerdo que para que eso suceda debe estar cuarenta y ocho horas fuera de la casa.

—Soy consciente de ello. No se preocupe. Entiendo que el testamento es irrenunciable. Así que he decidido irme. Esta noche —explicó cruzando las piernas elegantemente.

—Señorita Hastings, puesto que está usted frente a un abogado, necesito que haga una declaración firmada y...

—Y nada, Jason —habló James sin poder contenerse. No iba a permitir que se fuera sin hablar sobre la noche anterior. Claro que iban a hacerlo. Tenía tantas cosas ahora rondándole en la cabeza, y estaba cansado de enfrentarse a sí mismo, que necesitaba un poco de descanso. Pero ella iba a escucharlo—. Al parecer a la señorita se le han confundido los cables —ella lo miró furiosa, pero James no se inmutó—. Anoche tuvimos una reunión en casa, y al parecer no pudo descansar. El matrimonio sigue en pie —afirmó.

—Yo puedo tomar la decisión por mí misma, no voy a casarme contigo —declaró Grace. «Adiós intento de mantener la calma».

—Antes, tú y yo, vamos a hablar —anunció recorriéndole el rostro con la mirada. Luego se dirigió al abogado: —¿Morris, lo acompaño a la puerta?

Al ver la tensión en el ambiente, para variar entre esos dos, Morris recogió sus documentos, y le dijo que no era necesario, que él conocía perfectamente la salida.

## Capítulo 10

—¡Aguarde! —exclamó de pronto, Grace, deteniendo al abogado.

—¿Si?

—Jason, si yo... —James la observaba interrogante. Ella se aclaró la garganta—. Si él y yo nos casamos, implicaría que yo bien podría irme de la casa y él también. ¿Cierto?

El abogado esbozó una sonrisa, que James encontró sospechosamente divertida.

—No, en absoluto. A pesar de que la cláusula estipula que puede usted casarse con la repartición de bienes tal y como les leí hace varios días en mi despacho, en ninguna parte consta que podrá alejarse el uno del otro. Es decir, que casados o no casados, deben permanecer en casa los treinta días completos.

—Gracias, yo... solo quería saber —replicó derrotada. «No hay salida».

James permanecía en absoluto silencio. Un silencio impregnado de alivio.

—Si hay algo más que pueda hacer por ustedes... —Morris dejó la interrogante al aire.

—Para nada, gracias Jason —despidió James, y se escuchó el click de la puerta segundos después.

Se quedaron en silencio conscientes el uno del otro.

James se acercó a la silla en donde ella estaba sentada. Los pasos del calzado italiano masculino se amortiguaron por la alfombra aubusson que cubría la estancia. Grace miraba a ningún punto en particular sobre la chimenea, en donde había fotografías en blanco y negro, un exquisito tramado de mármol, y un jarrón precioso con flores frescas. Pero no estaba observando nada de eso.

—Grace —pronunció despacio. La cadencia de su voz le causó escalofríos—. Mírame —pidió rozando su barbilla para girarla y elevarla hacia él.

Los ojos verdes lucían preocupados y tristes, a pesar de que ella se había esmerado en ocultar cualquier emoción. Sin pedírselo, la levantó de la silla, dejándola de pie cerca de él. Le hubiera encantado besarla y quitar esas sombras de su rostro. No podía hacerlo todavía.

—Quisiera que me acompañes a un lugar que deseo mostrarte —le pidió con aquella sonrisa capaz de desarmarla.

—James, no quiero discutir contigo. De verdad. ¿Por qué no dejamos esto así? Yo me iré a mi recámara a descansar, tú harás tus cosas del domingo. Ve a buscar a tus amigos. Estoy cansada de toda esta tensión —explicó lo que sentía. Tenerlo así de cerca no era fácil.

Él le extendió la mano, y ella nunca lo vio más atractivo. Su mirada no estaba atormentada, no tenía sombras, y su sonrisa parecía... sincera. Algo dentro suyo le decía que aceptara, pero otra parte que tuviese cuidado. Lentamente posó la mano sobre la palma de James. El contraste de su mano pequeña, con las de él le produjo un cosquilleo en el estómago, porque recordó de pronto cómo su cálido interior lo había acogido la noche anterior; como si sus cuerpos hubieran sido diseñados para encajar perfectamente.

Se ruborizó. Y él sonrió aún más, porque supo el origen de su rubor, pero no dijo nada.

—¿Vamos? —preguntó a cambio con dulzura.

Ella asintió.

James la guió por el jardín. Mantuvieron silencio. Ella no habría podido hablar ni aunque quisiera. El cielo tenía destellos naranjas y amarillos en diferentes tonalidades, y la brisa fresca alborotaba el cabello de ambos con delicadeza. Quizá se habrían alejado unos diez metros de la casa, cuando llegaron a una gran pared recubierta de verdes hojas. Una puerta negra discretamente ubicada en una esquina, le llamó la atención a Grace. Él continuó caminando, hasta que llegaron a la maciza puerta de hierro.

—Este lugar es importante para mí —le soltó la mano, y posó ambas palmas contra la puerta empujándola—. Mi abuela y yo solíamos quedarnos horas conversando, o a veces me leía un cuento, tantas cosas... —comentó.

La puerta cedió.

Cuando Grace observó desde la entrada la alfombra verde de césped, las rosas multicolores alrededor, la pileta sobre el pequeño estanque, empezó a caminar por inercia atraída por la calidez y belleza del lugar. Era hermoso y le brindaba sosiego.

Casi parecía estar lejos de todo el mundo.

James cerró la puerta de ellos, y la contempló en silencio. La observó caminar con curiosidad, acercándose a cada flor, tocándolas con delicadeza, y con una sonrisa genuina. Eso desbarató todas sus defensas. Ese era *su* espacio personal, pero no sentía en absoluto que estuviera siendo invadido por ella. Al contrario, todo parecía encajar perfectamente, como si Grace perteneciera a ese lugar, tanto como él. Ella era la pieza que faltaba para que aquel jardín fuera perfecto, pensó al asimilar la revelación personal.

—¿Te gusta? —preguntó quedándose cerca de Grace.

—¡Es hermoso, me encanta! —replicó con sinceridad, girándose hacia él.

—Sí, muy hermoso —expresó con una cadencia grave en su voz, pero no estaba mirando alrededor. La miraba a ella. Grace lo notó, y la sonrisa se le esfumó.

—James yo...

—Shhh —se inclinó hacia ella, despacio, sin perder el contacto visual, hasta que sus labios se encontraron y sus ojos se fundieron en la oscuridad deliciosa. Solo sintieron el roce cálido y húmedo de sus bocas. El beso fue suave, pero se acabó demasiado rápido—. No vine aquí para seducirte, aunque Dios sabe que muero por hacer el amor contigo otra vez. Me gustaría aclarar un par de cosas contigo —confesó, ante la mirada atónita de ella.

«Había dicho hacer el amor... ¿Significaba eso que... ? No. No. Imaginaciones tuyas, Grace, tonta Grace», se dijo. Antes de que ella continuara, él deslizó su mano hasta la de ella, para entrelazar los dedos con los suyos.

—Hay algo que debo contarte, ven —la llevó hasta el asiento donde solía sentarse con su abuela. En lugar de ocupar el espacio de madera, se sentaron sobre el césped, utilizando el filo del asiento como respaldo.

Grace admiraba el modo en que James lucía. Siempre atractivo, sin importar qué ropa utilizara. Y sin ropa... aún más, pensó ella, sin poder evitarlo.

—¿Cómoda? —preguntó él de pronto. Tenía la pierna estirada, y la otra recogida, mientras apoyaba el brazo sobre el asiento. Ella en cambio, se había colocado en flor de loto.

—Sí, gracias.

—Grace —tomó aliento—. Para mí no es fácil lo que voy a decirte, pero al igual que tú estoy cansado de enfrentarnos.

—No se me cruzaron los cables. Quiero aclararte. No me gustó el comentario —precisó, fijándose en sus rasgos elegantes y atractivos—. James, no me voy a casar contigo. Ya no tienes ninguna obligación, y no me interesa la herencia de tu abuela. No la necesito. Esa es la verdad. Todo es tuyo —declaró.

Se pasó una mano por el cabello, tratando de contener las ganas de rebatirla.

—De acuerdo, Grace, vamos a dejar ese tema. Por ahora, solo deseo que me escuches. ¿Está bien por ti?

—Sí... —replicó sorprendida por su renuencia a discutirle el tema, pero aliviada al mismo tiempo. Lo escucharía.

—Bien —le acomodó un mechón caoba que se le había escapado hacia el rostro de labios sensuales—. Sobre anoche —la sintió tensarse, pero continuó—, quiero que sepas que lamento mucho haberte tomado de esa manera; no quise hacerte daño. Yo tan solo pensé que quizá hacía mucho tiempo no estabas con nadie, hasta que vi la prueba de tu inocencia en las sábanas —dijo con arrepentimiento.

Ella se sintió triste al recordar las palabras que le dijo al final, y cómo la había abandonado. Pero le dijo que escucharía, y ella también cumplía su palabra.

James continuó.

—He estado acostumbrado a que las mujeres siempre vayan detrás de mi dinero... no tenía por qué tratarte de ese modo. Debí quedarme contigo y hacer que tu primera vez fuera memorable. Lo arruiné, y te lastimé. Lo siento, Grace —ella lo observaba sobrecogida. Lo último que se esperaba era una disculpa... tan sincera—. No tengo una vena cruel en mí, pero cuando mencionaste el testamento, el recuerdo de que cada vez que estaba con alguien tuviera luego que obsequiarle algo, o abrirle una puerta a lujos y privilegios, como si yo fuera tan solo un semental elegante con dinero y ellas unos adornos desechables, afloró y... —Grace lo escuchaba conmovida. Cuánto dolor albergaba dentro de esa coraza de prepotencia y autosuficiencia, pensó—. Siento haberme comportado como un imbécil anoche. Era lo que necesitaba decirte.

Un suave viento movía las flores y agitaba sus cabellos.

—James... yo...

Las palabras no alcanzaban a expresar lo que sentía Grace en ese instante. Así que tomó la situación en sus manos. «No vine aquí para seducirte», le había dicho él. En ese instante, después de sentirlo cerca, añorando que la tocara, y la acariciara, la llevó a pensar de otro modo. Si él no quería seducirla, ella lo seduciría a él.

Se acercó a él. Colocándose de rodillas, y asentándose en sus talones. Se inclinó y

le acunó el rostro entre sus manos. El mensaje de la mirada de James decía mucho. Arrepentimiento y sinceridad. Nada más y nada menos. Ella no iba a buscar otras respuestas o matices. El corazón le latía con el mismo ímpetu que una máquina a vapor. Su estilo no era tomar la iniciativa con los hombres. Pero este en particular no era cualquiera. James era el hombre que ella amaba, y por algún motivo sentía la necesidad de demostrárselo.

Le dio un beso en la mejilla, recorrió con sus labios los párpados, las cejas pobladas y masculinas, el mentón firme, el puente de la nariz, la frente. Luego enterró los dedos entre los cabellos cortos, y aspiró su aroma, llenándose de él. James gimió dejándose envolver por la ternura que esa mujer le prodigaba. La observaba embrujado, mientras el sol del ocaso iluminaba el cabello de Grace como si fuera un fuego ardiente, al mismo tiempo salvaje, al mismo tiempo domado. Eran esos opuestos en ella los que enloquecían su mente. Sin poder contenerse, la acercó a él, logrando que Grace perdiera el equilibrio. Juntos cayeron sobre el césped con una sonrisa en los labios.

—¿Significan esos besos que me has disculpado? —le preguntó sonriente.

James sentía un gran alivio, al haberse sincerado con Grace. Ella era una mujer tan generosa, y él se había comportado de un modo egoísta. Acostados de lado, tal como habían caído, ella posó su mano en la mejilla de James, y asintió. Él elevó la cabeza, y girándole la muñeca, depositó un beso fugaz en ella.

—Provocas algo extraño en mí, Grace... a veces siento que contigo las barreras que he erigido tan firmemente durante mi vida, se vienen abajo. No merezco tu disculpa, y me siento honrado de que hayas decidido dármele. Grace yo...

Ella se apresuró a la cubrirle la boca con la mano.

—James... —se colocó encima de él, y luego reemplazó su mano por sus labios.

Cubrió la boca de James de promesas. Llenó sus labios con palabras que no había dicho y le aterraba decir. Le demostró pasión infinita, y una aceptación total. Lo aceptaba a él, y sus disculpas. La sinceridad de él había llegado a su corazón. Lo besó con alegría y ternura. Él respondía y tomaba más, y ella devolvía con igual entusiasmo.

James bajó las manos por su cuerpo, acariciándola, adorando la suavidad de su piel, y agradeció al que inventó los vestidos cortos, porque recostada sobre él como se encontraba, el vestido de otoño se había elevado más arriba de sus muslos. En la intimidad del jardín, podía acariciarla sin que nadie los interrumpiera. Le acarició cada recodo de piel que estuvo al alcance de sus manos. Recorrió sus costados, apresando sus curvas, mientras ella se movía sinuosa y sutil sobre su pelvis. La besó con voracidad, y disfrutó de la pasión descarnada que ella le brindaba.



Jadeante, la alejó de sus labios, para mirarla. Tenía los ojos velados de deseo, la respiración agitada y la boca inflamada de sus besos.

—Grace... sé que te dije que no pensaba seducirte... —acarició la espalda delicada, con sus manos al hablarle—. Pero si seguimos besándonos así yo no voy a poder cumplir mi palabra...

Ella se rió con alegría.

—No te he pedido que la cumplieras —replicó con picardía con un movimiento sensual sobre las caderas de James, que gruñó ante el contacto. Ella sentía la fricción de la erección masculina contra su ropa interior. Al moverse sobre él, se humedecía a sí misma; era una cadencia que le resultaba por demás erótica. Se sentía libre.

Él la detuvo colocando una mano sobre su cintura, pero sin dejar de mirarla.

—Déjame entonces compensar el daño que te hice —le acarició con los pulgares las cejas delineadas perfectamente—. Déjame hacerte el amor... déjame... —le pidió, al tiempo que ella se inclinaba hacia él.

—Sí, sí...

James bebió de los labios dulces, los saboreó como solo se hace con el más exquisito de los manjares. Al tiempo que la acariciaba sensualmente iba quitándole poco a poco el vestido. A la luz del ocaso, los destellos del sol le otorgaban un aura casi mística al cuerpo de Grace. Él se apresuró a quitarle lo que restaba de ropa. Necesitaba verla, sentirla, tocarla y acariciarla desnuda a la luz del fin del día.

Ella no se había movido de encima suyo, por ello le resultó más fácil mimarla toda con las manos. La recorrió. Bajó por su cuerpo, deteniéndose a ambos lados de sus senos, antes de continuar hacia la cintura y las caderas. Con una fuerza delicada, ejerció en su espalda presión para que sus pechos quedaran cerca de su boca. Se moría por probarlos de nuevo, y paladear el sabor a mujer y la textura de esos exquisitos botones.

—¿Te he dicho que tengo una cierta debilidad por tus senos? —preguntó, mientras lamía uno de sus pezones enhiestos, haciéndola gemir—. ¿O quizá, que esta areola rosada... —pasó la lengua con deliberada lentitud arrancándole un jadeo entrecortado, y luego hizo un ligero soplo de aire que a ella le erizó la piel—, es enloquecedoramente tentadora? —comentó, repitiendo la misma caricia en el otro pecho.

—Oh Dios... James, creo que...

No pudo continuar hablando, porque James empezó a succionar un pezón, y con

la mano libre amasaba el otro, enviándole a Grace un calor líquido a su centro. Ella se dejó hacer. Se sentía embriagada de placer, y cada succión, caricia, y ligeros mordiscos sobre sus pechos era una lenta agonía de pasión.

—... creo que llevas demasiada ropa —le dijo completando la frase anterior. James sonreía chupando los contornos de sus senos, sin dejar de mirarla. Le encantaba tenerla así, libre, vulnerable a su toque y entregada a las sensaciones—. Y yo estoy completamente desnuda.

—Gloriosamente desnuda, para ser exactos —murmuró, deslizando una mano hacia el sexo de Grace, y comprobaba su humedad con el dedo—. ¡Estás tan húmeda! Eres mi perdición definitivamente...

Ella se inclinó hacia el dedo que la había probado, para ser recompensada con un toque más profundo entre sus delicados pliegues. James introdujo el dedo finalmente en su interior. Le fue imposible reprimir un gemido de placer al comprobar que, a medida que la tocaba más, el cuerpo de Grace se volvía más resbaladizo, y rendido a tu tacto.

—Tienes razón, vamos a corregir eso ahora mismo —sin pensárselo más, la levantó. Sin dejar de besarla, se despojó de su ropa. Grace lo observaba boquiabierta. Una cosa era sentir sus músculos y atisbarlos con la luz de la luna filtrándose en la habitación, pero verlo a la luz del día, la dejaba sin aliento. Era un dios pagano bajado a la Tierra.

—Eres hermoso... —no pudo evitar decirlo, y cuando reparó en el erecto músculo acerado, se pasó inconscientemente la lengua por los labios.

—No hagas eso, si no quieres que acabemos ahora mismo —gruñó él, al seguir el curso de su mirada—. Y lo único hermoso y puro eres tú, pequeña —murmuró contemplando el curvilíneo cuerpo de la mujer que había logrado hacer que su corazón latiera y se agitara con solo verla.

—Estoy disfrutando de ti —dijo ella acercándose con una sonrisa coqueta. Lo besó, y deslizó atrevidamente la mano sobre su miembro. Lo sopesó, y acarició desde la base, hasta el glande—. Es muy grande —susurró, y lo escuchó reír con la voz ronca. James atrapó su mano para que dejara de tocarlo de ese modo, sino, acabaría como un adolescente al estar con su primera mujer.

—Bruja traviesa —susurró deslizando sus manos sobre el par de deliciosas nalgas firmes y perfectamente curvadas.

La ropa de James sirvió de manta, para proteger el cuerpo de Grace del césped, cuando ambos yacieron en el suelo. Se inclinó y empezó a besarla lentamente, mientras ella se contorsionaba con cada roce de la lengua, los labios, o los mordiscos

suaves que él iba dejando, desde su rostro hasta sus muslos. La tocaba toda, la acariciaba, y ella le devolvía los mimos.

Grace estaba fascinada con el cuerpo de James. Era todo compacto, ni un gramo de grasa, lo notaba con cada fricción de sus dedos en los hombros fuertes, los brazos trabajados por el ejercicio, su torso enérgico, su sólido trasero. Mientras lo tocaba, rozaba a propósito el sexo erguido y potente.

—Mmm —murmuró él, cuando su cabeza quedó a la altura de la intersección de los muslos femeninos. Grace se incorporó levemente para ahogar un gemido de sorpresa, cuando sintió que empezaba a besarla muy cerca de su centro—. Eres maravillosa...

—James... ¿Qué haces... ? No... —él la miró a los ojos.

Ambos tenían la respiración entrecortada, jadeaban, y prolongaban cada caricia con una letanía tentadora.

—Quiero probarte —afirmó, separándole las piernas con delicadeza, pero firme, con las sus manos—. Muero por probarte así de nuevo...

—Yo...

—Lo sé, preciosa, déjame hacer a mí —entonces, sin darle tiempo a más, introdujo su lengua en sus húmedos pliegues para probarla.

Nunca pensó que pudiera morir de placer, pensó Grace. Él recorría su feminidad con destreza, introducía su lengua, la probaba, mordisqueaba, y enviaba ligeros soplos de aire alrededor de sus pliegues. Ella elevaba las caderas. La sensación era exquisita, delirante y arrebatadora.

—Oh, James... tócame más... —él continuó la tortura con su boca y su lengua, y se elevó un poco para alcanzar con las manos sus pezones; estrujó las puntas erectas con los dedos—. Ah... así, oh... ¡James! —gritó en una satisfactoria agonía, cuando él la llevó al orgasmo.

Al escuchar cómo ella pronunciaba su nombre como un mantra antes de explotar, no esperó más, y la cubrió con su cuerpo. Se introdujo enérgicamente en su interior. Penetraba en ella y salía por el resbaladizo canal, mientras los espasmos de Grace apretaban, y aflojaban su miembro henchido cuan largo era, con una portentosa cadencia rítmica.

James era consciente del firme, pero suave golpeteo de sus cuerpos al fundirse el uno en el otro, así como del carnal y afrodisíaco sonido que producía la humedad. Él embistió varias veces, cada vez más profundo, haciéndola alcanzar la cima del placer

nuevamente con una última y firme penetración, y luego la siguió en el clímax. A regañadientes, antes de poder derramarse dentro de Grace, salió de los cálidos pliegues que lo habían acogido.

No quería dejarla embarazada. Era un riesgo que no podía correr. Si ella había declarado que no estaba interesada en la fortuna, ni en casarse, entonces al término de los días que faltaban para cumplir el mes, ella se iría. «Además, Grace no lo amaba. ¿Y él...?», dejó la respuesta flotando, porque sabía que algo dentro suyo había sido removido. Algo era distinto en su interior. Aunque la única certeza que tenía por ahora era que le gustaba estar con ella, y no la quería lejos de su lado.

Desechando las reflexiones, se inclinó para besarla delicadamente. Después la estrechó con fuerza entre sus brazos, consciente del deseo satisfecho entre ambos. La arrastró consigo para tenerla junto a él. Le gustaba sentir su aroma, su calidez y cercanía.

—Grace... —murmuró depositando un beso sobre su sien.

Ella lo miró con ojos sonrientes y diáfanos. El orgasmo había sido sobrecogedor. Aunque la idea de tenerlo entre sus muslos besándola con su boca, la hizo sentir muy expuesta, James consiguió con sus mimos que estuviera cómoda.

Cuando la penetró, se sintió tan colmada y tan plena, que estuvo a punto de confesarle que lo amaba. Pero si lo hacía corría el riesgo de que no le correspondiera, y eso iba a destrozarla. Prefería compartir un momento hermoso con James. Ahora que él sabía que no iba tras su fortuna, ni que lo comprometería para casarse con él, era libre de irse de su vida al término de los días que restaban para estar juntos. Y ella... «Mejor no pienses ahora en eso Grace».

—¿Si? —enroscó una pierna sobre la de James. Era agradable sentir el contraste de los músculos y vellos de la piel masculina, contra su piel suave y tersa.

—Yo... —se aclaró la garganta—. Ha sido impresionante, tesoro —la besó dulcemente durante un largo instante.

Si ella se sintió decepcionada al no escuchar las palabras que esperaba, no dijo nada. No pretendía forzar la situación, porque estaba consciente de que él ya había hecho una confesión de disculpa, que otro hombre en su lugar, tan orgulloso y altivo como lo era James, jamás habría hecho.

Él la tenía aferrada de la cintura con un brazo, y con la mano libre acariciaba la piel del costado de Grace. «Ella es tan suave», pensaba al acariciarla.

—Grace, ¿por qué esperaste tanto tiempo? —indagó de pronto al sentirla silenciosa, pero relajada a su lado.

—¿Para tener sexo... ? —respondió mordiéndose el labio.

—Hum —le pasó el dedo por el labio inferior—. No te muerdas, déjame a mí —la besó de nuevo, y ella devolvió el beso con frenesí. Luego, lentamente detuvo el beso, e hizo que lo mirara—. Grace, me siento honrado de haber sido el primero —ella se sonrojó, y él sonrió a cambio—. Y mi pregunta tan solo es curiosidad, porque eres una mujer hermosa, y tu cuerpo es un pecado ambulante —Grace se rió ante el comentario. Ella no se sentía de ese modo, al menos no cuando siempre la criticaban sus amigas del orfanato por decirle que tenía demasiado de todo. Con James se sentía perfecta y aceptada. Eso era hermoso—. Me alegro de que ningún otro te haya tocado así antes que yo.

«Ni lo harán», pensó James de un modo posesivo.

—No creo que sea un pecado, pero si lo consideras así, no voy a reprochartelo —él acarició su rostro lozano, con una carcajada. Grace fue consciente de la desnudez tan cómoda de ambos cobijada bajo el cielo claroscuro y el cálido ambiente. No tenían frío, porque sus cuerpos estaban tibios el uno junto al otro—. James, yo estaba ocupada con mi vida. Quizá hubo un par de besos con alguien, pero en realidad no tenía tiempo. Vivir sola y pagarse un préstamo universitario trabajando de mesera, no es nada fácil, menos aún si trabajas para un restaurante tan importante como DaMarco.

Él recordó el modo en que la habían despedido por su culpa.

—Nunca debí hacerle caso a Georgette, pero su padre, Nicholas Spalden, tenía un negocio conmigo y era importante. Si esa muchacha abría la boca, lo mandaba al caño. No es una justificación, porque no la tuvo mi proceder, solo quería que supieras cuál era el antecedente —replicó—. Lo siento, Grace. Supongo que la pasaste muy mal —la miró arrepentido. Y ella besó su nariz con ternura.

—Sí, pero tuve un ángel de la guarda... tu abuela.

—Mi abuela... —susurró, pensando en el espacio que los rodeaba, y se tensó un poco. Ella lo percibió.

—No fue mi intención tocar temas delicados.

—Ya no lo es... la he perdonado, y me he perdonado a mí mismo. Creo que puedo vivir con ello. O al menos lo intentaré —expresó sinceramente.

De algún modo James sentía la presencia de su abuela en el crepúsculo que los envolvía. Como si fuera verdad aquella reflexión suya, un ligero viento agitó las flores, y desapareció tan suave como llegó. Aquella parte de su pasado había sido superada, se dijo James. Sin embargo, aún había varios cabos sueltos que tenía por

delante. Pero no tenía ganas de hablar más, quería probar a Grace de nuevo, perderse en sus detalles, beberse su sabor, aspirar el perfume de su miel, y su piel.

—Me alegra mucho escuchártelo —posó una mano sobre la mejilla masculina—. James... —miró el cielo—, está oscureciendo.

—No, preciosa, aún no —se inclinó sobre ella, con una sonrisa pícaro—. Es tan solo el ocaso.

—Mejor volvemos a la mansión... —él acarició la curvatura de sus caderas redondeadas.

—Me parece que ahora mismo haremos el amor más allá del ocaso.

El firmamento lucía los últimos vestigios blancos, con rayas celestes, ondas rojizas y naranjas, tiñéndolo como el famoso cuadro de Monet, *Una puesta de sol en Venecia*.

—¿Sabes? —colocó las manos sobre el poderoso pecho masculino, cuando James estuvo sobre ella—. Creo que te disculpé muy pronto, después de todas esas cosas feas que me has dicho desde que nos conocimos —con los rostros muy cerca, ella usó las uñas para recorrer la recia pierna de James—. Mmm... sí, estoy segura que fue muy pronto. De hecho, creo que deberías reivindicarte —ronroneó con la mano muy cerca de su ingle. La vara de cálido terciopelo empezó a erguirse nuevamente. «Esa mujer iba a ser su perdición», pensó él devolviéndole el gesto, al rozar con el dorso de la mano el pezón que estaba a alcance.

—¿Estás coqueteando conmigo? —le preguntó riéndose, y contoneándose haciendo que su miembro rozara la tersa hendidura femenina.

Él estaba fascinado con el hecho de que pudiera excitarlo tan rápidamente, y que el cuerpo de Grace reaccionara a su toque del mismo modo en una perfecta sincronía física.

—Nunca se me pasaría por la cabeza —bromeó, mordiéndole suavemente el mentón.

Y así, ambos volvieron a perderse nuevamente en los brazos del otro.

## Capítulo 11

La noche anterior habían regresado a la mansión bastante tarde del jardín. Lo hicieron sigilosamente para no despertar a Fiona o Landy. Ella pensaba dormir en su propia habitación, y él aceptó a regañadientes, pero antes de irse a la cama, la tomó entre sus brazos y la besó a conciencia. Grace durmió con una sensación de alegría y pertenencia como nunca antes. Se sintió flotar como una adolescente enamoradiza.

James despertó al amanecer con una sonrisa. Al parecer las piezas empezaban a encajar bastante bien en su vida. Y curiosamente la idea de abrir sus sentimientos a Grace le parecía cada vez más tentadora. Tan solo le faltaba definir qué era exactamente lo que sentía por ella. Su forma tan libre de pedirle lo que deseaba era algo novedoso para él, pues lo hacía tan sinceramente que lo desarmaba. La lengua viperina fue reemplazada por un tono gentil, pero no por eso dejaba de exponerle claramente lo que pensaba, eso le encantaba. Grace para nada encajaba en los moldes de mujeres a los que estaba habituado.

Ese día cumplía años. Treinta y uno.

Se dirigió a su escritorio y contempló su partida de nacimiento, antes de que fuera adoptado. A lo mejor conocer la familia de sus padres biológicos vencía las barreras que aún quedaban en él: resentimiento por el abandono. No importaba que los Stratton hubieran sido estupendos y generosos, tan solo le gustaría entender los motivos por los cuales la familia de su madre, o de su padre, no se hicieron cargo de él.

Durante la mañana no vio a Grace por ninguna parte. No creía que lo estuviera evitando. Seguramente trabajaba desde muy temprano. Los lunes solían ser días especialmente difíciles en los negocios. Sin embargo, él, como todos los años ese día daría una fiesta por su cumpleaños.

Al medio día llamaron de su oficina.

—Se... señor, Stratton —era Merryl, su asistente. Y si empezaba con ese tono de voz nervioso, implicaba que, ciertamente, no tenía buenas noticias—. Me gustaría felicitarlo por su cum...

—Al grano, Merry! —replicó irritado.

Odiaba cuando se ponía a balbucear.

—Me llamó el señor Itsbury, me ha dicho que él, como encargado del área financiera, tanto como los abogados de la Corporación Stratton, y los representantes legales del señor Himoki Jeong, se han reunido hace una hora para finiquitar los asuntos del contrato —la mujer pareció vacilar, y James tamborileaba con fastidio los dedos sobre el escritorio para no gritarle—. Me temo señor Stratton que a última hora, la empresa japonesa desistió de trabajar con nosotros...

A James se le fueron los colores del rostro. « ¿Cómo podía ser posible? Había cuidado cada maldito detalle de la puñetera fiesta».

—¿¿Cómo es eso malditamente posible?! —rugió sin contemplación alguna—. Pásame en conferencia a Gregory y a Perkins, el Asesor Legal, ahora mismo.

—Se... sí, señor —replicó.

Al instante sonó una voz grave y preocupada. Y otra pausada, pero cauta, saludándolo al unísono.

—No parece ser un buen cumpleaños, Stratton —comentó Perkins, el de la voz calma. Él era tan cínico como James en los negocios, así que supuso que era la felicitación de cumpleaños que recibiría de su parte—. El japonés acaba de declararse en banca rota —empezó a explicar—. Al parecer el hombre esperaba que se concretara un trato en Asia, para con ese dinero invertir en Norteamérica, pero las cosas no le salieron como esperaba. Y han quebrado. Me informaron los abogados de Jeong que ha sido todo un caos. Lo siento James. No hay nada que podamos hacer.

—¡Demonios! ¡De un día para otro! —golpeó con un puño sobre el escritorio—. Greg. ¿Qué dicen los números?

—Qué tal jefe, feliz cumpleaños —James murmuró un gracias de mala gana—. Los negocios aleatorios que tenemos van bien, pero el único inconveniente es que necesitamos esos doscientos millones de dólares a como dé lugar para inyectar liquidez. O me temo que tendremos que, definitivamente, fusionar la corporación con un accionista como sugirió semanas atrás en el informe la señorita Hastings.

Hubo un silencio del otro lado de la línea. No podía esperanzarse en el dinero de la herencia. Tampoco podía hacer mano de los otros negocios, porque sería descapitalizarlos. Ahora sí estaba en una encrucijada. Casarse con Grace volvía a ser una opción, pero no pensaba acogerse a ella. Hacerlo sería un error, y había sido casi una batalla personal haber logrado llegar a un entendimiento con ella.



—¿Candidatos para la fusión? —preguntó de pronto. Era la única salida.

—¿Estás seguro, James? —preguntó Roger Perkins, era cuarentón exitoso con una maestría en Derecho en la Universidad de Georgetown.

—No del todo, pero creo que por ahora es la única salida.

—Hemos estudiado posibilidades antes de llamarte, por si finalmente tomabas esta decisión —empezó a decir Gregory—. Tenemos dos candidatos solventes, uno es joven y el otro... creo que ya intentamos hacer negocios anteriormente, pero justamente fue el declive del mercado el que impidió que la fusión fuera exitosa.

—¿Nicholas Spalden? —preguntó James.

Su buen humor se había arruinado completamente.

—Sí —respondió Gregory bebiendo un poco de su café.

Aquella mañana se habían despertado muy temprano para que todos los detalles del contrato fueran finiquitados, pero jamás esperaron que Jeong quebrara tan repentinamente. Así eran las finanzas y los mercados.

—¿Quién es el otro?

—Walter Gallup.

Gallup era un niño mimado que no tenía idea de las finanzas, pero se las daba de sabihondo. Aunque su dinero era más que bienvenido, lo que James necesitaba era alguien que con experiencia pudiera jugar un par de decisiones inteligentes. Lo que buscaba era alguien que estuviera una sólida reputación.

Luego le leyeron la lista de quince nombres más de posibles candidatos, todos magnates inmobiliarios de distintos lugares de Estados Unidos que deseaban invertir para expandirse o consolidarse. Tan solo dos, Spalden y Gallup, vivían en Houston. Es decir, que podía manejar mejor los negocios sin tener que viajar tanto, pensó enseguida James.

—Será Spalden —concluyó.

—James, ¿estás seguro? —habló Roger, inquieto—. No queremos que te precipites, éste ha sido el estudio preliminar, podemos tomarnos unos días más para ver otras opciones.

—Esperar más tiempo solo nos hará menos eficientes. Además, dilatar esta decisión podría implicar que tenga que despedir más empleados para abaratar costos,

no quiero hacerlo, soy un hombre de negocios, pero si puedo evitar despidos, lo haré. No estamos desesperados.

—No, no, pero... —empezó Gregory.

James lo interrumpió.

—Pero nada, Greg. Para mí es prioridad no despedir a nadie. ¿Lo comprendes? Sé que recortar la plantilla es algo que se puede hacer, pero es un recurso desesperado en este momento. Ese es el único motivo por el que voy a negociar con Spalden: para no despedir más empleados —replicó contrariado.

Verdaderamente le incomodaba la idea de ver a gente desesperada pugnando por obtener un empleo en medio de la crisis. Quizá Grace, siempre optimista sin jamás rendirse ante las adversidades que había pasado, lo obligaba a tomar conciencia de aspectos que antes no habría contemplado, como el modo que un recorte afectaba a toda una familia.

—Lo siento, solo queríamos... —dijeron casi al unísono.

—Díganle a Merryl que organice una reunión extraordinaria con Spalden a las tres de la tarde. Y preparen los papeles. Tendremos un socio minoritario en Corporación Stratton —ordenó interrumpiéndolos. Él iba contrarreloj. Su equipo era eficiente y la lista contaba con los mejores candidatos para fusionarse. Spalden era la mejor opción.

Grace estuvo de compras durante la mañana. Le había dejado una nota a James sobre la nevera, porque ni Landy, ni Fiona asomaron; encontró el desayuno servido y luego salió al centro de la ciudad. Se sentía pletórica. Como nunca antes.

Por otra parte, James cumplía años, y quería llevarle una sorpresa. La noche anterior le había contado que siempre solía dar una gran fiesta de cumpleaños, y en medio de un beso arrebatador, le dijo que estaría encantado de tenerla esa ocasión y bailar con ella. Grace aceptó encantada. El cambio que se había operado en James la tenía exultante, porque quizá había una esperanza. No lo sentía frío, o calculador, sino más cercano y poco a poco espontáneo. Era una lástima que no la amara como ella a él, pensó.

Sylvia había llamado para decirle que el asunto con el hacker travieso había sido solucionado sin ningún problema. Con alivio supo también que cinco nuevos clientes, procedentes de Australia y Reino Unido, estaban interesados en sus servicios de

consultoría. Le pidió a su asistente que le agendase citas para el resto de la semana. «Gracias a Dios la empresa iba viento en popa».

Ahora, Grace caminaba por The Galleria, con sus más de 375 tiendas de los diseñadores más exclusivos. Al pasar por Montblanc, Louis Vuitton, Tory Burch, Gucci, entre otras, se maravilló con la cantidad de prendas y accesorios exquisitos. Esa noche quería lucir hermosa y especial. Así que entró en la tienda de Chanel.

Ilusionada escogió un vestido largo, abierto a la altura de las rodillas, a un lado. El tono era un precioso azul marino. El modelo strapless le quedaba como un guante. Notó que al probárselo, el escote en forma de corazón, acogía perfectamente sus senos, haciéndolos lucir provocadores, sensuales y elegantemente ataviados. La cintura estaba adornada con vuelos delicados y ondulados en tono palo rosa, y el borde que rodeaba sus pies terminaba con una caída soberbia, que al moverse casi parecía flotar a su alrededor. Le encantó.

Cuando fue a pagar a la caja, casi gime en voz alta por el precio. «Grace, no estés cuestionándote tanto el precio. Si te gusta cómpratelo. Ahora puedes darte el gusto, hija», recordó las palabras que solía tener Rose. No estilaba gastar nunca tanto dinero en ella, pero por una vez, se sentía bien consintiéndose de esa manera.

Después se acercó a una tienda en la que venían zapatos de Jimmy Choo. Un par precioso, justamente a tono con el vestido. No dudó en probárselos. La primera tira gruesa de cuero se anudaba sobre su tobillo, atrapando firmemente su pie en el talón, y la otra, acogía horizontalmente sus dedos que habían recibido una hora antes la pedicura en tono beige. Los tacones no eran demasiado altos; tenían una plataforma que la elevaban seis centímetros más de su habitual metro sesenta y ocho de estatura.

La sorpresa de cumpleaños de James, pensó mientras pagaba sus zapatos nuevos. Tendría que comprar ese obsequio y esconderlo para que nadie más que Harris se diera cuenta. Si Landy o Fiona se enteraban, seguro que se les saldría en medio de algún comentario. Con las bolsas en mano, porque además había comprado unos aretes de zafiros y brillantes en Chopard a juego con una preciosa gargantilla, subió al automóvil rumbo a The Woodlands.

James estaba visiblemente enojado. Frente a él, en su inmensa sala de reuniones, tenía a Nicholas Spalden que removía entre los dedos una pluma fuente Watermann. Pidieron minutos antes a los abogados y asesores que esperaran fuera. Los términos legales estaban muy claros; y el tema del quince por ciento de las acciones para Spalden, también. Lo único que a James no le terminaba de hacer gracia era la idiotez que se le había ocurrido a Nicholas. Porque era una reverenda idiotez. No había otro

calificativo.

—Nick —dijo llamándolo como solían en los círculos, mirando al hombre de barba y cabello entrecano—. Me estás tomando por imbécil. No tengo tiempo para estar con estas estupideces. Somos adultos.

El hombre sesentón tenía una postura determinante. La de un hombre que siempre conseguía lo que quería, pero también protegía a los suyos.

—Entiendo que es una idea un tanto descabellada, pero si fueras padre lo entenderías. Es mi única hija, y ese blandengue con el que sale no es más que una alimaña interesada en sus millones del banco.

James empezaba a perder la paciencia. Se pasó la mano por el cabello, despeinándose. El corte impecable de su traje Hugo Boss marcaba todos y cada uno de sus músculos con elegancia, mientras caminaba de un lado del otro por la opulenta sala de carísimos muebles en tonalidades grises, negras y blancas, con toques dorados.

—Si mal no recuerdo, ya tuve una relación en el pasado con tu hija —le dijo a Nicholas posando las manos sobre la larga mesa de reuniones—. No tengo intenciones de retomar ese romance. Por el amor de Dios, Nick, es tu hija, no tu moneda de cambio.

El magnate se rió con ganas haciendo resonar la estancia con su voz ronca y fuerte.

—No seas hipócrita, muchacho —replicó tranquilamente, al tiempo que dejaba la pluma fuente a un lado, y cruzaba los dedos de la mano sobre el vidrio de la mesa—. Cuando salías con Georgie sabías que era, y es, la luz de mis ojos; una palabra de ella y no hubiéramos firmado nada. Una lástima que no resultara por el desplome inmobiliario.

James contuvo su genio.

—Ni soy hipócrita, ni tu hija es una santa tampoco. Están en juego los empleos de mi personal y eso a mí me importa más que lo que haga o no Georgette con su vida.

La furia se apoderó del texano, que lucía un gran anillo de oro en el dedo pequeño de la mano izquierda.

—Mira, James, voy a ser sumamente honesto contigo. No quiero que mi hija salga con Phillip Draggs —al ver la cara de preocupación de James, Nick asintió—. Exactamente. El hombre que fue acusado de defraudar a la central del Bank of America de Austin. Ve tú a saber cómo salió el desgraciado tan bien librado del juicio. Mi hija es una buena chica, pero tiene pajaritos en la cabeza.

James se inquietó. Si él firmaba con Spalden, ese capital podía peligrar, porque formaría parte de su corporación. La inversión de doscientos cincuenta millones de dólares no era cualquier cosa, y conociendo a Georgette podría echar todo por la borda con una firma, pues era la heredera de Nicholas. No tenía otra salida. Lo haría por su empresa, y su gente.

—Me pones en una situación compleja —«Esa noche podría hablar con Grace, y le explicaría. Ella era muy proclive a desconfiar; quizá mucho más que él. Y bien sabía que la confianza era un asunto delicado. No pensaba poner en riesgo la suave plataforma que empezaba a construirse entre ellos, sobre todo porque él se negaba a sufrir de nuevo. Tan solo tenía la certeza de que lo suyo con Grace iba mucho más allá del sexo»—. Maldición, Nick... —masculló.

Spalden dio un respiro cansado, y habló sin tapujos.

—El problema con mi hija es que con cada idiota que le baja la luna y las estrellas con palabras bonitas, dice enamorarse —dio un trago a su coñac—. Me siento culpable porque no he estado mucho para ella. Sin embargo, ahora es distinto. Tengo que protegerla de ese buitre, y con ello también mis millones. Que al final te están también beneficiando a ti. El sector se está recuperando, y yo también, tanto como reformado mi reputación —James sabía que a Spalden le había costado mucho trabajo de publicidad y relaciones públicas reivindicarse en el sector—. Además James, no te estoy pidiendo que te cases con ella.

«Ni loco lo haría», pensó James ya fastidiado. «Vaya tarde de cumpleaños que estaba pasando».

—¿Si no accedo, entonces no firmas? —preguntó entre dientes, sentándose frente a Nicholas.

—No es un chantaje —sonó sincero—. En realidad muchacho es un favor lo que te estoy pidiendo. Muy aparte de los negocios; esta fusión es importante para ambos. Tú obtienes el dinero que necesitas, y yo rentabilidad, tanto como expansión económica con las ganancias aseguradas por tu reputación. Solo quiero que ese hombre esté fuera de mi círculo social y de Georgie.

James pareció calmarse.

—De acuerdo, Nick —respiró profundamente antes de hacer la pregunta: —¿Qué es exactamente lo que necesitas?

Spalden pareció más relajado, y su pose dejó de ser rígida en el asiento. Encendió un cigarrillo, y le dio una calada. Le gustaba el muchacho para su hija, pero no iba a forzar las cosas. La alianza con Stratton era un punto importante. El chico tenía visión y juventud, pensó mientras expulsaba lentamente el humo del cigarrillo.

—Quiero que la invites a salir para que se olvide de Phillip; hazlo como un amigo. Si surge algo entre ustedes nuevamente, asunto tuyo. No me molestaría tenerte por yerno —James le lanzó una mirada de advertencia, y Spalden elevó las manos para acallar cualquier posible estallido de mal genio—. No intento hacer de casamentero, te digo lo que pienso tal cual —aclaró leyéndole el pensamiento. Él tan solo quería a su hija con alguien decente. Y no iba a mezclar a Stratton con sus negocios y familia. Estaba invirtiendo fuerte, y no deseaba malos entendidos—. Mira, tan solo un par de salidas, y unas palabras sinceras que la hagan entrar en razón, además si ya la conoces seguro te va a escuchar —«Claro, Nick no sabe que la conozco en el sentido bíblico de la palabra», pensó sarcástico—. Estoy seguro James, que a ti va a escucharte. El desgraciado de Draggs está quebrado, y pretende aprovechar los círculos sociales en los que nos movemos. No quiero caer en las habladurías de la gente. Es perjudicial para los negocios, y menos quiero que mi hija sufra. Te pido discreción con este acuerdo —«Discreción era una palabra que Georgette no conoce», se dijo James con ironía—.Vamos es solo un asunto sencillo.

James se limitó a mirarlo.

Minutos más tarde ambos firmaban las respectivas copias de la sociedad.

Grace estuvo deambulando por la casa. Fiona y Landy iban de un lado al otro ajetreadas. Ellas mismas se habían ofrecido hacer la comida, según le contaron, por ser la primera vez en muchos años que James celebraba un cumpleaños en la casa. La fiesta sería al aire libre. Se había pronosticado buen tiempo, sin embargo, algunas carpas habían sido colocadas diestramente en el gran contorno del césped, por precaución. El clima mundial andaba como loco, así que mejor era andarse con cuidado.

Grace calculaba, observando el patio, que en el espacio entrarían alrededor de unas doscientas personas cómodamente. Claro que en esa ocasión no habría tanta cantidad de invitados. De acuerdo a Fiona, tan solo serían cien. Los amigos más cercanos, y colegas de trabajo de James.

Sería una comida francesa, según pudo observar. Se pasó por la lista del menú que estaba en el mesón de la cocina con letras bastante legibles. Habría Ratatouille, que era una exquisita mezcla de vegetales sazonados y freídos con aceite de oliva y también hierbas provenzales. Bajo la mirada a lo que seguía. Fromage et vin, consistía en una exquisita selección de quesos, tradición parisina. Eran unos entrantes deliciosos, pensó Grace.

El siguiente plato de la lista le hizo agua la boca. Duck a l'orange, platillo típico

cocinado asado y a fuego lento bañado en una salsa de naranja. Después seguían incontables platos más enlistados en el papel. «Mmm... », murmuró en voz alta.

—Espero que ese gemido de anhelo sea por mi cumpleaños —expresó James con una apostura arrebatadora, arrimándose a la encimera. Había llegado minutos antes y la contemplaba cómo movía las caderas, mientras seguía la lista con el dedo.

Grace se volteó tomada por sorpresa, e inmediatamente esbozó una gran sonrisa.

—Me asustaste —dijo acercándosele. Le rodeo el cuello con los brazos—. Feliz cumpleaños, James —luego lo besó con ternura, y él enterró los dedos entre sus cabellos.

—Gracias, preciosa —replicó, delineando con la lengua su boca, y mordiéndole el labio inferior—. Me encanta que me feliciten así... —sonrió con picardía, enlazando la fina cintura con sus manos.

—No me digas —fingió enfadarse—. ¿Y puedo saber cuántas felicitaciones de esas has tenido hoy? —inquirió bromeando, mientras acercaba sus caderas a las de James. Depositó un beso en su mejilla, y le hizo un puchero. Él se rió, y ella sonrió aún más.

—La verdad es que he tenido un día muy complicado en la oficina... y decidí dejarte ese privilegio a ti. Ya que es mi cumpleaños tengo derecho a pedir lo que desee, ¿verdad? —le hizo un guiño, rozando el contorno de los pechos de Grace, con los brazos.

Ella posó las manos sobre los fuertes hombros y asintió.

—Perfecto... lo que tengo en mente para mi cumpleaños no contempla a terceros. Así que vámonos —inclinó la cabeza a la derecha y dijo: —Landy, no sabías que te habías vuelto fisgona —luego se echó a reír, cuando Grace lo miró sonrojada, y se apartó al ver entrar a la cocinera, nerviosa.

—Lo siento, lo siento... —balbuceó, ante los ojos risueños de James—. Necesitaba recoger un par de cosas, pero solo alcancé a escuchar el final eh... de verdad que no vi nada —expresó algo alborozada por la situación tan íntima que presencio. Le urgía tener sus materiales en la cocina que estaba del otro lado del comedor, en donde ellos se encontraban—. Gracias por permitirme cocinar todas estas delicias por tu cumpleaños, y contratar ese personal de ayuda que anda por ahí pululando... este... yo —observó el semblante sonrojado de Grace, y luego la mirada posesiva de James. Le dio gusto que finalmente él hubiera empezado a sonreír—. Feliz cumpleaños, muchacho.

Él aceptó el abrazo de Landy, quien sintiéndose algo avergonzada se perdió por

otro lado de la casa.

Como si nada hubiera ocurrido, él levantó el rostro azorado de ella.

—¿Por dónde nos quedamos? —murmuró contra sus labios.

—Qué descarado... —se rió.

—Contigo, siempre.

Ella lo miró. Y James pudo leer claramente lo que sus ojos decían elocuentes, antes de que ella velara su mirada por el deseo, y ocultara el rostro en la curva de su cuello cuando la levantó en volandas. La llevó fuera de la estancia.

«Amor».

Grace lo quería, pensó exultante, mientras subía las escaleras besándola con una pasión tan intensa que temió no sostenerlos a los dos. Quería fundirse en su cálido interior, y demostrarle con su cuerpo, lo que sus labios no se atrevían a expresar. La gente que él había querido, desapareció de su vida. No deseaba que eso volviera a ocurrir. Ahora se daba cuenta, al invadirlo ese temor de perder a alguien importante, lo que sentía.

Estaba enamorado de Grace.



## Capítulo 12

Grace estaba ataviada con todo lo que había comprado esa tarde. Lucía tan radiante como solo una mujer verdaderamente enamorada. Y cómo no estarlo, cuando James había sido tan intensamente dulce, apasionado y considerado con ella, tanto, que prácticamente su tristeza y resentimiento, se habían esfumado. Esperaba que le gustara su obsequio, porque le había costado decidirse por él. Dio una vuelta sobre sí misma, para contemplar cómo el bajo del vestido volaba con brío y elegancia.

James, por su parte, estaba en el vestíbulo saludando a sus invitados. Pasar la tarde haciendo el amor con Grace era como una potente pastilla que lo hacía olvidarse de todo. Especialmente de decirle lo ocurrido en la oficina con Spalden. Quizá lo mejor fuera no comentarle nada. Tampoco era que el favor haría por su nuevo socio fuera gran cosa.

Sería algo discreto, resolvió. Nadie tendría por qué enterarse. Especialmente Grace. Saldría con la pesada muchachita, la haría entrar en razón y punto. Si Draggs estaba tan desesperado por el dinero y los contactos de Spalden, seguramente lo enfurecería darse cuenta que él estaba con Georgette, pero el hombre terminaría por alejarse. Estaba convencido de que el tal Phillip no iba a arriesgar su pellejo, al menos no, si podía ir por otra tonta heredera. Y ahí terminaría su asunto con Georgette. La muchacha era una delicia en la cama, pero le faltaba la sinceridad y la pasión que tenía con Grace.

Había pasado una hora desde que sus colegas y amigos llegaron, pero Grace no se aparecía por ninguna parte. Inquieto por la perspectiva de que ella no estuviera, intento en vano deshacerse de sus amigos para buscarla. Pasó de un grupo a otro, saludando y recibiendo las felicitaciones. Su cumpleaños también era un pretexto para sondear el terreno. La alianza con Spalden se había anunciado en la prensa, pocas horas después de firmar el acuerdo. Él no desperdiciaba oportunidad cuando de su empresa se trataba. Así mataba dos pájaros de un solo tiro: su cumpleaños, y saber qué comentarios había alrededor sobre su pequeña fusión. Según pudo comprobar el panorama era alentador al respecto.

Mientras se mezclaba entre los más de cien invitados, divisó a su círculo de amigos de la universidad: Paul Ettons, Melvin Furt y Damien Lewis. Todos hablando animadamente en una de carpas cerca del lago. No los había visto juntos desde hacía

muchísimo tiempo; tenerlos esa noche era muy agradable. «Al menos su asistente sabía hacer su trabajo, y había organizado todo eso con mucha diligencia», pensó complacido.

—¡Vaya qué casa tan bonita, hubiéramos podido divertirnos mucho si nos hubieras invitado antes, Stratton! —rió a carcajadas Damien palmeándole la espalda cuando lo vio acercarse. James le dio un fuerte apretón de manos. Su amigo, rubio y de ojos celestes era un juerguista mujeriego único, y en la universidad tuvo más de una pelea por lío de faldas. Con él también, de hecho. Pero nada importante que pudiera recordar.

—¿Desde cuándo vives aquí? —pregunto Melvin, un pelirrojo irlandés que vivía en Estados Unidos, desde hacía quince años. A James siempre le había gustado el modo en que él lograba desmenuzar un problema y tan solo extraer el origen, y como si por arte de magia fuera solucionar el embrollo. Tenía una mente privilegiada para los bienes raíces.

—Dos semanas —replicó breve. No iba a darles explicaciones. Quizá una de las cosas que entre hombres entendían: si no querían hablar, pues nadie molestaba. Un pacto silencioso y conveniente.

Paul, el moreno de ojos negros penetrantes, enarcó una ceja. Se encogió de hombros y bebió el whisky.

—¿Cómo van los negocios, James? —cambió el tema.

Cuando Paul hablaba, su voz profunda era irritantemente autoritaria, y como ejercía de abogado conseguía confesiones que otros colegas suyos no podían. El modo analítico de observar y la cadencia de su voz hacían sentir culpable a cualquiera que tuviera la mala suerte de estar en el estrado de los acusados. Tenía una carrera muy exitosa en el despacho del Fiscal.

Él era el único de los amigos de James que no había estudiado temas vinculados a las finanzas. Se conocieron en el campus jugando béisbol. Un abogado de la talla de Paul no le vendría mal para la corporación, pensó James; pero, sin duda, terminarían enemistándose, ya que sus temperamentos eran igual de fuertes. La única persona que él conocía capaz de lidiar con éxito el genio de Paul era su mujer, Hanne. Una danesa que trabajaba también de abogada, y estaba ese día en la fiesta.

—Digamos que estamos equilibrando el sector inmobiliario por ahora. Han sido meses malditamente complicados —giró el whisky, un Johnny Azul, sobre el hielo.

Poco a poco empezaron a conversar animadamente sobre las anécdotas de la universidad, riéndose y recordando aquellos tiempos. A James le gustó saber que todos estaban empresarialmente bien enrumados, tenían sus propias compañías y

vijaban mucho. Fue una suerte que coincidieran en Houston esa semana.

Alrededor de ellos, la música sonaba, no demasiado estridente; lo suficiente para escucharse al conversar, y para bailar. Las mezclas incluían un poco de David Guetta, Black Eyed Peace, Rihanna, Lady Gaga, Usher, Pitbull, y otros artistas de moda, que hacían mover animadamente a la gente que ya estaba en la pista.

La decoración era de primera. No había un concepto en especial que James hubiera querido, así que se basaba en la elegancia: mesas para seis personas cada una, vestidas de mantel verde oscuro, y sillas de igual modo. Una pista de baile pequeña, con juego de luces que se programaban al compás del tipo de música; el dj más caro de Texas había sido contratado; además contaba con un mesero por cada mesa, y quince meseros más, para los invitados que estuvieran dispersos conversando. Fiona y Landy habían compartido sus recetas con el equipo de chefs que Meryll, les puso a disposición por orden de James.

—¡Wow! —exclamó de pronto Damien, ajustándose la camisa en un gesto de suficiencia masculina. Todos sabían lo que implicaba. Conquista a la vista—. Bueno, con permiso caballeros —hizo una venia burlesca—, ese bombón que está entrando por ahí parece buscar algo, y yo pienso dárselo —dejó el vaso sobre el charol de uno de los meseros que pasaba por su lado, y empezó a alejarse.

Todos se giraron a ver qué le había llamado la atención.

Cuando James se fijó mejor en la mujer que entraba al jardín como una diosa del pecado, elegantemente vestida, y la mirada altiva, estuvo a punto de atorarse con el whisky. «Grace... ». Todas sus fantasías conjuradas en una mujer. Sus amigos la observaban embobados, y él estuvo tentado de cerrarles la boca de un puñetazo.

—Vaya, con la suerte que tiene Damien, seguro se nos desaparece esta noche —comentó Melvin ajeno a los celos del homenajeado, mientras su rubio amigo caminaba hacia Grace—. ¿Qué dices tú al respecto James... ? —le habló al viento, porque James ya no estaba con ellos en ese momento.

El dueño de la Corporación Stratton iba siguiéndole los pasos a Damien, pero era retenido por sus invitados que le hacían conversación al paso.

—Ahí va el Don Juan del grupo —murmuró con sorna Paul—. Y el otro —señaló con la cabeza a James—, no se queda atrás sin duda. Venga, Melvin, vamos para charlar un poco con Hanne, la he dejado mucho tiempo cotilleando con esas mujeres.

—Deja a ese par, van a competir otra vez como hacían en la universidad a ver cuál se iba la mujer más guapa de la fiesta —acotó Melvin, riendo junto con Paul.

Grace entró en el patio, y se sintió muy a gusto. La decoración le daba un aire muy cálido a la noche, y en lugar de luces muy potentes, a excepción de las del escenario, el resto de la fiesta estaba decorada con altas antorchas. Sobre el césped, para protegerlo, se había colocado una pequeña plataforma y así también los zapatos no se ensuciaban.

Notó el sitio lleno, aunque entre los invitados no podía encontrar a James. Landy, Fiona y Harris la saludaron de la mano, mientras ayudaban a atender a los invitados. Esos tres le caían más que bien. Caminó entre la gente, hasta que se detuvo nuevamente en el punto de partida, a lo mejor si estaba por ahí James la alcanzaba a ver.

—Dicen que las princesas solo existen en los cuentos de hadas, no sé qué hace una frente a mí en este instante —murmuró una voz detrás suyo. Se giró rápidamente, topándose con un rubio alto, de facciones finas, pero muy masculinas. Era muy sexy.

Ella se rió con una sonrisa resplandeciente. Ese día nada iba a arruinarle la alegría, y ser galanteada de ese modo era halagador.

—Hola —saludó amable. Debía ser uno de los amigos de James—. Soy Grace —le extendió la mano, que él estrechó con una sonrisa. Luego, en un gesto de galantería y broma, se la besó.

Ella volvió a reírse. Sin duda, un conquistador innato, pensó Grace. El típico hombre del que ella solía huir, pero en este caso su comportamiento no le causaba incomodidad. Con él sintió una vaga sensación de agradable familiaridad. El sentimiento era similar a cuando uno se encuentra con alguien y siente haberlo visto antes, aunque no fuera así en realidad.

—Damien Lewis —se presentó. Era una de las mujeres más hermosas que había visto, pensó él, reteniéndole la mano—. Tienes una risa muy bonita. ¿De dónde conoces al anfitrión de nuestra fiesta? —le sonrió con todo el encanto que destilaba cuando estaba dispuesto a conseguir una conquista.

—Mmm... James y yo hacemos negocios —contestó, porque no tenía ningún referente romántico, para referirse a él. En realidad ni siquiera existía una verdadera relación entre ellos. ¿Qué era ella, sino su amante? Aunque en su caso, lo que sentía por él sobrepasaba la vaguedad que implicaba ser “amantes”; no obstante, quizá él si la viera solo de ese modo. No quería poner las cosas en un punto incómodo. Miró al apuesto hombre que tenía frente. No le hacía cosquillas. No era James—. ¿Y tú, de qué lo conoces?

—Fuimos compañeros en la universidad —respondió. Ella consideró que Damien tenía tal encanto, que de cometer cualquier tontería, con el más leve embrujo, lo podría hacer pasar como algo banal—. La música es demasiado buena para desperdiciarla, ¿bailamos?

Grace miró alrededor, pero no había ni sombra de James. Así que aceptó la invitación. Llegaron a la pista, y él la tomó en brazos para acomodarla a su cuerpo, sin pegarla demasiado. El dj, había cambiado la música. Sonaba una balada un poco suave, y ella se relajó dejándose llevar por las suaves notas.

Cuando finalmente James logró deshacerse de la última conversación sobre los impuestos, y los destinos de Europa que estaban de moda, empezó a buscar a Grace. Caminando cerca de la pequeña y atestada pista de baile, escuchó la risa que le era tan familiar. Y todo el posible buen humor se esfumó. Verla con Damien fue como si le hubiesen dado un puñetazo dejándolo sin aire; el mismo golpe que tenía ganas de atizarle al *Don Juan* aquel, amigo suyo.

Grace sintió una mirada penetrante en la espalda. Se giró en una vuelta, y vio a James que elevaba su vaso de licor, en un brindis silencioso, y algo irónico. Casi le pareció ver una mueca de fastidio, cuando Damien le murmuró algo al oído que la hizo reír nuevamente, llamando su atención. Cuando regresó la mirada al lugar donde había estado James, él ya no se encontraba ahí. «Seguramente fue a atender a sus invitados», concluyó, dando otra vuelta con el apuesto rubio.

—¿Estás segura de que solo haces negocios con James? —preguntó Damien, mientras se alejaban del escenario, y bebían un coctel cerca del mini bar instalado para esa noche.

Ella lo miró ceñuda.

—No te comprendo —dijo un trago al Margarita. «Mmm... delicioso», saboreó, bebiendo un poco más con entusiasmo.

Él giró el palillo del Martini con la aceituna en la copa, dibujando círculos lentos en el líquido, pensativamente.

—Verás, Grace, un hombre suele ser muy territorial con las mujeres que le interesan. Y tú, evidentemente, eres para él más que una compañera de negocios.

—¿Por qué lo dices?

Damien saludó a alguien que pasó a su lado, y luego volvió la atención a ella.

—Mientras bailaba contigo, James no despegaba la mirada de nosotros. Yo sé cuando el territorio está ocupado —los ojos masculinos no dejaron de ser sonrientes

en ningún momento—. Además, nuestro amigo en común no suele ser muy posesivo, de hecho —se rió—, es la primera vez que me ve como si quisiera asesinarme con la mirada.

Ella no pudo indagar más porque en ese momento el dueño de sus dudas y desconciertos, se acercaba.

—Grace, gracias por estar aquí —dijo James con un tono distante, cuando llegó hasta ellos. Luego se dirigió a su amigo—. Damien, me alegro que hayas conocido a Grace. Ella es una estupenda consultora financiera.

Los ojos azules de Damien brillaron traviosos. «Así que este tonto se ha enamorado, y no se lo ha dicho a la pobre chica. Vaya patoso», deliberó, mirando a su amigo.

—No lo dudo. Y es por descontado la mujer más guapa que he visto en muchísimo tiempo —halagó Damien, intentando pincharlo—. Tengo un negocio de bienes raíces. Me encantará contratarte para que revises un par de cosas —expresó mirándola con ojos adoradores.

Grace sonrió a Damien con cortesía. El gesto fastidió a James, por supuesto, pero ella no podía saberlo. Se sentía algo extraño en medio de ese extraño intercambio entre ambos.

—Seguro, pero por ahora está ocupada con mi empresa —replicó James con un tono que Damien tan bien conocía. «Lo quería fuera de ahí», se mofó el rubio para sus adentros—. Y ahora, Damien, piérdete —murmuró James con tedio.

Ella lo miraba a uno y otro.

—Fue un verdadero placer, *princesa* —se despidió con media sonrisa. Y dándole un beso en la mano, tal como la había saludado en un principio, y ante la evidente mirada furibunda de James, se fue soltando una carcajada.

James le quitó la margarita de la mano, y se la entregó al barman. Ver a Grace con otro, lo enfurecía. Especialmente porque, aunque creyó ver esa tarde afecto en ella, después de observarla sonreírle a Damien como lo hacía con él, no se sentía tan seguro de haber interpretado bien las emociones de ella. Después de todo, se alegraba de no haberle dicho que estaba enamorado de ella y quedar como un tonto no correspondido.

Grace al verle el ceño fruncido, se acercó y le dio un espontáneo beso en la mejilla. Él no hizo ningún gesto, lo aceptó fríamente. Entonces decidió tomarlo de la mano y llevarlo a la casa. Seguramente su regalo había hecho de las suyas, y no quería dilatar el tiempo.

Durante el paso hasta el corredor interno, que llevaba al salón pequeño decorado en tonos beige y ocre, James no pronunció ninguna palabra. Grace no se lo tomó en cuenta. Ella atribuyó el silencio al apuro que tenía de volver a su fiesta. «Los anfitriones no se alejaban de sus invitados, menos cuando el homenajeado era él mismo».

—¿Y bien? —preguntó él de pronto, cuando Grace cerró la puerta corrediza detrás de ella.

—Si he hecho algo que te enfadó te agradeceré me lo digas —replicó.

—Me parece de mal gusto que coquetees con otros, justamente en mí cumpleaños —murmuró entre dientes, con las manos en los bolsillos del pantalón Hugo Boss, a medida. Se sentía idiota diciendo eso, porque generalmente eran las mujeres quienes le reclamaban; y entonces él las mandaba con viento fresco.

Ella sonrió con una ternura, que lo desarmó. «Condenada, fuera. Iba vestida para seducir, sin querer hacerlo; y lo observaba de un modo que su miembro se puso duro. Solo ella obtenía eso en un momento tan inoportuno», gruñó para sus adentros.

—¿Estás... celoso? —preguntó incrédula.

—¿Debería? —enarcó una ceja.

—No lo sé. Dímelo tú —expresó acercándose a él—. ¿Por qué deberías estar celoso?

—Estabas coqueteando con Damien, Grace —evadió olímpicamente la respuesta.

No estaba dispuesto a admitir nada frente a ella. Nada. Grace tendría que decirle lo que sentía, primero. Y si no sentía nada, mejor entonces, porque no pensaba arriesgarse y verla irse de su vida, dejándolo como un tonto enamorado.

—No, James. No estaba haciendo tal cosa. Solo fui amable con tu amigo, me pareció un tipo agradable —se inclinó hacia él y lo abrazó, consciente de que quizá, tan solo quizá, existía una remota posibilidad de que James sintiera algo por ella. Él se tensó—. Vamos es tu cumpleaños, te estaba buscando.

—¿Ah sí? —preguntó con ironía, pensando en Damien.

Ella no pudo aguantar la carcajada.

—¿Estabas celoso, entonces, verdad? —le dio un beso en el cuello.

—Probablemente —rezongó con terquedad.

Grace sonrió.

—Oh, pareces un niño malcriado. Venga, cumpleaños, te tengo un regalo —con la naturalidad más obvia en ella, le mordió el labio inferior, y luego le plantó un beso largo y profundo.

—¿Este es mi regalo? —preguntó ronco. La abrazó. Cuando lo besaba de ese modo el enfado se disipaba.

—Podría ser —se alejó de él—. Ven —lo tomó de la mano, y lo guió por un pasillo, hasta el cuarto de lavandería.

—¿Vas a seducirme en la lavandería? —interrogó con sorna, admirando la espalda desnuda hasta la altura de sus caderas.

—¿Te gustaría? —replicó sonriente.

—Sí, especialmente porque estás casi desnuda.

Ella lo miró con picardía, deteniéndose.

—Primero me acusas de coqueta. Ahora de indecente por usar un vestido strapples y abierto en la espalda. ¿Eh?

—Se supone que esos encantos tuyos son para mí... soy el cumpleaños después de todo.

James la jaló de la mano, y la besó con pasión descarnada antes de que ella pudiera replicar. Sedujo su boca y recorrió todo su cuerpo con las manos, deleitándose con cada curva exquisita. Ella le correspondió con ardor en un beso que parecía casi eterno.

—¿Qué fue eso? —preguntó de pronto James, alejándose de ella—. Escuché un ruido en la lavandería —la apartó con cuidado—. Voy a ver...

—¡No, no! —lo retuvo—. Espera.

—Pero...

—Espera. Quédate aquí de pie cerca de la puerta, pero no entres. ¡Promételo!

Él enarcó una ceja, y elevó las manos en son de paz y aceptación.

—De acuerdo, te lo prometo.



Ella asintió satisfecha, y se adentró en la lavandería.

Segundos más tarde apareció con una total sorpresa entre los brazos.

—¡Feliz cumpleaños, James! —le entregó un precioso cachorro labrador color chocolate—. Se llama Munk —sonrió de oreja a oreja—. Ha sido una preciosidad y apenas ha hecho ruido hoy.

James observó estupefacto el cachorro que empezaba a lamerle las manos. Luego se fijó en el rostro feliz que tenía Grace. Sin dejar de acariciar el perro, evocó miles de emociones de su infancia, su vida y su madre. Estaba seguro que ella no intentaba ser cruel, pero eran demasiadas cosas las que se le vinieron a la mente en ese instante. De pronto necesitaba estar rodeado de gente, sentirse libre. El aire se volvió opresivo.

Ella pareció darse cuenta que él se sintió abrumado, y al ver las emociones que empezaron a evidenciarse en el gesto de James, se preocupó. Le quitó el cachorro de los brazos con delicadeza.

—Lo si... lo siento, pensé que te gustaría recuperar de algún modo... —agachó la cabeza decepcionada por el error que había cometido, y acarició al cachorrito tan suave y dulce que se movía apenas entre sus manos.

Él no dijo nada, y se alejó dejándola con el cachorro entre los brazos, y la mirada triste.

Ella comprendía las circunstancias de su infancia. Tan solo quiso remediar de alguna manera aquel episodio doloroso, obsequiándole el cachorro. El James que ahora conocía debía saber que su intención no era lastimarlo. Se sintió afligida, porque su intención era verlo sonreír. En cambio, logró que la dejase sola, y se cerrara en su mundo, especialmente cuando le dijo que confiaba en ella. Eso le dolió. ¿Dónde estaba esa confianza entonces?

Con resignación subió las escaleras para dejar a Munk, en su habitación, a buen recaudo de sábanas tibias. Luego volvió a la fiesta, pero nada fue igual. Lo que quedó de la reunión, James no volvió a acercarse a ella. Al contrario, parecía estar muy ocupado con sus invitados. Ella le dejó su espacio, y aprovechó para conocer otras personas, entretenerse, pero no sentía la misma emoción que cuando entró horas antes.

Alrededor de las dos de la madrugada el patio había quedado vacío, y cerrado. En la casa existía silencio, salvo por un hombre bastante mayor con quien James conversaba animadamente en el vestíbulo de la casa. Ella tenía que pasar por ahí, para poder bordear la escalera e ir a dormir a su habitación. No tenía ganas, pero no le quedaba otra opción.

—¡Grace! —llamó James, con una voz extrañamente animada para ella. La había ignorado durante lo que quedó de la celebración. Y muy alegre al respecto, no se sentía. De hecho estaba bastante molesta. Intentaría comprenderlo desde su aflicción, pero no le quitaba el enfado. Se acercó con la sonrisa ensayada que solía dedicarles a los hombres de negocios—. Quiero presentarte a Nicholas Spalden, mi nuevo socio —expresó James.

—Encantada de conocerlo, señor Spalden —estrechó la mano regordeta del empresario.

—Muchacho, no me habías contado que tuvieras una novia tan guapa —comentó el hombre con una sonrisa bonachona. Con la expresión de su rostro le dio a entender a James que, sin importar qué hiciera esa mujer en su casa, él le había pedido un favor que los beneficiaría a ambos y debía cumplir con su palabra.

James sonrió con educación.

—Bueno, ella es más bien mi socia en un negocio —corrigió. Spalden podía ser su aliado comercial, y minoritario dicho fuera de paso, pero no le debía ninguna razón —. Grace, Nicholas Spalden ahora forma parte de Corporación Stratton —ella lo felicitó, aunque por dentro tenía la curiosidad de saber qué había pasado con los Jeong. No dijo nada. Escuchó atentamente una perorata sobre la importancia de la fusión. Hasta que llegó a sus oídos la frase “doscientos cincuenta millones de dólares”. «¡Vaya!», se dijo quedamente.

James sonreía a toda costa, y no lo reconocía. Al menos no, después de la cara que tuvo cuando le enseñó la moneda que era Munk.

—Enhorabuena, James —le dijo, y después se dirigió a Nicholas con gesto amable—. Señor Spalden, le deseo muchos éxitos. Me encantaría continuar charlando, pero la verdad es que estoy muy cansada. Si me disculpan —se despidió alejándose por la escalera.

Nicholas se aseguró de que Grace hubiera desaparecido, para volver a hablar.

—Muchacho si ella es la persona por la que no querías hacerme el favor, lo comprendo perfectamente. Pero ya sabes que es por el bien de la empresa. ¿Verdad? —susurró en voz muy baja.

—Nick mi vida personal es exactamente eso: personal. Grace es mi socia, y nada más. Con respecto al tema que nos compete, no te preocupes, seré discreto, tanto como espero que lo seas tú.

El millonario le sonrió paternalmente.

—No hay problema, muchacho. No hay problema —dicho esto se alejó y fue por su automóvil que estaba en el garaje de la mansión.

Grace no era dada a escuchar tras las puertas, ni sigilosamente; no obstante, en medio del silencio de la noche, los susurros entrecortados y nada claros, llegaron hasta ella. Para su mala suerte tan solo consiguió escuchar una frase con suficiente claridad como para ocultarse lo más profundo que pudiera debajo de las sábanas al entrar en su habitación. «Grace es mi socia, y nada más». Y ella tenía que entender que era exactamente eso para James, y nada ninguna otra cosa. «Ah claro, su socia y amante, pero lo último se escucharía un poco feo frente a su nuevo socio», pensó ella antes de dormirse con Munk en el otro lado de la cama. «Al menos el cachorro era una agradable compañía».

James aprovechó la mañana siguiente, para salir a trotar alrededor del área. El aire fresco le hacía bien para trabajar sus dudas. Después de que Grace le enseñara el cachorro muchas emociones se agolparon, la más dolorosa era como una opresiva cadena que le impedía respirar. Mientras cambiaba las velocidades del trote, recordaba lo duro que le resultó cuando encontró muerto a *Tom Sawyer*, siendo solo un muchachito. Nunca pensó sentir un malestar tan devastador, al menos lo fue para un niño de ocho años de edad.

Lo más terrible de todo era la implicación de ese dolor ahora. Él sentía un profundo temor de abrirse a otra persona, por eso, saber que estaba enamorado de Grace, no le causaba sosiego, sino angustia. Y no sabía cómo lidiar con ese sentimiento. No estaba preparado para hablar de esas emociones. Todo le resultaba muy reciente.

Se apenó cuando vio el rostro preocupado de Grace al entregarle a Munk, pero no sabía cómo explicarle la sensación de pérdida que todo ello evocaba. Su madre a ratos bien, a ratos mal; días presente, otros, ausente. Su padre encerrado en la biblioteca con algún puro haciendo cuentas, otras ocasiones que estaba de mejor humor, quizá y conversaba con él.

La única constante en su infancia y pre-adolescencia era Rose, pero cuando se fue, su mundo terminó de perderse. Años más tarde, murieron sus padres, dejándolo completamente solo. Su vida había sido fría y desapegada a todo lo que pudiera causarle dolor desde entonces. Por eso vivía de mujer en mujer, y buscaba aquellas que no representaran atarse de ningún modo emocional. Viajaba muchísimo, pero ahora había disminuido el ritmo, porque tantos viajes lo estresaban.

Cuando Grace había entrado a su vida, quizá habría sido desde la primera vez que

la vio en aquel restaurante, todo empezó a ser distinto. De algún modo conseguía darle la paz que necesitaba, pero lastimosamente también se escondía detrás de una pared, salvo cuando estaban juntos llevándose al clímax. En ese momento de intimidad, Grace era tan abierta y generosa que lo fascinaba; se entregaba con libertad y confianza. Confianza. Él le dijo que confiaba en ella, pero no se lo demostró cuando tuvo oportunidad.

Regresó a la casa.

Grace estaba acurrucada en el sillón con Munk entre brazos, observando el crepitar de las llamas de la chimenea. Le gustaba aquella sala. Pequeña y acogedora. La misma sala en que estuvo la noche anterior con James, mientras le decía que estaba molesto porque hubiera estado coqueteando con su amigo. Él también se escondía en una coraza mucho más dura que la suya, y ella no se lo reprochaba.

Acariciaba al cachorrito con dulzura. Tendría que devolverlo. Ella no sabía qué iba a suceder con respecto a James, y a la casa. Así que abandonar a Munk no era una opción. El perrito era tan mono. Si él no lo quería, se lo llevaría a una familia que quisiera adoptarlo o lo dejaría con Harris, quien se mostró desde un principio encantado con el cachorro. Besó con ternura la cabecita suave del perro, y la masa de pelos se revolvió con placer haciéndola reír.

—Grace...

Ella no se volteó.

—Hola, James.

—¿Podemos hablar?

Silencio.

Dejó a Munk en el suelo, y este se encaminó con sus rechonchas patitas hasta James, quien se sentó junto a ella. Él no dudo, y lo cogió.

Grace lo miró hacer, sorprendida de que no hubiera huido del cachorro.

—Quisiera disculparme por haberte dejado anoche de esa manera, y... —acarició las orejas peludas color chocolate—, por no darte las gracias. Es un obsequio muy lindo —dejó que el perrito se escabullera fuera de la sala—. Hay muchas cosas de mi infancia que fueron complicadas —dijo de pronto. Ella se limitó a escucharlo; era la

segunda vez que voluntariamente, James pedía disculpas—. Entre ellas mi madre. La quise tanto, pero después de hablar con Rose y saber quién era en realidad, me afectó. El cachorro que me diste, desató los recuerdos de épocas de dolor. El último me hizo recordar lo que mi abuela me confesó aquella vez en mi despacho. No soy su nieto de sangre —relató lacónicamente.

—De qué hablas, James... —se acercó más a él, y posó la mano sobre el hombro de músculos firmes y fuertes.

Él no estaba en esa habitación al hablarle. Lo sentía ausente. Un silencio prolongado se hizo alrededor de ellos. Grace no hizo nada para interrumpirlo.

—Mi familia biológica era otra. Me dieron en adopción, y Rose con mis padres me adoptaron —Grace se había quedado sin palabras, y lo observaba—. Cuando me lo expuso aquella vez en la oficina, no le creí. Me dio mucha rabia, porque todo lo que yo pensaba que era mi familia se derrumbó de pronto. El resentimiento que tenía por el pasado se acrecentó. Me sentí completamente solo, mucho más de lo que ya me sentía —ella puso las manos lejos de él, si lo tocaba creería que lo compadecía; y era lo peor que podía hacer en ese instante. Así que se arrellanó en el asiento, cerca suyo—. Sentí como si en realidad mi vida hubiera sido una comedia. Todos esos años, la gente a la que quise alguna vez, no eran de mi sangre. Me estaba quemando por dentro, y no lo he hablado más que con Fiona —al ver la sorpresa en los ojos celestes, él le respondió a la pregunta implícita—. Sí, ella sabía todo este embrollo que mi abuela nos ha organizado —se rió sin humor—. Fiona ha sido muy discreta, y hasta hace unos días no me dio mi certificado de nacimiento original, donde constan los nombres de mi familia biológica. A veces, quisiera levantar el teléfono y llamar a un investigador privado, con todo mi dinero tendría las respuestas al alcance de mi mano, pero por otro lado...

—Te da miedo descubrir respuestas que aún no estás preparado para escuchar —completó Grace, mirándolo—. Gracias por contarme todo esto... sé que no es fácil para ti abrirte así con alguien —tan solo ahora acarició la mejilla de James con ternura, y luego apartó la mano lentamente.

El cabello oscuro de James estaba perfectamente peinado, y sus ojos denotaban una profunda tristeza. Todo él exudaba autocontrol. Ella se hubiera derrumbado hacía mucho rato de tener que contar todo eso.

—Confío en ti —la miró significativamente—, de alguna retorcida manera, confío en ti. Sé que en el jardín te lo di a entender, cuando te aseveré que había algo contigo que bajaba mis barreras, y nunca me había ocurrido con nadie. Ayer no te demostré lo que era confiar... no fue intencional —confesó con sinceridad, y a ella lo creyó.

—Yo también confío en ti, James —confesó.

Grace se daba cuenta que él jamás había expuesto su alma a nadie.

—¿Quieres saber quiénes fueron tus padres, James? —indagó con sutileza.

—Mis padres biológicos murieron —acarició el dorso de la pequeña mano con los dedos—. Tan solo me pregunto por qué la familia de mi madre o de mi padre, no me reclamaron. ¿Qué tenía para no ser querido? ¿Qué mal les hacía quedarse conmigo? —preguntó con amargura sin esperar respuestas. Grace entendió el dolor que albergaba dentro. La necesidad de sentirse amado era tan grande, que había estado escondiéndola para no sufrir, vinculándose en relaciones emocionalmente superfluas. «Ahora entendía. Entendía muchas cosas», reflexionó—. Después de que Fiona me entregara el documento que mi abuela le encargó darme, comprendí que ya no importaba. Tuve suerte de tener a Rose... y bien o mal, mis padres me brindaron una casa y educación, así como las agallas para abrirme paso en la vida.

El quemarse de la madera en la chimenea era el único sonido que interrumpía a James.

Grace estaba impresionada por la fortaleza que él tenía para aceptar las circunstancias de su vida, reflexionar sobre ellas y tomar la mejor actitud. Era una postura práctica y sensata. Estaba segura que era lo que lo había llevado a alcanzar la cúspide empresarial. James Stratton era un hombre muy valioso, y no por su dinero, reafirmó dentro suyo.

—Estoy segura que tus padres te quisieron a su manera, y no dudo que Rose te adoraba —comentó con seguridad. Era imposible no quererlo, cuando detrás de esa fachada de hombre arrogante y complejo, se escondía tanta dulzura, pasión y entereza. Ella había tenido la oportunidad de vivir y experimentar todo eso, poco a poco y a cuentagotas, durante los últimos quince días—. No te castigues. Mereces ser querido, por lo que eres...

Él le sostuvo la mirada de un modo abrumadoramente intenso.

—¿Y quién soy? —preguntó de pronto acercándosele con un tono totalmente distinto al que había empleado durante los últimos minutos. El momento de la confesión había pasado, y James volvía a ser el hombre seguro de sí mismo; cualquier atisbo de vulnerabilidad parecía no haber existido nunca.

Ella parpadeó ante la pregunta. Y recordó lo que le había dicho Callum días antes. «Si tanto te vulnera haber descubierto que lo quieres, díselo. ¿Qué más vas a perder, si el sentimiento sigue ahí dentro tuyo?». Pero ella sabía que perdería sus defensas; su barrera más importante. Corría el riesgo aún a sabiendas de que no era correspondida en su afecto. Sin embargo, Cal tenía razón.

—Tú eres el hombre que amo, James. Eso eres —confesó conteniendo el aliento,

sin apartar la mirada de los profundos ojos verdes.

James se quedó paralizado. «El hombre que amo». Lo amaba, se repitió sin cesar.

A ella el corazón le iba a mil. Finalmente lo había dicho, y curiosamente, no se sentía vulnerable. Al contrario, una sensación de alivio, valentía y curiosa plenitud se anidó dentro de ella.

—Yo... —se acercó a ella y la abrazó con fuerza—. Grace —susurró tomándole el rostro con dulzura—. Oh, nena, yo...

James iba a decir algo, cuando su teléfono sonó. Ella lo observó hablar con el ceño fruncido, y el momento entre ellos se perdió. Sin embargo, Grace sabía que no estaba dispuesto a admitir si sentía algo por ella. Tenía la certeza de que existía deseo, y quizá inclusive aprecio, pero no amor. «Amor, no».

James respondía con monosílabos a su interlocutor, mientras enredaba entre sus dedos libres, uno de los suaves mechones de cabello de Grace. Ella lo observaba con adoración. Se sentía tranquila, después de haberle dicho lo que sentía. No tenía ya nada que perder.

Cuando cerró la llamada tenía el humor contrariado.

—Grace tengo que salir a una reunión de negocios —expresó soltando el mechón de cabello, e incorporándose. Ella se quedó en el sillón, y miró el reloj cucú de la esquina. Casi eran las siete de la tarde. «Negocios eran negocios», se dijo. No pensaba pedirle nada a cambio de su confesión. Les quedaban quince días juntos.

—Claro —comentó ella en tono diáfano—. Espero que vaya bien —sonrió.

—Yo... volveré un poco tarde —comentó con un ligero tono de duda, que se esfumó rápidamente de su voz. Y sin pensarlo dos veces se inclinó hacia ella y le dio un beso profundo, cargado de muchas cosas: frustración, enojo, disculpas, pasión, agradecimiento, y confusión—. Lo retomaré desde donde lo hemos dejado —susurró observándola fijamente.

Sus ojos verdes eran imposibles de leer. Grace se quedó un rato sentada. Se puso en pie cuando escuchó el click de la puerta principal. Había pasado la prueba más importante. Ahora tan solo dejaría que él se acostumbrara a la idea de ser amado. Ojalá James estuviese listo para amarla, pensó dirigiéndose a hacerse un té.

James esperaba a Georgette a la entrada del Mark's American Cuisine. Uno de los restaurantes locales más concurridos con varios premios a su haber. El edificio era una antigua iglesia reformada magníficamente, con techos dorados. Tenía la peculiaridad de que las paredes internas, sus decorados, fueron pintadas a mano. Del cielo raso, pendían lámparas de cristal. Era toda una reforma que hacía de ese lugar un espacio acogedor, con la mejor y más completa variedad de comidas.

Él estaba enfadado, porque Spalden lo llamó interrumpiendo su momento con Grace, para informarle que concertó una cita con su hija y debía esperarla en el Mark's. Como tenía a Grace enfrente no podía despotricar a gusto. Sin embargo, después de esa noche, le diría que a Nick que era él quien decidía cuándo y dónde iba a verse con Georgette.

Por si fuera poco, se sentía agobiado esperando a la heredera de su socio. Aún retumbaba en su cabeza la confesión de Grace. Esa era una parte con la que no quería lidiar por ahora; se sentía sobrepasado. Él no se sentía capaz de expresar sus sentimientos, a pesar que ahora conocía los de ella. Había hablado demasiado con respecto a sí mismo. No quería atarse a nadie. Pensó que si escuchaba lo que ella sentía, podría dejar correr los suyos, pero no pudo hacerlo. «Porque has tenido bajo llave demasiado tiempo tus emociones», se dijo. Se sentía confuso.

Dejaría esas cavilaciones en algún recóndito espacio de su cerebro, porque ahora tenía que pensar en su negocio. Mucha gente dependía de él, y alejar a Draggs no era difícil. Lo complicado sería, si a la enamoradiza de Georgette se le ocurría firmar documentos que comprometieran a su padre, por ende el capital. Lo que se traducía en: matrimonio con Phillip Draggs. Estaba seguro que el hombre buscaba eso, y como la muchacha estaba tan necesitada de atención, seguramente no tardaría en caer en la trampa.

No habrían pasado ni dos minutos de que él llegara, cuando apareció la rubia con la que se había acostado meses atrás. Estaba guapa, vestida con un minivestido que dejaba al descubierto sus piernas infinitas y definía sus esbeltas curvas. Pero no le afectaba en absoluto. Tan solo era parte del negocio. Vaya cambio en sí mismo, pensó irónico. En otro tiempo, seguramente sus sentidos hubieran reaccionado como un halcón estudiando su próximo bocado.

—¡James! —exclamó dándole un beso en los labios, cuando llegó a su lado. Él no correspondió el beso. Lo tomó por sorpresa—. Mi padre me dijo que querías verme. Oh, no sabes qué gusto me da que finalmente te hayas dado cuenta que Rebecca no es la mujer para ti —sonrió con coquetería, mientras el mesero le acomodaba la silla—. Además, imagínate que ahora vive en Seattle de modelo. ¿Puedes creerlo?

Él se limitó a elevar una ceja.



—Espero que tu padre te dijera que no vengo en plan de romance, Georgette.

Ella le hizo un puchero inclinándose hacia él para mostrarle un poco de sus pechos, como ya era su costumbre. Apenas los cubría con la rosácea y casi transparente tela del vestido.

—¿No hay romance? ¿Solo sexo entonces? —sonrió.

Él puso los ojos en blanco, y ella se echó a reír con desenfado.

—Compórtate.

El mesero se acercó a tomar la orden, y luego se retiró con rapidez.

—Oh, vamos —continuó con su humor y desenvoltura—. Es que cumplir años te ha hecho amargado. Hace unos meses no me podías quitar las manos de encima —murmuró en voz baja haciéndole un guiño.

—No sé qué te habrá dicho tu padre —replicó estoicamente. No podía comportarse como le hubiera gustado hacer: dejarla botada, porque su corporación estaba de por medio—. Pero quería tan solo conversar contigo, Georgette.

—Georgie —corrigió con voz melosa, sin dejar esa sonrisa tonta.

«Si con eso deja de parlotear como loro», pensaba él.

—Bien, Georgie. Hay algo que debes saber del hombre con el que estás saliendo en estos momentos.

Ella lo miró ceñuda.

—¿A quién te refieres? ¿Phil?

James reprimió las ganas de elevar los ojos. No entendía cómo pudo soportar más de una noche con esa mujer. Bueno, sí, por la libido. Pero seguro que ahorita su libido no aparecería por ninguna parte, y si acaso se le ocurría hacerlo, iría a la mansión a ver a la persona con quien le placía estar realmente. Confundido, melancólico, feliz, o lo que fuera que sintiera con respecto a la confesión de Grace, el solo tenerla le daba tranquilidad.

—Sí, a tu novio Phil.

—¿No me puedo creer! ¿Quieres que vuelva contigo? —indagó con gesto de sorpresa.

—Georgie. Préstame atención. Escucha. Phillip estuvo acusado de estafar a uno de los bancos más importantes del país. Robó muchos millones de dólares.

—Simples acusaciones —hizo un gesto para restarle importancia, mientras el mesero llegaba para servir las entradas—. No es verdad. Él es un hombre honesto —insistió tomando un bocado del mousse de salmón con caviar avruga.

—Lo que pasó entre nosotros fue hace mucho tiempo. Solo te estoy aconsejando como amigo. Déjalo. El hombre solo va tras tu dinero. ¿Acaso no lo ves?

Ella lo miró con sorna.

—Al igual que tú en otro tiempo. ¿O acaso me vas a decir que te acostabas conmigo porque te gustaba mi conversación ágil, y mis agudos argumentos sobre la política económica de Estados Unidos? —se rió a gusto—. Ay, James, era por el negocio que tenías entre manos con mi padre, y ahora debe ser algo vinculado a que son socios. ¿No?

James jugó a la verdad.

—Me gustabas. Sí. Me divertía contigo en la cama, también. No soy un hipócrita —dio un trago a la copa de vino de la casa—. Y claro que me interesaba el negocio en aquel entonces, y me interesa ahora el bienestar de la corporación. Si quieres encontrarle un valor agregado, déjame decirte que entiendo lo que se siente ser utilizado por lo que tienes, mas no por lo que eres.

Ella se echó a reír, y lo miró con suspicacia.

—¡No me lo puedo creer! ¡Vaya cambio de filosofía, mi vida! —exclamó de pronto, riéndose—. Así que estás enamorado. El gran James Stratton, el magnate de los negocios, el hombre implacable, el seductor más cotizado de las altas esferas de Houston y Texas, se ha enamorado. ¡No me lo creo! —gesticuló con mofa.

—Te estás pasando, Georgie —dijo con voz acerada.

—Oh déjate de tonterías. ¿Quién es la afortunada de quien debería sentir envidia? —indagó poniendo la mano sobre la de James—. Espero que no sea Rebecca. No has pensado en ir por ella a Seattle. ¿Verdad? Ya te he dicho que odié cuando me dejaste por ella. ¿Sabes?

—Cállate —el tono con que se lo dijo era tan bajo y grave, que a ella le dio escalofríos. No era un hombre paciente, y la verdad se pasó con ese comentario. Recapituló. A lo mejor podía vengarse de ese idiota por haberla dejado y utilizado en el pasado. «Así que enamorado», rumió para sí misma.

—De acuerdo, lo siento. ¿Me explicas por qué quieres que deje a Phil? Es un buen partido, y muy apuesto. Claro... jamás como tú... en fin.

James no se creyó ese repentino cambio de actitud, la conocía bastante bien. No iba a dejar de fastidiar, hasta que le dijera quién era la otra mujer. Pero no pensaba compartir con ella su vida personal. Solo sabía que debía andarse con cuidado.

—Porque si le das tan solo un indicio de que quieres ir en serio con él, podría aprovecharse de algún modo y desfalcarse a tu padre en un tris tras, y tú no te darías cuenta. Es muy astuto, y tiene amigos peligrosos. Le das una pequeña luz a sus intenciones, y estás perdida. Te lo digo como hombre de negocios, y como un amigo.

La rubia pareció pensárselo un momento antes de hablar nuevamente.

—Supongo que en verdad te preocupa el dinero de tu empresa, y no yo. ¿Verdad? —hizo un puchero como si estuviera resentida. Aunque en realidad lo estaba. Le escocía que él no le hubiera dado el hijo que quería para agrandar su fortuna casándose con él.

James era guapísimo, y tan masculinamente atractivo, que a pesar de que ya no había romance entre ellos, ni sexo dicho sea de paso, quería que sintiera lo que era que su mundo se derrumbara de la noche a la mañana, al darse cuenta que no era más que una pieza de ajedrez. Tan solo por eso había aceptado la reunión que su padre concertó.

Ella conocía las triquiñuelas de su progenitor, así que ese cuento que James se interesaba por ella no se lo creía. Acudió más por curiosidad que por otra cosa. Y ahora que se daba cuenta que James mantenía el interés solo en su dinero, es decir, nuevamente ella era la pieza de ajedrez, tenía toda la intención de fastidiarlo.

—Hay muchas familias que dependen de que la fusión que hice con tu padre marche con éxito. Y tu vínculo con Phillip Draggs, no es buena publicidad para Nick. No se trata de ti, o de mí, o de Nicholas; tiene que ver con familias. ¿Me he explicado bien?

Ella pareció meditar. El mesero se acercó y dejó los platos principales.

—Mmm... ¿Y qué sugieres, entonces?

—Aléjate de él. Creo que te lo he dejado claro desde un principio. Detesto repetirme.

Georgette lo miró con las pestañas cuan largas eran. James se fijó en que era tan arpía, como hermosa; y esa combinación era fatídica.

—¿Y qué gano yo a cambio de dejar a mi novio, por una sugerencia tuya? —indagó estudiando el elegante atuendo de James; informal o no, siempre lucía impecable. Una cualidad que ella admiraba especialmente en los hombres.

—La certeza de que una alimaña ha dejado de estar contigo.

—Quiero algo a cambio... distinto a ello —expresó con una sonrisa de autosuficiencia. Él se reclinó hacia atrás en el asiento, y cruzó los dedos sobre su abdomen esperando a que hablara—. Sal conmigo de nuevo.

—La idea es que salgas conmigo un par de veces más a un lugar donde tu amigo vaya a estar, y sepa que estás conmigo. Es una farsa, por supuesto, y verás cómo tu supuesto amor se esfuma. Él sabe que tengo contactos importantes, no querrá tenerme de enemigo.

—¡Oh! ¿Harías eso por mí, James? ¿Me protegerás de él? —indagó con sarcasmo.

—Te estoy haciendo un favor, Georgette —afirmó serio—. Y también se lo estoy haciendo a la gente que depende de que el negocio entre tu padre y yo salga bien para llevar la comida a su familia. ¿Estamos?

Ella sonrió.

—Mmm... sí.

James no se quedó en absoluto tranquilo cuando volvió a la casa, después de dejar a Georgette en la suya. Esa mujer se traía algo entre manos, pero al menos había accedido a alejarse de Draggs. De algún modo esa última certeza lo mantuvo optimista.

Grace escuchó el cerrarse de la puerta de James, cuando estaba escribiendo en el ordenador. Actualizaba la base de datos de sus contactos, porque tenía postergada esa tarea desde hacía un par de días. Era alrededor de las dos de la madrugada. ¿Dónde habría ido?, se preguntó. Un sentimiento de aprensión la embargó. Quizá se sentía presionado por la confesión que había hecho en la tarde. A lo mejor habría ido a un bar a beber, después de su reunión. Ella entendía que a veces a los hombres les resultaba muy difícil lidiar la parte emocional. No iba a tocar el tema, a menos que lo hiciera él mismo.

Con ese pensamiento apagó la luz del escritorio, y se fue a la cama.

Los siguientes días James estuvo sumamente enfrascado en el impulso que debía darle a su marca. Las reuniones con el equipo de marketing, publicidad y relaciones públicas se hicieron infinitas. El criterio de Nick era invaluable. Su experiencia era importantísima, y se sintió complacido de haberlo elegido como socio.

Llegaba cansado a la casa, pero en las noches, cenaba pasando un día en casa, y otro con Georgette. Salía con ella a restaurantes elegantes, o a tomar algo, y encontró que de pronto la muchacha sabía conversar, a lo mejor durante los meses que no la vio se habría preparado leyendo algo más que revistas de moda. De las cinco noches que llevaba saliendo, tres se toparon con Phillip, quien lo miró ceñudo, pero no intentó acercarse a ella, tal como había previsto que ocurriría. El sentimiento de que Georgette de traía algo entre manos no desaparecía.

Grace y él coincidieron en el almuerzo una tarde que volvieron de la oficina. Últimamente estaban tan ensimismados con el trabajo que no tenían tiempo de hablar o verse, salvo un par de besos robados apurados, entre risas. Ella no le exigía, ni indagaba sobre lo que hacía o no en las noches que decía salir por negocios. De alguna manera se sentía mal por no comentarle el asunto de Georgette. Aunque no estaba mintiendo del todo, era cierto que sus salidas tenían que ver con negocios.

Landy y Fiona también se sentaron a la mesa con ellos esa vez. Harris terminaba una diligencia en la ciudad. Comieron amenamente, contando anécdotas y riéndose. Fue un almuerzo agradable. Sin embargo, él se fijó que Grace tenía las ojeras marcadas.

Cuando levantaron la mesa, se acercó a ella.

—¿No has dormido muy bien? —le preguntó tomándola de la mano, y yendo con ella al sillón-columpio que había en el jardín. Munk, que apenas había crecido en esos cinco días, fue detrás de ellos. Lo recibieron con gusto.

—No. La verdad he tenido bastante trabajo —ella le sonrió. Lo había echado de menos en realidad. Pero esperaba que él diera un paso, pues los que le correspondían ya los había dado días antes. Lamentaba que desde aquella vez en el sillón del salón, cuando le dijo que lo amaba, parecía como si el universo se hubiera confabulado para mantenerlos más ocupados que de costumbre. No habían tenido respiro en la oficina, y llegaban agotados. «Salvo él, claro, que tenía que salir por trabajo hasta tarde», pensó Grace.

Cuando llegaron cerca del columpio, él la abrazó. Le tomó el rostro entre las manos, y acarició los pómulos elegantes con sus pulgares.

—Te he tenido un poco relegada últimamente, quiero reivindicarme —con lentitud empezó a besar su rostro, y ella enlazó las manos en su cintura, acariciándole la espalda.

La boca de James cubrió la suya, abriéndola con su lengua traviesa, y ella cedió de inmediato a la dulce invasión. Había echado de menos tenerlo así, tan cerca, aspirando su aroma y sintiendo el calor de su cuerpo, contra el suyo. Se moría por preguntarle qué negocios atendía hasta tan tarde en la noche, pero no incurriría en el papel de posesiva. Lo veía salir de un modo tan natural, que tampoco encontraba motivo para sacar el tema a colación. «No quería ver fantasmas donde no existían», solía reflexionar cuando los celos intentaban metérsele en la piel. «Trabajo es trabajo».

Conforme la besaba, iba susurrándole su admiración. Le decía cómo le gustaban sus pechos firmes y llenos, el modo en que la suavidad de su piel se fundía con la suya, y la satisfacción que le daba cuando alcanzaba el orgasmo mencionando su nombre como si fuera un mantra. Ella no se arrepentía de haber confiado en él. Se sintió segura.

Grace se quedó sin aliento al sentirlo erecto, a través del pantalón de oficina que llevaba. No dejó de besarlo con la misma pasión que él le prodigaba, y en un gesto descarado, bajó las manos hasta sus nalgas y las acarició posesivamente. En respuesta él gruñó, mordiéndole el labio inferior. James saqueó diligentemente su boca, perdiéndose en su sabor a miel y especias.

—Grace... —murmuró, acariciándole los pezones sobre la tela de la blusa de seda que llevaba. La sintió temblar, y eso lo encendió aún más—. Creo que... —la acarició posesivamente—, tendremos que hacerle una visita a ese jardín, lo hemos tenido muy abandonado, preciosa...

En respuesta ella se rió, y profundizó el beso. Segundos después, como dos adolescentes cometiendo una travesura, salieron corriendo y se adentraron en el maravilloso espacio de calma que les ofrecía el jardín.

Georgette daba vueltas en el despacho de su padre. Él simplemente la observaba molesto. Su hija a veces podía ser un incordio. La había hecho esperar un buen rato, porque estaba terminando una conferencia telefónica con un inversor de Atlanta. Ni bien terminó y ella entró hecha un vendaval, molesta.

—¿Qué es lo que quieres hija?

—Dime quién es esa mujer de la que James está enamorado. Yo sé que lo sabes. ¡Dímelo!

—Georgie, cariño. Estás metiéndote en terreno privado. Si el muchacho está enamorado, qué más te da a ti —pensó recordando a la guapísima mujer que había

visto en la mansión días atrás.

Ella se plantó frente a él, con las manos sobre las caderas como una niña malcriada. Nicholas se arrepentía de haberla mimado tanto. A veces podía llegar a ser verdaderamente insoportable.

—¡No me gusta que me pongas como baza para tus juegos empresariales! —expuso airadamente y disgustada.

—Princesa no te pongas así. No es como lo expones. Él y tú son amigos. ¿Cierto? —ella asintió, pero se encargó de hacer una mueca—. Entonces tan solo se mostró interesado por tu bienestar, porque ese chico Draggs no es bueno, dulzura. Es todo.

Georgette odiaba cuando su padre le ocultaba las cosas, la creía estúpida o qué.

—Si no me dices quién es esa mujer, te prometo que puedes mandar a todo el ejército americano, y seré yo misma quien le proponga matrimonio a Phillip —lo retó furiosa.

Nick se preocupó.

—¿Por qué es tan importante para ti saber esa información? —preguntó con cautela. Su hija tenía la típica actitud de querer hacerlo alguna pasada.

«¡Ajaaaá! Así que no eran imaginaciones tuyas, esa mujer existía», concluyó Georgie, triunfalmente.

—Porque sí. Oye, papá, no tengo que contártelo todo. ¿Verdad?

Nicholas tenía un montón de papeles por revisar y reuniones por atender, estaba más que ofuscado y estresado, tener a Georgette gimoteándole, no le causaba gracia alguna. Si el único modo de deshacerse de su berrinche era diciéndole el nombre de una mujer, pues qué más le daba a él. Si Stratton estaba enamorado o no de la muchacha que había visto en su casa, no hacía diferencia si de ese modo su hija iba a dejar de fastidiarlo.

—No, no tienes que contármelo todo. Pero no quiero verte cerca de ese Draggs de nuevo. ¿Ha quedado claro, Georgie?

Ella respiró con alivio. Sabía cuánto lo agobiaba a su padre, y cuando lo hacía a propósito, como en ese instante, siempre obtenía lo que quería. Él siempre accedía a cualquier cosa con tal de que lo dejase trabajar en paz. Así que en esta ocasión no habría excepción.

—Sí, papá —le sonrió como niña buena—. El nombre. Dame el nombre.

—Grace Hastings —farfulló, observando el montón de documentos que tenía aún por despachas—. Y ahora, vete de compras hija, que tengo que hacer miles de llamadas.

Con una sonrisa maliciosa, y satisfecha de tener un nombre, Georgette fue a hacer exactamente lo que su padre le dijo: ir de compras.

Después de pasar una tarde deliciosamente sensual perdido en cada recodo de la piel de Grace, y volver a la oficina, recibió la llamada de Georgette. Le dijo que se había dado cuenta de que Phillip era una escoria y que no lo quería cerca. De hecho, para celebrar su nueva soltería, lo invitaba a *Sambuca*. Un bar-restaurant con música en vivo. Satisfecho de que finalmente sentara cabeza, aceptó. La última noche con ella. «Al fin», pensó sonriente.

—Señor, la llamada que me pidió en la línea dos —anunció Meryll. Después del éxito que tuvo su fiesta de cumpleaños, James le había aumentado el salario.

Se puso al teléfono.

—¿James? —preguntó Grace desde la mansión.

—Sí, preciosa —se sintió feliz al escucharla—. Oye, tengo bastante trabajo en la oficina. Sé que acordamos salir a cenar fuera hoy, pero surgió algo de último minuto y tengo que acudir. ¿Nos lo dejamos para mañana? —preguntó.

No quería mentirle. Le iba a contar el asunto del favor que estaba haciéndole a Nick. Además, después de sentir esa tarde el tacto de sus manos en la piel, recibir su desenfadada entrega sensual, sumado al hecho de que lo amaba y era la mujer más sincera que había conocido, no pensaba continuar guardándose sus sentimientos.

La había invitado a cenar, porque quería decirle lo que sentía por ella. La perspectiva lo emocionaba. Sin embargo, la llamada de Georgette lo obligaba a postergar sus planes. Tan solo un día más. Su responsabilidad era cerrar del todo el favor que le hacía a Nick. De ese modo, las cosas estarían en paz en la empresa, y no se vería en riesgo de tener que hacer despidos innecesarios. Si podía corregir el mal, es decir Georgie y sus amores impulsivos, lo haría con gusto.

Grace, por su lado, se sintió algo decepcionada, pero no dijo nada. Además, la cena era una excusa perfecta para contarle algo importante. Aunque quizá sería mejor esperar a que los treinta días terminaran, y así todo iría sin presiones entre ellos. Después de esa tarde, estaba segura que James la quería. Lo sentía. Tan solo tenía que



darle tiempo para que se habituara a la idea, y cuando se sintiera seguro, se lo confesara. Mientras tanto, ella lo seguiría amando por los dos.

—Sí, claro. Mañana, entonces. Que vaya bien la reunión —dijo fingiendo alegría, y James lo notó. «Tan solo retrasaría un día su declaración, no pasaba nada por un día».

—Gracias, dulzura —cerró el teléfono, y al hacerlo, no pudo dejar de sentir una extraña sensación de que algo no iba bien en la ecuación con Georgette.

*Sambuca* era un bar fabuloso. No solo la música en vivo, sino por el servicio de atención. Estaba ubicado en el histórico Hotel Rice de la ciudad, y esa noche, según lo que Georgie le dijo, habría una presentación de jazz. A él le gustaba mucho el jazz, además del blues, así que escucharía un poco, charlaría y asunto terminado.

Llegaron juntos, porque Georgette dijo que no quería regresar sola a casa. Y él caballeramente la había dejado en su casa los días que salieron. Ese sería el último. Georgette se había superado con el vestido de esa noche. Era un traje de seda color turquesa, que dejaba poco o nada a la imaginación. Él la obvió, pero la muchacha no dejó de acercársele como ventosa todo el trayecto hasta el local.

Ni bien pisaron la acera, un grupo de fotógrafos, tan igual como había sucedido las veces anteriores, los rodearon. James se vio sorprendido de pronto por un beso frente a los flashes que se disparan sin cesar. Georgette no había actuado así las ocasiones anteriores. El tema lo puso de mal humor.

—¡Señor Stratton! —gritó uno de los fotógrafos—. ¿Es cierto lo que dicen que está comprometido con la señorita Spalden, y por eso se asoció con su padre, Nicholas?

Jame miró irritado al fotógrafo, pero antes de contestar, Georgette se le adelantó.

—¡Claro que es cierto!

James la agarró de la mano, llevándosela furioso dentro del local. No iba a permitir que se armara un circo a su costa.

Se sentaron a la mesa, rodeados del ambiente de música. Nadie lo escuchaba porque estaban pendientes de la interpretación, y las voces se mezclaban con los altos y bajos de las notas musicales. James dio rienda suelta a su genio.

—¡Maldita sea, Georgette! ¿Qué fue eso? —preguntó enfurecido.

Ella se asustó al verlo tan colérico. Jamás lo había visto así. No con ella.

—Cálmate, cálmate. A esos hay que darles lo que quieren y ya está, luego se olvidan, y van tras otros millonarios. Lo normal, James. Si les decía que no era cierto, hubieran continuado indagando. Tú no querías eso. ¿Cierto?

—¡No sé a qué diablos estás jugando! Te he dejado claro que esto es un asunto de negocios, por todos los demonios —maldijo.

—Precisamente... —se acomodó en el asiento—. Pero no hemos hecho nada malo, ya verás cómo la prensa olvida ésta tontería —replicó con un tono tan malicioso que a él le causó asco.

—Escúchame bien, Georgette. Si de alguna manera estás metida en algo que afecte mi reputación y mi vida, de la forma que fuera, considérame tu enemigo.

Ella se rió.

—¿Sabes, James? No creo que yo pueda perder más que tú —replicó en tono velado.

—No me gustan las intrigas. Así que por tu bien, espero que no estés tramando ninguna. Si quieres hundir a tu padre, adelante, hazlo. Yo puedo quitarle la participación, conseguir otro socio y hacer que te deje sin un centavo. Soy un hombre con mucho dinero y recursos, pero sobre todo influencias importantes. No lo olvides —la miró con astucia.

—No lo harías. No le dirás nada a mí padre —gimió algo inquieta.

Aunque ella tenía su propio dinero, legado de su madre, contar como ex pareja a James Stratton le daba cierto estatus, no obstante, tenerlo de enemigo, no era una opción nada halagüeña. «Lo hecho, hecho estaba... y no había vuelta atrás», pensó. Le daba igual. De todas maneras en dos días había planeado un viaje a Dubai con unas amigas. Así que estaría fuera del alcance de James... o eso esperaba. Aún le faltaba una cereza al pastel. No iba a amedrentarse.

—No me tientes —replicó con frialdad y fiereza, destilando rabia por los ojos verdes—. Llama al chofer de tu padre, esta noche no mereces mi consideración.

La miró con desprecio, y la dejó botada en el local. Salió a toda prisa, mientras los flashes no cesaban. Entró en su automóvil y aceleró con rabia rumbo a la mansión.



## Capítulo 13

Era casi media noche cuando alcanzó The Woodlands. Ni bien parqueó el Porsche, entró a la casa y subió de dos en dos los escalones de la imponente escalera. Abrió despacio la puerta de la habitación de Grace. Se acercó sigilosamente y la observó dormir. Ni bien salió del local, por alguna razón sintió la urgencia de verla, y asegurarse que todo seguía bien.

Despacio, procurando no hacer ruido, empezó a desnudarse. Cuando terminó, se metió por el lado contrario de la cama. Grace se removió, hacía solo veinte minutos se había acostado, terminando de llenar unos informes para un cliente que tenía en Nueva Orleans. Sintió que la cama se hundía un poco y un calor familiar estaba cerca. Con los ojos cerrados y somnolientos, se acercó de espaldas a esa calidez tan agradable.

Grace tan solo dormía con una camiseta bastante floja, y las bragas. James acarició con delicadeza la piel de sus piernas, y ella se removió, girándose hacia él. James, sonrió al verla tan confiada al sentirlo cerca. Con los dedos inquietos dibujó sus facciones, lo hizo con suavidad para no despertarla bruscamente. Recorrió despacio el cuello elegante, y la piel suave de los brazos; luego subió por su cuerpo esbelto, para recorrer en círculos sus senos, y sintió cómo los pezones se pusieron erectos.

Él no tardó en reaccionar tampoco. Estaba duro. Y eso fue lo que Grace sintió, además de una mano que acariciaba su sexo con delicadeza, enviándole a su cuerpo una descarga de placer. Se removió contra esa mano, con una sonrisa tonta. La mano continuaba su ascenso tocando cada pedacito de piel. Ella poco a poco abrió los ojos, para encontrarse con unas gemas verdes y brillantes.

Él le sonrió, y dejó un beso fugaz sobre sus labios.

—Hola, cariño... —murmuró somnolienta, atrapando la mano de James, y entrelazándola a sus dedos.

—Hola, preciosa —sonrió, besando su mano. Se soltó y llevó la mano a su trasero. La asió y la acercó a su cuerpo.

Grace notó su desnudez, y aunque él no podía verla, supo que se ruborizó.

—¿James... ? —gimió cuando él le introdujo con lentitud la mano dentro de la blusa, y se apropió de uno de sus senos, pellizcando un pezón.

—Mmmm —rodeó el otro pecho, arrancándole a Grace un suspiro. Ella se dejó hacer, y a cambio deslizó la mano hasta la erección de James, rodeándola.

Él dio un respingo.

—Estás tan duro... —ronroneó. Él gruñó de placer—. ¿Qué tal fue la reunión de negocios? Deberías descansar un poco más... es tarde...

—Era una cena. Fue bien —respondió escuetamente.

Grace sonrió.

—¿Si? —acarició juguetona la longitud de terciopelo desde la base, hasta la punta, en movimientos tan deliberadamente pausados, y él creció más dentro de su mano. No dejó de apretar y soltar su miembro con tortuosas caricias—. Le tengo especial afecto a esta parte de tu anatomía —murmuró sonriendo. Le gustaba saber que lo excitaba el modo en que ella lo tocaba.

Él soltó una risa ronca. Agarrando la mano traviesa, se impulsó para dejarla debajo suyo. Se colocó a horcajadas, a la altura de sus redondeadas caderas, y apoyó firmemente su peso sobre las rodillas, para no incomodarla.

—Me da gusto que así sea, señorita Hastings —dijo en tono burlón, mientras ella lo devoraba con los ojos. Su abdomen firme y trabajado era un festín para los sentidos de Grace; aún en las sombras su físico era imponente—. Y ahora, me parece que duermes con demasiada ropa...

—Podemos ponerle remedio —expresó, removiéndose contra la dureza de James.

Sin darle tiempo a nada, le arrancó las bragas, rompiéndolas, y luego las lanzó a un lado. Ella jadeó por la impresión, y acto seguido, él la acarició con el dedo, lubricándola. Grace se contorsionó pidiéndole más.

—Aún... aún llevo mucha ropa... ¿No... no te parece? —jadeó entre palabras, mientras él sonreía con malicia e introducía un dedo en su centro, logrando que elevara las caderas, rozando sus muslos con su firme masculinidad. Le encantaba que ella fuera tan receptiva.

La terminó de desnudar, quitándole con rapidez la camiseta. Y luego reemplazó el dedo con la punta de su sexo. Pero no lo introdujo, sino que se deleitó empapándolo

de la humedad de Grace, para moverse contra los pliegues femeninos, torturándola por el anhelo y búsqueda del placer. Se inclinó hacia ella, para robar sus jadeos y gemidos con los labios. Ambos se fundieron en un beso salvaje y pasional.

Ella le deslizó las manos por la espalda, cuyos músculos se tensaban como una reacción en sucesión a cada caricia de Grace. Lo tocó con las uñas, y mordió sus labios con deseo, sin dejar de desearlo y elevarse intentando que el miembro de James, finalmente encontrara la profundidad del suyo.

—James... —gimió, al tiempo que él colocaba nuevamente la punta de su sexo en la entrada del monte de venus.

—Cuéntame, amor —murmuró descendiendo hasta uno de sus pechos, y chupándole el pezón con presteza, logrando que se endureciera más dentro de boca. Le encantaba la sensación y el sabor de sus senos en su boca. Era una mujer con un cuerpo hecho para el placer y el pecado. *Su mujer*, pensó posesivo.

—Ahhh... Oh... James... —jadeó cuando él succionó con más fuerza, y repitió la tortura al otro pecho, sin dejar de atormentar la entrada de su resbaladiza feminidad—. Más profundo... te deseo... hazme tuya...

Él sonrió con picardía, y con sus muslos abrió más los de Grace, dejándola aún más expuesta. Enlazó los dedos con los suyos, y llevó las manos de ambos sobre la cabeza de Grace. James se irguió un poco, quedándose con el rostro cerca. Apenas se introdujo un poco dentro de ella. Grace se retorció.

—¿Te he dicho lo hermosa que te ves cuando estás excitada? —preguntó embelesado al verla con el cabello revuelto sobre la almohada, los labios hinchados por sus besos y ligeramente abiertos emitiendo grititos de placer y ansia.

—Tú también eres condenadamente hermoso —susurró con fervor, anhelando que él la poseyera—. Ahora... por Dios, no me tortures más y...

Grace no pudo continuar, porque él se deslizó completamente dentro suyo con una única y poderosa embestida, que le quitó el aliento. Sus caderas se movieron al unísono, y ambos se sostuvieron la mirada, mientras sus cuerpos se apretaban y se retaban en un compás amortiguado por gemidos y jadeos.

James siguió bombeando profundamente en ella. Dos, tres, cinco, siete, veces. Salía de ella. Luego repetía el ritmo, hasta que poco a poco sus respiraciones se volvieron cada vez más agitadas, más apuradas. Ella mordía el hombro de James, y él devolvía el favor chupando y besando sus pechos y cuello, susurrándole a ratos en el oído lo que sentía al adentrarse en su interior. Grace vibraba con cada penetración, y también salía al encuentro de los embates poderosos y viriles de James con sus caderas; lo tocaba en todas partes.

—Oh, James... —gimoteó.

Con una última y firme embestida, James la llevó al clímax. Cuando sintió cómo el guante cálido lo apretaba, y aflojaba con cada contracción de Grace, experimentó la contracción de sus propios músculos, y se dejó llevar por una explosión de placer embriagadora.

—Hermosa —murmuró James, mientras la abrazaba y besaba, cuan exhaustos y saciados se sentían en ese instante.

Agotada, lo miró con los ojos llenos de confianza y ternura. A él se le encogió el corazón, y sintió cómo el sentimiento de culpa lo atenazaba de nuevo. Iba a decirle finalmente lo que había ocurrido horas antes, pero ella puso la mano sobre su mejilla con tal devoción, que se quedó hipnotizado.

—Te amo tanto... —susurró. Luego cerró lentamente los párpados, quedándose dormida.

«Y yo a ti... », quiso decirle. Se sintió como un completo imbécil. No iba a despertarla. Así que con la mayor ternura, la acurrucó. Luego los tapó a ambos con la sábana.

Antes del amanecer, James la había despertado, tocando su centro con exquisita sensualidad, para hacerle el amor. No se podía saciar de Grace. Ella se dejaba ir en sus brazos, porque le encantaba cómo sus cuerpos se acoplaban para darse mutuo placer. Aunque no conversaban de negocios en la cama, brevemente él respondió a su pregunta de lo ocurrido con los Jeong, y a ella le causó pesar que ese simpático matrimonio hubiera perdido su fortuna. Al verla pensativa, él la besó profundamente, y después de terminar saciados de pasión, ambos volvieron a dormir.

Cuando despertó, Grace buscó instintivamente el calor de James, pero no lo encontró. Abrió los ojos y se topó con el otro lado de la cama vacío; tan solo la huella sobre la almohada, indicaba que habían pasado la noche juntos. Al incorporarse se encontró con una pequeña nota sobre la mesita de noche, y una rosa.

Con una sonrisa tonta, la leyó.

*Me tuve que ir a la oficina, mi amor.*

*Hoy tenemos una cena pendiente. Paso por ti a las ocho.*

*J.S.*

«Mi amor», se repitió feliz, dejando la nota sobre el escritorio. Entró al lavabo, pero ni bien dio un paso dentro, tuvo que agarrarse fuertemente del manguito de la puerta para no caerse. «El mareo de los últimos días». Le quería contar de sus sospechas a James, pero es que ya era imposible para ella no darse cuenta. Además cada vez que desayunaba, a veces lo devolvía, o le daban arcadas. Lo único que retenía el estómago era una infusión.

Lo que ella había querido contarle a James eran sus especulaciones al respecto. No era un tema sobre el cual tratar a la ligera. Así que fue hasta su bolso, en donde tenía guardada la prueba que se compró el día anterior. Fue al baño, y conteniendo la emoción, aguardó el resultado.

Menos de un minuto después confirmaba sus sospechas. «¡Un hijo de James!», pensó extasiada. No sabía cómo iba a reaccionar él, pero después de todo lo que habían vivido esos días, y por el modo en que se comportaba, estaba segura que iba a adorar la idea tanto como ella. «Un muchachito con el temperamento obstinado de su padre, y a lo mejor mis ojos celestes», sonrió feliz.

Cuando ella observó el sol filtrarse con fuerza por la ventana, decidió que no iría a atender ningún asunto que hubiera en la oficina. Despacharía desde la casa, y pensaba buscar toda la información posible sobre los embarazos, y el cuidado que debería tener una madre primeriza. ¡Iba a ser mamá! exclamó en voz alta, poniéndose un pantalón blanco y una blusa sin mangas aguamarina. Se recogió la coleta, y bajó a desayunar.

Fiona la observaba con cierta suspicacia.

—¿Cómo amaneciste, querida? —le preguntó dejando un plato de frutas sobre la mesa, y una tarta de jamón con queso, que Landy había preparado.

Grace involuntariamente al oler el jamón sintió arcadas, y se fue corriendo por el pasillo.

Cuando regresó, Fiona no dijo nada. Le retiró la tarta, y dejó una infusión de cedrón sobre la mesa, que ella agradeció en silencio. El ama de llaves la miró alegre, y luego tomó asiento frente a ella.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó Grace con una sonrisa, al ver que Fiona la contemplaba prudentemente en silencio, esperando a que dijera algo.

Ahora que conocía mejor a la amiga de Rose, entendió que por el modo tan diligente de actuar con ella, ya sospechaba algo. El asunto de las arcadas no era nuevo. No por nada se iba corriendo el lavabo casi todas las mañanas de los últimos días.



Daba gracias que los días que desayunó con James, no había ocurrido. «Mi sistema es muy oportuno», se dijo con una sonrisa. Nada podía ensombrecerle esa maravillosa noticia. «Un hijo mío. No importara lo que sucediera, siempre lo tendría a él, o a ella», pensó alegre.

—Lo sospechaba cuando dejaste de dar buena cuenta de tu desayuno como has venido haciendo desde que te conozco, para reemplazarlo por una infusión con galletas de sal. Además —le tomó la mano con aprecio—, tienes un brillo especial en tu mirada. Aunque no me diga que estás esperando un hijo, me dice que estás enamorada de ese testarudo muchacho. ¿Eh? —preguntó bonachonamente.

Grace se rió, relajándose. Le gustaba esa señora.

—Sí... estoy embarazada. Lo confirmé esta mañana. Y sobre James, pues... sí, tiene razón en sus conjeturas amorosas —le hizo un guiño, y Fiona rió.

—¡James estará encantado, muchacha! Él ha cambiado mucho desde que está aquí contigo, ha vuelto a sonreír, e inclusive cuando está en la biblioteca atendiendo cualquier asunto, se lleva a Munk. ¿Qué te parece eso?

—¿De verdad? —la mujer asintió—. Oh, Fiona, me da tanta alegría.

—A mí también, en nombre de Rose, te agradezco lo que has hecho por su nieto. Le has devuelto el corazón —ante esas palabras, la mirada de Grace se ensombreció. Y como si el ama de llaves hubiera leído su mente, le dijo: —Estoy segura de que también te ama, simplemente que esas palabras para él son doblemente más importantes, que para cualquier mortal —la miró con calidez, y Grace asintió.

Durante gran parte de la tarde estuvo leyendo revistas exclusivas de maternidad, aprendió un montón en tan pocas horas. Era extraño como una creía que ser madre era un acontecimiento pasmosamente impresionante, cuando ocurría con tanta frecuencia. Pero así era la ilusión de ser mamá, pensó contenta.

Cuando estaba terminando de acomodarse la coleta, la llamaron del interfono. Harris le decía que una mujer había ido a verla. Que ella supiera, había dado orden expresa a Sylvia que no le pasara la dirección a nadie. «A lo mejor se trataba de una emergencia en la empresa», se preocupó.

—Harris, hágala pasar, por favor. ¿Le dijo su nombre? —preguntó ella.

Se escuchaba el rugir del viento contra el auricular.

—No le entendí bien cómo se llama, disculpe, es que ando un poco sordo —gritó Harris, encendiendo nuevamente la podadora.

Sentada en el Salón Inglés, sostenía a Munk en el regazo, y se imaginaba cómo sería su bebé. Ya pensaba en los nombres si fuera un niño, o una niña. Esa noche se lo tenía que contar a James; confiar en él había sido su mejor apuesta. A veces el amor no era todo lo que una espera, pero sin duda en este caso empezaba a marchar poco a poco.

Fiona apareció en la puerta con una expresión extraña.

—Grace —dijo seria—. La señorita Georgette Spalden está aquí.

«¿Spalden? ¿No se llamaba así el socio de James?».

—Claro, hágala pasar, Fiona.

El ama de llaves asintió.

Segundos más tarde un frufrú de faldas de alta costura entraba a la estancia. La cabellera larga en rizos ondulados caía con gracia, hasta la cintura de la espectacular figura femenina. Georgette se plantó frente a ella.

—¡Vaya! —exclamó sin saludar si quiera, llevándose sorprendida y afectadamente una mano al pecho—. Ahora veo de qué me sonaba tu nombre. Grace Hastings. ¡La mesera del DaMarco! —se mofó—. ¿Trabajas de sirvienta aquí?

«Uno, dos, tres», contó Grace en silencio. «Calma ».

—Georgette —dijo a modo de saludo. «Claro que se acordaba de la víbora ricachona. ¿Qué estaba haciendo en la mansión?» —.Ser mesera no es una vergüenza, y si no tienes nada que decir, ya puedes regresarte por donde entraste. No voy a admitir que me insulten en mi propia casa.

Con un modito altanero, Georgie se puso lo más lejos de ella; es decir, en el butacón de enfrente. Su presencia le daba tan mala espina, que sintió revolvérsele el estómago de nuevo.

—Así que desde que lo viste en el restaurante le echaste los tejos, y no has cejado en tu intento de conquistarlo. ¿Eh? —dijo sin preámbulos, cruzando la pierna, y observándola con superioridad.

Ella no podía alterarse, no iba a hacerlo; no cuando dentro de ella crecía una vida maravillosa.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó sin hacer caso a su comentario.

—Que lo dejes en paz.

Grace la miró interrogante, el enfado empezaba a invadirla. Por culpa de la zorra aquella la habían despedido de su trabajo, y estuvo a punto de vivir calamitosamente de no haber sido por Rose. Así que de empezar a provocarla aún más, sacaría su lado menos sutil del arcón de los recuerdos y lo utilizaría con ella.

—Tú no eres de su clase. ¿No te das cuenta? Mírate nada más —le hizo un gesto despectivo con la mano señalando su ropa. Munk se removi6 entre sus manos—. Con esas fachas recibiendo visitas. Debes darle vergüenza, y seguramente por eso no te saca a ninguna parte con él. Lo que James necesita es una mujer de mundo, que haya viajado lo suficiente y vivido para entender sus gustos... en todos los sentidos —recalcó con malicia la última parte.

—Si no dejas de decir estupideces mi último gramo de paciencia se va a acabar; entonces sí, tal y como has venido provocándome *la mesera*, como me llamas, saldrá a flote y te mandará con viento fresco lejos de aquí.

Georgette tuvo la desfachatez de reírse a carcajadas.

—¡Oh, pero qué ingenua eres! ¡Espero que no te hayas enamorado de él!

—Mis sentimientos no son de tu incumbencia. Ahora largo de mi casa —respondió con un tono acerado, dejando a Munk en el piso, quien reconociendo la clase de peste que era Georgette se fue a echar detrás de la consola.

—Mira, un amigo que trabaja en el despacho de Jason Morris —Grace la miró con fastidio—, me contó, ya sabes que cuando los hombres se van de copas hablan de más, que ustedes dos están solo por el dinero de una herencia de no sé qué. James ya tiene el dinero de mi padre, si se queda aquí es porque quizá tú le calientas la cama —Grace se abstuvo de levantarse y abofetearla; no iba a caer en su juego estúpido—, pero querida con quien está prometido para casarse es con otra.

Ahora sí dejó en evidencia su asombro. «¿De qué le hablaba esta furcia?».

—Ohhh, pobrecita, ha estado viviendo en una nube... a ver. ¿Dónde crees que ha pasado James las últimas noches? —rebuscó en su bolso gigantesco de Chanel—. ¡Aquí tienes! Espero que con eso nos dejes a mi novio y a mí en paz —se puso de pie, y le dejó en el regazo cuatro revistas y dos periódicos—. Tomaré este asunto entre tú y él como un tonto. Ahora que ha hecho la alianza con mi padre, tiene todo lo que necesita —Grace no daba crédito a la foto de James y Georgette en la portada de besándose a la salida de un restaurante. Otras fotos nocturnas también constaban en los ejemplares—. Y claro, todas estas noches hemos estado planeando nuestra boda, ya sabes, días románticos, claro que no voy a entrar en detalles —«¿Así que éstos eran los negocios de los últimos días en las noches... ?», reflexionó Grace con una profunda tristeza—. Como ves tiene una pareja de su mismo nivel y altura. Menos mal no soy celosa —tuvo la desfachatez de sonreír.

«Yo juego con alguien que tenga clase, y que esté a mi altura. Y tú definitivamente no lo estás», las palabras que le dijera James semanas atrás le vinieron de golpe a la mente. Habrá sido idiota para decirle que lo amaba, pensó con amargura. «Y su “mi amor” de la mañana, fue probablemente otra de las ironías de convivir con un mujeriego», reflexionó apesadumbrada.

En todas las fotos de los ejemplares que tenía en sus manos, había titulares parecidos: “Magnate texano prometido en matrimonio con hermosa heredera”; “Heredera se compromete con el multimillonario James Stratton”. Luego las tomas fotográficas diversas. James besando a Georgette. Ambos entrando en un restaurante. Ella sonriendo, y él tomándola de la mano para entrar en el local.

El mundo empezó a tambaleársele, pero no podía mostrarse débil. Haciendo acopio de toda su fortaleza, terminó de hojear las revistas y los periódicos, y los dejó en el sillón contiguo con indiferencia.

—¿Y qué pretendes que haga yo con esto? —preguntó con una frialdad que no sentía en absoluto. Al contrario, tenía los nervios en efervescencia.

—Yo tan solo te vengo a pedir civilizadamente que dejes a mi novio. Y además, para que no digas que soy una mentirosa, te traje varios ejemplares, y claro, mi testimonio personal —sonrió.

Grace se fijó en el anillo que la muchacha llevaba en el dedo.

Obviamente, ella no tenía por qué saber que Georgette se había puesto la sortija de pedida de mano de su madre, ni que había orquestado todo para vengarse de James por dejarla. Ya decían que una mujer herida era la peor arma que existía contra un hombre. Y Georgette era el ejemplo perfecto.

—Bueno, gracias por informarme, querida —replicó utilizando el mismo tono condescendiente que Georgette había usado con ella—. Te doy desde ahora mi enhorabuena, pero si es todo lo que has venido a decirme, ya puedes irte. A diferencia tuya, yo trabajo.

Cuando Georgette y sus tacones empezaron a perderse por la casa, Grace se quedó contemplando un punto fijo en el vacío. Por instinto se colocó la mano en el vientre, pero no derramó ni una sola lágrima. No volverían a hierirla ni a burlarse de ella, jamás.

Grace terminó de hacer su equipaje. No quería saber nada de James, aunque Fiona, Harris y Landy intentaron persuadirla de quedarse; ella se negó a sus ruegos, y les prohibió contarle que se iba. Renuentes, pero leales al saber que James se había comprometido con la hija de Nicholas Spalden, aceptaron. No era novedad para ellos que entre los herederos había surgido algo más que una convivencia de negocios,

pero se apenaban de lo ocurrido.

Ella contempló la habitación, y se fijó en la cama, aún desordenada. La rosa continuaba en la mesita de noche, y a ella se le oprimió el corazón. ¿Por qué simplemente no pudiste ser sincero?, dijo a nadie en particular. Si una grúa le hubiera pasado encima, no habría sentido tanto dolor como en ese momento. Un nudo en la garganta amenazaba con destaparse y dejarla gritar todo lo que quería.

Era una estupidez haberse enamorado de él. Todas esas idioteces que le decía, su arrepentimiento, las risas; todo una mentira, mientras se veía con esa mujer y se burlaba de ella. Seguramente se rehusaba a decirle que no la quería, porque saberse amado le elevaba el ego. Y quedarse callado era la mejor solución. Cómo se habrá reído con la rubia plástica, contándole que era virgen a sus veintiséis años.

Los pensamientos de Grace eran un hervidero, cada uno más doloroso que otro.

Al terminar de cerrar la última maleta, le pidió en un susurro a Fiona que no le contara a James de su embarazo. Ella tuvo que aceptar también a regañadientes, aunque no por eso intentó persuadirla de lo contrario. Grace le dijo que no iba a permitir que su hijo fuera una excusa para que dejara a su prometida e intentara atarse a ella. Un hijo jamás sería un pretexto; y sería solo suyo, de nadie más. Había defendido su postura, y Fiona al verla tan alterada, sabiéndola embarazada, no insistió.

Cuando estaba subiendo la última bolsa de su equipaje en su BMW, Munk salió corriendo hasta ella. Y Grace ya no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Cogió al cachorrito entre brazos, y lo besó, le dijo lo precioso que era, pero que probablemente el imbécil de su dueño iba a echarlo de menos, por eso no podía llevárselo.

—Señorita Hastings —habló Harris, ayudándole a cerrar el maletero del automóvil—. Piénselo mejor, no se vaya. Luche por el muchacho. A lo mejor todo esto es un mal entendido.

Ella miró impotente a Harris. El hombre se había comportado extraordinariamente, pero una revista podía mentir; cinco, imposible. Además si la mujer se había tomado la molestia de buscarla, y plantársele en la casa con tremendo anillo... no tenía muchas vueltas que darle.

—Lo siento, Harris —le tomó las manos entre las suyas—. No puedo. Después de que pasen cuarenta y ocho horas, todo pasará a manos de James como corresponde. Nada de esto me pertenece —expresó, mientras el hombrecito la observaba con tristeza.

«Mi bebé lo será todo de ahora en adelante», se dijo a sí misma para darse fuerza.

Despidiéndose con un abrazo del jardinero, Grace encendió el switch del auto. Por el retrovisor vio que Landy corría hasta ella llamándola. Apagó el coche, y esperó a que la mujer se acercara.

—El señor James... —tomó aliento—, dice que lo disculpe que no podrá venir esta noche a casa, le ha salido un viaje de negocios, tiene que irse a Denver. Me pidió hablar con usted —Grace la miró esperando escuchar la respuesta que la mujer le había dado—, pero yo le expresé que se encontraba usted en una conferencia telefónica en la biblioteca —Grace respiró aliviada—. Pero Grace, no se vaya... trate de hablarlo con él.

—No, Landy. Esto ha sido muy humillante.

La mujer no volvió a insistir, y los tres integrantes de la casa, con Munk a sus pies, la despidieron desde la entrada de la mansión, al tiempo que Grace aceleraba su automóvil, saliendo de la vida de James Stratton.

## Capítulo 14

James batallaba en la oficina poniendo en marcha reformas internas, y readecuando el presupuesto en base a la inyección de capital que le había dado la fusión con Spalden. El inesperado viaje a Denver lo tenía de mal humor. Quería ver a Grace, porque mientras tecleaba en la portátil, sonreía como un idiota, y cuando atendía las reuniones en realidad pensaba en el modo en que sus ojos reían al pincharla, o el momento en que su ceño se fruncía al pensar demasiado sobre algún asunto. Ella era única, y era suya.

—¿Estás muy ocupado? —preguntó Gregory desde la puerta.

—Cuéntame, Greg.

Su hombre de confianza en el área de finanzas de la empresa, se acercó con evidente preocupación.

—No me compete lo que te voy a decir, pero igual lo haré. Primero. Te felicito por tu compromiso —James escuchó confuso—. Segundo. La muchacha va de escándalo en escándalo. No es una época para darnos el lujo de una mala publicidad, estamos invirtiendo, negociando. Sé que no te gusta que otros te digamos las cosas así tan de frente, que prefieres tomar tus propias decisiones, pero...

—¿De qué demonios estás hablando? —interrumpió enfadado.

—Georgette Spalden. Portadas en los diarios de chimes y revistas del corazón de la ciudad esta mañana...

A James se le heló la sangre. «Grace». Sin pensárselo dos veces, despachó a Greg diciéndole que no se iba a casar con esa muchacha, y llamó a la mansión. Nadie contestaba. Después de lanzar varias imprecaciones, insistió, y finalmente Landy le comunicó que Grace estaba ocupada atendiendo una conferencia telefónica en el despacho. A Grace no le interesaba la prensa del corazón, pensó calmado, sin dejar de maldecir su inoportuno viaje a Denver. La llamaría al llegar a Colorado. Aunque no fuera lo más adecuado hacerlo telefónicamente, le contaría lo de Georgette, ella lo comprendería, y todo arreglado. Con ese pensamiento se relajó, y se alistó para viajar.

Grace condujo hasta su departamento. Admiró su alrededor y se sintió satisfecha de tener de vuelta su propio espacio, sin incordios ni temores. Nada como estar en casa, pensó recorriendo la sala de muebles blancos. Durante el trayecto de vuelta había pensado que quizá dejar The Woodlands era lo mejor; no quería absolutamente nada que le correspondiera a James por derecho propio.

Aunque, irse de la casa sin encararlo no encajaba en su personalidad, estaba lo suficientemente enfadada y dolida como para prestar atención a su vena combativa. Claro que hablaría con James, le diría unas cuantas verdades, excepto que esperaba un hijo suyo, y luego se alejaría definitivamente. Suficiente dolor le causó saber que había estado engañándola. Arreglaría sus asuntos, y cuando la efervescencia del enojo se hubiera pasado, le plantaría cara.

Con ese pensamiento se dio un baño, y se vistió para ir a la oficina. Un pantalón elegante y ajustado en tono malva, una blusa celeste de seda sin mangas, y zapatos de tacón de Jimmy Choo. Maquillaje básico, y su coleta práctica y cómoda. Después bebió un poco de zumo, y se dirigió a las oficinas de Morris & Handermann Abogados. Con el experto legal tenía que dejar todo claro.

—¡Qué placer volver a verla, señorita Hastings! —saludó Jason de excelente humor. La última vez el ambiente tenso de la casa lo había incomodado bastante, pero la muchacha era verdaderamente un encanto.

Grace estrechó la mano regordeta con amabilidad.

La oficina de Morris contrastaba bastante con su personalidad aparentemente austera. Al contrario de la sala de reuniones, en la que había sido citada con James semanas atrás, el despacho contaba con muebles de madera tallada, un cuadro de Gauguin, original seguramente, y un Picasso. La alfombra era una aubusson, lo dedujo porque en la mansión había muchas de ellas. El despacho debería valer al menos unos trescientos mil dólares en inmuebles. Los abogados hacían mucho dinero. Hubiera estudiado leyes, reflexionó, esperando a que Jason dejara su pluma fuente Montblanc sobre el escritorio.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—He decidido abandonar la mansión, quiero dejarle todo al señor Stratton.

Él disimuló su sorpresa. Los clientes con los que solía tratar estilaban ser bastante excéntricos, en ocasiones ridículos, así que permaneció en silencio esperando que ella continuara su explicación.



—Necesito que elabore un documento en el que dejo constancia de lo que estoy haciendo. No deseo absolutamente nada, y ya he abandonado la casa —informó por si el abogado pensaba preguntárselo. A pesar de que era un profesional prudente, Grace podía leer sus facciones con demasiada facilidad.

Jason se aclaró la garganta.

—¿Lo sabe el señor Stratton?

—No creo que interese. ¿Lo cita como importante el testamento?

—No, señorita Hastings. En absoluto.

—Entonces, no habrá problema —comentó con calma. Inmediatamente le pidió que quería dejar constancia de que ya había permanecido fuera de la mansión cuarenta y ocho horas. Jason se dio cuenta que no era cierto, pero no reprochó nada. Verse forzada a vivir con una persona que era tan complicada de manejar como James Stratton, debía ser difícil. Así que accedió a la petición de ella a regañadientes.

—Si me da más o menos una hora le tendré listo los papeles.

Dos horas más tarde, con los papeles firmados, volvió a la Corporación de Asesores Hogan. Charló largo rato con Sylvia, y designó a Esmee Fleur como la gerente encargada, hasta que el nuevo dueño dispusiera quién se quedaría a cargo definitivamente. Mientras se reunía con cada uno de sus colaboradores, sintió aprensión y pesar. Había hecho en pocos meses unos colegas estupendos, y todas las horas invertidas le representaron un aprendizaje invaluable, y una cartera de clientes valiosísima.

—No te puedes ir así, Grace —murmuró Sylvia, mientras la observaba guardar sus pertenencias en un pequeño cajón movable, en la que hasta hoy sería su oficina—. No puedes dejarle todo a ese arrogante.

—Es todo suyo por derecho, Sylvia.

Su asistente la observó suspicaz.

—¿Desde cuándo lo defiendes?

Grace dio un respingo.

—No lo estoy haciendo, simplemente quiero alejarme de él.

—Mira, hasta hace dos horas que llegaste eras mi jefa. Ahora somos solo dos mujeres que han trabajado codo a codo desde que montamos la empresa, y que son

amigas desde la universidad. ¿Qué sucede, Grace? Sé que no somos muy cercanas, pero sabes que soy una persona discreta.

Ella asintió.

—Yo... —se miró las manos, y luego fijó su atención en la puerta de su despacho que permanecía cerrada—. Me enamoré de él.

Sylvia sonrió ampliamente.

—¡Enamorarse es maravilloso! —exclamó con un brillo en su rostro.

—Sí, pero cuando estás embarazada de la persona que no te corresponde, y se piensa casar con otra, entonces es más una pesadilla —murmuró con un dejo de tristeza. Y luego le contó su historia con Georgette y James cuando trabajaba en DaMarco, además de la visita que la rubia le hizo a The Woodlands horas antes.

Su amiga la observó boquiabierta.

—¿Qué dices? ¡Embarazada! ¿Se lo has dicho, y aun así piensa casarse con otra mujer? —indagó totalmente desconcertada.

—Shhh, baja la voz —pidió con un susurro—. Él no sabe que estoy esperando un hijo suyo...

—Tienes que decírselo.

—No.

—Grace no puedes negarle saber esa noticia, ya no eres solo tú. Está de por medio una vida que está creciendo dentro de ti. Olvídate de esa mujer estúpida. ¿Cómo sabes que es cierto lo que dijo a ver? ¿Acaso no me contaste que también te había hecho echar del DaMarco?

—Él no me quiere. ¿No lo entiendes? —preguntó con la voz rota.

—Oh, Grace —bajó el tono de su voz, y se acercó dándole un abrazo—. Lo siento, te ayudaré en todo lo que necesites.

—Yo tengo pensado abrir mi propia consultora... tengo mis ahorros y con ellos podemos empezar bastante bien. ¿Te gustaría ser mi socia? —preguntó con ilusión secándose las lágrimas. Al menos algo bueno sacaba de todo eso. Finalmente sería independiente y tendría su propia consultora financiera.

Sylvia asintió, y ambas sonrieron.

Aquella noche, Grace dormiría con una nueva meta en su cabeza. Sabía que nunca iba a poder sacárselo a James de la mente, peor del corazón; sin embargo, esperaba que con el pasar de los años, el dolor fuera menos intenso.

James estaba de pésimo humor en su hotel de Denver. Su avión privado tuvo un desperfecto, y había tenido que coger un vuelo comercial de ida, y ahora de regreso a Houston. De esas cosas que odiaba. Por si fuera poco, las conversaciones sobre la propuesta de construcción del hotel, causa por la que estaba en Colorado en ese momento, no fueron suficientemente convincentes, y decidió desechar el proyecto. Tampoco prosperó la venta de un conjunto residencial. El talante se le avinagró aún más, cuando llamaba al móvil de Grace y sonaba la grabadora. En la mansión le decían que estaba ocupada, o evitaban responderle de algún modo.

No entendía por qué demonios no respondía sus mensajes, ni sus llamadas. Todo estaba perfectamente bien cuando la dejó esa mañana. De hecho, Grace y él, se habían compenetrado de una manera estupenda. En las mañanas nadaban juntos, o trotaban antes de empezar la jornada de trabajo. Almorzaban cuando coincidían en los horarios libres del medio día; y al anochecer se perdían en un mundo de susurros, caricias y placer. A veces, simplemente pasaban horas conversando. Fuera de la cama, se complementaban perfectamente. De verdad que no comprendía que podría estar sucediendo.

Su enfado estaba en su límite máximo. Aunque el hotel en el que se alojaba en Denver era confortable, por algún maldito motivo los vecinos de la suite presidencial habían armado un entuerto y no paraban de hacer ruido. Gracias a esa panda de idiota, no pegó un ojo en toda la noche. Ahora estaba terminando de empacar su escueta maleta, rumbo al aeropuerto. Si Grace lo estaba evitando, tendría que saber por qué; no le había dado ningún motivo. De paso, también se encargaría de saber la razón por la cual las personas en la casa se hacían los desentendidos.

El vuelo aterrizó con retraso, sobre las seis de la tarde.

—¡Grace! —llamó James ni bien abrió la puerta de la mansión.

Esperó, pero no hubo respuesta.

—¡GRACE! —volvió a llamar, caminando por la casa, revisando la biblioteca, el salón inglés, la sala de estar; luego subió de dos en dos las escaleras, y abrió de un solo golpe la puerta de la habitación donde ella dormía. Vacía; como si nunca hubiera estado ahí. Fue hasta el baño, pero las cremas y perfumes habían desaparecido.

Lo invadió una sensación de pánico, y la garganta se le secó. La misma sensación que tuvo cuando su abuela lo había abandonado. Maldijo para sus adentros. Otra vez. Había dejado que sus barreras con Grace fueran desvaneciéndose poco a poco, para encontrarse totalmente confundido y vulnerable. Maldita fuera su suerte.

Sin darse tiempo a nada, bajó hasta el jardín. Seguramente ahí estaban los alcahuetes de Grace. ¿A qué estaban jugando? ¿O a lo mejor se lo estaba imaginando todo?

—¡Harris! —pronunció conteniendo la ansiedad.

El hombrecito cortaba los tallos de una flor marchita, mientras echaba abono alrededor de unos brotes de tulipán que habían enviado desde Holanda. El anciano era consciente del semblante sombrío y amenazador que tenía James. Lo conocía de toda la vida, por ello sabía que cuando se enterara que esa muchacha se había ido, estaría nuevamente taciturno como antaño al quedarse sin sus padres y sin Rose.

—Hola, muchacho. Pásame esa pala. ¿Quieres? —a regañadientes y sin muchas ganas, James hizo lo que le pidió. Harris removió un poco la tierra—. ¿Qué sucede?

Él pareció meditarlo un rato, pero el jardinero continuaba haciendo su trabajo.

—¿Dónde está?

Harris fingió no entenderlo. Por ello continuó hundiendo y sacando la pala en la tierra humedecida con el irrigador artificial.

—¿Mmm? —preguntó.

—Maldición, Harris. Dónde está Grace —expresó entre dientes.

—No está.

James estaba perdiendo la paciencia, pero tenía suficiente respeto y aprecio por él como para decirle groserías. Parecía como si Landy y Fiona hubieran desaparecido por encanto.

—¿No me digas?

—Oh, sí, es la verdad —replicó en tono serio el hombre de penetrantes ojos negros, cuando en realidad tenía ganas de reírse. «A veces los muchachos podían ser testarudos y tontos en el amor».

—Espero que no me estés tomando el pelo —gruñó, agarrando de un tirón la pala y haciendo el trabajo de Harris con más fuerza de la que debería. El jardinero lo dejó

hacer. A lo mejor así descargaba su frustración, especuló.

—No, no te estoy tomando el pelo. La señorita Hastings ha salido.

Dejó de aporrear la tierra. Lo miró iracundo.

—¿¿Con maletas y equipaje completo, sin dejar una sola huella?!

—No creo que vuelva.

—¿Por qué se fue? —apretó el mango de la pala.

—No sé nada de eso. Tan solo la vi partir esta mañana, lucía algo enfadada. No sabría decirte. Aunque Fiona y Landy parecen estar más enteradas. Ya sabes —le dijo como si estuviera contándole un gran secreto: —Son mujeres.

—Entonces supongo que podrás iluminarme sobre el paradero de esas dos mujeres que se han confabulado para no pasarme el teléfono en todo el maldito tiempo que pasé en Denver.

Harris observó el cielo, sin hacerle caso.

—Vaya... ya se está escondiendo el sol. Creo que en lugar de preguntarle a ese par de viejas cotorras deberías ir a buscar a la señorita Hastings —luego asentó, con la planta de las botas de trabajo, la tierra; le hizo un gesto con la gorra a James a modo de despedida, y se encaminó hacia la casa que tantos años había cuidado.

James se quedó pensativo, y como si nada pudiera ir peor, el cielo se terminó de cerrar y las gotas de lluvia empezaron a precipitarse sobre su cuerpo. Incapaz de pensar o de sentir, estuvo varios minutos bajo la gruesa cortina de agua que caía sin cesar.

La botella de brandy que había en la biblioteca era exquisita. O quizá, después de casi habérsela acabado, el sabor se convertía en lo que su paladar quisiera imaginar. «El sabor de Grace por ejemplo», pensó con sorna.

Recostado, o más bien desparramado, sobre el mueble del salón contemplaba a Munk. El cachorro parecía observarlo con reproche.

—¿Ahora tú también me vas a recriminar?

Munk ladró.

—Embustero ¿Así que también ella te ha conquistado, eh? —gruñó girando el sobre que Fiona le dio minutos antes cuando estuvo seco. La mujer se había negado en redondo a darle explicaciones sobre Grace, y él le dijo que estaba despedida. El ama de llaves tuvo la osadía de reírsele, y luego se perdió por los pasillos de la mansión—. A lo mejor quieres saber qué dice éste maldito sobre —le dijo a pequeño labrador.

El cachorro se giró de lado, y respiró profundamente.

—Sí, ya sé, este tema de los papeleos de humanos son una tortura. ¿No?

Munk cerró los ojos y se durmió.

James rasgó el sobre de Morris & Handermann, Abogados. No dejó de leer en ningún momento. El único sonido era su propia respiración. Grace firmó la renuncia a la herencia, dejándoselo todo a él, aceptando que pasó cuarenta y ocho horas fuera de la casa, incumpliendo la cláusula del testamento. El documento estaba legalizado.

Ahora ya tenía todo lo que había esperado y querido. La casa. Los doscientos y poco más de millones; inclusive la empresa que su abuela y Grace levantaron juntas. Todo. Y se sentía tan vacío que tenía ganas de continuar emborrachándose. ¿Por qué se había ido así? ¿Acaso él no era suficiente? ¿Fueron sus palabras de amor una mentira entonces?

No, el afecto que Grace le confesó no era una mentira, sino, no habría renunciado a la posibilidad de continuar con el legado su abuela y ella fundaron. Y darse esa respuesta le dolió, porque siempre la juzgó mal. La amenazó; la sedujo y consiguió, tal como quiso en un principio, que se enamorara de él. Las cosas se habían invertido. Ella lo dejó, y era él quien ahora se sentía estúpidamente enamorado de ella. También dolido, porque revivía la misma sensación de pérdida de su juventud.

—¿James? —preguntó Fiona abriendo la puerta y sacándolo de sus cavilaciones.

—Si no me vas a decir dónde fue, ni por qué se fue, no quiero verte Fiona. En serio. No pongas a prueba mi genio.

Sin ningún temor por el muchacho que había visto crecer, llorar y reír desde que era un crío, entró y cerró la puerta.

—No sé dónde se fue —declaró con sinceridad.

—Entonces dime por qué lo hizo —murmuró dándole un largo trago a la botella, dejándola vacía.

—Creo que eres bastante inteligente para saberlo, Jamie —se sentó junto a él.

James no se movió, y en su estado parecía casi amenazador.

—Parece que el único estúpido en esta casa soy yo. Todos saben por qué se fue esa enloquecedora mujer, y no son capaces de decírmelo —declaró arrastrando las palabras.

—¿No te lo imaginas eh? Vamos James, sé un poquito imaginativo. No soy ciega, y he visto cómo esa muchacha te miraba cada vez que estaban cerca.

Hubo un prolongado silencio.

Sus sentidos estaban tan embotados por el alcohol, que si se movía demasiado corría el riesgo de caerse y dormir hasta el siguiente día. Sin embargo, el tema del que charlaban era demasiado importante ahora.

—¿Me miraba con amor? —se mofó soltando una carcajada amarga tan pasado de tragos como estaba.

—Sí, con amor, James —respondió obviando su cinismo—. ¿Le has dicho que la amas?

Él dio un respingo en el asiento, e intentó incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas, así que se quedó tal como estaba.

—Yo... —titubeó.

—¿La quieres? —contraatacó sin preámbulos.

Vencido, la miró fijamente. Esa mujer lo conocía de toda la vida, y además se sentía miserable por no haber podido hablar con Grace. Peor aún estaba dolido porque ella lo había abandonado.

—Sí... —respondió finalmente. Fiona asintió al verlo atormentado —Me abandonó —se apresuró a decir apesadumbrado, mirando la botella vacía de brandy con pena. Le apetecía un poco más de licor.

Ella le sonrió como lo hubiera hecho su abuela: con cariño y sinceramente.

—James, ella no te abandonó, tú simplemente has dejado un enredo y circunstancias poco claras. Así que mi querido muchacho, te va a tocar convencerla de lo que sientes, si quieres que esté a tu lado. Además, persuadirla creo que te va a tomar un poco de tiempo especialmente porque ayer vino tu amiga Georgette a decirle que iba a casarse contigo. No vi a Grace muy complacida cuando esa rubia se apareció

blandiendo el anillo que le diste supuestamente. Y aquí en la casa estábamos confundidos al respecto, valga decir.

«¿Anillo? ¿Georgette? ¡Demonios!».

En ese momento la tonta borrachera casi se le quitó completamente por ensalmo.

—¿Qué has dicho?

Entonces Fiona le contó lo de las fotografías, las revistas, y no tuvo pereza de ir a la sala contigua a traerlas y dejárselas en el regazo. James las observó con furia. Grace no solía leer esos cotilleos, y claro, la mujercita aquella se había traído la maldita trampa entre manos. «Trabajo hecho personalmente», pensó sarcástico. Georgette había encontrado el modo de fastidiarlo. No le importaba cómo se enteró de Grace, o su vínculo con ella.

Tirando las revistas intentó ponerse de pie. No pudo.

—Espero que soluciones este asunto, Jamie.

Él la miró preocupado.

—Yo también lo espero, Fiona... yo también.

Grace había salido a buscar locaciones para su nueva compañía. Las personas de bienes y raíces eran a veces exasperantes. Sylvia, que se entusiasmaba rápidamente, no ayudaba demasiado, porque al evidenciar su interés, el corredor no le hacía descuento en el precio original. Al menos habrían recorrido seis locaciones en lo que fue una larga mañana.

Finalmente escogieron un bonito complejo de oficinas de dos pisos en el que podían acomodarse diez personas. El equipo necesario para empezar, pensó Grace. Cerrado el trato y dos grandes sonrisas, sin dejar de contar los pies doloridos, ella y Sylvia llegaron a un restaurante de comida rápida. Atacaron las hamburguesas con entusiasmo.

—Vamos a tener que apurarnos con la decoración —Grace contestó que sí con la cabeza, porque estaba concentrada en su comida—. Vas a ver que será un negocio que pegará con fuerza —vaticinó su amiga optimista.

—No lo dudo. Sylvia, aún tengo que recoger unas carpetas en la oficina. ¿Tienes



la copia de la llave?

—¡Claro! —rebuscó en el bolso, y las sacó—. Aquí tienes —le entregó el llavero—, procura ir antes de las ocho de la noche, porque luego el jefe de seguridad enciende las alarmas, y como de seguro no te recuerdas el código, vayas a pasar un mal rato —Grace nunca se aprendió la clave, pues habitualmente quien cerraba y abría solía ser su amiga, en calidad de asistente ejecutiva.

Grace volvió a casa bastante entrada la noche. Finalmente todo en su antigua oficina quedó finiquitado de su parte. Ahora ya estaba predispuesta a dormir un poco, pero antes se daría un baño. De tanto ir de un lado a otro, estaba agitada.

Vertió en su tina un chorrito de esencia de vainilla, y una pisca de hojas de menta. Aspiró el aroma, y agradeció en silencio no haber tenido arcadas. Sonrió acariciándose el estómago tan plano como siempre. La ilusión de saber que dentro de nueve meses sería mamá era indescriptible. Con el buen ánimo que la había invadido comprobó con el pie la temperatura del agua. Luego se sumergió dejando que la agradable calidez la mimara.

Media hora más tarde, Grace se incorporó de la tina, solo para darse cuenta que había olvidado llevar su ropa. Pues qué más le daba estaba sola en casa. Se secó con la toalla, y aprovechó para utilizar el secador de cabello. Cuando estuvo lista, con una gran sonrisa relajada, abrió la puerta para ir por su ropa.

—Espero que no recibas a todas tus visitas de este modo.

Grace se quedó congelada, tan desnuda como estaba, frente a James. Se le atoraron las palabras y sintió cómo el color se acumulaba en sus mejillas.

—¿Cómo... cómo demonios entraste aquí? —chilló regresando al baño para ponerse la minúscula toalla encima.

A James le había costado mucho convencer al joven que estaba haciendo turno en la puerta del edificio para que lo dejara pasar. Así que tuvo que decirle que quería darle a Grace una sorpresa y era grandes amigos que no se veían desde hacía mucho tiempo. Aunque el muchacho había dudado, lo dejó pasar.

Cuando se dio cuenta de que la llave de la puerta no estaba puesta, entró en silencio. Se demoró observando la armonía y sencillez con que ella decoró el departamento. Era un espacio amplio, limpio y exudaba la misma calidez de su dueña. Al no encontrarla por ninguna parte, se aventuró a ir al dormitorio. El sonido del secador le indicó en dónde estaba. Así que la esperó.

Claro, después de la resaca de esa mañana por la borrachera, verla desnuda estuvo a punto de hacerlo gemir de un dolor que no se alojaba en la cabeza,

precisamente. Ella era un espectáculo visual único. Su piel, que tan detalladamente acarició cada ocasión que la hizo suya; la curva de su cintura que acariciaba con sus dedos; su exquisito y delicioso monte de venus, que él no solo había poseído con su poderosa virilidad en tan diversas posiciones, sino también con sus labios y manos. Aquellos pechos erguidos de rosadas aureolas, tan plenos y eróticamente llamativos; todo fundido con un rostro arrebatadoramente hermoso. Si a eso le sumaba que estaba perdidamente enamorado, entonces tenía el resultado en sí mismo: erecto hasta más no poder, con el corazón inquieto, pero intentando por todos los medios de mostrar una calma que en realidad no sentía.

—Creo que esa es una pregunta algo retórica —la miró de arriba abajo sin disimular su interés por ella—. ¿No me vas a invitar a sentarme?

Grace lo miró indignada, suficiente era no haber podido dejar de pensar en él, sentirse como una estúpida, y ahora que viniera con su talante altivo a hablarle de ese modo.

—Fuera de aquí —exigió furiosa.

James se acercó.

—Tú y yo tenemos que arreglar un par de cosas.

—No hay *n-a-d-a* entre tú y yo —le deletreó la palabra más importante—. Era solo sexo, y al menos lo dejaste siempre muy claro, la tonta he sido yo por haberte dicho lo que sentía. Ahora, si era lo que necesitas escuchar, ya te lo he dicho: fuera de aquí, Stratton.

Él se detuvo frente a ella, que respiraba con dificultad por el enfado.

—Antes de irme, quiero que me escuches —pidió con un tono de voz sedoso y grave, que a ella hizo que se le erizara la piel desnuda debajo de la toalla. Menos mal el material de la tela era lo suficientemente rugoso y grueso, para ocultar cómo sus sensibles pezones se habían erguido, dispuestos a suplicar las caricias del infame que los había encandilado con sus sensuales atenciones.

—Nada de lo que tenga que ver contigo me interesa. ¿Lo comprendes? —se apretó la toalla anudada en el punto en que convergían sus pechos, y James no dejó de fijarse en cómo ambos senos se movieron. Contenerse de tocarla y besarla estaba siendo más difícil de lo que esperaba.

—Escúchame —la agarró de los brazos, y ella lo miró desafiante elevando el mentón, orgullosa—. No estoy comprometido con Georgette Spalden. Eso se acabó hace mucho tiempo. La muchacha tiene algún trastorno emocional o no sé qué; mi vínculo con ella tan solo fue un asunto de negocios, por hacerle un favor a Nicholas.

Georgette estaba saliendo con un hombre que podía poner en riesgo los empleos de la gente de mi empresa. Salí con ella simplemente para hacerla entrar en razón. Esa noche, de la cual datan las fotografías, me besó frente a la prensa, a la que de seguro ella misma llamó como en las otras ocasiones —declaró con firmeza.

Grace se soltó con facilidad, haciendo una mueca de hastío, y se alejó de él lo más que pudo. La cama se convirtió en el obstáculo entre ambos. James la observaba con frustración, y ella con rabia. «¿Acaso la creía tonta? ¡Iba listo!».

—Mira, James. Ya he renunciado al testamento; te lo he dejado todo. Jason Morris debió darte a estas alturas los papeles que firmé. No tienes que continuar fingiendo que te intereso, o que encuentras algún atractivo en mí. De hecho, inclusive puedes sumarle a tu ego masculino que me entregué a ti, que fuiste el primero. Anda regodéate —expresó con dolor y desprecio. James iba a protestar, pero al percatarse de la mirada resuelta de Grace, se contuvo—. Una conquista más del millonario y mujeriego James Stratton —espetó sarcástica—. En tu vida todo es cuestión de dinero —le dijo con desprecio—, cástate con esa mujer si te da la gana, hazlo. Por mi parte, no quiero ya saber más de ti —temblaba de coraje y celos al recordar las fotografías de esa mujer y James besándose.

—¿Quieres que me aleje de ti, aunque me amas? —le preguntó él con cautela.

Grace sintió como si la hubieran abofeteado.

—Es una bajeza que tomes esa declaración en este momento —murmuró dolida.

—Grace —susurró caminando hasta ella, que no se movió sintiendo cómo la frustración la invadía—. Grace... no fue una burla, cariño. No lo fue... —la abrazó, y ella se quedó rígida entre sus brazos. Lágrimas de rabia e impotencia se deslizaban por las suaves mejillas de Grace. A él le causaba tristeza verla así, porque tenía la culpa de todo—. Amor, créeme, no llores, por Dios —la alejó secándole las lágrimas con los pulgares. Luego, sin dejar de sostenerle los hombros para que elevara el rostro hacia él, besó sus párpados—. Escucha, cariño, si Georgette hubiera seguido con Phillip Draggs, este habría convencido a la muchacha para que le diera libre acceso a su fortuna, y con la reciente fusión en marcha, no es algo que pudiera permitir, porque muchas familias se quedarían sin trabajo, y me habría visto en la obligación de recortar la plantilla —ella observaba el profundo color de sus ojos verdes—, por eso accedí a hacerle el favor a mi socio de verme con su hija. Para aconsejarla, y eso fue todo.

—Mentiste, James. Me dijiste que estabas en una reunión de negocios, y lo que hacías era revolcarte con esa mujer, después de estar conmigo —replicó con fastidio, y se soltó de James, quien la miraba impotente. Ella quizá mal interpretó la mirada, pensando que lo que trataba de decir era que no tenía ningún derecho a reprochar nada—. Sí, éramos amantes, pero al menos hubieras podido ser sincero. Nunca te

pedí nada, y no pienso hacerlo en un futuro —pensó en el hijo de ambos—. Déjame sola —le resultaba insoportable tenerlo en frente, peor aún con una toalla que la cubriera, se sentía todavía más vulnerable.

James se puso las manos en los bolsillos, consciente del daño que la mentira había causado, y odiándose por el papel tan nimio que ella creía que jugaba en su vida. Ver que sus ojos celestes carentes del atisbo juguetón habitual, acrecentaba su sentimiento de culpa.

—Grace... no quise que esto se saliera de mis manos... —intentó explicarse. «Si con los hombres de negocio le iba estupendamente, con Grace su cerebro sumaba cero puntos»—. Georgette es bastante manipuladora, y yo debí darme cuenta, pero estaba preocupado por la gente de la empresa —comentó recordando el modo en que Georgie no había dejado, en ninguna puñetera salida, de insinuársele.

—¿Pensabas mantenerlo en secreto entonces? ¿Pensabas ocultarme que ibas a casarte, mientras disfrutabas de una cama confortable y una mujer dispuesta? —lo miró desconfiada intentando hacerlo sentir tan miserable como bien lo merecía.

—Sí —declaró. Grace abrió la boca, y luego la cerró—. Quieres la verdad, entonces sí. No pensaba contarte que salía con ella. No todavía. Sobre tu otra pregunta, ya te dije que nunca pensé en regresar con Georgette. Lo nuestro se acabó hace mucho tiempo; tan solo quería que entendiese la clase de hombre que era Draggs. Punto. Ella me besó a mí, no yo a ella. Escucha cielo, Georgette estaba resentida porque la dejé y me acusa de haberla utilizado...

—No soy tu cielo —refutó con una rabieta justificada—. Además James, yo no te acuso de usar a la gente a tu antojo, por ejemplo como tu noviecita —expresó con ironía—, yo lo demuestro con hechos. Me utilizaste. ¿No?

—Grace, no ha sido así. Piénsalo con mente fría. Georgette es una timada y envidiosa, te ha hecho creer lo que quería. Ahora mismo debe estar regodeándose por haberse vengado de mí, al ponerte en mi contra. He estado muy ocupado tratando de poner la empresa a punto, no tengo tiempo para devaneos estúpidos con niñas como ella —replicó contrariado al ver que ella no lo creía.

—¿Y por qué querría ponerte en mi contra? —indagó de forma reservada, y caminando hasta el vestíbulo. James la siguió pausadamente.

—Porque tú tienes algo que ella siempre quiso —murmuró dejándola de pronto atrapada contra la pared, sin que ella se hubiera dado cuenta.

Grace mantuvo la espalda erguida con altivez, observándolo desafiante.

—¿Un affair con todas las libertades bajo el mismo techo, y toda una herencia a

tu disposición? —espetó con burla. Por dentro quería creer que todo era una tergiversación, pero no podía hacerlo cuando tenía las emociones confundidas.

—No te pases —gruñó enfadado, por el modo en que Grace intentaba banalizar la situación. Sin pensárselo dos veces la aprisionó con su cuerpo contra la pared del vestíbulo—. ¿Me he explicado claramente? —se inclinó sobre ella cuan alto era, haciendo que lo mirara—. Entre Georgette y yo no hay nada. Punto final.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Castigarme con tu indiferencia y tu desprecio? —contrarrestó con una media sonrisa altanera. James sonrió despacio, y a Grace se le hizo un nudo en la garganta. «Estás resentida con él, te está manipulando, lo desprecias, lo... ».

—No, mi amor... voy a hacer algo mucho mejor.

Y sin darle tiempo a pensar o replicar, bajó la cabeza y la besó.

Tomó la boca carnosa con desesperación, transmitiéndole todo lo que sentía, lo que lo consumía por dentro. Fue un beso cargado de pasión, y ternura. Abrasó sus labios como si jamás la hubiera besado, y enterró sus dedos fuertes en el sedoso cabello impregnado de vainilla y menta. Grace lo enloquecía y lo provocaba.

La apegó más contra él. Para ella resultaba imposible no sentir y notar cada nervio del fibroso cuerpo que conocía tan bien. Quiso resistirse de la misma manera que se estaba resistiendo a creer su versión de lo ocurrido, pero por lo visto su cuerpo no estaba de acuerdo en absoluto. Con las manos sobre el pecho de James, medio empujándolo, medio acariciándolo indecisa, no se dio cuenta de lo que él pretendía, hasta que sintió un ligerísimo tirón del nudo de la toalla, quedándose totalmente expuesta a él.

—Eres simplemente hermosa... nunca he visto una mujer que me lleve a tal punto de excitación vestida, y aún más desnuda —susurró con un gemido ahogado. «Ella era su fantasía sensual viviente con un corazón maravilloso», pensó perdido en la visión de sus curvas.

Sin permitirle recapitular, James bajó las manos para acunar los voluminosos pechos, apretándolos, masajeándolos, y en cada caricia apretando los pezones con maestría, arrancándole inevitables gemidos de pasión a Grace. Ella sentía cómo la humedad se anidaba en su sexo y se movía al compás de las caricias y los besos arrolladores de James. Elevó los brazos para rodearle el cuello, y jadeó cuando él se pegó aún más a su cuerpo mostrándole la evidencia de su virilidad.

—James... —protestó débilmente, cuando él acarició su cálida entrada, sin introducirse aún en ella, provocándola, midiéndola, y recorriendo sus contornos externos. Llevó esos dedos torturadores sobre su vientre, sus costados, su trasero

respingón, poseyéndolo con las manos y apretándolo, mientras Grace se debatía contra la masa de músculos y contención que la seducía.

Al sentir que un dedo introducirse en su mojada hendidura, Grace tomó conciencia de lo que estaba haciendo. «No podía ser tan débil por todos los cielos», pensó enfadada consigo misma. Haciendo un esfuerzo, con toda la dignidad de la que disponía, lo empujó, dejándolo jadeante y sorprendido. Recogió rápidamente la toalla del suelo y se la colocó con dedos temblorosos sobre su cuerpo.

—Fu... fuera de aquí —le dijo—. Esto ha sido una completa idiotez de mi parte, pero no volverá a ocurrir —se arrebujo en la toalla como si fuera un potente escudo, cuando en realidad estaba deseosa de fundirse con él. Pero no podía hacerlo, no se lo pondría tan sencillo. «Estaba resentida, dolida, excitada, confundida... ¡Dios!», se quejó para sus adentros.

James la estudiaba conteniendo el aliento, intentando no arrastrarla a la habitación y poseerla como había querido hacer desde que lo dejó abandonado en la mansión. Al menos se sentía menos inseguro, porque Grace continuaba siendo sensible a sus besos y caricias. Respiró profundamente, sin quitarle la vista de encima.

—Y si vas a decir que soy una provocadora, déjame decirte que tú empezaste esta estupidez —lo retó, intentando adelantarse a cualquier acusación que pudiera hacerle.

Él se quedó en silencio, hasta que pasaron interminables segundos, y logró que su mente y su cuerpo se calmaran.

Grace respiraba con dificultad, porque verlo tan sereno no era un buen augurio.

—¿Sabes, cariño?

—No soy tu cariño, ya te lo dije —replicó.

James se rió.

—Grace, entonces.

Ella se colocó lo más lejos posible, cubriéndose con la tela de la toalla, como si él pudiese desnudarla con la mirada... aunque era así como se sentía. Expuesta totalmente. Era como si James tuviera el poder de penetrar en lo más profundo de su alma.

—¿Qué quieres? —respondió cortante.

El sonido de los cláxones era nulo, y solo el acondicionador de aire interrumpía el silencio.

—Al parecer tu curiosidad ha variado un poco. Aún no me preguntas qué es aquello por lo cual Georgette quería ponerte en mi contra —replicó evitando responderle directamente, y manteniéndose a distancia.

Los hombros de Grace se hundieron. Se sentía exhausta de pronto.

—James... no tengo ganas de discutir, ha sido un día largo. ¿Si me respondes el por qué, te irás?

Él la observó inquisitivamente.

—Sí, después de decírtelo, me marcharé.

—¿Eso es una promesa? —se burló, pero su sonrisa se esfumó cuando reparó en el gesto serio y decidido de James—. De acuerdo, si con eso me vale para que te vayas...

—Quiero casarme contigo —declaró, sintiendo que todo el peso que llevaba en los hombros, y la tensión acumulada, se disolvía. No lo había planeado así, pensó. Sin embargo, sentía que era lo correcto, pues desde que Grace apareció en su vida, algo dentro suyo había empezado a latir de nuevo.

Hubo un largo silencio, mientras Grace asimilaba, asombrada.

—Yo... —Grace notó que él parecía estarse debatiendo consigo mismo, porque una ligera sombra de tormento pasó por su rostro, pero se esfumó con rapidez. La tensión era evidente en su cuerpo, y eso le dijo cuán difícil debía ser para él haberle pedido que se casara con él—. ¿Por qué debería casarme contigo? —logró preguntar sin trabarse.

James le dedicó una sonrisa tan sincera, como ninguna otra que ella hubiera visto en toda su vida.

—Porque es lo correcto —murmuró al ver que ella se mantenía en silencio. Se sentía en desventaja, principalmente porque le estaba haciendo una proposición que jamás le había dicho a mujer alguna. De hecho, era la propuesta que todas las mujeres con las que salió esperaban de él. En especial, Georgette.

—¿Y... eso es todo entonces, te quieres casar conmigo porque es “lo correcto”? —preguntó incrédula por una respuesta tan estúpida. «En realidad te amo», quiso decirle James, pero la mirada desconfiada y dolida de Grace lo llevaba a contenerse—. Dime algo, magnate inmobiliario —comentó con coraje—. ¿Es este tu modo de reivindicarte por tus mentiras? Espero que no, porque a este paso, entonces no seré la única mujer con una propuesta de matrimonio a lo largo de tu vida.

—No me provoques —gruñó James al verla tan cínica—. Jamás le he propuesto matrimonio a ninguna mujer —manifestó airado. Grace lo estaba llevando al límite de su poca paciencia, además se sentía vulnerable. ¡Le propuso matrimonio, por todos los cielos! Y esa mujer lo trataba como si fuese una invitación a comer perritos calientes.

—Pues bueno, entonces date por bien servido sabiendo que tu primera respuesta es *no*. Además, ¿qué clase de propuesta matrimonial es esa?

—La que un hombre hace cuando ama a una mujer con toda su alma, pero no sabe cómo hacérselo saber... —respondió mirándola fijamente.

Antes de que Grace reaccionara, James cogió la chaqueta que había dejado al entrar, y salió dando un portazo. Al recordar la mirada dolida que tuvo cuando se sinceró con ella, se arrepintió de haber sido tan dura. «Pero qué diablos, ella también se sentía ofendida, y de paso, embarazada. Tenía todas las hormonas alteradas, era demasiado para un solo día. Necesitaba espacio. Lo necesitaba a él... ».



## Capítulo 15

*Una semana más tarde.*

El embarazo estaba siendo muy molesto, demasiadas náuseas, y cada tanto le daba por ponerse a llorar. Por si fuera poco, no había sabido nada de James. Sylvia la llamó para decirle que vio en una publicación que Georgette estaba comprometida con un magnate petrolero de Dubai. Y aunque Grace ya tuvo varias noches para asimilar y aceptar la falsedad de la relación de James con esa mujerzuela, la noticia que le contó su amiga mejoró su ánimo.

En las noches moría por sentir el roce de sus caricias, la tentación de sus besos y la fuerza de su apasionada virilidad. Le gustaría poder compartir con él las inquietudes de la gestación, sus miedos y anhelos. A lo mejor le debía una disculpa... o a lo mejor no. Entendía lo difícil que debió ser para él dejar su orgullo a un lado e ir a buscarla, y decirle que la amaba. «¡La amaba!», recordó soñadora, mientras cerraba su cartera, comprobando que era el final de la tarde en la oficina.

Sabía que James Stratton era, sobre todo, un hombre arrogante. El hecho de haberle confesado sus sentimientos la conmovió profundamente. No le importaba ahora el modo en que lo hubiera hecho, o bien impulsado por la frustración al verla renuente, o bien invadido por el temor del rechazo; cualquier de los dos casos podría ser considerado una debilidad entre los hombres de su tipo: atractivos, orgullosos y con un corazón complejo. Sin embargo, James lo hizo... por ella. Y eso la condujo a repensar la situación entre ambos con humildad. Si él la amaba, y se arriesgó como ella también lo hizo en un principio, entonces tenía algo pendiente que hacer esa tarde.

Cuando ya estaba detrás del volante de su automóvil, la ansiedad la invadió, y otra emoción que alcanzó a definir como miedo. «¿Y si ya no quería saber nada de ella? ¿Y si acaso estaba demasiado herido en su orgullo ante su rechazo y no quería recibirla? ¿Qué pasaba si ya estaba con otra... ? ¿Y... ? ¡Basta!», se reprendió,

deteniendo sus pensamientos. Introdujo la llave y encendió su BMW.

James tuvo una semana de pesadilla. Después de salir furioso del departamento de Grace, la tentación de volver sobre sus pasos y zarandearla para que lo creyera fue muy fuerte, pero no lo suficiente como para no entender que ella también necesitaba espacio. Aunque claro, no podía quitarse la sensación de su orgullo herido al haberle propuesto matrimonio y recibir una fría e indiferente respuesta. ¡La primera propuesta a una mujer, y lo que sucedía! Por si fuera poco, su intención de decirle que la amaba no pudo haber caído en peor circunstancia. Con ella todo su control se le iba de las manos.

Durante su última reunión de la tarde, además de la charla de negocios con Nicholas, también tuvo unas palabras con él respecto a su hija, a quien por cierto Nick había obligado a quedarse en Europa estudiando administración de empresas. Ante ello, James se alegró, porque con eso garantizaba que estaría fuera de Texas un par de años, los suficientes para que Grace olvidara el impasse. Si de algo estaba seguro era que tendría a esa hermosa mujer a su lado. Temprano o tarde, pero no viviría sin ella.

En un principio pensó en vengarse de Georgette, pero eso implicaría que le importaba y la verdad le era indiferente. El destino se encargaría de ella, pues ahora que estaba fuera del país, y según Nick también comprometida con un petrolero árabe. El tan solo se ocupó de que Nick le prometiera que, dado el lío que causó con sus mentiras, no le transferiría dinero, para que Georgette aprendiera a ganarse la vida con su esfuerzo.

Nicholas se había complacido con la idea de James, porque no quería que su hija perdiera o dilapidara la fortuna cuando él ya no estuviera para guiarla. Y de paso también se disculpó con James por el incordio que el favor que le pidió, había ocasionado en su vida personal. El heredero de Rose, aceptó la disculpa, y dio por concluido el asunto con Nick.

Pensaba en Grace, sin duda. Soñaba con su risa encantadora y su réplica inteligente. Lo quería todo con ella. Sin embargo, su aguante tenía cierto límite, que Grace cruzó, con su intolerable desprecio. Le daría un plazo hasta que ella entrara en razón, si no...

—Señor Stratton tiene una visita —comunicó Merryl interrumpiendo sus cavilaciones. Desde que James le dio un aumento de sueldo por su la organización de la fiesta de cumpleaños, y elogió su trabajo, la muchacha se mostraba más eficiente y contenta. De hecho, resultaba más fácil trabajar con alguien así, que con un ratoncito asustadizo como habitualmente se comportaba—. ¿La dejo pasar?

James aún tenía que enviar un correo electrónico a Berlín, pero qué más le daba.

—Sí —replicó escuetamente. Seguro era el contable con alguna pregunta de última hora, pensó—. Y Merryll, casi es hora de la salida vete, que ya despacho a la persona que ha llegado y me voy.

—De acuerdo. Ya se han ido todos igual —cerró la comunicación.

Terminó de escribir el mensaje, cuando vio una silueta muy familiar. Los sentidos se le pusieron alertas de un modo que solo ocurría con... «Grace... », murmuró muy bajito para sí mismo. Tenerla enfrente, después de una condenada semana, lo impactó. Lucía más hermosa si aquello pudiera ser posible. Iba vestida con su habitual traje de oficina, el cabello suave y ondulado recogido en una coleta, sus ojos tenían un brillo distinto, especial. Sus sensuales piernas estaban enfundadas en medias de seda negra... cortaba el aliento, y le daban ganas de quitárselas ahí mismo. La miró fijamente. Conocía que ella era tan o más orgullosa que él. Si tenían que arreglar cuentas, no pensaba ponérselo fácil.

—Hola, James —saludó procurando mantener el control de su voz.

Ella reparó en su apostura. James estaba tan atractivo como siempre. Con la barba de dos días, la camisa con dos botones sin abrochar dejando a la vista el vello del pecho que tantas veces había acariciado... y sus manos tan varoniles cruzadas la una con la otra... oh Dios... si a ella lo que menos le provocaba era hablar. Quería que la abrazara y le dijera nuevamente que la amaba. Pero la expresión seria de James le dijo que no iba a tener una charla muy sencilla por delante.

—Grace —gesticuló con tono neutro. La vio debatirse consigo misma, pero fue tan solo un segundo, porque luego sus gestos se volvieron tan seguros y determinados como era habitual en ella.

Con un gesto, la invitó a sentarse.

Grace se acomodó en el sillón frente a él.

—Quiero aclarar lo de la otra noche...

Él elevó la comisura de los labios.

—¿Sí? ¿Qué parte exactamente? —preguntó con burla intencionada. Estaba dolido con ella, y se lo pensaba hacer saber.

Contó mentalmente hasta cinco, y le lanzó una mirada reñidora.

—No estás haciendo esto nada fácil, James.

—Es lo menos que pretendo —sonrió de aquel modo tan arrogante que tenía, y ella tuvo ganas de borrarle la sonrisita de la cara.

Intentó relajarse, como si estuviera tratando con su cliente más difícil. Aunque ciertamente él superaba a cualquier que se hubiera cruzado por su camino. Ya no se trataba solamente de una relación cualquiera, ni de un instante banal, lo que venía a decirle iba a cambiar el curso de sus vidas para siempre; o quizá, para ella, dependiendo de la reacción que tuviese él.

Con un suspiro suave, enderezó aún más la espalda para hablar.

—Nunca debí creer a Georgette... siento no haber confiado en ti. Todas esas revistas, el anillo, la convicción en su voz... me fue difícil entender que quizá hubiera sido una maquinación de ella, tal como hizo cuando estuvo en el restaurante. La única diferencia es la situación entre nosotros era distinta... yo...

Él la contemplaba con arrogancia, aunque tenía en realidad ganas quitar esa expresión contrita y afligida de su rostro con sus besos.

—Bien. Me alegro que hayas decidido creermelo. Supuse que con tu inteligente sentido común, lo descubrirías tarde o temprano, así que no me sorprende que me lo comentes. ¿Viniste solo para decirme eso? —expresó con el mismo tono altivo.

Grace se exasperó, dolida por la actitud altanera y distante de James. Desde que subió en su automóvil supo que no sería una experiencia cómoda, pero una cosa era creer o pensar, y otra vivir la mirada fría que él le estaba dirigiendo ahora.

—¡Maldita sea, James! He venido a pedirte disculpas.

—Acepto tus disculpas. Si eso es todo...

Grace se levantó de un salto, enfadada, sin poder contenerse. Dio un manotazo sobre el escritorio, pero James no se inmutó.

—¡No! ¡No es todo! ¡Dios... ! —se inclinó sobre el escritorio, mirándolo llena de furia por su indiferencia—. ¡Te amo! —exclamó vehemente—. Te sigo amando, y no voy a dejar de amarte... —bajó el tono de voz, pero sin dejar de mantener su mirada decidida—. Entiendo el esfuerzo que hiciste al dejar de lado tu orgullo, sé cuán difícil debió resultarte, y no quise ser tan hiriente... —se le cortó la voz—, simplemente necesitaba espacio y digerirlo... si ahora ya no deseas saber nada de mí, dímelo y me iré.

James se incorporó y rodeó el escritorio con rapidez. Se situó a su lado. Grace permanecía con las manos apoyadas sobre el vidrio. Ella bajó la cabeza, sintiéndose impotente, porque mientras él la observaba con ojos fríos como el hielo y utilizaba ese

tono de voz prepotente y burlón, ella sentía menos valor para seguir hablando.

Él la tomó de las manos suavemente, y la giró. Le elevó el mentón con delicadeza para que sus miradas quedaran conectadas. El labio inferior de Grace temblaba, y sus ojos no pudieron contener más las lágrimas.

—James —murmuró, mientras él la abrazaba con fuerza, calmando la angustia que había sentido todos esos días sin ella. Grace se estremeció por su calor y cercanía—. Oh, James...

—Repite lo que acabas de decir —pidió en un susurro con un matiz de alivio en sus profundos ojos verdes.

—Te amo.

James se inclinó hacia ella, y la besó con ardor. Fue un contacto breve, pero profundo, y abarcaba todo cuanto él sentía. Grace respondió con la misma pasión y anhelo que la había consumido durante la última semana. Sus labios iniciaron una danza de sentidos que lo tomaban todo y derretían cualquier barrera de resistencia que existiera entre ambos. No había orgullo, ni resentimiento, tan solo una emoción noble anidándose en el fuego que ardía entre ellos.

—Me alegra, porque yo te sigo amando. Estoy loco por ti —besó sus párpados—, te adoro y te quiero —empezó poco a poco desabrocharle los botones de la chaqueta—. Lamento cada día las estupideces que te he dicho desde que nos conocimos. Durante esta condenada semana me has hecho demasiada falta —al ver la mirada sorprendida de ella, le dijo: —Claro que te he echado de menos, pero necesitaba que te dieras cuenta si estabas dispuesta a confiar en mí, y creo que también era justa una disculpa —Grace asintió, sobrecoyida por las palabras del hombre que amaba—. Por eso no te busqué, aunque estuve tentado a hacerlo varias veces... —confesó.

—Te quiero tanto —susurró, mientras sentía poco a poco cómo la iba despojando de su ropa, hasta que se quedó sin una sola prenda encima.

—Me deslumbra tu belleza —dijo apreciativamente contemplándola—. Pero sobre todo me gusta cómo me retas, y el modo en que haces que me rinda a tus pies con esa mirada sensual cada vez que te tengo cerca —Grace se sonrojó. El corazón le iba a mil; jamás se imaginó que James sintiera todas esas cosas por ella. La emocionó percibir lo libre que él se sentía expresándose. Él finalmente dejaba los fantasmas del pasado y eso fue lo más hermoso para ella—. Eres completamente mía. ¿Eso sí te ha quedado claro, verdad? —declaró con un tono posesivo.

Ella empezó a quitarle la ropa con el mismo ímpetu que él tuvo con ella, segundos antes. James tenía el físico de un guerrero moderno. Era simplemente apuesto. Le fascinaba la ternura y atención con que la besaba y tocaba por todas

partes, como si nunca fuera a saciarse de su cuerpo. Ella jamás podría dejar de desearlo; no se le ocurría siquiera que aquello pudiera sucederle ni en un millón de años.

—Depende... —logró decir entre las caricias de las manos bronceadas sobre sus curvas turgentes y dispuestas. James siguió consintiendo sus pezones. Ella se sentía más lasciva al saber que estaban en un entorno abierto y distinto al habitual, piel con piel, tocándose de un modo tan ávido y apasionado.

—¿De qué? —gruñó James, atrapando sus nalgas y apresándolas con erotismo, para lograr así que los sexos de ambos quedaran muy juntos.

Grace emitió un gemido entrecortado al sentir la dureza que blandía la masculinidad de James, y que se pegaba con osadía a su vientre.

—De si tú también aceptas ser completamente mío... —sonrió con descaro, cuando ahora le tocó a él gemir al sentir sus pequeñas manos alrededor de su portentoso miembro.

En respuesta James la cogió en volandas y la tendió sobre el sofá de terciopelo café que estaba en la esquina de la estancia. Casi nadie solía sentarse ahí, y agradeció que estuviera lo suficientemente cerca porque no podía soportar estar demasiado tiempo sin poder probarla. Un poco de cordura se anidó en la cabeza de Grace, mientras yacía de espaldas en el cómodo sillón, con James adorándola entre besos.

Lo detuvo y miró preocupada.

—¿James, y si alguien... ?

—Shhh —le dio un mordisco suave y provocador en el hombro—, le he dicho a Merryl que podía irse antes de que entraras, y nadie, si es que aún hay alguien, osa entrar a mí oficina a estas horas—. Así que tenemos todo el tiempo del mundo.

Sin darle tiempo a nada, él invadió su cálido centro con firmeza con una excitante embestida, que se convirtió en una rítmica súplica y entrega de ambos; al amor y al placer. Las manos de James surcaban cada rincón de la piel sedosa de Grace; apretaban sus pechos con impaciencia y devoción; afirmaban sobre el sofá sus caderas para penetrarla cada vez más, más, más profundamente, como si pudiera también decirle con su cuerpo que la veneraba y amaba con desespero.

Le hizo el amor como si aquella fuera la primera vez. Y en cierto modo lo era, pues era una entrega en la que ambos se sabían amados por el otro. Fue un momento único, invadido por un torbellino de sensaciones, ritmo. Aquel baile erótico honraba por descontado el verdadero significado de hacer el amor. Para ellos, iba mucho más allá. Era una fusión de almas, a través del corazón y el cuerpo. Una entrega completa y

absoluta.

Poco a poco, Grace abrió los ojos, para encontrarse con los ojos verdes cargados de satisfacción. Aunque no debería cohibirse, no pudo evitar un sonrojo, ante el cual, él sonrió y la besó con ternura.

—Te amo, Grace Hastings —declaró con tono grave y sincero, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No sabes lo feliz que me hace escucharlo, yo... pensé que te había perdido...

—Imposible. Si hoy no hubieras venido, probablemente habría dejado de lado mi necesidad de una disculpa, para buscarte y pedirte que volvieras.

Ella le mostró una sonrisa amplia y sincera.

James recorrió con la mano, su espalda haciéndola estremecer. Él la colocó sobre su pecho, sin salir de su interior. El cabello caoba se desparramaba en ondas, como una cortina lustrosa, alrededor de ambos. Ella estaba complacida de que James aún permaneciera unido a su cuerpo de esa manera tan íntima. Grace se inclinó y besó su musculado tórax.

—Cariño —dijo de pronto. Él besó su nariz respingona—.¿Qué le dijiste a Georgette... ?

Él la miró con curiosidad, y luego le dio una palmada en el trasero con picardía al verla ceñuda. Ella gruñó.

—No te estoy ocultando nada si es lo que piensas —enterró las manos en sus cabellos, y la acercó para besarla largamente. Agitados, se observaron, pero él no dejó de hablar. Le debía una explicación. La última sobre ese tema—. Está en Europa su padre ha prometido que no le dará dinero, para que ella aprenda a valorar su vida y ganarse las cosas con su esfuerzo. Aunque estando a punto de casarse con un petrolero, dudo que encuentre el modo de valerse por sí misma, pero qué más da —sonrió.

—¿Tú le pediste eso a tu socio?

Él asintió.

—Ella no es importante, mi vida, y sabiendo el daño que ha hecho, estoy seguro que es el mejor castigo para que aprenda a madurar. Su padre estuvo de acuerdo. No volveremos a topar el tema. ¿De acuerdo?

Grace acarició quedamente el perfil del rostro de James. Contempló el matiz

verde azulado de sus ojos sonrientes.

—Sí —susurró contra sus labios, cuando él vagó con su lengua delineando sus labios carnosos. Después se apoderó de su boca, poco a poco bajó las manos por sus costados, tocando el contorno de sus senos, y sintiendo cómo los pezones se ponían erectos contra su pecho. La acarició hasta dejar posadas las manos sobre sus nalgas. Ella se quedó sin aliento al sentir cómo empezaba a endurecerse dentro de ella.

Cualquier palabra que pudiera salir de sus labios, quedó opacada, cuando James le sostuvo las caderas instándola a deslizarse un poco hacia abajo, para encajarla completamente en su erección.

—Así... cabálgame... hazme tan tuyo, como yo te he hecho mía, oh Grace... eso es... ábrete para mí dulzura... —dijo con voz ronca, al tiempo que Grace se impulsaba sobre él como una amazona en campo traviesa. Ella se deslizaba sobre su espada de terciopelo con libertad, humedeciéndose, humedeciéndolos, con el cabello alborotado, los labios entreabiertos, y las manos de James ajustándose a sus caderas, aprisionando sus pechos, elevándose para penetrarla más y más, hasta que ambos llegaron al clímax y explotaron en una oleada de contracciones y susurros de amor.

Después de unos minutos en que ambos empezaron a ralentizar sus respiraciones, él la estrechó contra su pecho.

—Dios... contigo es simplemente... —se cortó al verla sonreír con picardía.

—¿Fabuloso? —completó con coquetería.

—Sí, brujita, fabuloso —le contestó elevando las comisuras de sus labios hacia arriba, y aún agitado. Se sentía absolutamente deslumbrado, y también afortunado de tenerla. Con ella, la inseguridad de que lo quisieran solo por su dinero, ya no existía. Grace logró borrar sus miedos, convirtiendo el amor en una certeza.

El silencio cayó sobre ellos. En absoluto incómodo, pero Grace temía decir algo que arruinara ese momento tan perfecto.

—Cuéntame que te inquieta —él observaba cada emoción reflejada en los ojos que tanto adoraba. La última sombra fue de temor o de miedo, y lo preocupó—. ¿Qué sucede, dulzura? —con los pulgares acarició los altivos pómulos femeninos.

—¿Te... te arrepientes de haberme hecho la propuesta? —preguntó finalmente. «Algunos hombres no repetían la pregunta, y... ».

—Depende —repitió la respuesta que ella le había dado anteriormente, mirándola con suspicacia. Luego la tomó en brazos con delicadeza, poniéndose de pie. Si ella tenía ganas de hablar, tenerla desnuda no iba a colaborar mucho para esos fines.



En silencio se vistieron poco a poco. James la observaba con regocijo, y ella le devolvía la mirada con una dulzura que lo abrumaba, aunque la sombra de duda en sus ojos celestes era evidente. Tan evidente como que habían pasado amándose las últimas tres horas.

—¿Mmm... depende? ¿Depende de qué? —repitió cautelosa.

James se sentó, y ella lo imitó.

—Explicame de qué propuesta estamos hablando —respondió con una sonrisa.

Grace se debatió consigo misma. Luego cayó en cuenta.

—Así que no me vas evitar que repita las palabras. ¿Eh? —James negando con la cabeza entrelazó sus dedos a los de Grace. Ella contempló las manos unidas, y ese gesto de James, la envalentonó—. Bien... quiero saber si aún sigue en pie tu propuesta de matrimonio —dicho esto, se sonrojó.

—¿Te gustaría que siguiera en pie? —indagó, acomodándole un mechón de cabello detrás de la oreja derecha.

—Sí, James. Me encantaría.

Sin darse cuenta en qué momento estaba atrapada entre los fuertes brazos de James y girando con él entre risas.

—Te haré feliz, y recuperaremos todo el tiempo perdido.

—¿Esa es una promesa? —expresó esperanzada e ilusionada.

—¡Más que una promesa! Es una firme declaración sin opción a arrepentimiento.

Ella lo abrazó sintiéndose protegida. Después de tantos años tenía un puerto seguro al cual volver, un muro impenetrable de amor al cual arrimarse y un digno rival para estimular su intelecto. La vida a veces sorprende de los modos más impensables. Mentalmente le agradeció a Rose por haberle dado la oportunidad de conocer a James, sin importar los métodos que su amiga hubiera elegido.

Cuando estuvo en el despacho de Morris, y le preguntó sobre la segunda parte del testamento, él se limitó a decirle que en realidad Rose Hogan había estipulado decirles que tal parte existía cuando en realidad era falso. Y aquello también era parte de su voluntad final, quería que a toda costa cumplieran el tiempo que ella creía necesario que debían vivir en la mansión. Grace se mostró sorprendida, y se lo tomó con buen humor, a pesar del ánimo que tuvo el día en que fue a firmar los documentos para cederle todo a James.

—Tengo algo que decirte —confesó.

James sintió cómo ella tensó sus dedos sobre sus hombros cuando la puso de nuevo en piso.

—Creo que hemos llegado a un punto en el que no debes tener recelos con respecto a mí. Cuéntame, cariño.

—¿Te gustaría tener una familia? —preguntó mordiéndose el labio, nerviosa.

—Tú eres mi familia ahora —replicó con sencillez—. No necesito buscar mi pasado.

—Y tú eres la mía. Yo, esto... me refiero a una familia más... más grande.

Él se quedó perplejo un momento.

—¿Estás... ? ¿Me quieres decir que estás... ?

—Embarazada —asintió emocionada.

Él se rió de gusto. «¡Un bebé! Él y Grace se encargarían de que nunca sintiera la falta de afecto», pensó ilusionado.

—¡Grace! Oh, amor, me haces un regalo maravilloso —la besó con infinita ternura—. ¿Hace cuánto lo sabes?

Toda la tensión abandonó el cuerpo esbelto de la muchacha.

—Desde que dejé The Woodlands —dijo con cierto recelo, porque sabía que James empezaría a hacer cuentas y ajustes de las circunstancias.

—¿Y esas viejas cotorras de la mansión lo sabían? —gruñó enfadado al saber que su propio personal lo había engañado con algo tan importante.

—Solo, Fiona, y le pedí que no te dijera nada, porque ibas a casarte con otra... —murmuró Grace apesadumbrada por el recuerdo de la angustia que había pasado con todo ese asunto.

James maldijo por lo bajo.

—¡No vas a volver a quedarte callada con nada que sea tan importante para nosotros! —rugió abrazándola con fervor—. Nunca más... ¿De acuerdo? —ella asintió—. Y en cuanto a esas cotorras ya se las van a ver conmigo. Tendrán que organizar la mejor fiesta de matrimonio que se haya celebrado The Woodlands en mucho tiempo.

James se acercó al escritorio y sacó un sobre gris. Se lo entregó con una expresión de evidente expectación en su rostro. Ella no podía creer lo que leía. Pasó las hojas poco a poco. Él había devuelto toda la herencia de Rose a sus manos. Los más de doscientos millones de dólares, la titularidad de la mansión... Ella abrió la boca incrédula.

—No puedes darme todo esto, James, te pertenece —agitó los papeles asombrada.

Él le quitó los documentos sin brusquedad, y los puso sobre el escritorio.

La miró con una expresión solemne.

—No. Tú eres quien me ha devuelto la capacidad de amar al amarte. Me sentiría un hipócrita quedándome con algo que le corresponde a la persona que cuidó de mi abuela y la mantuvo contenta el tiempo que yo estuve demasiado ocupado haciendo dinero y sumido en el resentimiento. No me importa mi pasado, si tú eres mi presente y mi futuro. Eres la dueña de mi corazón y la madre del primero de todos los hijos que quiero tener contigo —las lágrimas rodaban por el rostro de Grace al escucharlo—. Acéptalo como mi regalo de bodas anticipado. Y hay algo que he llevado desde que salí de tu departamento la otra noche —rebuscó en la chaqueta colgada en la percha, y sacó una pequeña cajita—. El anillo, por supuesto. Le perteneció a mi abuela, y a mi madre —ella sonrió emocionada cuando él le colocó la joya en el dedo. Le quedó perfecto. Era una exquisitez de alhaja: un diamante engarzado con zafiros y topacios.

Grace lo abrazó con fuerza, y él la besó en un beso lento, que ella devolvió apasionadamente.

—Me tomaré eso como un sí —expresó James sonriéndole.

—Para siempre... —susurró mirándolo con ojos cargados de emoción.

—Creo que para siempre es corto tiempo si de estar contigo se trata, pequeña. Muy corto tiempo —murmuró mientras se apoderaba nuevamente de su boca.

Para saber más de la autora puedes acceder a su página: [www.kristelralston.com](http://www.kristelralston.com)  
Además también puedes escribirle a: [contacts@kristelralston.com](mailto:contacts@kristelralston.com), y seguirla en twitter  
[@KristelRalston](https://twitter.com/KristelRalston) o Facebook <https://www.facebook.com/kristel.ralston>

Todos los derechos reservados © Kristel Ralston 2013

IEPI- Certificado N. GYE – 003619

SafeCreative © N. 1308165595010

Portada: ©[www.corbisimages.com](http://www.corbisimages.com)

Diseño de portada: Karen Franco L.